***2º Temporada***

***Capítulo 25***

**By Tom.**  
  
  
*-Joder, Tom… estás como una puta cabra… - Se rió entre mis brazos, empezando a forcejear conmigo en cuanto entramos en su cuarto y le aplasté el cuerpo con las manos, cerrando la puerta y apoyándome en ella de espaldas.   
El ruido que hacía la familia al completo se escuchaba desde abajo. Esas mellizas que me habían confundido con el hombre del saco, la madre de Bill, es decir, mi madre, cotilleando con las tías que no conocía, Gordon hablando de deportes con los hombres… así que eso era una familia ¿eh? No me interesaba.   
Sólo me interesaba Bill.  
Yo ignoraba el jolgorio con suma facilidad, de hecho tampoco me habría importado mucho tenerlos delante en aquel momento, abrazando a mi Muñeco, hundiendo mi boca en su nuca saboreando uno de sus tatuajes. Era bastante exhibicionista. Pero Bill no…  
  
-¿Por qué no dejas de temblar? – murmuré. Estaba muy tenso, lo notaba.   
  
-No… no quiero hacerlo aquí. De sólo imaginarme que todo el mundo está abajo… me pongo enfermo.   
  
-Así que ese es el problema. Muñeco, eres un auténtico cobardica.   
  
-Cállate. – se revolvió entre mis brazos, molesto. Le solté, agarrándole del brazo enseguida y volteándolo hacía mí, quizás demasiado brusco.   
Siempre me olvidaba de lo jodidamente delicado que era el Muñeco.   
  
-Dime, mister loquero… ¿Hay alguna ley que prohíba el incesto consentido entre hermanos del mismo sexo y misma edad? – Bill hizo una mueca con la cara, algo parecido a un puchero de niño pequeño. Hum… muy tentador…  
  
-No… no exactamente.   
  
-¿Entonces por qué se supone que el hecho de que sea yo quien te la meta por el culo está mal?   
  
-Porque… - se quedó pensativo unos segundos, dándole vueltas a la cabeza. – Porque está mal visto por la sociedad. Nos tomarían por depravados sexuales y nos marginarían como si tuviéramos la peste. Nos llevarían al psicólogo porque… no es normal… - El Muñeco agachó la cabeza, con el ceño fruncido y los ojos brillantes. Me incliné hacía delante, buscando su mirada resplandeciente entre su melena con una sonrisita en la boca.   
  
-¿Por qué no es normal? ¿Por qué nadie lo hace? ¿O por qué no tienen necesidad de hacerlo?   
  
-¿Qué quieres decir? – me miró con una ceja alzada, consternado. Le agarré de la cintura, pasando mis manos por el filo de su camiseta y empecé a subírsela lentamente, acariciando con la palma de mi mano toda su piel blanquecina, su torso sin apenas forma, totalmente plano.   
  
-Se crían juntos desde pequeños… los padres tienen unos ideales anti-incestuosos en la cabeza que le transmiten a los niños desde su nacimiento… - mi Muñeco alzó los brazos, pasivo mientras le sacaba la camiseta y la dejaba caer al suelo. Su expresión seguía siendo la de un niño pequeño enfadado porque se había quedado sin piruleta. Me parecía una expresión digna de una estrella porno. – La unión, la convivencia y la educación por parte de los padres hace imposible que los hermanos se vean como algo más y… - le atraje hacía mí dándole un ligero tirón del cinturón de sus pantalones. Bill apoyó las manos en mi pecho con suavidad, mordiéndose el labio inferior. – No se necesitan el uno al otro.  
  
-¿Tú me necesitas a mí? – ¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Y qué clase de respuesta era la correcta para evitar compromisos? Sonreí y le arranqué el cinturón de los pantalones, abriendo la boca mientras me inclinaba hacía delante y le mordía el cuello, empapándole la piel con mi saliva y succionando su carne con fuerza, mordiéndola y lamiéndola con la lengua. El Muñeco se encorvó hacía atrás, extasiado. – Hum… - introdujo las manos bajo mi camiseta, acariciándome los abdominales con las yemas de los dedos, paseando sus cuidadas uñas por ellos, arañándome, subiendo hasta agarrar a dos manos los músculos de mi pecho.   
No se estaba concentrando. Aún le faltaba fogosidad, aún estaba tenso.   
  
-Mira, Muñeco… - separé la boca de su cuello y lo miré a los ojos con lascivia, deseando aplastar su delicado cuerpo con el mío, profanar su pureza con mi dura polla. Alcé el cinturón frente a sus ojos y lo estiré como si fuera un látigo. – Vamos a jugar a un juego. Conociendo tu vena masoquista, seguro que te encanta. – mi Muñeco se encogió un poco en cuanto le agarré de las manos y las rodeé con el cinturón hasta que estuvieron bien amarradas. Se removió, incómodo.   
  
-Tom, esto… - no le di tiempo a terminar. Le agarré de la cinturilla de los pantalones y se los bajé de un tirón. - ¡Ah! – le empujé hacía atrás, sobre la cama, sacándole los pantalones a tirones y echándolos a un lado. Bill intentó levantarse, incapaz por el cinturón que le ataba las manos.   
  
-Eh, eh… tranquilo. ¿No confías en mí, Muñeco? – le empujé de nuevo sobre la cama, dejándolo completamente tendido, agarrándolo de las muñecas y alzándole los brazos por encima de su cabeza. Él encogió las piernas y giró la cabeza, con las mejillas ruborizadas. Que preciosidad de Muñeco. Me moriría de gusto viendo su cara de zorrita bien abierta y dispuesta ha hacer todo lo que yo quisiera mientras me la follaba con fuerza, tal y como le gustaba. – No puede ser que después de regalarme esa pedazo de guitarra y esa bonita velada en la azotea pretendas que no te lo agradezca tal y como a ti te gusta. Me has tocado la fibra sensible, Muñeco. – apoyé las manos en su cintura, acariciándole los costados con el pulgar y me incliné para besar su pecho. Bill temblequeó, estremeciéndose y cerrando los ojos con fuerza con la boca entreabierta. Joder, era tan sensible a mis manos, a mis besos, a mi cuerpo, a todo lo que yo representaba, como si fuera un auténtico muñeco que sólo reacciona ante los violentos movimientos de su amo. Que delicado, joder...  
Me veía incapaz de maltratarlo como me gustaría hacerlo, oírle lanzar auténticos gritos de dolor, hacerle daño, masacrarlo con mis manos… como molaría hacer sufrir a mi otro yo de la manera más sádica que se me pasara por la cabeza… pero no me atrevía a hacerlo. Era demasiado precioso.  
Me concentré en sus pequeños pezones, acaparando toda la piel que los rodeaba con la boca, empapándolos bien con mi saliva. El Muñeco suspiraba. Noté su corazón saltar contra su pecho, de la misma manera que saltó él en la cama cuando le mordí con firmeza el pezón derecho, casi con intenciones salvajes de arrancárselo.   
  
-¡Ahm...! – encorvó la espalda un poco y aparté la boca de su pecho, clavando mi mirada seria en su carita ruborizada. - Tom… no seas bruto, coño.  
  
-¿Coño? Vaya boquita, Muñeco. Quizás también tenga que amordazarte para que no sueltes tantos tacos. – a Bill le brillaron las mejillas.   
  
-Hazme lo que quieras. – su serenidad me sorprendió.  
  
-¿En serio? ¿Eso quiere decir que ésta noche eres mío? – asintió con lentitud. - ¿También quiere decir eso que me dejarás hacerte todo lo que quiera? ¿Y si quiero pegarte? – Bill tragó saliva, pero no dijo nada. Sonreí. También debía tener cuidado con las sonrisas y las expresiones de la cara, sino, podían tornarse perfectamente como las de un asesino y no convenía asustar a mi Muñeco.   
Aunque yo sabía que él ya se olía que era un auténtico asesino. Aún no comprendía porque no huía de mí si ya se había percatado de ello.   
-Vaya, otro regalo de Navidad. No me lo esperaba. Aunque después de la Gibson, pocos regalos pueden impresionarme. – Bill frunció el ceño un poco, mirándome con los ojos resplandecientes. Otra carita de niño enfadado sin caramelo.  
  
-Pues sino te gusto como regalo, puedes ir quitándome las manos de encima… - de un tirón imprevisto, aprovechándome de su baja guardia, tiré de sus apretados boxers negros hacía abajo. - ¡Tom! – se ruborizó aún más si cabía, como si fuera la primera vez que se mostraba completamente desnudo frente a mí. Descendió de golpe las manos atadas hasta su entrepierna, tapándome la vista. Me entró la risa floja al verlo.   
  
-¿Qué mierda haces? ¿Te da vergüenza a estás alturas? ¡Quita la mano! – se las aparté con brusquedad. Él se encogió – Abre las piernas. Quiero verte bien. – el Muñeco suspiró quedamente, obedeciendo, mirándome fijamente a la cara. Sentí un débil picor en las mejillas en cuanto vi su polla firme y dura delante de mi cara, esperándome con ganas. – Eres idiota Muñeco. No me creo que tengas vergüenza de tu propio cuerpo ni de tu polla. No tienes nada que envidiar a nadie, ni siquiera a mí. – Bill la tenía bien grandecita. Quizás tanto como la mía, tal vez incluso algo más o algo menos. ¿Cosas de gemelos, quizás? Daba igual. La única realidad es que era la primera vez que me quedaba fascinado viendo a una persona desnuda y más, a un hombre. Pero es que Bill no era un hombre, era mi Muñeco precioso.   
Era tan delgado que rozaba lo insano. No tenía músculos, quizás algunos poco definidos en los brazos. Ni rastro de vello en el pecho. Su piel parecía transparente, muy blanca y suave, el cuello parecía frágil y su cara digna de una estrella porno, mortalmente erótica con esas mejillas ruborizadas, los ojos perfilados con una suave capa de maquillaje que los hacía grandes y atentos a cada uno de mis movimientos. Los labios rojizos e hinchados de haberle comido la boca como un salvaje minutos antes, el perfil de su cara era rematadamente fino.   
Muñeco hecho para saborearlo a bocados.   
Me alcé un poco sobre la cama, sacándome la camiseta y los pantalones, dejándolos caer al suelo. El Muñeco me observaba sin perderse detalle, con el pecho subiendo y bajando, acelerado.   
  
-Tom… venga… me estoy poniendo nervioso…   
  
-Shh… - dejé caer con cuidado el cuerpo sobre el suyo, sintiendo escalofríos al alcanzar el pleno contacto entre mi piel dura y áspera con la suya. Le besé los labios. Le temblaban lo suficiente como para dificultar el beso. - ¿Por qué estás tan nervioso? – el que se estaba impacientando era yo, notando su polla bien firme pegada a mi abdomen.   
  
-Les oigo… les oigo desde aquí… ¿Y si suben? – sonreí acariciando su dulce carita con mis manos, restregando mis labios húmedos por su mejilla.   
  
-¿Por qué no dejas de pensar en eso y te concentras en mí? Te prometo que si suben no te soltaré. Te protegeré… - y noté perfectamente como los músculos tensos de su abdomen se relajaron. Sonreí…  
Le mordí el cuello con suavidad mientras él alzaba los brazos de nuevo y los dejaba inertes sobre su cabeza, dejándome libre acceso a su pecho. Aparté la cara de su cuello, ascendiendo por su nuez, recorriéndole la barbilla con la lengua y me lancé a por su boca entreabierta, con ganas de penetrarla con mi lengua hasta el fondo, hasta callar sus gritos típicos de las putas que se ponían húmedas simplemente por el sonido de sus propios chillidos.   
Mientras nuestras lenguas jugaban, se tocaban e intercambiaban saliva ansiosas por entrar en la boca del otro, recorrí su cuerpo con mi mano. Restregué los dedos por sus pezones hasta pellizcarle con saña. Bill se revolvió con brusquedad. Un hilo de saliva se escurrió desde mi boca hasta su clavícula. Me reí observando su expresión ruborizada mientras negaba con la cabeza como si estuviera medio ido y volví a juntar nuestras lenguas entre nuestros labios.   
Descendí mi mano ávidamente hasta su ingle y de improviso, le agarré la polla con fuerza, estrujándola entre mis dedos.   
  
-¡Ah… no tan fuerte, joder! – gritó, dándome un mordisco en los labios que me hizo separarme de golpe. Saboreé con la puntita de la lengua el sabor metálico de mi sangre y apreté el agarré de su polla con pura malicia. El Muñeco se encogió, revolviéndose como un gatito dolorido y asustado rodeado por perros hambrientos que le enseñaban los dientes. Se encorvó hacía delante. Lo volví a tumbar en la cama de un empujón brusco.   
  
-Quieto. ¿No querrás que te haga daño, verdad? – Bill respiraba agitadamente, alterado, con los ojos brillando intensamente. Parecía a punto de llorar, pero sabía que no lo haría. Había aprendido a hacerse el duro delante de mí.   
Con esa carita asustada era, simplemente, un Muñeco precioso. Observé su expresión de sufrimiento y luego desvié la mirada hasta su polla dura entre los dedos de mi mano. Incluso su polla era preciosa.   
-Tienes un pequeño y duro problema entre manos, Muñeco. Habrá que hacer algo para arreglarlo. – Bill me miró medio ido, sudando a chorros. De acuerdo, Tom. Es tu turno de hacerle disfrutar como se merece el precioso Muñeco.   
Aflojé el agarré de su pene y me incliné hacía delante, intentando averiguar que clase misterio tendría hacer semejante guarrada. No le veía ningún secreto, así que con seguridad abrí la boca frente a la punta húmeda de su polla y la atrapé entre mis labios, rodeándola con la lengua.   
Bill dio semejante chillido agudo que el corazón se me puso a doscientos de golpe.   
Me la saqué de la boca y le mordí la ingle con fuerza.   
  
-No grites. – el Muñeco se llevó las manos a la cara húmeda, tanto por lágrimas como por sudor y apretó los dientes. Volví a por su pene desde la base y lo lamí desde abajo hasta la punta. Se la besé. Y volví a metérmela en la boca, esta vez hasta el fondo, todo lo que mi boca consiguió tragar.   
  
-¡Hum! – Bill gimoteó escandalosamente, encorvando la espalda y también la pelvis hasta mi boca, buscando más profundidad en ella. Se la saboreé con la lengua. No resultaba vomitivo, pero preferiría que me la chuparan a mí. De todas formas, el solo oír los grititos de mi Muñeco precioso merecían la pena para rebajarme al nivel de un maricón cualquiera. Empecé a sacármela de la boca muy lentamente, para que Bill disfrutara bien de mi boca. Error… - ¡Ah… por favor Tom, cuidado con los dientes…! – mierda. Le había clavado los dientes. Que puto burro.   
  
-Lo siento, Muñeco. – definitivamente, eso no era lo mío. Empecé a subir y a bajar la mano sobre su polla con descontrol, intentando compensar el raspón que le había causado mi boca. Le dediqué un par de lametones a la punta hasta que noté su humedad y descendí con mi lengua hacía más abajo, hasta sus huevos. Los lamí y delineé con la lengua, notando como Bill se estremecía y se revolvía cada vez con más violencia, incapaz de contener sus graznidos. Que delicado y sumamente adorable. No pude evitar mordérselos suavemente.   
  
-¡Aaahh! – sollozó. Prácticamente se le saltaron las lágrimas. - ¡Tom, por favor… fóllame ya! – sonreí complacido.   
  
-¿Ya? ¿Tan pronto? – el Muñeco se desesperó. Se revolvió con tanta energía que consiguió darse la vuelta en la cama, dándome la espalda. Me relamí los labios al ver el esfuerzo que le supuso alzarse sobre las manos atadas y situarse a cuatro patas, con el culo en pompa frente a mí.   
  
-Ya, ahora… venga, Tom… por favor, le tengo ganas… - ¿Y quién coño se negaba a esa suplica?   
  
-Que caprichoso, Muñeco. – murmuré, sonriente y lleno de gozo a más no poder. Me bajé los boxers con rapidez mientras le agarraba el culo prieto y pequeño con una mano. Le mordí una de las nalgas. Bill alzó la cabeza con la boca abierta, jadeando como un perro. – Que perra tan obediente estás hecha.   
  
-Tom… no lo estropees ahora… - fruncí el ceño, abriéndole las nalgas con las manos y recorriendo con un dedo el interior de éstas hasta los testículos.   
  
-¿Estropear qué? – me sorprendí a mí mismo dándole un leve lametón a su apretado agujero. El Muñeco se estremeció.   
  
-Ésta noche… no la estropees… - ignoré su comentario, sin entender bien a qué se refería exactamente y me alcé sobre mis rodillas, colocándome para penetrarlo de una estocada rápida y fuerte, dispuesto a abrirlo de manera que le hiciera daño, para que lo que le siguiera no le doliera tanto. Un método estúpido y poco eficaz. Para la próxima vez compraría lubricante. No me hacía gracia tener que verlo sufrir por mi brutalidad. – Tom… la primera fuerte… quiero que me haga daño, haz que me duela… - gimoteó. Por un momento pensé que me había leído el pensamiento.   
  
-Eso pretendía hacer, Muñeco precioso… - coloqué bien mi polla rozándola con su agujero, presionando.   
  
-Tom… - mi Muñeco giró la cabeza, mirándome con esa sonrisa tan tierna que ya conocía, de las que me hacían estremecerme de forma espeluznante. – Vas a quedarte en Hamburgo para siempre, ¿verdad?   
  
-Sí… contigo… - su preciosa sonrisa resplandeció.   
  
-Te quie…*  
  
  
  
***Ring… Ring… Ring…***  
Oh, no…  
***Ring, ring, ring…***  
Joder…  
***¡Ringringringring…!***  
¡Me cago en la puta!   
Aparté de una patada las malditas sábanas blancas de mi cuerpo sudado y cansado, con los ojos hinchados y los movimientos torpes al levantarme de mal humor. El cutre y molesto ruido del timbre de la puerta principal acababa de interrumpir mi depravado sueño. Noté mi polla dolorida de la enorme dureza con la chocaba contra mis boxers. Eso no era una erección matutina a la que cualquier hombre debía enfrentarse tarde o temprano después de un buen tiempo de represión, no. Eso era una enorme erección debida al sueño caliente que había revivido con detalle la noche de Navidad de ese mismo año… y eso quería decir que representaba peligro.   
Me levanté de la cama y agarré los pantalones tirados sobre el suelo, colocándomelos lentamente, sin prisas pese a la insistencia del timbre y a los cansinos ladridos de Guetti, mi perra, mientras rascaba la puerta con las zarpas de las patas.   
No me molesté en mirarme en el espejo ni en intentar disimular la erección, que se notaba a leguas. Salí de mi cuarto con paso tranquilo y caminé por el pasillo hasta la puerta principal. Guetti giró la cabeza, mirándome con la lengua fuera y la pequeña cola cortada haciendo amago de aletear alegremente. Solté los tres cerrojos de la puerta y abrí, desganado.   
  
-¡Lo sabía! ¿¡Os lo dije o no os lo dije!? ¡Aprended a creer un poco más en mí, capullos! – puse los ojos en blanco.   
  
-¿Qué coño quieres, Andreas? – Andy, el rubio cansino y siempre alegre que se parece vagamente a Bill, entró revoloteando en casa, sin recibir invitación alguna. - ¡Eh! ¿¡Quien cojones te ha dado permiso para entrar!? – lo agarré del cuello de la camiseta, tirando de él hacía atrás en gesto amenazante. Andy alzó las manos en señal de rendición.   
  
-¡Vale, vale, tranquilo! ¡Joder, tío, sólo he venido a saludarte! ¡Hace meses que no sabemos nada de ti!  
  
-¿Acaso te importa que cojones haga con mi puta vida? ¡Sal de aquí cagando leches, ahora!   
  
-¡Coño con el jefe, que humor! – Ricky se adentró en casa aprovechándose de mi despiste, tranquilamente, dándole a Andy incluso un leve empujón para apartarlo del trayecto.  
  
-¡Con permiso, Brother! – y Black, prácticamente, entró arrollándonos con su cuerpo de verdugo negro. Solté a Andy y giré la cabeza hacía el montón de peña que se aproximaba hacía la puerta, dispuestos a entrar junto a los demás bien cargados con litronas de cerveza y los objetos punzantes bien a la vista.   
Apoyé las manos a cada lado de la puerta, impidiéndoles el paso.   
  
-Yo que vosotros volvería a casa a recoger la coca antes de que termine de vestirme y vaya a prenderle fuego, sin o con vosotros dentro. – y cerré la puerta de un portazo, más que cabreado.   
  
-¿Qué tal tu vida en Hamburgo, Thomas? Nos habrás traído algún regalo ¿no? ¡Encima de que cuidamos tus territorios! – Andreas ya se había adueñado de la nevera, buscando como un perro algo de alcohol con el que calmar su instinto.   
  
-¡Andy, cógeme una birra, anda! – gruñó Black, sentándose con pose chula sobre el suelo, ignorando el sofá.   
  
-¡En cuanto las encuentre, tío! ¡Tom, no me jodas, tienes la nevera vacía!  
  
-¡Sí y tienes suerte de que no halla, porque te las metería por el culo! ¿Dónde está Ricky?   
  
-¡Aquí! – Ricky salió del baño con el ceño fruncido, revolviéndose el pelo corto y erizado con una mano. - ¿Dónde tiro esto, Tom? – me enseñó una gruesa bola encerrada en su puño, medio ensangrentada.   
  
-¡Joder, Ricky, que asco! – exclamó Andy saliendo de la cocina.   
  
-¿Qué? ¡No tengo la culpa! ¡Ojala no tuviera ésta mierda de regla, ni siquiera con las pastillas se va! ¡Abría que veros a vosotros con ésta guarrada pegada al culo todo el día!   
  
-Pues ya podrías quedarte menopáusica. Total, para lo que te va a servir esa mierda… no te veo yo a ti de madre.   
  
-No me verás. A mí como mucho me da Tom… - Ricky se tumbó en el sofá como si fuera suyo, clavando sus ojos oscuros en mi cara. – Pero últimamente ya ni eso. Tom, me tienes desatendida. ¿Qué pasa? Cuando llevaba minifaldas y estaba en el equipo de animadoras bien que me la metías. ¿Ahora soy demasiado tío para ti? – Ricky, en realidad, Richelle, había pasado por un proceso de transformación de buenísima a buenísimo. De pija a machorra total. De pelo largo y cuidado a corto y erizado. De vestiditos cortos de Channel a ropa casual bien pegada de la marca Surfer, de personalidad de tía fácil a personalidad de tío con dos pares de cojones bien puestos. En definitiva, de repente se creía hombre y no podía engañar a nadie. A veces, le gustaría ser un auténtico tío.   
Después de su transformación, nadie tenía muy claro que era de su orientación sexual, pero poco me importaba. No iba mal para casos de desesperación total, por muy tío que se creyera.   
  
-Hablando de eso. Tom, menudo empalme, tío. – los tres se inclinaron para mirarme la entrepierna.  
  
-¿Quieres descargar? Si te da asco la regla, tengo una bonita boca dispuesta a todo.   
  
-O si quieres experimentar… - alcé una ceja, mirando a Andy con expresión de circunstancia. - ¿¡Qué!? Tengo un piercing en la oreja izquierda, ¿Recuerdas? Eso quiere decir que soy un desviado.   
  
-Menuda pandilla de maricas. – gruñó Black, encendiéndose un cigarrillo. – Eso no va por ti, Tom.   
  
-Pues no apuestes nada por ello. – Black hizo como que no había oído nada. Ricky frunció el ceño levemente, pero se quedó callada. Andreas me miró fijamente y sonrió, entendiendo por dónde iban los tiros. Pronto soltaría algo tipo, así que el machoman ha experimentado, por lo que cambié de tema enseguida, molesto.   
No tenía ganas de dar detalles. No quería que nadie supiera de la existencia de Bill. Sería un riesgo innecesario.   
Me dejé caer con las piernas abiertas sobre el otro sofá, quitándole un cigarrillo a Black y llevándomelo a la boca después de que me lo encendiera con el suyo.   
-Creía que todavía estabas cabreado por lo de tu novia. – le hablé. Black se apartó el cigarrillo de la boca y soltó el humo tranquilamente.   
  
-Fui un gilipollas. Debería haber sabido antes que era una putita como otra cualquiera. Fue realmente estúpido por mi parte liarme a hostias contigo, Bro.   
  
-Sí, lo fue. Tuviste suerte de que se tratara de ti. No hubiera sido tan indulgente con cualquier otro, hermano.   
  
-Bueno… igual ahora te arrepientes de haberlo sido. – suspiré.   
  
-¿Qué ha pasado? – Ricky se revolvió incómoda en el sofá.   
  
-Nos han quitado el Floy. – sentenció Andy con voz cansada. Crispé los huesos de mis nudillos.   
  
-Es decir, os dejo mis territorios para que los cuidéis mientras yo no estoy y saquéis provecho de los beneficios del local y vosotros dejáis que os los quiten sabiendo que ni siquiera es vuestro. ¿Quién coño ha sido? – por un momento se hizo el silencio. - ¿Tengo que volver a repetir la pregunta?   
  
-Los Arios, Tom. Los Arios. – puse los ojos en blanco. Genial. Acababa de llegar y ya tenía una pelea de las gordas seleccionada. Hum…  
  
-¿Cómo habéis podido dejar que esos cabeza rapada os quitaran el local? – volvieron a quedarse en silencio. – Por lo visto no tenéis ni idea de lo que hemos perdido. Por lo menos a mí me daban un diez por ciento de los beneficios del club y ahora ¿Qué? Esos mil euros mensuales ¿De dónde me los saco? – siguieron guardando silencio. – De acuerdo, vale. – suspiré. – habrá que ir a recuperarlo. – Black, Ricky y Andy sonrieron enseguida.   
  
-¿Cuándo?   
  
-No lo sé. Ésta semana. ¿Saben que he vuelto? – miré a Andy de refilón, que abrió los ojos como platos.   
  
-¡No, no soy tan estúpido como para ponerlos sobre aviso!   
  
-Ya. Pero se lo has dicho a todo el mundo que consideras de la pandilla. ¿Y si hay un topo, qué? Aún así, las noticias vuelan. No contéis con el efecto sorpresa por culpa del bocazas de Andreas.   
  
-Joder, marica, ya te podrías haber estado callado.   
  
-Y habló precisamente Ricky, machorra lesbiana.   
  
-¡Serás maricón…! – me levanté del sofá mientras esos dos se peleaban, aplastando el cigarrillo contra la mesilla del salón, sin ningún cuidado.   
  
-¿Y el Príncipe? – le pregunté a Black, el único que se mostraba indiferente ante semejante jolgorio.   
  
-Hum… no tengo ni idea. Andreas le avisó de tu llegada el primero, pero no quiso venir. Ya sabes que ese va a su rollo, con su ropita de marca y sus lujazos. El niño pijo… aún no entiendo porqué dejaste que se nos uniera, Tom. No es de los nuestros.   
  
-En realidad, sólo hay que buscarle el sadismo. Sólo hay que mirar a los ojos a alguien para saber si es peligroso o no y él… puede llegar a serlo si quiere. Sólo hace falta quitarle los miedos aunque sea a hostias. En fin… voy a ducharme. Cuida de que esos dos no me rompan nada. – Black asintió levemente. En cuanto abrí la puerta del salón Guetti me saltó encima, levantándose sobre las patas traseras con alegría, ladrando. Le acaricié la cabeza y el lomo, dándole un poco de juego y luego lancé su único peluche hacía el final del pasillo, haciéndola correr tras él moviendo la pequeña cola.   
Me encerré en el baño. Me desnudé frente al espejo, rascándome la barbilla con una mano. Noté la barba espesa asomándose por los poros de mi piel. Ya era hora de afeitarse otra vez. Suerte que a diferencia de otros, a mí me bastaba una pasada con la cuchilla una vez a la semana. Apenas tenía vello… como Bill.   
Recordé de repente aquella vez que lo vi en el baño, afeitándose. Me quedé casi shockeado. Me lo había tirado tantas veces y me había llegado a parecer tan afeminado e imberbe, que me quedé embobado viéndole hacer una cosa tan masculina y tan normal para un hombre como era afeitarse. Me había parecido tan atractivo. Tan deseable… Había sido imposible no follármelo contra el lavamanos.   
Me metí en la ducha y abrí el agua fría, helada. La necesitaba si pretendía bajar la erección sin utilizar las manos, porque era una erección peligrosa. Muy peligrosa para mi mente salida.   
Mientras el agua caía sobre mi cuerpo como cuchillas, sentí una mirada escalofriante clavada en mi espalda. Intenté ignorarla en la medida de lo posible, empezando a enjabonarme el cuerpo con tanta fuerza, que me arañé la piel con las manos.   
Cuando salí de la ducha empapado, sin molestarme en coger siquiera una toalla y agarré la cuchilla de afeitar del mueble del baño, me crucé con su mirada a través del espejo… Con la mirada del Muñeco, el maniquí agrietado, con sonrisa rota, ojos ocultos tras el cabello negro encrespado que le caía como una cascada sobre la cara. El Muñeco que desde que había salido de Hamburgo no me dejaba tranquilo ni en el baño. Ese macabro Muñeco. Remordimientos y nostalgia pura hechos una ilusión.   
  
-¿Qué puñetas quieres ahora? – me volví hacía él. El Muñeco se rió de manera macabra y desapareció.   
Ese puto Muñeco no tenía comparación con Bill.   
Mientras me afeitaba, me pregunté que estaría haciendo mi Muñeco en ese mismo momento…  
  
  
  
  
**By Bill**  
  
  
-…Eh… oye tú… ¡Despierta! – abrí los ojos sintiendo un leve sobresaltó, pero no lo suficiente como para moverme de la silla de la biblioteca más de un centímetro.   
  
-¡Shh! – rechistaron los demás estudiantes, mirando en mi dirección con el ceño fruncido.   
  
-Lo siento… - la persona que acababa de despertarme se sentó frente a mí, mordiéndose el labio inferior. Yo lo conocía. Entrecerré los ojos analizando cada una de sus facciones. Claro que lo conocía. Era Frank, mi gran rival de la infancia. Aquel contra el que competía por la nota más alta en los exámenes, por quien era el que comía más y en menos tiempo, quien era capaz de trepar más alto la barra de gimnasia, quién acababa con más ligues en verano… ese Frank.   
  
-Frank…   
  
-¡Sí, ese soy yo! Menos mal que me reconoces. He venido aquí pensando en cómo cojones te explicaría yo a ti quien era sino me reconocías. – sonrió, cruzándose de brazos sobre la mesa e inclinando el cuerpo hacía delante, apoyando la barbilla sobre la mano, mirándome con los ojos alegres y activos que recordaba.   
  
-Estamos juntos desde primaria…  
  
-Ya, pero últimamente no reconoces ni a tus propios amigos, así que pensé… - medio cerré los ojos. Estaba demasiado cansado como para hacer el esfuerzo de fruncir el ceño. – Vaya, he metido la pata ¿No? – no les contesté. Frank empezaba a sentirse incómodo por mi indiferencia. - ¿Cómo estás?   
  
-Bien.  
  
-Me refiero de verdad, tío. Sólo hace falta verte para saber que mientes.   
  
-¿Y por qué preguntas?   
  
-Por simple educación. – bajé la cabeza un poco, clavando los ojos en mi regazo y en mis manos temblorosas bajo la mesa, que apretaban con fuerza mis pantalones intentando detener los temblores. – Desde que Tom se fue apenas te veo por la uni. – sentí un fuerte espasmo al oír ese nombre. Enormes náuseas. El agujero negro empezó a ganar terreno sobre mi mente con sólo oír ese maldito nombre. Sentí como uno de los fragmentos de mi cuerpo caía al suelo para hacerse añicos. No quería hablar de eso ahora. No podía… - Oh, perdón. No quería hablar de él.   
  
-Nadie quiere hablar de él pero todo el mundo acaba haciéndolo. Por eso no quiero ir a la universidad. – sabía lo que me esperaría en cuanto pusiera un pie allí. Las preguntas volarían por todos lados, al igual que los rumores. Por lo menos en casa podía llorar, caerme y esconderme en una habitación oscura cuando quisiera, en absoluta intimidad. Si en la universidad me daba un ataque de ansiedad, sólo conseguiría hacer desaparecer mi escasa autoestima, esa que se arrastraba como una serpiente siguiendo a mi sombra.   
  
-Lo entiendo. Si no quieres hablar, que se le va ha hacer. Sólo…   
  
-¿Qué?   
  
-¿Es verdad que estás yendo a psicólogos y cosas así? – cerré los ojos, suspirando, agotado del todo. Lo que decía. Los rumores vuelan por todas partes.   
  
-No. No tengo nada que contarles. – Frank asintió.   
  
-Bill, en realidad estoy aquí por Georg y Gustav.   
  
-Lo suponía. – se encogió de hombros.   
  
-No es nada personal, ya sabes… pero ¿Por qué?   
  
-No quiero hablar con ellos. – no quería hablar con ellos precisamente por que lo sabían todo. Todo. Eran los únicos en los que podía confiar y a la vez, los únicos que podían recriminarme con razón todos mis actos. Y ahora no tenía ganas de recriminaciones. Sólo quería estar solo en un rincón oscuro de casa revolviéndome en mi propia mierda. Sufriendo en silencio.   
Sabía que Tom no volvería, así que sólo me quedaba la esperanza de que el agujero fuera desapareciendo poco a poco, como ocurre en todos los desengaños amorosos.   
O el agujero desaparecía… o yo me mataría.   
  
-Están muy preocupados por ti, tío. Dicen que no hay forma de hablar contigo, que prácticamente te has aislado en casa, que no les contestas a las llamadas y no les abres la puerta. Gustav me ha pedido que te diga que como no tenga noticias de ti en esta semana, hablará con Simone. – alcé la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos. Me levanté de la silla haciendo chirriar las patas de ésta contra el suelo.   
  
-No tendrán huevos… - Frank miró a nuestro alrededor con el ceño fruncido. Todo el mundo nos miraba, molesto, pero me importaba más bien poco.   
  
-Pues yo diría que sí. Mira, no sé que te habrá hecho Tom exactamente, pero Georg tiene unas ganas de cortarle las pelotas que no son normales. – apreté el puño. Otra vez su jodido nombre. Empezaba a sentir como partículas diminutas del agujero empezaban a fluir por mis venas, crispándome los nervios, envenenándome lentamente. – Así que más te vale hablar con esos gorilas. A saber si tendrían polla para ir detrás del loco de Tom…  
  
-¡Quieres dejar de hablar de ese gilipollas! – golpeé la mesa con el puño, haciendo un ruido estridente que se tragó todo el silencio que inundaba la biblioteca. - ¡Estoy hasta los huevos de Tom, Georg, Gustav, Simone…! ¡Dejadme tranquilo, coño! ¿¡Tan difícil es!? ¡No quiero hablar con nadie! ¿¡Vale!? Dile de mi parte a esos toca pelotas que no se metan en mi vida. ¡No les importa una puta mierda! – Frank me observó en silencio, con mirada desafiante, de aquel que acaba de perder la paciencia.   
  
-Señor… - la bibliotecaria, una cuarentona con pinta de estricta Rotel Meyer me agarró del brazo de repente, con fuerza. – Acompáñeme a la salida. – de un tirón, me deshice de su agarre, molesto. Recogí los libros de la universidad frente a la mirada atenta de la mujer y la escrutadora de Frank y les di la espalda, dispuesto a salir de allí a prisa.   
  
-Bill… - me llamó Frank con voz ronca. – Eres un niñato egocéntrico y desagradecido. – no lo negué.   
Salí de allí tan cabizbajo como había entrado, abrazándome el cuerpo con los brazos, sintiendo que iba a caerme a trozos de vuelta a casa y dejaría un caminito de mis piezas rotas que guiaría a las personas hasta mi cadáver. Hubiera estado bien. Pero no ocurriría. Al menos no tan rápido como desearía.   
¿Cuándo desaparecería el parásito que se había instalado en mi cuerpo? Era las sobras de un amor mutilado y muerto que ya no quería, simplemente para que dejara de hacer daño. Pero cada vez que indagaba inconscientemente en los recuerdos que había compartido con Tom, sólo podía desear desesperadamente que volviera a mí. Y al ver que no lo haría, el agujero me tragaba un poco más y sentía más ganas que nunca de esconderme de la gente para llorar.  
El Bill que Tom había conocido se había marchitado. El nuevo Bill no podía ni siquiera mirarse a un espejo sin sentir asco de sí mismo.   
  
-¡Eh, marica! – frené en seco, con los ojos en blanco y los puños apretados. Un ostentoso coche deportivo se detuvo a un lado de la carretera, junto a mí. Miré con profundo desprecio al conductor que se asomaba por la ventanilla con pintas de chulo, con gafas de sol incluidas cuando prácticamente ya era de noche. - ¿A dónde vas a éstas horas? ¡Pero qué morro le echas! ¡Faltas a la uni cuando te da la gana y por las noches te vas de marcha! ¡Menuda vida, Bill! – se subió las gafas de sol, dejándolas reposar sobre su cabeza con una enorme sonrisa.   
  
-Sparky…   
  
-¿Por qué Sparky? ¿Es que no te acuerdas de mi nombre o qué? Me jode el nombrecito, ¿sabes? – suspiré. Me cargué el bolso al hombro y empecé a andar de nuevo hacia delante, pasando de él olímpicamente. - ¡Eh, eh! – el coche me siguió a un ritmo lento pegado a la acera. - ¿Por qué no vienes a la uni? Se echa de menos a un marica como tú.   
  
-Para eso ya te tienen a ti, ¿No?   
  
-… No me puedo creer que seas tan cabronazo.   
  
-Y yo no me puedo creer que tengas la cara de dirigirme la palabra después de lo de la fiesta de Natalie.   
  
-¡Precisamente eso quería aclararte! ¡Fue un malentendido! ¡No pretendía asustarte, sólo quería besarte, Muñeco!   
  
¿Muñeco…? ¿¡Muñeco!?   
  
Me pierna se movió sola, con fuerza y rapidez y ¡Pum! Hundí el pie en la brillante e intacta carrocería del coche, pegándole una patada que bolló la puerta del conductor.   
  
-Pero… - Sparky paró el coche, pálido y con los ojos muy abiertos, incapaz de reaccionar. Aparté la pierna de la puerta y volví a pegarle una patada tremenda, destrozándola, hecho una furia. - ¿¡Que coño haces!?   
  
-¿¡Con qué derecho me llamas Muñeco, anormal!? – volví a pegarle otra, y otra, y otra. - ¡Vete al infierno, Sparky! – abrió la puerta con cara de mala hostia y antes de que volviera a golpearla, me agarró el brazo, estrujándomelo hasta hacerme daño. - ¡Ah, suéltame capullo!   
  
-¡Menos mal que estás depresivo! ¡Menuda mala hostia!   
  
-¡Que te follen!   
  
-¡Joder, y Tom amenazando para que no me acerque a ti! ¡Si no te hace falta protección, mierda! - ¿Qué?

Dejé de patalear por unos instantes y lo miré a la cara. Sparky tragó saliva por algo que vio en mis ojos. No sabía qué había en mí para provocar semejante reacción en todo aquel que se preocupaba en mirarme a la cara y tampoco me importaba.   
  
-¿Tom… qué? – Sparky alzó una ceja, sin entender. - ¿Qué ha dicho Tom sobre mí? – mi voz sonó ronca y furiosa, grave como si tuviera veinte años más de los que tenía, amenazante.   
  
-Ah, eso… - se encogió de hombros. – Aquella vez en el baño, ¿Te acuerdas? – situó las manos tras su cabeza, suspirando, quitándole hierro al asunto. – Me amenazó con rajarme la garganta si me acercaba a ti mientras él no estuviera. Pero… - empezó a hablar, diciendo algo sobre que no soportaba que nadie le ordenara ni le dijera lo que tenía que hacer, pero yo dejé de escucharle.   
Cuando el dolor disminuía un poco era cuando la furia se incrementaba en mis venas, como en aquel momento. Tom me seguía atando a él aunque ya no estuviera. Le odiaba por hacerlo, le odiaba por mantenerme firmemente pegado a sus recuerdos, por ser tan egoísta que me quería solo para él incluso cuando él estaría disfrutando con otra persona lejos de mí, sin dedicarme un solo retazo de sus pensamientos, como si nunca hubiera ocurrido nada. Como si su Muñeco se hubiera quedado en nada.   
Te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te odio, te odio…  
¡Mierda, te quiero tanto, Tom! ¡Solo puedo echarte de menos a cada momento y tocarme patéticamente a mí mismo pensando en ti, maldito hijo de puta!   
  
-Bill… ¿Quieres que te acerque a casa? – miré a Sparky con los ojos aguados. Un par de lágrimas descendían por mi cara sin compasión, sin represión. Él me miraba en silencio, sin hacer la más mínima referencia a mi muestra de debilidad. Se lo agradecí para mis adentros. Me limpié las lágrimas con el brazo y negué con la cabeza.   
  
-No, gracias.   
  
-Si es por lo que pasó en la fiesta de Natalie, ¡Te juro que no voy a tocarte un pelo! Te asusté y lo siento, de verdad. No quería meterte miedo, sólo quería… besarte. – su casi imperceptible tartamudeo me hizo sonreír un poco.  
  
-No es por eso. Prefiero volver solo a casa…   
  
-¿Es por Tom? – Sparky alzó una ceja al tiempo que una sonrisita divertida aparecía en su cara. - ¿Piensas ser fiel a sus órdenes y gustos eternamente? – fruncí el ceño, pensativo. No, desde luego que no. – Bill… él ya no tiene poder sobre ti. No le perteneces y en mi opinión, nunca mereció tenerte. – un pequeño alivio y sentimiento de halago me cruzó el pecho de parte a parte, justo en el centro del agujero, recuperando una pequeña parte de mí que ya daba por perdida. ¿Un poco de coraje, quizás? – Venga, Príncipe, lánzate.   
  
-¿Príncipe? – me reí un poco, con gran esfuerzo. Sparky me tendió la mano.   
  
-¿Te lanzas? – miré su mano unos segundos, en silencio. Negué con la cabeza y con una especie de amago por sonrisa, le di la vuelta al coche y abrí la puerta del copiloto en silencio, adentrándome en el coche tranquilamente. Oí la risa grave de Sparky cuando abrió la puerta del conductor. – Supongo que así también me vale. – Y arrancó.   
Abrí la ventanilla, buscando el aire fresco del anochecer azotarme la cara. De repente, el techo del coche se replegó, desapareciendo en la parte trasera, dejándome ver el cielo levemente estrellado que se abría en la noche despejada. Miré a Sparky, que me sonrió, divertido.   
Intenté devolverle la sonrisa y creo que más o menos, lo conseguí. Hasta que descendí la mirada y me encontré cara a cara con el espejo retrovisor, devolviéndome el reflejo de mi patético intento de expresar una felicidad que se escondía en lo más profundo de mi entrañas, que huía del parásito instalado en mi cuerpo.   
Sintiendo asco hacía mi propio cuerpo, me pregunté que estaría haciendo Tom en ese mismo momento…

**Capítulo 26**

By Tom.  
  
  
La puerta del Floy se abrió ante nosotros.   
El club Floy es enorme. Una mezcla entre discoteca, pub y puticlub situado en la periferia de Stuttgart. Era un hervidero de alcohol, sexo, música dance y drogas y, prácticamente, era mío.   
En la barra, las chicas que conocía a la perfección y de manera bastante profunda e íntima, bailaban y restregaban sus perfectos y sensuales cuerpos casi desnudos frente a la pandilla de babosos ansiosos por probar un coño caliente y húmedo. Las luces de los focos daban vueltas por todo el local, sin detenerse en un mismo lugar durante apenas un segundo. La música hacía retumbar las paredes.   
Caminé por entre la marabunta de gente, apartando cerdos de mi camino a empujones. Algunas personas se me quedaban mirando desde una distancia prudente, con la boca abierta, sumidos en un silencio respetuoso o, tal vez, lleno de temor.   
  
-¡Tom! - una de las chicas del club se me acercó con un albornoz abierto, dejando ver claramente su desnudez bajo la lencería transparente. -¿Dónde estabas? Esos cerdos se han adueñado del Floy. ¡Es un puto desastre! ¡Lo destrozan todo, no pagan las consumiciones y echan a los clientes! ¡Nos acosan a nosotras! ¿¡Por qué!? ¡No puedes dejar que sigan haciendo...!   
  
-Por eso estoy aquí. - le acaricié la mejilla con una mano, tranquilizando su histeria por momentos. - Anda, guapa. Llama a tus amigas y sácalas de aquí. También a los clientes. ¡Rápido! - la empujé hacía atrás bruscamente. Ella se me quedó mirando con el ceño fruncido y las mejillas ruborizadas. - De acuerdo. Si lo haces bien, luego os daré un bonito regalo a ti y a tus amigas. - ella sonrió complacida y desapareció rumbo a los vestíbulos.   
  
-¿Qué piensas regalarles, Tom? No creo que pudieras tirarte a las veinte en una sola noche. - se burló Black a mis espaldas, mi único apoyo en aquel lugar repleto de cabezas rapadas. Estábamos en territorio enemigo, en la boca del lobo. Y solos.   
Por ahora.   
  
-Será un regalo mucho mejor, ya lo verás. Sabrán apreciarlo. - sonreí. - No hay nadie más vengativo que las prostitutas del Floy. - Estábamos cerca. Lo olía. Esa peste a cerdo que inundaba el lugar me guiaba fácilmente hasta el "Cerdo real" o lo que es lo mismo. El líder de esa manada que se creía algo parecido a los nuevos nazis que traerían la destrucción eliminando a todas aquellas personas que no fueran consideradas de la raza Aria, es decir, matar a los humanos en el matadero y dejar vivos a la jauría de cerdos. Personalmente, me importaban muy poco sus planes. Sólo me importaba que para hacerse dueños del mundo, yo estaba delante. Y de muy mala hostia, por cierto.   
Y allí estaba el cabeza rapada real, rodeado de sus lechoncitos que nos observaron a Black y a mí con ojos temerarios. Suicidas. El cabeza rapada se hacía llamar... ¿Cómo era?   
  
-¡Hombre, Kaulitz! ¡Que agradable sorpresa! ¿Qué te trae por aquí, Capitán?   
  
Ah, sí. Se hacía llamar el Fürher, aunque yo lo llamaba el Cerdito con aires de grandeza que soñaba con aprender a volar. Sería un bonito título para una película de Disney.   
El tío era feo, calvo, enorme y lucía una perilla que me recordaba al negro del Equipo A.   
  
-Ya sabes, asuntos de trabajo, Heil Hitler. - hice una vaga imitación del saludo nazi que le hizo reír. Uno de sus dientes se tambaleó en su boca. Caminé hacía él y me senté cómodamente a su lado, en el sofá. Black se quedó de pie, en silencio, ignorando las miradas de desprecio que le dirigían los cabeza rapada.   
Ya estaba acostumbrado a ello. Ser judío en Alemania seguía siendo algo difícil de sobrellevar.   
  
-¿Dónde se había metido todo este tiempo, Capitán? Se le empezaba a echar en falta. - me habló, centrándose momentáneamente en mí. Yo ni siquiera le miré a los ojos. Su aliento me molestaba.   
  
-Pero bueno ¿No piensas invitarme aunque sea a una birra? Tu hospitalidad deja mucho que desear. - en realidad, no quería birra. Solo intentaba ganar un poco de tiempo a la espera de que todo el mundo menos los "Arios" salieran del club.   
  
-¡Oh, perdona, perdona, hombre! Mira que soy estúpido. - pues sí. Enseguida tuve una cerveza y un cigarrillo ocupando mis labios. El lechoncito que me trajo la bebida me miró con mala cara. - ¿Y que le trae por aquí al gran Tom Kaulitz? ¿Piensa quizás disfrutar de los placeres de una de nuestras chicas o sólo ha venido a tomar un par de birras con su colega, el Fürher? - ¿nuestras chicas? ¿Colega? No me descojonaba en su cara por hacer el paripé.   
  
-Ninguna de las dos cosas. Vengo a arrancarte la polla y a recuperar mi club. - él intentó parecer tranquilo, pero sus lechones empezaron a inquietarse observando el puro que su líder se llevó a la boca, tan pancho.   
  
-Entiendo. Has venido a hablar de negocios.   
  
-No. He venido a cortar cabezas y la tuya es la primera del menú.  
  
-Por supuesto, Capitán, pero estoy seguro de que este malentendido se puede arreglar con una buena oferta. ¿Qué te parecen seis mil?  
  
-¿Por el Club? Eso es lo que gano en dos meses por él. No me hagas reír.   
  
-Está bien, está bien. ¿Qué te parecen diez mil?   
  
-No lo veo claro.   
  
-¿Quince mil? - sacudí la cabeza, fingiendo aburrimiento ante su insistencia. - Veinte mil y es mi última oferta.   
  
-Pues si es tu última oferta, tienes un problema. - ante mi sorpresa, él volvió a reírse.   
  
-¿En serio? ¿Qué me dices si incluyo en la oferta al príncipe del castillo de muñecas? - fruncí el ceño cuando los lechoncitos sonrieron tímidamente. - Traedlo. - Black y yo cruzamos una mirada de ligera sospecha y en cuanto de entre la muchedumbre de cabezas rapadas, entre risas, apareció él, atado, despeinado, desnudo de cintura para arriba y con unas pintas muy poco saludables, tuvimos el mismo pensamiento.   
Joder...  
  
-¡De rodillas, principito! - el Príncipe, nuestro Príncipe, Aaron, cayó al suelo de rodillas frente a mí. Estaba furioso, se sentía impotente y humillado, rabioso, sólo con mirarle todas esas emociones me fueron transmitidas como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me cabreé.   
El Príncipe tenía el pelo rizado, castaño claro, casi rubio. Ojos verdes, grandes y expresivos. Solía tener los labios siempre fruncidos, muy carnosos y la cara era blanquita y sin rastro de barba. El cuerpo no muy musculoso, pero lo suficiente como para llamar la atención de cualquier chica. Nadie negaría nunca que era realmente atractivo y guapo a los ojos de las mujeres o también, a los ojos de hombres como Andy.  
Le llamábamos Príncipe por sus aires de grandeza, se creía muy superior a la escoria como nosotros y no le gustaba mezclarse mucho con nuestra pandilla. Por eso, muchos le tenían tirria. Yo no y menos ahora. Lo comprendía. Había nacido en el seno de una familia adinerada y era normal que no se considerada de los nuestros, aunque a veces pareciera realmente desesperado por intentar ser como nosotros. Sus actos eran contradictorios, pero tampoco es que me importaran gran cosa. Lo que me importaba en ese momento era el mal aspecto que tenía, encogido en el suelo con la cara pálida, el pecho morado casi en su totalidad y los desgarrones que tenía sobre la piel.   
Me sentí enfurecer y más cuando ví el Muñeco, producto de mi mente enferma, pasearse por allí a sus anchas, andando tranquilamente hasta el Príncipe, situándose a sus espaldas sin apartar sus ojos de mí y reírse con esa asquerosa boca cosida que tenía. Se reía y entendí enseguida por qué...   
Aaron, el Príncipe, me recordaba demasiado a mi Muñeco precioso, Bill.   
  
-Vaya, vaya... - murmuré, agarrando el cigarrillo entre mis dedos y soltando el humo tranquilamente por la boca. - ¿Cómo te has podido dejar capturar, Príncipe? Mira que te lo advertí.   
  
-¡Que te follen, Tom! - me gritó. Lo que decía, aires de grandeza. Incluso su genio era parecido al de mi precioso Muñeco.   
El Fürher se rió.   
  
-Vaya, parece que tus camaradas no te tienen mucha estima, Capitán. Dejémonos de negociaciones pacíficas. - el líder del escuadrón Cerdos Neonazis Oing Oing se levantó del sofá y anduvo tranquilamente hasta el Príncipe. Se sacó una navaja bien grandecita de la chaqueta y se la puso en el cuello. Aaron enmudeció, con los ojos muy abiertos cuando sintió el filo del metal resbalar por su piel peligrosamente. Black dio un paso al frente. Enseguida los cabezas rapadas se vieron armados hasta los dientes contra mi "guardaespaldas", intimidándolo. Él dio un paso atrás. - Este es el trato, Capitán. Si nos cedes el Floy, el Príncipe saldrá de aquí con el cuerpo unido a la cabeza, ¿Qué te parece? - le di una última calada al cigarrillo, con los ojos entrecerrados.   
  
-Una oferta no muy generosa por tu parte, pero yo tengo una mejor.  
  
-Cuéntame. - Me levanté del sofá, con las manos en los bolsillos y el cigarrillo aún en la boca. Di dos pasos al frente, dirigiéndome hacía el líder. Él retrocedió instintivamente. No le iba a servir de nada.   
  
-Este es mi trato. Tú sueltas al Príncipe, me devuelves el Floy, sales cagando hostias de mi territorio y yo te dejaré con vida, a ti y a los tuyos. - Fürher se descolocó por completo. Todos lo hicieron, mirando de derecha a izquierda, hacía atrás, vigilándolo todo, temiendo que alguien se les echara encima de un momento a otro. Al no ver nada, el líder rompió a reír.   
  
-¡¿Estás flipado?! ¡Se te ha ido la pinza, Capitán! - siguió riéndose a carcajadas. Miré a Aaron unos segundos. Estaba muy nervioso, sudaba, respiraba ansiosamente, temblaba. Tenía miedo. Mucho miedo. Me recordó a Bill al principio, aquella vez cuando tembló de miedo bajo mi cuerpo, llorando, pensando que iba a forzarlo o a hacerle algo peor. No pude contenerme.   
Fürher se atragantó cuando clavé la pierna en la profundidad de su boca. Salió catapultado hacía atrás. La navaja cayó al suelo con un débil tintineo. Le agarré del cuello de la camiseta antes de que se estrellara contra el suelo y empujé su cara hacía la mía.  
  
-Escucha cerdito, esa era mi última oferta y no sólo la rechazas, ¿Sino que encima tengo que aguantar que te burles y tomes de rehén a mi Príncipe, eh? - lo acerqué lo suficiente a mi cara como para que el cigarrillo que llevaba en la boca impactara contra su mejilla, ardiente. Él gritó y yo lo sacudí de nuevo. - ¿Estás de coña? Es un insulto que alguien como tú se haga llamar Hitler. ¡De acuerdo! Si tantas ganas le tienes, voy a enviarte con el mismísimo Führer en persona, cerdito. - tiré de él sin soltarle del cuello de la camiseta, prácticamente arrastrándolo por el suelo mientras se resistía en vano. Sus camaradas hicieron amago de tirárseme encima cuando, sin previo aviso, levanté al líder de los cerditos a base de tirones de su gordo y sudado cuello hacía arriba y lo empujé hacía atrás haciendo un esfuerzo sobrehumano que me destrozó los músculos de los brazos. Salió volando por la ventana, haciéndola añicos en el proceso. Tuvo suerte de que fuera sólo el primer piso. Salté fuera antes de que los demás me siguieran dispuestos a rebanarme el pescuezo y cuando todos salieron del club hechos una furia, se percataron de la encerrona.   
Un cuarto de mis seguidores estaban allí, esperándoles. Se cerraron inmediatamente en círculo alrededor del líder de los cerditos que se retorcía en el suelo, con la boca ensangrentada y un par de dientes menos.   
  
-¿Y ahora qué, cerdito? ¿Ves mi trato desde otra perspectiva? - miró con los ojos muy abiertos a todas las personas que habían a su alrededor, temblando como una hoja. En primera fila, como siempre, estaban Andreas y Ricky. Sonreí y me tragué la carcajada cuando vi a Ricky con la motosierra eléctrica a cuestas que desde luego, era algo muy intimidante que le daba fama de carnicera.   
Las chicas del club, a medio vestir, también estaban en primera fila, disfrutando al ver como los hombres que las habían tratado como auténticas putas se encontraban en grandes apuros en aquel instante.   
  
-¡Joder, joder, joder, joder...! - gritó el patético Hitler, muerto de miedo.   
  
-Sí, sí, sí, guárdate eso para el infierno... ¡Ricky! - ella se posicionó a mi lado con la motosierra a cuestas. La encendió. El ruido del motor y el movimiento de los dientes girando y girando me dio un buen chute de adrenalina.   
  
-¿Cómo lo quieres, Tom? ¿Primero las piernas y después los brazos o lo descuartizo entero, sin miramientos? - naturalmente, sólo era una broma. Una broma muy divertida.   
  
-¡No, no! ¡No, no, no, no, no por favor, no! - no hubo persona de mi bando que no rompiera a reír.   
  
-¿Cuánto me das? - grité sobre el rugido del motor de la motosierra.   
  
-¡Veinte mil! - Ricky se la acercó a la cara un poco más. El Fürher empezó a sudar, se le saltaban las lágrimas. - ¡Treinta mil! - mi carnicera particular dio un paso al frente con una sonrisa asesina que le pondría los pelos de punta a cualquiera. - ¡Cincuenta mil, cincuenta mil, no tengo más, lo juro, no me matéis! ¡Cincuenta mil! - suficiente.   
  
-Ricky, ya. - ella sonrió de nuevo, más tranquila. Apagó la motosierra. - Eso está muy bien. Hay que aprender a compartir las cosas, cerdito, pero así no fue como conseguiste el Floy ¿Verdad? No hiciste negocio, entraste por la fuerza y lo tomaste por la fuerza aprovechándote de la situación y eso no está bien. - alcé la cabeza y le di la espalda, dirigiéndole una mirada de advertencia a los supuestos "camaradas" del supuesto "Hitler" que se habían quedado paralizados, mirando hacía otro lado mientras humillábamos a su líder como los cobardes que eran. - Chicas... y chicos... - miré a las chicas del club de reojo. Distinguí entre ellas a aquella a la que le había prometido el regalo que tendría en ese momento. Luego miré a los miembros de mi banda, heridos, con las marcas y cicatrices de la paliza a sangre fría que habían recibido por los Arios el día que tomaron el Floy, pillándolos desprevenidos por completo. Les sonreí. - Os toca cobrar por las consumiciones y las facturas del médico. Que lo disfrutéis. - las chicas sonrieron con pura maldad y mientras yo salía de entre la muchedumbre, oí los gritos del "Hitler" cuando las putas y mis colegas discapacitados se les echaron encima.   
Pasé directamente de todo el jolgorio. Eso ya no era asunto mío. Lo que hicieran con la carne fresca no me incumbía, pero por librar al Floy de semejante jauría calculaba que podría sacar unos tres mil euros.   
Siempre pensando en el dinero, joder... me compraría un deportivo para hacer frente a la decepción... y a lo demás...   
  
-¡Joder, puto negraco, que eso duele!   
  
-No te quejes tanto, puto pijo, sino quieres que te deje caer y utilice tu culo blanquito de reposa botas. - seguí los gritos con la mirada hasta dar con Black y el Príncipe sentados en un bordillo de la acera. Black intentaba cortar las cuerdas que aprisionaban a Aaron con los dientes apretados.   
  
-¡Me cago en la puta! - de un golpe en la cabeza, el Príncipe se cayó de golpe.   
  
-¡Estate quieto, coño, o vuelves a casa dando saltitos como una liebre!  
  
-¿¡Pero por qué no tienes más cuidado!? ¡Tú tendrás cuerpo de orangután, pero yo estoy herido! ¿¡O estás ciego!?   
  
-¡Tom, el capullo este me está tocando los huevos! ¡¿A que lo reviento?! - me gritó el negro hecho una fiera.   
  
-¡Vete a que la metan en la Meca, judío!   
  
-¡Eso es de los musulmanes, picha floja!   
  
-¡Pues vete a rezarle a Yahvé, negro de...! - Black se estaba cansando y mira que tenía paciencia con los niños.   
En cuanto le desató las manos, se levantó de su lado y le dio un guantazo en el lateral de la cara. El Príncipe quejica se sobó la cabeza apretando los dientes.   
  
-Mierda...  
  
-Deberías dar gracias. Ese negro podría haberte arrancado los cojones con una mano. - le espeté acuclillándome en frente suya. Aaron bajó la cabeza entonces, callándose como un muerto. - ¿Estás bien o qué? No me digas que ya te los han cortado dentro...  
  
-¡No! - sacudió la cabeza. - Joder, llevo ahí encerrado un día entero. Ya podríais haber venido antes ¿No? Me han metido una jodida paliza.  
  
-Ya me he dado cuenta. Ahora ve contándolo por ahí. Como fuiste el valiente que les hizo frente al ejército de los Arios mientras tus colegas se emborrachaban en casa del cabrón de Tom. Hazlo, no me importa.   
  
-No iba ha hacer eso. - se indignó y casi escupió de la rabia. Estaba realmente dolido en el orgullo, por no hablar del dolor físico.   
Me senté a su lado. Yo también tenía los músculos de los brazos agarrotados después del esfuerzo. Había sido demasiado tiempo sin moverme en absoluto como para coger 120 kilos de sopetón y tirarlos por una ventana. No tenía ni idea de cómo coño no me había dado un estirón o me había roto un hueso.   
-¿Dónde has estado todo este tiempo? - preguntó.   
  
-En Hamburgo, haciendo el vago. - de repente, me entraron auténticas ganas de hablar de Bill con él, decirle: mi hermano, al que me he estado tirando durante seis meses, se parece un montón a ti. Pero no dije nada. No era ni el momento ni el lugar... y nunca lo sería...  
  
-Pensaba que no ibas a volver, que nos habías dejado tirados. - el timbre de su voz me dio una sensación que me hizo pensar en la posibilidad de que sintiera pena por mi huida y eso, me recordó aún más a Bill.   
  
-En realidad, pensaba hacerlo. - respondí con total indiferencia. El pasado ya no importaba, ¿No?   
  
-¿¡En serio pensabas dejarnos tirados!? - Aaron se puso histérico de repente. Una actitud bastante hipócrita por su parte después de todo lo que nos odiaba, o al menos, el asco que aparentaba sentir hacía nosotros.   
  
-¿Desde cuando es un "nosotros" para ti, Príncipe? Pensaba que te importaba una mierda esta escoria de manada. - Cerró la boca unos momentos, quedándose pensativo.   
  
-Bueno... supongo que no todos son escoria.   
  
-Claro. Ahora vas a decir que todos los son salvo yo.   
  
-No. Tú eres el más mierda de todos, Tom. - me encantaban los huevos que se gastaba el chaval conmigo a sabiendas de que era capaz de arrancarle la lengua de un mordisco.   
  
-¿Por qué mierdas estás aquí, Príncipe? ¿Por qué te quieres mezclar con nosotros? - no le miré a la cara. Alcé la cabeza hacía el cielo y observé vagamente el resplandor de las estrellas en el firmamento, escuchando a la perfección como suspiraba.   
  
-No lo sé. - yo sí lo sabía.   
  
-Estás a punto de cruzar el límite. Frente a la línea de fuego, en la barrera. Si la cruzas, pasarás de ser una persona normal a ser una persona que odia personas y que probablemente, acabe haciendo daño a personas. Y cuando lo hagas, ya no serás una persona. Serás escoria, como yo y como todos los que me rodean. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? - cualquier persona no tendría ni idea de a que me refería, pero estaba seguro de que él si lo sabría. Una persona que está en el límite siempre lo sabe.   
  
-Creo que sí.   
  
-A algunas personas se les da a elegir en un momento determinado de su vida. El momento de decidir el camino y por suerte o por desgracia, sólo hay dos opciones. O arrastrarte toda tu vida cumpliendo a rajatabla lo que los demás consideran correcto, o hundirte en la mierda cumpliendo con lo que tú mismo consideras correcto.   
  
-Sí. Ya lo sé.  
  
-Y no sabes que escoger.   
  
-No...  
  
-Tómate tu tiempo, no hay prisa.   
  
-¿Por qué elegiste este camino, Tom? - entrecerré los ojos. No me esperaba esa pregunta.   
  
-Bueno... no todo el mundo tiene la libertad de escoger y eso es algo que debes saber.   
  
-Y supongo que tú no la tuviste.   
  
-No lo sé. Simplemente no vi otra opción. - no me gustaba hablar del tema. Todo el mundo sabía cuales eran mis pecados, los grandes y los pequeños y no porque yo quisiera. Era repulsivo que una persona sintiera lastima por ti o temor solo por lo que creen que has hecho o has tenido que soportar. La compasión era vomitiva y la mayor patada que pudiera recibir en el orgullo. Y esa mierda era una de los puntos fuertes de mi Muñeco.   
  
-¡Ey, Capitán! - Andreas se nos colgó del cuello, acaparando toda la atención con su hiperactivo grito. - Esta semana nos vamos reventar el club que acaban de abrir al otro lado de la ciudad, ¿Te apuntas?   
  
-No. Ya tengo planes. - y estaba deseando llevarlos a cabo.   
  
-¿Al otro lado de la ciudad? ¡Eso es un club de ambiente! - gritó Aaron. Casi parecía escandalizado. Andreas le dirigió una mirada asesina.   
  
-Andy, ¿Pretendías llevarme a club de maricones?   
  
-¡No! No es un club de maricones, es un club... ¡Liberal!   
  
-No pienso ir a un antro de esos ni loco.   
  
-Pues el otro día no parecía importarte tanto. - puse los ojos en blanco. El Príncipe me miró con los ojos como platos y Andreas se le quedó mirando con una ceja alzada, sin percatarse de lo mal que había sonado la frase que acababa de pronunciar.   
Aaron sacudió la cabeza, aturdido.   
  
-Joder, no sabía que también te fueran los tíos, Tom.   
  
-No me van. El marica este que se hace ilusiones.   
  
-¡Tío, que tú a mí no me vas! Con lo basto que eres pobre al que le tocara cargar con tu polla. Además... no soy marica. Se llama bisexual y consiste en extender las fronteras del amor libre de mujer a hombre a hombre a hombre y viceversa.   
  
-Lo que dices no tiene sentido y sinceramente, me la sopla. He dicho que ya tengo planes.   
  
-¿Sí? ¿Con quién, con Ricky? ¿O a cobrar favores a las putas del Floy por lo de hoy? - el Príncipe curvó una pequeña sonrisa. El cachondeo con el que Andy trataba a todo el mundo era contagioso.   
  
-¡No te importa una mierda!  
  
-¡Claro que me importa! ¡Todo lo que tenga que ver contigo me importa, Tomi! - y de repente, me dio un beso en la mejilla. Me puse rígido y el Príncipe se separó de un salto, con una cara de asco solo comparable a la mía.   
¡Joder con el puto marica como se me pegaba! ¡Le habría roto las piernas si no se hubiera esfumado volando en cuanto me baboseó la mejilla y me dio un asqueroso lametón con la lengua!  
  
-¡Huye, marica, que te jodan bien en el club de ambiente antes de que yo te coja y te reviente!   
  
-¡Te tomo la palabra, Tom! - sería maricón... él sí que no me recordaba a Bill para nada... mierda...   
  
-Yo... yo creo que me voy ya. - murmuró Aaron, traumado y no me extrañaba. Me limpié la mejilla con el brazo, mortalmente asqueado. Puto Andreas... más le valía correr lejos y volver a esconderse en el armario sino quería que le taponara el culo con cemento.   
En el momento en el que me quedé solo, suspiré y volví a alzar la cabeza hacía el cielo. Recordé aquella conversación de hacía meses, en Navidad, en la azotea. Hacía menos frío que entonces. Pronto estaríamos en verano. También había un gran jolgorio a mi izquierda, y aquello era un callejón situado frente a un maldito puticlub, no una azotea ambientada para dar sensación de romanticismo. Pero la diferencia que se hacía más notable no era esa...   
La diferencia mas notable era que Bill no estaba allí.  
Y no sabía que era peor. Saberlo porque el Muñeco que tenía a mi lado, riéndose de mí macabramente, me recordaba demasiadas cosas que prefería olvidar... o porque por algún motivo muy jodido, quería que mi auténtico Muñeco, el de verdad, el que se vestía con ropa cara dándose aires de estrella de rock, estuviera conmigo en ese lugar putrefacto que era mi asquerosa vida de monstruo asesino.   
  
  
  
By Bill.  
  
  
Ladeé la cabeza. La hamburguesa que tenía entre mis manos tenía muy buena pinta, ¿Cómo no iba a tener buena pinta la comida del McDonalds? Lo que no veía claro era que hacía allí esa hamburguesa Big Mac, esperando que me la zampara sin piedad.   
Miré a Sparky con el ceño fruncido.   
  
-¿Qué pasa? ¿No quieres? - entrecerré los ojos.   
  
-¿Me estás invitando?   
  
-Sí, así que come y calla. No me hagas sentir rechazado. - miré la hamburguesa de nuevo, sin mucho apetito. ¿Qué demonios pretendía conmigo? - Oh, no. No estarás pensado que luego voy a intentar cobrarme la invitación metiéndote mano, ¿No?   
  
-No lo he pensado hasta que lo has dicho. - Sparky suspiró.   
  
-Lo siento. Sólo pensé que tendrías hambre...   
  
-Mi casa está a dos manzanas. - Sparky me miró con los ojos muy abiertos. Tragó saliva. Le había pillado.   
  
-Bueno... en realidad quería estar contigo un rato más. Invitarte a cenar era la excusa perfecta. - supongo que debería sentirme halagado y sonreír, pero no lo hice. No tenía ganas de hacerlo, no podía esforzarme más de lo que lo estaba haciendo saliendo todos los días a la biblioteca para estudiar algo para los exámenes de la universidad, aunque no pusiera un pie en ella. Aún podía aprobar si estudiaba un poco... pero en casa era imposible concentrarse cuando cada rincón estaba repleto de recuerdos.   
Esa puñetera casa me angustiaba. Me hacía sentir claustrofobia y tener a mamá todo el día pendiente de mí no ayudaba nada. Así que salía. Iba a la biblioteca todos los días por la mañana y por la tarde, después de comer. No tenía ánimos para hacer otra cosa.   
Últimamente, Sparky venía a recogerme por la tarde. No es que me gustara, pero tampoco me importaba. Me era indiferente, aunque no podía negar la distracción que suponía para mí su constante charla.   
-Bueno... - le dio un bocado a su hamburguesa. Estábamos en un aparte de la carretera, pegados a la acera de un parque en el que algunos niños aún jugaban iluminados por las farolas de la calle. No nos habíamos bajado del coche y el techo estaba replegado, dejándonos al aire libre. - Siempre me he preguntado una cosa sobre ti, Bill. - le miré de reojo, a punto de llevarme la hamburguesa a la boca. - ¿Por qué te metiste en la carrera de psicología? No parece que vaya mucho contigo. - y tenía razón. Le di un bocado a la hamburguesa y empecé a pensar la respuesta mientras masticaba tranquilamente.   
  
-Sentía cosas...   
  
-¿Cómo? - Sparky alzó una ceja, mirándome fijamente.   
  
-Desde que tengo uso de razón, siento cosas. No tiene nada que ver con fantasmas ni nada de eso. Es simplemente que siento... algo más de lo que debería sentir en ciertos momentos.  
  
-No he entendido una puta palabra. - Sparky bajó del reposa cabezas, dejándose caer a mi lado con suavidad, sin apartar la mirada de mí. De alguna manera, me sentí incómodo. Aquello era algo jodidamente íntimo para mí, algo que estaba seguro que nadie sabía... excepto, quizás, Tom...  
  
  
  
-¿También escribes letras de canciones? Caray, Muñeco. No sé si impresionarme o asustarme. - casi podía revivir la felicidad de ese momento, cuando le saqué la lengua juguetonamente y volví a centrarme en el montón de papelajos que había sobre mi escritorio. Tom dejó de tocar la guitarra a mis espaldas, sentado sobre mi cama. Se levantó y se me acercó por detrás, inclinándose para ver lo que escribía. - Yo no soy yo... hum... un poco contradictorio, ¿No?-¡Eh, no mires!-¡Venga ya! ¡Tendré que saber la letra para componer la música! ¿No? - lo miré con los ojos muy abiertos, desistiendo de mi estúpido intento de esconder las letras de las canciones impresas en el papel. Tom se apoyó en el respaldo de mi silla, sonriendo. - ¿Quieres que le busque a la letra un ritmo con la guitarra?-No serás capaz...-¡Me ofendes! Soy un artista. Puedo con todo. Cántamela.-¿Qué? No, ni hablar. - me ruboricé. No me daba vergüenza cantar ya que, pese a todo, sabía que cantaba bastante bien (modestia aparte). Pero cantar delante de Tom era otra cosa. Cualquier acción que llevara a cabo sin la más mínima vergüenza con cualquier persona delante, se volvía vergonzosa con Tom. Quizás fuera porque me importaba lo que él pensara de mí. Quizás me importara demasiado...-Canta... - murmuró, dejándose caer de nuevo sobre la cama, mirándome fijamente. Suspiré y carraspeé un poco...Ich bin nich' ich wenn du nich' bei mir bist - Bin ich alleinUnd das was jetzt noch von mir übrig ist - Will ich nich' seinDraußen hängt der himmel schiefUnd an der wand dein abschiedsbriefIch bin nich' ich wenn...-Ya... para... - me interrumpió. Que vergüenza joder...-¿Qué pasa? Ni siquiera me has dejado cantar el estribillo entero. - Tom tenía el ceño fruncido. Se sentó en la cama de nuevo y cogió la guitarra eléctrica. - Si no te gusta mi música, vete al infierno. Ni que me importara... - los primeros acordes que formulaban sus dedos al acariciar las cuerdas de la guitarra me interrumpieron otra vez. Me empezaba a sulfurar. Mierda, mira que era... el ritmo...Ese ritmo, ese sonido...Me quedé mirándolo con la boca abierta, sin creérmelo. No podía ser que con sólo oírme cantar el estribillo supiera como era todo el ritmo de la canción, el ritmo que yo me había inventado amoldándolo a la letra y que nunca me había imaginado tocado por una guitarra, pero es que... Era ese. Ese era el puto sonido que seguía toda la canción, con sus bajos y sus altos y su... todo.Era ese.-¿Cómo coño lo haces? - le medio grité. Tom dejó de tocar y la mano quedó flácida sobre la guitarra.-No lo sé. La compuse hace años...-¿Qué? - vale, eso no me lo esperaba. - No puede ser... - agarré la hoja dónde estaba escrita la letra y se la señalé con un dedo, incrédulo como yo solo. - ¡Yo escribí esta letra a los 15 años! ¡Es imposible que...!Y entonces me percaté de la situación. Era imposible. Técnicamente imposible.Tom y yo nos conocíamos desde hacía unos meses. No habíamos tenido más contacto que el que tuvimos antes de la separación a los cuatro años. Él nunca me había oído cantar Ich Bin Nich Ich, ni siquiera había sabido hasta ese momento que me gustaba cantar y escribir canciones. Entonces ¿Cómo se explicaba que prácticamente habíamos compuesto una canción juntos sin establecer el más mínimo contacto? ¿Casualidad? Casualidad era encontrarse la letra de una canción y crear un ritmo apropiado similar al que había pensado el autor de la letra. Sin una pauta, eso no era una simple casualidad.-Tom... ¿Tú crees que... hay una conexión? - los ojos de Tom flamearon de repente, dejándome ver y sentir un cúmulo de emociones nada agradables.Esa pregunta no le había hecho gracia.-¿A qué te refieres?-Pues... al tipo de conexión que tienen dos gemelos. Ya sabes lo que se dice. Telepatía y mierdas de esas. - Tom sonrió, cínico.-¿Estás de coña?-No me refiero a telepatía en sí. Tú ya me entiendes, sentir cosas...-¿Cosas como qué?-No lo sé. Cosas... como los sentimientos del otro en ciertos momentos, presentimientos... esas cosas. - Tom se quedó callado. Por un momento pensé que me estaba ignorando hasta que se decidió a contestar con los labios tensos, fruncidos.-No. Si sintieras una parte de mí en ti, estarías muy jodido.-¿Por qué? - murmuré.-Por que mis sentimientos y mis pensamientos no son muy agradables y si los sintieras... me pondría como un toro. - no lo comprendía. No le importaba que lo psicoanalizara y sí que indagara en sus sentimientos. Me parecía contradictorio.-Tom... - él me había dado la cara, concentrándose en su guitarra, pero sabía que aún así, la mayor parte de su atención se centraba en mí. - ¿Alguna vez... te has sentido solo? - y lo que ocurrió entonces fue como una reproducción a cámara lenta y luego, demasiado rápida como para controlarla.Los nudillos de sus manos se pusieron blancos de la fuerza con la que apretó el mástil de la guitarra. Su expresión se ensombreció, dándole un aire totalmente inhumano. Me miró con tanta aversión, que su semblante se me hizo abominable.En ese momento tuve claro que sí, existía una conexión entre nosotros cuando descubrí que los sentimientos que me inundaban el pecho no me pertenecían. Yo nunca sentiría algo tan oscuro, tan sombrío, tan opaco, tan nocivo, con intenciones de hacer daño.Súbitamente, Tom se levantó de la cama dejando caer la guitarra al suelo con escasa delicadeza. Me provocó hasta escalofríos cuando sus ojos se clavaron en los míos, atemorizándome.-¿De dónde sacas esas gilipolleces? - me espetó, con un tono repleto de rabia contenida. Me recordó a una serpiente apunto de clavarle los colmillos repletos de veneno a su cena.-Yo... simplemente... - murmuré. Quería explicarle que me basaba en mis propios sentimientos para creerlo. Cuantas veces me había sentido solo y triste el uno de septiembre de cada año, cuando todos mis amigos y familiares me montaban una fiesta por mi cumpleaños y me lo pasaba en grande... siempre con ese permanente sentimiento de soledad que no consideraba mío.Era como si mis sentimientos estuvieran divididos en dos y esa sensación a veces me asfixiaba, sobretodo hasta los doce años. Luego, la rabia, la soledad, la melancolía y nostalgia se fueron calmando poco a poco, pero aún seguían ahí. Lo notaba.Y lo peor de todo es que sabía que no era algo que yo sintiera, si no algo que sentía otra persona ajena a mí. Siempre lo había sabido. Y esa persona solo podía ser Tom.-Simplemente ¿Qué? - insistió. Fruncí el ceño, ligeramente molesto por su tono de voz. Alcé la cabeza y nos miramos fijamente durante unos segundos. Él parecía indiferente, yo cabreado y de repente, agarró la silla sobre la que estaba sentado y me tiró al suelo, quitándome el sustento que me daba. Me golpeé la cabeza contra el suelo y apreté los dientes, adolorido.Tom se me echó encima sin parpadear, apoyando sus manos sobre mi cuello y aproximando su boca a la mía.-No importa lo que yo sienta. Importa lo que sienta estando contigo ¿No? - y me folló otra vez. Lo hicimos de una manera tan brutal y fogosa como nunca la habíamos hecho. Me destrozó por dentro hasta provocarme incluso una hemorragia que duró más de unos minutos.Recuerdo que lo hice con rabia. Estaba cabreado y le arañé y le pegué hasta dejarle el hombro morado y la espalda en carne viva. Manchamos la cama de sangre y semen entre los dos. Fue increíble.Y como me cuidó después de aquello, cuando me empezó a doler la barriga a causa de la hemorragia. Cambió las sábanas de mi cama, dejándome su cuarto para dormir y cuando desperté, estaba sentado al borde de la cama tarareando la canción que sin darnos cuenta, habíamos compuesto juntos.-Ya era hora. Empezaba a preguntarme si tendría que arrastrarte hasta el hospital con las tres horas que te has echado de siesta.Eso dijo en cuanto me vio despierto. El plato de pasta mal cocinada estaba esperando en su regazo, lejos del alcance des Scotty. Algo de pasta era lo único que Tom sabía cocinar y la había hecho para mí...  
  
  
  
Y ahora es el momento en el que tengo que recordarme a mi mismo que todo era una puta falsa suya para poder utilizarme a su gusto.   
  
-Sentía cosas. Era como si estuviera conectado a otra persona y sintiera lo mismo que ella en ciertas ocasiones. Supongo que me metí en psicología por pura curiosidad. Quería saber que mierda era esa conexión. - me terminé la hamburguesa sin ganas. Sparky se me quedó mirando unos momentos en silencio hasta que se rió. No era con malicia, pero me molestó un tanto. - ¿De qué te ríes?   
  
-Acabo de acordarme de esa vez.   
  
-¿Esa vez?   
  
-¿No te acuerdas? - su tono era burlón y de lo más divertido. Le empezó a entrar la risa floja. - Siempre que te pegaba en el colegio, decías con voz de niña llorona y aguda, ¡Cuando mi hermano mayor vuelva a casa, te dará una paliza! - por un momento no supe como reaccionar.   
  
-Yo... yo... ¡Yo no gritaba como una niña! - él se empezó a descojonar en mi cara, llevándose las manos a la barriga, haciendo lo posible por no ponerse a patalear en el coche de la risa.   
  
-¡Lo estás haciendo ahora!   
  
-¡¿Qué coño dices?! ¡No tengo voz de tía!   
  
-¡Todo el mundo confundía tu voz con la de una tía en primaria y la faldita escocesa no ayudaba para nada! - sentí como se me venía el bochorno a la cara. ¡También tenía que acordarse de la dichosa faldita!   
  
-¡Eso... eso...! ¡Yo no quería... me obligaron...!  
  
-¡Oh, pero si estabas de lo más mona!   
  
-¡Que te follen!   
  
-¡Eso fue exactamente lo que me dijiste cuando te subí la falda en el patio de la escuela! ¡Fue decepcionante! ¡Esperaba verte con bragitas rosas!   
  
-¡Pero que coño...! ¿¡Y tú qué!? ¡Ibas con el pelo teñido de verde y un piercing en la nariz del tamaño del anillo de la Petri!  
  
-¡No es cierto! ¡Y no te metas con la Petri, era mi profe preferida!  
  
-¡Pero si era una vieja que te dejaba gilipollas con los capones que daba con los anillos! ¡Me traumó la infancia!   
  
-¡Y por eso la denunciaste al consejo estudiantil y la echaron! ¡Por tu culpa, pobre mujer! ¿Y si luego no encontró trabajo y se quedó en la calle, vagabundeando, qué?   
  
-¡Sí, yo acabo de verla prostituyéndose en la esquina! ¡Venga ya! - en ese momento el ruido de unos vidrios cayendo al suelo y haciéndose añicos nos hizo callarnos de súbito. Giramos la cabeza hacía los contenedores de basura y nos quedamos mirando a la mujer que nos daba la espalda, una anciana rebuscando en el contenedor vestida con arapos.   
Me quedé mudo. Sparky y yo nos miramos con los ojos muy abiertos.   
  
-Eh... ¿Pro...profesora Petri? - la mujer se giró y nos miró con ojos de loca.   
  
-¡Fuera de mi basura, fuera de aquí, fuera de mi basura! ¡Fuera! - di un bote sobre el asiento, casi echándome encima de Sparky al ver a la vieja andando hacía nosotros con una botella de coñac en la mano y un patito de goma en la otra. - ¡Fuera, buitres, ésta es mi basura, fuera! - la vieja se me iba a echar encima, agarrando la puerta del coche y alzándose para meterse dentro. Me quedé petrificado y de repente, una hamburguesa voló directa hacía su cara y la hizo caer hacía atrás. El coche salió escopeteado de allí. Cuando miré hacía atrás la vi en mitad de la carretera zarandeando el pato en el aire, amenazando con ponernos dos velas negras.   
Me dejé caer sobre el asiento con los ojos muy abiertos. Miré de reojo a Sparky, que en ese momento también hizo rodar los ojos hasta mí.   
No aguantamos más y empezamos a partirnos el culo, muertos de risa.   
No me había reído tanto desde antes de que Tom se fuera y mis dos gorilas y yo dejáramos de hablarnos temporalmente. Agradecí ese momento como si fuera mi única fuente de apoyo y, en realidad, lo era.   
  
-Ya está... - aún estaba recuperándome del ataque de risa cuando Sparky se detuvo en la puerta de mi casa, suavemente. Suspiré... la casa de mis pesadillas.   
  
-Aún no entiendo bien porque vienes a recogerme todos los días pero... gracias. Me estoy ahorrando un pastón en el bus.  
  
-¡Ah, con que solo me quieres para hacer de chofer!   
  
-Por supuesto. - Sparky sonrió. Nos quedamos callados de repente, sin saber que decir.   
  
-Oye... ¿Cuándo piensas reconciliarte con tus guardaespaldas? - hice una mueca con la boca. Me hubiera gustado decirle que no le importaba una mierda, pero después de traerme hasta casa e invitarme a cenar, me parecía algo fuera de lugar.   
  
-En realidad debería haberlo hecho ya... pero no estaba de humor...  
  
-Escucha... yo prefiero no meterme, ya sabes que ellos y yo no nos llevamos bien pero... están preocupados de verdad por ti y no es que me importe que lo pasen mal, de hecho me la sopla. Pero te conviene tenerlos como amigos en estos momentos. - Sparky no sabía cuanta razón tenía. Les echaba de menos, pero mi orgullo estaba tan herido que me veía incapaz de darle un pequeño empujón para perdonar a Georg y Gus.   
De todas formas, tarde o temprano lo haría y ya era hora de dejar de ser tan egoísta y esforzarme un poco más en sonreír a las personas que me querían... aunque no fueran sonrisas de verdad.   
Salí del coche y me dirigí a la puerta de casa después de dedicarle un leve adiós a mi chofer particular.   
  
-¡Bill! - me detuve en las escaleras que daban a la puerta. Sparky salió del coche y anduvo hasta mí, pasándose las manos por el pelo rubio. Parecía nervioso. - Hum... resulta que este viernes había pensado estrenar la tele nueva de mis padres robando unas pelis del videoclub y cebándome a comida basura toda la noche con unos colegas pero... - hizo rodar los ojos bajo los párpados, encogiéndose de hombros. Notaba su tensión a tres palmos de distancia y me entró de nuevo la risa floja que contuve a duras penas, sin saber por qué. - ... mis colegas me han dejado tirado a última hora.   
  
-Ahá... ya veo. - asentí, mordiéndome el labio inferior aguantando la risa de subnormal.   
  
-Pues... tú... ¿Tú quieres...?   
  
-¿Qué pelis vas a ver?   
  
-¿Eh?   
  
-Las pelis...   
  
-Ah, eso... pues... no sé. De... ¿Miedo? - no pude evitar volver a soltar una estridente carcajada que lo dejó totalmente cortado.   
  
-¡No lo sé, eres tú el que iba a mangar las pelis!   
  
-¡Ah, claro, pues... de miedo!   
  
-Vale... - y sonreí. Por primera vez desde que Tom se fue, sonreí, haciendo un esfuerzo flojo. Casi sin necesidad de forzarme a ello.   
Pero enseguida, mi sonrisa cambió a una mueca forzada y opaca en cuanto me di cuenta de que no tenía sentido sonreír si no era para Tom.   
Sparky lo notó, pero no dijo nada.   
  
-Entonces... ¿Nos vemos mañana? - asentí con la cabeza por pura inercia.   
  
-Sí... supongo que necesito distraerme un poco.   
  
-Pues... hasta mañana. - me sentí desfallecer justo en ese momento, otra vez débil y vulnerable, totalmente derrotado...  
Hasta que Sparky se inclinó y me besó la mejilla, tan cerca de los labios que se me puso el vello de punta. El corazón emergió del pozo negro con un latido que me dejó sin aliento. Tragué saliva con fuerza y me quedé quieto cuando me rozó los labios y los restregó con los suyos con cuidado, reprimiéndose. Luego se separó de mí y miró con seriedad mi cara de gilipollas.

¡Me cago en la puta! Me puse pletórico. No sólo estaba desesperado porque el cabrón de Tom me había dejado tirado, porque quería abrazarle y no podía, porque quería hablarle y recibir respuestas engreídas y demandantes, porque quería tocarle y sentirle cerca y no tenía ni puta idea de dónde estaba... También estaba desesperado porque de tener sexo constante y brutal, había pasado a no tener nada. Sólo la mano derecha y a Tom proclamándose el dueño de mi imaginación, de mis enfermas fantasías...   
Y de repente me di cuenta de que tenía a Sparky a mi disposición, por y para mí. Mi cabeza empezó a trabajar con la información como la jodida mente degenerada que era.  
Me pasé la lengua por los labios y me los mordí. ¿Habría alguien en casa? Quizás...   
  
-¡Bill! - y entonces volví de nuevo a la realidad. Mi madre estaba en la puerta, observándonos. Parecía histérica.   
  
-Mierda...   
  
-¿La he cagado? - me preguntó mi archienemigo, ahora... ¿Conocido, amigo... próximo rollo de verano...? Hum...   
  
-Nos vemos mañana entonces. Me harías un favor si vinieras a recogerme, más que nada porque no tengo zorra de dónde está tu casa.   
  
-Claro. A las ocho...   
  
-A las nueve.  
  
-A las ocho o te vas andando. - volví a morderme el labio inferior por puro vicio.   
  
-Cuando quieras, pero ven. - miré a mi madre de reojo, que me enfilaba con los ojos con preocupación, como si supiera que iba a hacer algo malo. Y en teoría, eso mismo iba a hacer... Me incliné sobre Sparky y le di un beso en la mejilla, rozándole la comisura de los labios. Mamá se puso pálida. - Hasta mañana. - le murmuré y finalmente, me metí en casa, notando como las paredes me tragaban entero otra vez. Percibía un arrebato de claustrofobia cada vez que entraba en casa después de estar al aire libre. Todo se empequeñecía y me acorralaba, asfixiándome con sus recuerdos.   
  
-Bill, cielo... ¿Quién... quién era ese chico? - tal y como suponía, mi madre se había puesto histérica.   
  
-Un chico de la universidad. Mañana voy a dormir a su casa.   
  
-¿Qué? ¿Cómo que vas a dormir a su casa? ¿Cu-cuando has decido eso?   
  
-Ahora mismo. - hice ademán de subir las escaleras, pero mi madre me agarró el brazo con fuerza.  
  
-No puedes ir... ¿Y-y tú depre...?  
  
-¿Y mi qué? - no la tragaba. Era duro pensar eso de tu propia madre, pero no la tragaba. Se había vuelto tan sobreprotectora conmigo desde que Tom se fue que me amargaba la vida. No me dejaba respirar. Era sofocante que se hubiera tomado la baja laboral temporalmente solo para ir detrás de mi culo. No podía dar un paso sin que ella me preguntara para qué lo daba y a dónde iba, por qué. Me ahogaba y me reventaba y esa era una las razones por las que había aceptado la invitación de Sparky. Cualquier oportunidad era buena para quitarme de encima esas paredes y a mi madre.   
  
-Mamá, tengo cosas que hacer...  
  
-¿Dónde has estado? ¿Por qué no me cogías el móvil?  
  
-Estaba en la biblioteca y no me he llevado el móvil. No seas pesada, mamá.   
  
-¿Y ese chico quién era, Bill? - puse los ojos en blanco.   
  
-¡Un amigo!   
  
-¿Un amigo? - asentí con la cabeza, empezando a sulfurarme su actitud de súper mamá. Ella suspiró, tensa - Un amigo... ¿O algo más?   
  
-¿¡Qué!?   
  
-Cielo, he estado oyendo cosas estos últimos días...   
  
-¡No me lo puedo creer! ¡Me estás llamando maricón en mi puta cara! - le grité, histriónico, fingiendo, claro. Ella abrió la boca, escandalizada.   
  
-¿¡Con qué derecho me hablas así!?   
  
-¿¡Y con qué derecho te metes tú en mi vida y te empeñas en intentar controlarla como si fuera tuya!?   
  
-¡No me estoy metiendo en tu vida, sólo estoy preocupada por ti! Desde que tu hermano se fue te veo llorando por las esquinas, arrastrándote por la casa como un alma en pena.  
  
-¡Sí! ¿¡Y qué!? ¡Eso no tiene nada que ver contigo, puedo apañármelas solo, ya soy mayorcitos, joder!   
  
-¡No me grites, Bill, no me grites! - me levantó la mano, amenazándome con estrellármela en la cara.   
  
-¿¡Que coño te crees!? ¿¡Que con pegarme una hostia vas a solucionar las cosas!? ¡Si quieres ayudarme, piérdete! - nunca, en mi vida, le había hablado así a mi madre y nunca había pensado que podría hacerlo alguna vez. La quería más que a cualquier persona en el mundo y era consciente de todo su sacrificio a lo largo de su vida por mí, pero desde hacía meses, veía las cosas diferentes. Sentía rencor hacía ella, un rencor extraño ¿Por qué? La culpaba por el sufrimiento de Tom, por su soledad, por haberlo convertido en lo que era, en un monstruo sin sentimientos y también, por que si no lo hubiera dejado ir con mi padre hacía años, yo no estaría ahogándome en un pozo de mierda que no tenía fondo.   
  
-¿¡Que demonios te está pasando, Bill!? ¿¡Es que no te das cuenta!? ¡Has cambiado! ¡Maldita sea! ¿¡Que ha hecho tu hermano contigo!? - otra vez me sentí rabioso. Se atrevía a echarle la culpa a Tom cuando no tenía ni idea, ¡Ni zorra idea!  
  
-¡Mucho más de lo que crees! - me solté de su agarré de un tirón que le hizo daño en la mano y le di la espalda, corriendo hacía la puerta de casa. No iba a aguantar otra noche encerrado ahí ni muerto.   
  
-¡Bill, ven aquí ahora mismo! ¿¡Que has querido decir con eso!? - los vecinos se asomaron al oír semejante escándalo. Se nos quedaron mirando, a mi madre y a mí en silencio, cotilleando. - ¡Bill! ¿¡Dónde coño crees que vas!? - sonreí con una satisfacción amarga emergiendo en mi pecho al oírla soltar palabrotas. Nunca lo hacía si no estaba muy cabreada, lo que quería decir que acababa de perder los estribos y decidí rematar la jugada, deseando soltar toda la mierda que llevaba dentro desde que Tom me sepultó bajo tierra como si fuera un condenado cadáver.   
  
-¡A buscar a un tío que me joda tan bien como lo estáis haciendo vosotros! ¡A buscar una polla que me folle, a eso voy! - le pegué una patada a una de las macetas de la entrada y salí corriendo de allí a tiempo de ver como mi madre se llevaba una mano a la boca, aguantando los gritos y las lágrimas por la decepción, la impotencia, la rabia o lo que fuera que sentía.   
¡No me importaba una mierda! ¡Estaba hasta los huevos de mi vida!   
Tom era un maldito hijo de perra al que no le importaba nada ni nadie ¡Me había destrozado, me había mutilado y se las había pirado! ¡Y seguro que el condenado cabrón estaría de puta madre en Stuttgart, como si no hubiera pasado nada! ¿¡Y yo qué!? ¿¡Por qué tenía yo que joderme y llorar por su huida!? ¡¿Por qué tenía que sentirme tan desgraciado por alguien a quién no le importaba una mierda!?   
Alcé la mirada hacía el cielo, rabioso, con las estrellas resplandeciendo con luz propia.   
Recordé aquella conversación de hacía meses, en Navidad, en la azotea y me acordé de que todas y cada una de las palabras de Tom pronunciadas esa noche habían sido mentiras. Sentí aún más rabia acumulándose en mi cuerpo.   
¡Me niego! ¡Voy a superarlo! ¡Sobreviviré y a partir de ahora, me preocuparé por mí, por vivir como, dónde y con quién me dé la gana!   
¡Que te jodan, Tom!

**Capítulo 27**

By Bill.  
  
  
-Hola... - Georg se me quedó mirando con ojos de padre cuyo hijo ha vuelto de la guerra y se presenta en casa después de meses y meses dándolo por perdido. Los ojos se le encendieron e hizo amago de echárseme encima de la emoción para abrazarme entre sus enormes brazos de Sansón cuando yo alcé una mano y lo detuve súbitamente. Suspiré. - Lo siento mucho, ¿Vale? Tenéis que reconocer que vosotros fuisteis una cabrones por no decirme lo de Natalie, igual que yo reconozco que soy un hijo de puta por no dirigiros la palabra en dos meses, pero... ¡Joder, estaba demasiado ocupado revolcándome en mi propia mierda como para recibir más presiones! Sé que no es excusa, pero en fin... lo hecho, hecho está. Vosotros me hicisteis daño con lo de Natalie teniéndome engañado durante un año y yo os tengo preocupados a vosotros y no os dirijo la palabra en unos meses. Creo que es equivalente. ¿Me perdonáis y yo os perdono a vosotros? - bajé una cuarta la voz con la última frase, esperando una respuesta con los ojos cerrados y mordiéndome el labio.   
  
-Bill... - le oí suspirar con resignación. - Te echaba de menos, maldito saco de huesos... - en ese momento sentí un nudo en la garganta y estuve a punto de ponerme a llorar de la alegría. Abrí los ojos y le sonreí, dando el paso para darle un abrazo a mi hermano mayor de no sangre cuando un grito me descolocó.   
  
-¡Georg! - los dos nos giramos de golpe. Gustav estaba de brazos cruzados, con un cigarrillo en la boca, mirándonos con el ceño fruncido.   
  
-Gus...   
  
-Cállate. - me soltó, tajante. Estaba en pijama o eso creo, con pantalones cortos y sudadera gris, descalzo. Georg también estaba en pijama, eso me hizo sospechar cosas bastante improbables y... guarras...  
Desde luego, asomarme a la acera de en frente me había dejado trastornado.   
  
-¿Interrumpo algo? - pregunté.   
  
-¡No, claro que no! ¡Pasa, pasa! - Georg estaba emocionado de tenerme allí, se le notaba y yo también lo estaba, debía reconocerlo. Gustav... no tanto. - ¡Estábamos viendo una peli, hablando de ti, joder, que casualidad! ¡Piratas del Caribe! A ti te gustaba Piratas del Caribe, ¿Verdad? La están echando por la tele por cable y las pizzas deben estar a punto de llegar... ¡Pasa de una vez, joder! - creo que sentí como se me descolocaban los huesos de la columna con sus fuertes azotes en la espalda.   
  
-¡Georg! ¿Estás tonto? ¿En qué habíamos quedado? - le gritó Gus. Georg se quedó repentinamente mudo. Pestañeé un poco, incómodo.   
  
-Ah... eso... - el entusiasmo de Georg se esfumó. - Lo siento, Bill, pero no puedes quedarte. - lo miré perplejo. - No me mires así ¡Es cosa de Gustav! - desvié la mirada a Gus, que seguía serio, muy cabreado. No pude evitar sentirme herido cuando descubrí que no era bienvenido allí.   
  
-Vale... supongo que lo entiendo...   
  
-¿Qué lo entiendes? Yo creo que no. - Mierda. Pues para no quererme allí, tuve la sensación de que me iba a quedar un buen rato hasta que Gustav terminara de echarme el sermón.   
Me adentré en el salón-comedor y prácticamente obligado, me senté en una de las sillas que rodeaban la mesa. Gustav se sentó al otro lado y Georg se quedó de pie, junto a él. Aquello me puso el vello de punta. Era igual que someterse a un interrogatorio.   
-Estoy muy cabreado contigo, Bill. -empezó.   
  
-Ya lo veo, pero ya me he disculpado. Lo que le he dicho a Georg iba para los dos.  
  
-No me refiero a que hallas estado dos meses sin hablarnos. - entonces tuve auténticas ganas de tirarme por una ventana. Miré a Georg, que frunció el ceño de repente. Apretó los puños con rabia.   
  
-Por favor, no quiero hablar de él...  
  
-Has tenido dos meses bien largos para reprimirte y aceptarlo ¿No?  
  
-¿A que mierda viene esto? Es algo que pasó y se acabó. Tom... - sentí un nudo en la garganta al pronunciar su nombre y tuve que coger aire varias veces para poder seguir hablando. - Tom es el pasado. - no pude evitar bajar la mirada hacía el suelo al murmurarlo. Ellos guardaron silencio unos segundos, esperando.   
  
-Necesito saber los errores del pasado para cuidarme de ellos en el futuro. - insistió Gus. Lo miré con auténtica rabia. ¿Por qué coño no podían dejar las cosas como estaban? Por eso había tardado tanto en buscarles para volver a dejar las cosas como antes. Debía haber sabido que no me entenderían antes de venir. - Sé que estás mal. Sé que tienes una...   
  
-Depresión.  
  
-¡Sí! ¡Lo sé, pero no pienso dejarlo correr, Bill! Te lo advertí una vez y tú pasaste de mí como de la mierda. En aquel momento pensé, ya se le pasará, pero esto ha ido demasiado lejos.   
  
-¿Y qué? Ya ha acabado.   
  
-No para ti. - me quedé petrificado. Eso... había dolido. Y había dolido porque era verdad.   
De repente, Georg di un brinco y pegó un golpe sobre la mesa, seco y rápido, mirándome con expresión repleta de preocupación y rencor.   
  
-¿Por qué Tom? ¡No tiene sentido! Es... ¡Es tu hermano! ¡Se supone que todo debería haber sido como tú mismo lo ideaste, ser inseparables, contaros vuestra vida y recuperar el tiempo perdido en cosas...! ¡No sé joder! ¡Cosas de hermanos! Eso era lo que tú querías Bill. ¿Por qué no ha sido así? - me dolía el pecho. Se me hinchaban los ojos y sentí otra vez como me subía el bullicio de tristeza y se me atrancaba en la garganta, presionando para salir.   
  
-No lo sé...  
  
-Bill... tú lo consentías. Lo hubiera entendido si fuera otra situación, joder, como que fueras menor y no fueras plenamente consciente de lo que hacías, ¡Pero es que no eres un crío! Sabías muy bien a lo que te enfrentabas desde el principio. Entiendo lo de la primera noche, que os acostarais juntos sin saber quienes erais. Hasta ahí puedo medio entenderlo, pero luego... os hicisteis tan descarados que la universidad no habla de otra cosa. Todo el mundo sabe de vuestra relación y es un milagro que ni tu madre ni Gordon se hallan enterado de nada todavía. - Gus se puso rojo. Estaba muy alterado. - y Tom... no entiendo como fue capaz de... está claro que todo esto fue cosa suya. Tú nunca hubieras hecho algo así, lo sé. ¡Nunca se te hubiera ocurrido tirarte a tu propio hermano, coño!   
  
-Eso no es justo para Tom... - murmuré. Era estúpido intentar defenderlo, lo sabía, pero eso no quitaba que tuviera razón.   
  
-¿¡Justo!? - gritó Georg de repente. - ¡¿Acaso es justo que mientras tú estés cargando con todas las consecuencias solo, él esté disfrutando de la vida en su puta Stuttgart?! ¡Tiene suerte de haberse pirado antes de que me enterara de toda esta mierda, porque le hubiera roto las piernas! ¡Y aún tengo ganas de hacerlo! ¡Cómo vuelva a ver a ese hijo de puta, lo mato! - cerré los ojos, apretándolos con fuerza. No quería oír más por mucha razón que tuvieran.   
  
-El caso es que tú estás en un lío de cojones, Bill. Y si alguien se entera de que Tom es tu hermano o tu madre se entera de que él y tú follabais como conejos, tu vida se vendrá abajo y ese es un peso que vas a tener que cargar tú solo el resto de tus días.  
  
-Vale...   
  
-¿Vale qué? ¿Me has oído, Bill? Joder, esto es serio y parece que nos importa a nosotros más que a ti.   
  
-No lo siento... - aquello me salió del alma.   
  
-¿Qué? - murmuró Gus. Me levanté de la silla con los nervios a flor de piel y las lágrimas resplandeciendo en mis ojos, aguantándose, sin ser derramadas, aunque ganas no me faltaban.   
  
-¡No lo siento! ¡No tengo la culpa de haberme enamorado de la persona equivocada, joder! ¿¡Por qué sabéis qué!? ¡No sólo me follaba y a mí me gustaba! ¡Es que le quiero! - abrieron los ojos como platos, boquiabiertos ante mi confesión. Me desplomé en la silla, cayendo a peso muerto, con las manos en la cara, temblando de rabia y dolor. Maldita sea, ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en profundizar en la herida, abriéndola cada vez más? ¿No se daban cuenta de que la muy zorra no tardaría en desangrarme por completo? ¡Me estaba muriendo por dentro! - Le quiero... le quiero... - sollocé.   
El silencio impoluto tomó el lugar como si fuera el dueño absoluto.   
  
-Me... me he fugado... de casa... ¿Puedo quedarme... aquí? - vi en los dos la preocupación y la confusión reflejadas en sus ojos, pero no dijeron nada. Al menos de momento, preferían dejar que el ambiente se tranquilizara. Que yo me tranquilizara.   
  
-Claro, Bill... claro...   
  
Gustav se había mudado a casa de Georg temporalmente. El apartamento de Gus estaba demasiado alejado de la universidad y su coche había sufrido un ligero "accidente". Se lo habían robado por despistado, así que no tenía forma de ir a la uni todos los días. La parada de autobús más cercana estaba a más de un kilómetro de su casa y había decidido que sería un buen momento para independizarse de una vez. Georg, como siempre, estaba encantado de poder ayudar, aunque al principio siempre pusiera pegas. Además, sé que se sentía algo solo lejos de su familia en aquel piso enano.   
Así que los dos acabamos emperchados en casa del grandullón "temporalmente".   
Estaba un poco preocupado por mamá. La había dejado llorando, sola en casa y no le había dicho siquiera a dónde iba. Bueno, en realidad sí se lo había dicho. A que algún tío me follara, y recordar la escenita que había montado me preocupó más todavía. ¿No había sido demasiado burro insinuándole que era maricón? Hum... demasiado es poco...  
Pasamos la noche tirados en el sofá, bebiendo cerveza y sin decir nada interesante. El ambiente estaba tenso, y no era para menos.  
  
-Tíos... - les llamé. Le di un sorbo a la botella de cerveza y volví a encogerme en el sofá. - No hace falta que os quedéis callados como muertos por mí. No voy a ponerme a llorar porque habléis de lo buena que está Keira Knightley en la peli o de cualquier otra tía. Tampoco me va a importar mucho que os pongáis una peli porno delante mía. No seáis burros, que me halla acostado con un tío no significa que os tengáis que cortar por que yo tenga otras... tendencias. - los dos se miraron con una ceja alzada, pensativos. Supe que habían estado hablando de mí entre los dos y capté la confusión que les suponía mi comportamiento. Ahora no tenían muy claro mis preferencias sexuales.   
  
-Bueno... es que... no sé que eres exactamente y no te ofendas. - me encogí de hombros. Georg parecía incomodo hablando del tema. Gustav se hacía el interesante, sentado en el suelo con la espalda recostada en la parte baja del sofá. Parecía pasar del tema, pero sabía que no lo hacía. Era posible que a esas alturas le diera lo mismo. Había tenido mucho tiempo para hacerse a la idea de que seguramente, para mí supondría un gran dilema tener que elegir entre un tío fibroso, guapo y potente y una chica preciosa, de curvas prominentes, delicada y dulce como una flor recién florecida.   
Le di otro trago a la cerveza.   
-Estuviste un año entero con la tía más buenorra del instituto. Y ahora resulta que te has estado acostando otro tanto con un tío, con todas las de la ley, con su polla y todo... ¡No lo entiendo! - me reí. Georg se escandalizaba con tanta facilidad.   
  
-Si te sirve de consuelo, yo tampoco me lo esperaba. - admití. - surgió, sin más. Me dejé llevar...  
  
-Pero... ¿A ti te gusta eso?   
  
-¿El qué?   
  
-Que un tío... te dé por detrás. Que te toque... ¡Yo que sé, lo que hacen los maricones! - joder, no podía, ¡No podía! Me iba a acabar descojonando en su cara.   
  
-¡Si no me gustara nunca lo habría hecho!   
  
-Entonces... te gusta. - dejé la cabeza recostada sobre el sofá, girando la cara para mirarlo fijamente.   
  
-Me encanta. - le susurré.   
  
-¡Joder, eres un puto maricón! - me empecé a descojonar de la risa, encogiendo el cuerpo a causa de las carcajadas.   
  
-¡Georg, coño! - le gritó Gus. Se lo había tomado él peor que yo. Sabía que Georg no lo decía con maldad.   
  
-¡No, no, no, no, espera, es que es buenísimo! O sea, que si me quito la camiseta delante de ti, es como si una tía buena me dejara verle las tetas.   
  
-¡No, no, por favor! ¡No compares! ¡Si tuviera que elegir entre tú y una tía buena, elegiría la tía!   
  
-¡Entonces no eres maricón!   
  
-¡Si lo soy, en parte! ¡Pero aunque fuera maricón por completo eso no querría decir que me gustaran todos los tíos que se me pusieran delante!   
  
-Es decir, yo no soy tu tipo.   
  
-Exacto. - Georg suspiró, más relajado.  
  
-Pues me quitas un peso de encima. - vi como los hombros de Gustav mantenían la tensión como si fueran una barra de hierro.   
  
-Tú tampoco eres mi tipo, Gus. - y como si fuera eso lo que estaba esperando que dijera, sus hombros quedaron flácidos y libres de tensión en ese momento. Su rostro se suavizó. - Así que teníais miedo de que me gustarais...  
  
-Puestos a sincerarnos, sí. Estaba acojonado. - Gus asintió con la cabeza lentamente.   
  
-Pues vaya una mierda de amigos. - el silencio volvió a adueñarse del lugar, pero esta vez se trataba de un silencio cómodo y tranquilo, relajado. Fuera tensiones. Me centré en la película. Era el momento en el que Jack Sparrow y Elizabeth se besaban en el barco y ella le esposaba al mástil para que se lo comiera el Cracket y poder escapar con vida junto al resto de la tripulación y su Will, Orlando Bloom.   
Hum... la astucia con la que Elizabeth manejó a Jack y como él se burlaba de ella incluso al darse cuenta de que lo había utilizado para escapar, empujándolo hacía su fin me recordó inevitablemente a Tom y a mí.   
Por mucho que hubiera intentado manejarlo procurando emplear la astucia y mis sentimientos en su contra, intentando ablandarlo, él siempre había estado a un paso por delante de mí. Se había burlado de mí y de su propio fin, sonriendo, como Jack en ese momento de la película. Era curioso... Jack siempre se mostraba espabilado, listo, bastante sagaz, con comentarios inteligentes, despreocupado por completo, temerario, pero siempre con la preferencia de la huida a la lucha. Cuando vi la primera película, pensé que entre él y Elizabeth surgiría algo. Me sentí decepcionado en ese sentido cuando vi la tercera parte. En mi opinión, Elizabeth congeniaba mucho mejor con Jack que con Will y aunque acabara con él, siempre he pensado que sentía algo bastante fuerte por Jack. Había sido un error elegir a Will. Él nunca le daría las espeluznante y asombrosas aventuras que viviría con Jack.   
¿Y Jack? ¿Estaría contento con el hecho de que Will se hubiera quedado con la chica? Era un mujeriego sinvergüenza, pero... ¿Y si de verdad amaba a Elizabeth? ¿Cuáles serían los auténticos sentimientos de Jack hacía ella? ¿Por qué la había dejado entonces con Will y se había largado? ¿De verdad no la quería... o era una pura fachada para protegerla de sus enemigos?   
Apreté los puños, con el recuerdo de Tom apropiándose de mis sentimientos y de mi imaginación.   
  
-¿A quién elegiríais? - preguntó Georg de repente, con los ojos entrecerrados y una mueca torcida en la boca, desganado. - ¿A Orlando Bloom o a Keira Knightley? - ese Orlando Bloom iba por mí. - Yo a Keira, claro.   
  
-Yo también. - le secundó Gus enseguida.   
  
-Yo elegiría a Jack. - los dos me miraron de reojo, pero no dijeron nada.   
  
  
By Tom.  
  
  
Supongo que si alguien que me conociera me viera con un ramo de flores multicolores encima, llevándolo en brazos como si se tratara de un bebé, mi reputación caería en picado. Alguien como Andreas se burlaría de mí y me lo estaría restregando por la cara las próximas dos semanas.   
Pero la verdad, no me importaba. Nunca me había importado mi reputación, al menos, no como para estar constantemente reprimiendo mis acciones y amistades por temor a lo que se dijera. De ser así, nunca tendría como amigo cercano a Andy, ni al Príncipe. Y nunca me habría acostado con Bill.   
Subí por las escaleras de mármol del Hospital General de Stuttgart, con el molesto olor de las flores pegado a la nariz, haciéndome estornudar. Era la tercera planta, habitación 303. Hacía mucho tiempo que no iba, pero suponía que no habría cambiado de su lujosa habitación a una más cutre solo por placer. Aunque fuera así, tampoco me molestaría.  
Y, tal y como supuse cuando entré en la habitación, ahí estaba ella.   
La habitación era de las que tenían una mejor ventilación e iluminación de todo el hospital. En ese momento, la ventana estaba abierta y el aire le acariciaba el pelo rubio anaranjado con una caricia suave. Ella miraba absorta a través de la ventana desde la camilla. Ni siquiera se había dado cuenta de que yo acababa de llegar.   
Había menos aparatos conectados a su cuerpo que de costumbre.   
Toqué a la puerta con los nudillos. Ella giró la cabeza, la única parte del cuerpo que podía mover por voluntad propia.   
  
-¿Se puede? - vi como su cara pálida y pecosa se iluminaba al verme.   
  
-Tom, hijo... - sonreí. Sus ojos empezaron a acristalarse, deshaciéndose en lágrimas silenciosas. Me acerqué, soltando el ramo de flores sobre el jarrón vacío que había sobre la mesilla de noche y le di un pequeño y breve abrazo.   
  
-Cuanto tiempo, Helem. - ella no fue capaz de devolverme el abrazo, claro. Desventajas de ser tetrapléjica.   
  
-Sí. Cuanto tiempo, mi niño. Demasiado tiempo. - me separé de ella y la dejé recostada de nuevo en la camilla. Cogí una de las dos sillas y me senté frente a frente.   
  
-Lo siento. Estaba en Hamburgo.   
  
-Lo sé, corazón. En realidad, pensaba que te habrías olvidado de mi y que no volverías. No me extrañaría nada.   
  
-La verdad es que estuve a punto de hacerlo, Hel. - cogí uno de los pañuelos del cajón de la mesilla y le limpié las lágrimas con cuidado.   
  
-¿Y por qué no lo hiciste?   
  
-Es muy largo de contar. Además... si te lo contara no querrías que volviera a visitarte nunca más.   
  
-Que tontería. Tú siempre serás bienvenido. Eres el único que se acuerda de mí. - y era cierto. La persona que tendría que estar con ella era mi padre, no yo. Quién tendría que pagar sus cuidados y la camilla del hospital era él y no yo. Quien debería visitarla al menos una vez a la semana era él, no yo. Por algo era su esposa y yo, su hijastro. Pero eso a él no le importaba. Ya había obtenido lo que quería de ella y ahora ponía la excusa de que no tenía dinero para pagar su estancia y sus cuidados y menos, tiempo para verla con el trabajo, exactamente lo mismo que había hecho conmigo durante la infancia.   
No me importaba, ya no. Pero a Helem sí. - Cuéntame, ¿Cómo es Hamburgo? ¿Sabes qué? Yo crecí en un pueblo de Hamburgo.   
  
-¿Sí? - ¿Por qué no me extrañaba? Me veía incapaz de situar a Helem en Stuttgart, a no ser que fuera en los barrios pijos y los medianos. Ella era tan dulce que no podía ser de otra forma. Se habría corrompido en esta mierda de ciudad de haber crecido aquí.   
  
-Sí. Una vez fui a Hamburgo, a la capital y me perdí. Es tan grande... pero seguro que tú te has sabido defender bien.   
  
-Sí, bueno... no es tan grande como parece y tampoco es que me la halla recorrido entera. Todo es tan... diferente a Stuttgart.   
  
-Es como vivir en otro mundo, ¿Verdad?   
  
-Algo así.   
  
-Y te ha gustado.   
  
-Sí, mucho.   
  
-¿Y por qué no te has quedado? - me quedé callado. Todo se sumió en un repentino silencio.   
  
-No es mi lugar.   
  
-¿Acaso tu lugar es ésta miseria?   
  
-No vivo en la miseria, Helem.   
  
-No estás conforme con lo que tienes y no es para menos.   
  
-Estoy bien. Si viviera en la mierda ¿Crees que podría pagar esto? - mi tono sonó demasiado brusco. Ella frunció el ceño levemente.   
  
-No necesito que me pagues todo esto, corazón.   
  
-Sí que lo necesitas, Hel. Yo no puedo cuidarte.   
  
-Ni quiero que lo hagas.   
  
-Mi viejo tampoco puede. - hubiera sido mejor decir que él no quería cuidarla, pero tampoco quería hacerla sentir mal. O al menos, no peor de lo que ya estaba.   
  
-No quiero que me cuidéis, no quiero ser una carga para ninguno.   
  
-Pero te lo debo. - suspiré. Ella negó con la cabeza lentamente.   
  
-¿Cuándo aprenderás a diferenciar las acciones que se hacen por interés y las que se hacen desinteresadamente? Yo te aparté del camión por que quise, no porque quisiera que tú me pagaras un futuro en una camilla de hospital. - me puse tenso, recordando el momento en el que crucé la carretera sin mirar, corriendo detrás del balón de baloncesto con el que jugaba solo. El instante en el que el camión se me iba a echar encima y tocó el claxón.   
Podría haberme apartado de su trayectoria yo solo. Podría haberlo hecho. Pero no quería hacerlo porque no me importaba que me aplastara y me convirtiera en una mancha oscura en el asfalto. Es más, quería que lo hiciera por motivos que nunca he alcanzado a conocer. Simplemente, quería...   
Y Helem me apartó y ella, que no quería, fue aplastada por mí.   
Cuando la vi en un primer momento, rota en el suelo, desangrándose, no reaccioné. Todo el mundo gritaba y se ponía histérico, pero yo... cogí mi balón de baloncesto, la miré una última vez allí, tirada, y me fui a jugar solo otra vez.   
De todas formas, nadie se acordó de mí hasta que volví a casa con la sudadera ensangrentada al día siguiente. Y tampoco es que a mí me importara una puta mierda que nadie preguntara dónde había estado toda la noche, solo, en la calle, con 11 años.   
-¿Cómo eran ellos? - cambió radicalmente de tema, notando mi comedura de cabeza.   
  
-¿Ellos?   
  
-Tu familia. Tu madre y tu hermano. ¿Cómo son? ¿Tan pijos repugnantes como creías? - sonreí, recordando la última conversación que tuve con ella antes de irme.   
  
-No. Son mucho peor. Todos los de allí lo son. Tan pijos, tan superficiales... me hace gracia. Es una guerra silenciosa entre los pijos y los que se creen más pijos todavía. Tuve que cerrar un par de bocas a puñetazo limpio. Son tan arrogantes. A una chica incluso la rapé al cero.  
  
-Tom, por dios...  
  
-Se lo merecía, Hel. De verdad. Soy un justiciero. - a ella no le quedó más remedio que suspirar, resignada.   
  
-¿Cómo es tu madre? ¿Se ha portado bien contigo? - puse los ojos en blanco unos segundos, mentalizándome, intentando llegar a una conclusión en mi cerebro para clasificar su actitud. Decidí que lo mejor sería adornar las explicaciones para ahorrarme otras cuantas.   
  
-Es... buena. - solté, a secas. Helem alzó una ceja.   
  
-No te gusta. - me encogí de hombros. - ¿Por qué? ¿Te trató mal, acaso?   
  
-Bueno... no. Simplemente es severa. Solo es... - tragué saliva - Una madre que se preocupa por su... hijo.   
  
-Y aún así, no te gusta.   
  
-Al principio, sí... - Helem asintió con la cabeza, dando por finalizado el tema de mi madre de manera repentina. Quizás fuera porque veía en mi cara lo poca gracia que me hacía hablar de ella.   
  
-¿Y tu hermano? ¿Cómo es? ¿Se parece mucho a ti? - y fue entonces cuando me hundió en una tensión plena, letal, casi sádica. Desvié la mirada hacía la pared de en frente, pensando o más bien, buscando algo que pensar. Buscando las palabras adecuadas para describir a mi Muñeco, pero era tan difícil... jodido Bill...  
  
-Él... es... - hablar de él era incluso más difícil que hablar de Simone. - Es... - bufé. No encontraba las palabras exactas para definir algo tan irrealista, tan abstracto. Tan de otro mundo como era él y empecé a perder la paciencia, comenzando a sulfurarme. Sacudí la cabeza varias veces.   
  
-¿Tom? - insistió ella, observándome con curiosidad.   
  
-Él es... el peor de todos, Hel. - consiguió salirme al fin un borbotón de palabras sin mucho sentido. - Es el peor niño pijo de todos. Es un malcriado, un mimado, un vanidoso y muy excéntrico. Va maquillado a todas partes. Siempre lleva ropa de la más cara, marcando un estilo muy... suyo. Con sus mil y un complementos. Es moreno de bote, con el pelo largo. Se suele pasar más de media hora en el baño alisándoselo, pero por lo menos es mejor que cuando le da por gastarse un kilo de laca para fingir que le ha dado la corriente. Tiene una manía que me saca de quicio con las putas uñas. Siempre las tiene perfectas, no sé como cojones lo hace. Parece una diva del rock, incluso se mueve y a veces actúa como una estrella de rock. Se lo tiene muy creído... es... jodidamente afeminado. Demasiado directo a veces y otras, demasiado discreto. Se preocupa demasiado y es... ¡Maricón perdido aunque lo niegue! Le gusta chupar pollas aunque no tenga huevos de reconocerlo en público.   
  
-Santo cielo, Tom, ¿Cómo puedes hablar así de tu hermano?   
  
-¡Porque es verdad! Es un maricón - Helem sacudió la cabeza con toda la brusquedad de la que era capaz, sobrecogida y aturdida por lo que le acababa de decir.   
  
-No me lo puedo creer...  
  
-Pues créetelo. Es tan maricón que da asco. - bufó, girándome la cara, momentáneamente cabreada. - Pero... Bill es... muy guapo. - volvió a girar la cabeza y me miró fijamente, esperando más detalle de mi repentino retroceso.   
  
-¿Muy guapo?   
  
-Mucho. Es una preciosidad.   
  
-¿Una preciosidad? ¿Desde cuando utilizas tú esa palabra para referirte a un chico? - me llevé una mano a los bolsillos, buscando mi móvil al fondo. Lo observé unos segundos entre mis manos, buscando aquella foto que no me había molestado en borrar por simple pereza. Desvié la mirada cuando la encontré y se la puse delante a Helem, que la observó entusiasmada, con ojo crítico. - Oh... ¿Este es Bill?   
  
-Sí.   
  
-Tienes razón. Es una auténtica preciosidad.   
  
-Lo sé. Él es muy suyo. A veces te engaña con esa carita tan dulce. Tiene mucho genio el muy cabronazo y mucho orgullo, aunque no suele tenerlo mucho en cuenta. Antepone cualquier cosa a su orgullo, eso es lo último para él.   
  
-Al contrario que tú.   
  
-Supongo que sí. - asentí. - Se cabrea por cualquier tontería. Es un idiota. - me reí. - Le encanta que le halaguen, es su punto débil. Se espera demasiado de la gente que hay a su alrededor y luego acaba llorando porque le han hecho daño. Es atento, es cariñoso como un cachorro cuando quiere y arisco como un gato cuando se siente dolido. Es tan estúpido anteponiendo los problemas de las personas a los suyos propios que van a hacerle daño, todo el mundo se aprovecha de él y esa actitud suya me pone enfermo. Es tan... ingenuo. Se cree que la vida es un camino de rosas. - suspiré. Se me quitaron las ganas de sonreír. En ese momento solo deseaba salir de allí, alejarme de Helem e ir al Floy.   
Necesitaba compañía y una buena sesión de sexo intensivo.   
  
-No te gusta tu madre. - afirmó Helem. - Pero tu hermano te gusta. Te gusta y mucho. Le adoras. - mi mirada viajó por toda la aburrida y sosa habitación hasta clavarla en la suya. Estaba serio, incluso cabreado. Podía ver mi reflejo en sus ojos color avellana, ojos que si pertenecieran a otra persona, deberían reflejar el terror que mi presencia suponía.   
  
-Me dijo que me quería. - le solté de repente, basto.   
  
-Oh... - ella ni siquiera pudo contener su sorpresa. - ¿Y tú que le dijiste?   
  
-Que no le creía.   
  
-Tom... - pude ver la compasión que emanaba su rostro, su pena, su sufrimiento. - Hay tantas cosas que me hubieran gustado mostrarte, tantas cosas que deseaba enseñarte, tantas cosas que necesitas aprender y odio no poder enseñártelas ni hacértelas saber. También hay cosas que solo tú puedes ver, corazón. Y esta es una de ellas.   
  
-Yo no veo nada, Hel. Absolutamente nada.   
  
-¿No ves nada o no quieres ver nada?   
  
-¿Cuál es la diferencia? - se quedó pensativa unos segundos.   
  
-Una vez, un hombre dijo algo.  
  
-¿El qué? - alcé los brazos, esperando una respuesta no muy interesado.   
  
-El hombre que no sueña despierto es porque la primera vez que lo intentó, tuvo pesadillas.   
  
-¿Y eso que quiere decir?   
  
-Creo que tú lo sabes mejor que yo - susurró.   
No lo entendía... o quizás no lo quería entender.   
  
-Me tengo que ir, Helem. - me levanté de la silla, deseando salir por la puerta más por incomodidad con respecto al tema que por otra cosa. Helem asintió con la cabeza, resignada, forzando una sonrisa melancólica.   
  
-De acuerdo, cielo. - le acaricié la frente, apartándole el pelo de la cara para poder ver mejor su expresión.   
  
-Si necesitas algo, pídeselo a las enfermeras. - su sonrisa se ensanchó, apacible y tierna.   
  
-Lo que yo quiero ninguna de ellas puede dármelo. - no me hacía falta preguntar para saber a que se refería. Le di la espalda y me dirigí hacía la puerta. - Tom... - la miré por última vez con el puño apretando el pomo, sintiendo ganas de arrancarlo de la jodida puerta en un arranque desenfrenado. - Para poder ver lo esencial de alguien, los ojos no sirven de nada. Para ello debes aprender a observar con el corazón.   
  
-Jun... ¿Y eso también es algo cuyo significado debería saber?   
  
-No... es algo que tu hermano Bill puede enseñarte a hacer. - durante unos segundos cerré los ojos, contando mentalmente hasta diez para reprimir mi furia por algo desconocido para mí. El simple hecho de que hubiera mencionado a Bill como si lo conociera de toda la vida, me exasperó.   
  
-Buenas noches, Helem. - y salí por fin de allí, cerrando la puerta a mis espaldas.   
Lo primero que hice fue llevarme un cigarrillo a la boca seguido del mechero, encendiéndolo y tragándome todo el humo que exhalaba el puto filtro de nicotina.   
  
-Disculpe. - una enfermera joven intentó llamar mi atención colocándose a mi lado abrazada a una carpeta que desprendía leves destellos azules. - Aquí no está permitido fumar.   
  
-Y sí está permitido tener a una mujer encerrada de por vida en una habitación. Postrada en una camilla, conectada a una jodida pantallita y a un tubo incrustado en la ingle por el que debe mear, sin tener ni siquiera la libertad de ir al puto servicio, siendo lavada y toqueteada por desconocidos porque no puede hacer nada por sí misma. Ni siquiera puede comer por sí misma, ni siquiera puede cagar por sí sola. Eso sí está permitido porque una habitación ocupada significa tres mil euros más para el saldo del hospital. - la mujer se quedó callada, observando, pálida, como expulsaba el humo por la boca y volvía a sorber del filtro.   
  
-Señor... lo siento, pero aquí no está permitido...  
  
-¡Quieres cerrar la puta boca! - grité. El sonido hizo eco por todo el pasillo. La mujer retrocedió con la cara descompuesta. La carpeta se le cayó al suelo por el sobresalto. Varias personas, personal del hospital, algún paciente y visitantes para ver algún familiar ingresado allí frenaron en seco y centraron su atención en mí, boquiabiertos, notablemente sorprendidos por el grito en semejante lugar de "descanso".   
Fulminé a la mujer con la mirada, que de repente, se había puesto a temblar y se le saltaron las lágrimas de pavor.   
-En lugar de entretenerte tocándole los huevos a los familiares del paciente, deberías estar más pendiente de el. - sentencié.   
Le di la espalda y caminé hacía la salida de aquel infierno camuflado, llevándome por delante el robusto cuerpo de un médico al que aparté de mi camino de un empujón rematadamente bestia.   
¿Y esto no es miseria, Helem? ¿O son mis ojos que no pueden ver más allá de lo que tienen delante?   
Es una pena que mi Muñeco nunca pueda enseñarme a ver con el corazón. Ju... una auténtica pena...   
  
  
By Bill.  
  
De acuerdo. Las ocho menos cuarto de la tarde y aún estaba en casa de Georg y Gus y parecía que la situación no tenía intención de cambiar de momento. No me hubiera importado en absoluto teniendo en cuenta mi rutina diaria hasta entonces, de hecho, me lo había pasado bien. En realidad, me lo había pasado casi de vicio, todo lo "de vicio" que puede pasarlo una persona cuando le dan ataques repentinos de ansiedad y pequeñas crisis depresivas cada dos horas, pero no había estado mal y por mí, me hubiera quedado allí mucho más, acogido y sin presión en ese pequeño nido amistoso con mis hermanos de no sangre recién recuperados. Pero había un problema...  
Sparky...  
Y en realidad, Sparky en sí no era el problema. El problema es que yo quería verle. En realidad, quería tener sexo con él, para que ocultarlo, pero por supuesto, eso era algo de lo que Gus y Georg no debían enterarse. De lo contrario, me atarían a la pata de la cama y no me dejarían salir de la habitación ni para mear. La perspectiva de que Sparky fuera mi próximo rollo no les resultaría muy divertida. Nunca se habían llevado bien, ni yo tampoco con él, ni siquiera ahora me llevaba excesivamente bien con él, pero... la verdad es que nunca le había odiado. Simplemente, me tocaba las pelotas con sus provocaciones típicas de los tíos que se creen guays y nos picábamos mutuamente, nada más allá.   
Sparky no me caía del todo mal.   
Estaba tumbado en el sofá del salón haciendo zapping por la tele y esperando el momento oportuno para que Georg y Gus se dieran la vuelta y yo pudiera tirarme por la ventana, cuando sonó el teléfono.   
  
-Ya voy yo. - Gus fue hasta el inalámbrico justo en el momento en el que Georg entraba al baño para vestirse y adecentarse un poco. Habían planeado salir al Dona a tomar algo e ir al pub con Frank y compañía. Y pretendían llevarme aunque fuera a rastras. Debía escapar de allí en ese momento.   
Miré a Gustav de reojo con el inalámbrico en la mano y corrí sigilosamente hasta la ventana. La puerta de entrada chirriaba y hacía un ruido imposible de ignorar a la hora de quitar el cerrojo, por lo que la ventana era la mejor opción y por suerte, estaba en un primer piso.   
  
-¿Simone? - preguntó Gus, a través del inalámbrico cuando yo ya hacía fuerza para abrir la ventana. Se me vino el mundo a los pies. Hostia... - ¿Bill? Sí, está aquí... ah, claro, no lo sabías. Parecía bastante alterado. Dijo que se había escapado de casa y no se me ocurrió llamarte, lo siento... - abrí la ventana de un tirón. - ¿Qué dijo qué? - Gus abrió los ojos como platos. Era ahora o nunca. - ¿Qué hoy a quedado con quién?... Oh, pero eso es imposible, Bill se viene con nosotros a... ¡Bill!   
¡Y pillado! Me tiré por la ventana...  
  
-¡Bill, joder! - caí al suelo de bruces, apoyando las manos en el asfalto, haciéndome daño. Pero no era momento de quejarse. La operación aún no había acabado.   
Salí corriendo al mismo tiempo que Gustav se asomaba por la ventana con el inalámbrico en la mano.   
-¡Bill, la madre que te parió! - empecé a correr descalzo por la calle, con las botas que me había quitado para no hacer ruido en la mano. La gente me miraba con los ojos como platos y murmuraba y más descaradas se hicieron esas miradas cuando detrás de mí salió un Gustav muy cabreado, en pijama, gritando mi nombre y con el teléfono en la mano.   
Mi madre estaba viviendo la persecución en directo y eso me provocó la risa floja con la que casi me atraganto.   
  
-¡Voy a matarte, Bill! ¡Prepárate porque cuando te coja, te mato! - coño, coño, coño, coño... para pesar noventa kilos, Gustav era demasiado rápido y yo, demasiado vago. Tantas horas tumbado en la cama pensando inútilmente en Tom pasaban factura. ¡Puto Tom, incluso después de haberse pirado me daba problemas el muy mamón!  
Crucé la esquina del metro, sin saber exactamente a dónde iba. Solo sabía que tenía que quitarme de en medio a Gustav como fuera y recorrer seis kilómetros a pie hasta mi casa en quince minutos. ¡Era imposible que llegara a tiempo para fugarme, joder!   
Mis pasos empezaron a decaer, también porque acababa de pisar algo que se me había clavado al pie de forma dolorosa. Noté la sangre escurrirse por la planta y decidí rendirme en el momento justo en el que crucé la carretera, empezando a cojear, alzando el pie y agarrando la puta chapa de cerveza incrustada en mi piel que me había frustrado la huida, arrancándomela con brusquedad.   
  
-¡Mierda! - gimoteé. En ese momento, un movimiento a mi izquierda hizo que me encogiera, asustado al ver el cochazo que se me venía encima. ¿A quién coño se le ocurría detenerse en mitad de la carretera?   
  
-¡Bill! - oí a Gus, con voz aguda por el susto al ver la situación. Sentí las piernas temblarme y me cubrí automáticamente la cara con las manos cuando el coche frenó de golpe y porrazo, casi catapultando al conductor hacía el parabrisas. Suerte suya que tenía el cinturón puesto.   
Suspiré, aliviado.   
  
-¡Bill! ¿Qué coño haces? - y... sorpresa. No podía creérmelo.   
El cochazo que había estado a punto de atropellarme era el descapotable de Sparky y él mismo, claro, era el conductor. Me quedé con la boca abierta. Oh, joder, ¡Que suerte!   
Gustav nos observaba, shockeado todavía en la acera, demasiado flipado como para detenerme cuando corrí hasta el asiento del copiloto y me tiré sobre él, sin pararme si quiera a abrir la puerta.   
-¡Arranca, corre! - Sparky sacudió la cabeza, tan flipado como Gus que en cuanto vio que pensaba darme a la fuga, atravesó la carretera corriendo hasta mí. - ¡Corre! - y el coche salió disparado antes de que el grandullón consiguiera atraparme. Gustav cayó de rodillas sobre el asfalto.  
-¡Serás cabronazo! - gritó, lanzándome el inalámbrico con rabia que se hizo añicos contra la carretera.   
  
-¡Lo siento, Gus! - y lo había conseguido. Me acababa de fugar con mi archienemigo y había dejado por los suelos a mis amigos...   
Mierda, aquello sentaba demasiado bien.   
  
-¿De que iba eso? - preguntó Sparky, con una sonrisita en la boca.   
  
-Por si no te has dado cuenta, acabo de fugarme contigo, tío. Así que mas te vale no cagarla esta noche.   
  
-¿En serio? ¿Eso quiere decir que tienes planes para esta noche? - creo que me puse rojo.   
  
-Hum... quizás... - me encogí de hombros.   
  
-Genial. Entonces será una noche inolvidable. - Sparky sonrió.   
Me pregunté si había captado la indirecta. Quizás él solo quería pasar una noche de colegas viendo pelis y comiendo palomitas, hablando de cualquier estupidez que se nos ocurriera. Entonces, el arranque de adrenalina que había sentido al huir de Gus se vio reducido a la nada y el bajón me consumió por completo. De repente, mirándome de nuevo en el espejo retrovisor tuve un pensamiento espeluznante.   
Joder... ¿Cómo iba a querer acostarse conmigo con el asco que daba mi cuerpo y lo feo que era? Que estúpido.   
Si Tom me había abandonado, era por algo. Le daba asco, estaba seguro.   
Me mordí el labio inferior con impotencia, aguantando el ataque depresivo esquivando la mirada de Sparky.   
Mierda Tom... mierda...

**Capítulo 28**

By Bill.  
  
  
Me daba pena incluso mirar el suelo firme recubierto de una madera impecablemente pulcra por la que se esparcían las chucherías, los restos de palomitas, las cajas de pizza y al que se pegaban los ositos de gominola de colores, por eso, o me centraba en la película, Hostel, o miraba a Sparky mientras le hablaba y él me hablaba, intentando no abrir la boca cuando tuviera un buen trozo de pizza caliente y humeante dentro.   
Estábamos en el suelo, sobre un montón de cojines de diseño japones y la alfombra que prefería no saber de dónde era. El caso es que era cara, seguro.   
Todos los muebles de la casa, por no hablar de esta en sí, debían ser carísimos. Dudaba que hubiera algo barato allí. El jardín era enorme, con una fuente, estatuas de duendes, jardinero y todo. Por un momento pensé que sería una casa de campo, pero de eso nada. La decoración era increíble, moderna, cálida, no demasiado cargada, unos muebles impecables, italianos, seguro. La pared cargada de cuadros abstractos, las estanterías repletas de libros, pantalla de plasma, chimenea, figuritas de cristal adornando las mesas y los estantes, las chaquetas colgadas del perchero eran de Armani y Boss. Habían fotografías de la familia de Sparky al completo en sitios como España, Italia... joder, ¡New York! Era increíble.   
Comparado con ellos, yo sí viviría en una casa de campo.   
  
-No, estás de coña. ¿Para ti una película de miedo significa un psicópata corriendo detrás de una protagonista y cargándose a todas las personas que la rodean? ¡Eso es una mierda gore! - le dije, apoyando la cabeza en la parte baja del sofá blanco de cuero que tenía detrás. Encogí un poco las piernas descubiertas por el albornoz de algodón que me cubría el cuerpo. Solo llevaba eso... y unos boxers de Calvin Klein que no eran míos.   
Me había escapado de casa y llevaba dos días con la misma ropa sin ducharme. En cuanto llegué a casa de Sparky, fue lo primero que le pedí, sólo eso y ahora me sentía como un puto rey después de darme un baño en la increíble ducha de hidromasaje que me había dejado muerto del gusto.   
Mi ropa se lavaba en la lavadora de última generación mientras tanto. Al día siguiente se secaría en la súper secadora y saldría planchada y todo.   
Empezaba a envidiar a Sparky. Vale que mi vida estaba bastante acomodada y tenía una casa en los barrios altos y todo lo que me diera la gana, pero... no era millonario, eso no.   
  
-De eso van todas las películas de miedo, ¿No? - Sparky alzó una ceja mientras me miraba engullir un puñado de palomitas. Él estaba en pijama o eso creía. La parte de arriba se le pegaba al cuerpo como si fuera adhesiva. Sus músculos se acentuaban bastante más que los de Tom y tenía un cuerpo de escándalo, mejor que el de Tom, además, estaba muy bueno, tanto o más que Tom...  
Pero no era Tom...  
  
-Las pelis de miedo de verdad son las japonesas. Ya sabes, esas que tienen pelos por todos lados. No hay sangre... pero tienen mucho más argumento y da mucho más cague.   
  
-Sí. Las japonesas son tan feas que asustan.   
  
-Sólo algunas. Otras están muy bien.   
  
-¿Te refieres a japonesas o a japoneses? - puse los ojos en blanco. Él se rió.   
  
-Muy gracioso.  
  
-No, en serio... me mola más lo gore. Me gusta ver correr la sangre. - dejó salir un tono de ultratumba que me hizo gracia.   
  
-Pues a mí no. Además... se pasan con el sexo. - hice una mueca observando la película. Hostel era una asquerosidad. Los protas ya habían ido a un par de puticlups antes de acabar en el hotel. Era muy grotesco para no ser una porno.   
  
-Vale, te doy la razón en eso. Pero hay algunas muy buenas. ¿Has visto Saw? - casi me atraganto con la bebida.   
  
-¡Hum!... ¡Esa es buena! Pero aún así, a partir de la cuatro, se pasa.   
  
-¿A esa le llamas pasarse? Mira esta escena. - Miré la pantalla con la cabeza ladeada. Abrí los ojos de par en par cuando el viejo empezó a torturar al pobre Josh con un taladro. Encogí la cara.   
  
-Um... Muy interesante. - ironicé.   
  
-Sigue mirando. - se me revolvió el estómago cuando Josh se levanta de la silla como si no le hubieran agujereado el pecho a lo bestia y las piernas le resbalaron por los talones cortados. Josh cayó al suelo. Empecé a marearme cuando el chaval comenzó a arrastrarse buscando la salida, con los pies amputados y desvié la mirada cuando su cabeza rodó por el suelo cuando le cae una guillotina encima.   
  
-Joder... quita esa mierda... - sonrió, deteniendo el DVD.   
  
-Eres muy sensible.   
  
-No soy sensible. Esa película es una puta mierda. Se me ha pasado el hambre.   
  
-¿Quieres que ponga Hostel 2?   
  
-Inténtalo y verás la peli en directo y en primera persona. - volvió a sonreír. - Oye... ¿En qué trabajan tus padres para poder tener esta mansión? - bajé el tono de voz un poco. La verdad es que sentía curiosidad. No era demasiado tarde para cambiar de carrera si se presentaba una oferta mejor.   
Sparky suspiró, pensativo.   
  
-Mi madre es médico forense. Mi padre es... miembro del Tribunal Supremo Federal de Karlsruhe. - se encogió de hombros. Asentí con la cabeza.   
  
-Por supuesto. Claro... - y me empecé a descojonar en su cara. Sparky frunció los labios, con actitud resignada y tranquila. - Ahora en serio, ¿En qué trabaja?   
  
-Forma parte de la Corte Federal en Karlsruhe - insistió. Me quedé callado mirándolo a los ojos. Estaba sereno y aparentemente indiferente y la duda empezó a asomarse en mi cabeza. La enorme casa en la que estaba y los carísimos muebles no se pagarían con el saldo de una médico forense. De hecho, ningún sueldo normal o alto como el de mi madre podría permitírselo. Sólo uno muy, muy, muy alto...  
  
-¿Hablas en serio?   
  
-¿Por qué nadie me cree cuando lo explicó? - se quejó, sacudiendo la cabeza.   
  
-Pero eso es un cargo importantísimo. De los gordos. ¿Eres el hijo de un pez gordo del gobierno? - él no parecía darle mucha importancia. No, más bien parecía no gustarle la idea de ser hijo de un privilegiado.   
  
-Hasta que no nací yo, los peces gordos del gobierno no se decidieron a tener hijos. - bromeó.   
  
-Pero eso es la hostia. Es como... ser parte de la nobleza.   
  
-La nobleza desapareció hace trescientos años, Bill, menos mal.   
  
-Pero hace trescientos años, probablemente serías un noble.   
  
-No. Quizás un puto burgués.   
  
-Eso es lo que yo sería.   
  
-No. Tú serías un chapero. Seguro que en aquella época también había de eso. Quizás, con un poco de suerte, serías el puto de uno de los reyes.   
  
-Y una mierda.  
  
-Está bien, Bill. - se situó de costado, apoyando el codo sobre el sofá, inclinándose sobre mí con porte seductor. - Soy el hijo de un pez gordo, todo el mundo lo sabe.   
  
-Genial. Siempre me pregunté porque todo el mundo te seguía el rollo cuando hablabas en la asamblea de estudiantes con el montón de gilipolleces que decías. Resulta que era por esto.  
  
-Sí. - asintió. Le brillaron los ojos mientras sus dientes apretaban suavemente su labio inferior. - Pero tú nunca me seguías el rollo. Siempre me decías a la cara que mis ideas no tenían sentido y que era un gilipollas rematado si creía que con ellas iba a cambiar las cosas. Pero tenías razón en todo.   
  
-Lo sé. Nunca me equivoco. - clavé la mirada en su boca, acariciándose los labios con la lengua mojada. El corazón empezó a retumbar en mi pecho con más rapidez por el nerviosismo y las ansias.   
  
-Sí que lo has hecho. Una vez te equivocaste. - susurró. Su dedo me acarició el cuello de arriba abajo, con tranquilidad, notando como tragaba saliva consumido por mis propias ganas. Me incliné un poco hacía delante, lo suficiente como para que mi nariz rozara la suya.   
  
-¿En serio? - suspiré. - ¿Cuándo? - él sonrió, complacido por mi reacción.   
  
-Cuando elegiste a Tom antes que a mí. - y en ese momento comprendí algo que no me gustó. Justo en el momento en el que Sparky me agarró de la nuca y juntó nuestros labios con brusquedad, entreabriéndolos enseguida y ladeando la cabeza para encajar nuestras bocas a la perfección. Noté su lengua rozándome los labios para entrar y le seguí el juego, abriéndolos con ganas, siguiendo todo el movimiento que su boca ansiosa hacía sobre la mía, tragándome, mordiéndome suavemente.   
Me descubrí de repente buscando el roce metálico de un piercing que le atravesara el labio, pero no lo encontré. Me dejé caer sobre los cojines cuando él me empujó y se recostó sobre mí con cuidado, sonriendo con lascivia.   
Sparky era bueno, tan ansioso e impaciente como Tom...   
Pero no era Tom...  
  
  
  
By Tom.  
  
  
-¡Tom! ¡Tom, Tom! ¿¡Dónde está, Tom!? - los gritos se escuchaban por todo el pasillo, que no era corto precisamente. Me puse rígido en cuanto oí esa voz desesperada cruzando los vestuarios del Floy de cabo a rabo, buscándome.   
  
-Oh, vaya... - Alex, la chica de la barra, se sacó mi polla de la boca y giró la cabeza hacía la puerta, curiosa. La otra chica, una de las gogó cuyo nombre no recordaba y a quién acababa de tirarme sin miramientos contra la taquilla, me abrazó el cuello, recostándose sobre mi espalda desnuda, acariciándome el torso y besándome el cuello.   
En ese momento, el Príncipe abrió la puerta de golpe.   
  
-¡Tom! - se quedó mudo al ver la escena. Vi claramente como se ponía blanco y al instante siguiente, rojo granate.   
  
-¿Qué? - pregunté, empujando la cabeza de ella de nuevo hacía mi erección. - Y tú, no pares hasta que te lo diga. - ella obedeció y volvió a hundir la cabeza en mi pelvis. - ¿A qué viene tanto escándalo? Joder, tío... - Aaron no sabía que hacer. Parecía haberse quedado en blanco y desvió la mirada al suelo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y cambiando el peso de una pierna a otra.   
  
-Es... e-es... Andreas... - murmuró.   
  
-¿Andreas? ¿Qué le pasa? - mi voz sonó ronca y carraspeé, echando la cabeza hacía atrás, recostándola en el hombro de la tía que seguía sobándome el cuerpo. Estaba sudando.   
  
-Es-está herido...   
  
-Ja... ¿Qué coño ha hecho ahora ese maricón? - estaba a punto de acabar. Faltaba poco...   
  
-Precisamente eso... - le miré de reojo, esperando una explicación más concreta. Él parecía afectado, seriamente dolido. - Ser un maricón.  
Jadeé cuando me corrí. Estupendo...   
  
Andreas estaba en el suelo, con la cabeza recostada sobre las piernas de Ricky que jodía a todo el mundo con sus comentarios nada amables. Apretaba contra la cabeza del herido un par de gasas ensangrentadas, ocultando su cara.   
Andy iba desnudo de cintura para arriba, descalzo y con los pantalones desgarrados. El pecho estaba cubierto de sangre reseca y tenía el hueso del hombro salido, totalmente dislocado. Los nudillos magullados.   
Me agaché de cuclillas frente a ellos. El Príncipe observaba todo desde arriba, moviendo la pierna con nerviosismo.   
  
-¿Qué ha pasado?   
  
-Esos cabrones homofóbicos. ¿Qué va a pasar? Malditos hijos de puta. - contestó Ricky, enfebrecida.   
  
-¿Andy? - Andreas movió el brazo más o menos sano en dirección a su cara, apartándose suavemente las gasas de la cabeza. Uff... - Eres una costra humana, tío. - no hizo ni el esfuerzo de sonreír. En realidad, lo tendría difícil para pestañear.   
  
-Quiero venganza. Ya. - soltó, con la voz aguda y la rabia brillando en sus ojos hinchados. Me senté a su lado, agarrándole el brazo dislocado y apoyando la mano en su hombro salido.  
  
-Impresióname. - y le di el tirón que necesitaba para volver a colocárselo.   
  
-¡Aahh! ¡Joder, estate quieto, coño! ¡Me han mutilado! ¿¡Vale!? ¡Malditos puercos hetero!   
  
-¿Tengo que recordarte que aquí todos somos hetero menos tú? Especifica un poco más, rubio pollo.   
  
-Aquí... ¡Nadie!... es hetero. - me dirigió una mirada sarcástica. Alcé una ceja.   
  
-Tú y tu instinto marica-sexual. ¿Qué pasa? ¿Has intentado ligarte a alguien que no debías?   
  
-Sí. A tu puto padre.   
  
-¿En serio? ¿Y ha habido suerte?   
  
-¡No tiene gracia, Tom! - para mí sí la tenía. No pude evitar reír a pesar de que le acabaran de meter una paliza de muerte a uno de mis colegas. - ¡Tom! - me gritó. - Han matado a Ross. - y de repente, un balde de agua helada me cayó encima. Me puse serio al instante y miré a Andreas con ojos escrutadores.   
  
-¿A Ross? - él no contestó, pero con mirar la cara de los tres, la respuesta sobraba.   
En realidad, yo no conocía apenas a Ross. Era un "protegido" de la pandilla, un amigo de Andreas, un gay libertino. No sabía mucho más aparte de que era un cliente bastante habitual de los camellos que rondaban la ciudad bajo mi permiso y que Andy y él habían tenido alguna relación efímera, de una noche más bien. Nada más.   
Y ahora que estaba muerto, me interesaba.   
  
-¿Qué ha pasado? - volví a preguntar, esta vez, hablando en serio. Andreas miró a Ricky de mal humor y volvió a taparse la cara con las gasas.   
  
-Explícaselo tú.   
  
-Resulta que estaban en el Pich... - empezó.   
  
-Me he perdido. ¿Qué es el Pich?   
  
-El nuevo club de ambiente, ya sabes. - aclaró el Príncipe. Asentí.   
  
-Estaba petado. Había barra libre, strepties, una marcha que lo flipas... y estaba lleno de maricones.  
  
-Algo sospechaba.   
  
-Y... entraron unos tíos que no eran maricones.   
  
-Y la cosa se puso fea. - adiviné.  
  
-Eran tres. Ellos... empezaron a romper cosas, a insultar, a pegar a los que tenían delante. Ross estaba en medio y la tomaron con él.  
  
-No, no fue así. - se metió Andy de nuevo, incapaz de estarse quieto. Apartó la cabeza de las piernas de Ricky y se sentó en el bordillo de la acera, con las manos en la cabeza, gruñendo por el dolor. - Había un menor. Ellos la tomaron con él y Ross intentó quitárselos de encima. Estaba colocado y se puso demasiado chulo. Le apalearon allí mismo. Yo me metí en medio e intenté pararlos y lo conseguí aunque luego empezaran a apalearme a mí. Me importa una mierda, me llevé a uno por delante y le pateé el culo a otro... pero al final me la pegaron bien y si no fuera porque alguien llamó a la policía, puede que yo hubiera acabado como Ross. Le pisaron la cabeza.   
  
-¿Eso hicieron? Vaya... que agresivos. - ironicé.   
  
-Eran esos jodidos homofóbicos de mierda, claro. No pueden estarse quietos y meterse en sus asuntos, los muy... - miré a Aaron con una ceja alzada. Él temblaba de rabia.   
  
-¿Los conoces? -  
se quedó mudo. Hum... eso me dio que pensar. - Y llegó la policía...   
  
-Sí. Todo el mundo salió cagando leches y yo me escondí en un cubo de basura como pude, imagínate. - finalizó Andy, suspirando.   
  
-Me lo imagino. Eso explica el olor. Entonces, mañana saldrá en las noticias, ningún marica será capaz de testificar en contra de los asesinos por miedo a que sus colegas vengan a por ellos y los cabrones homofóbicos quedaran libres y sin cargos por escasez de pruebas. Debido a ello, habrá pánico colectivo entre los gays y el Pich cerrará porque nadie irá. Cuando el Pich cierre, los maricas no tendrán lugar donde reunirse y los cabrones homofóbicos los dejaran de momento. Asunto resuelto. - me levanté del suelo, sacudiéndome los pantalones con las manos y bostecé. Tenía sueño.  
  
-¿¡Qué!? - Andreas se sobresaltó, histérico. Pegó un bote y se levantó de golpe, encogiendo el cuerpo débilmente por el dolor. - ¡No puedes dejarlo estar, Tom! ¡Esos mamones han matado a unos de los nuestros, no puedes dejarlo así!   
  
-¿Desde cuando tu amigo es uno de los nuestros? ¿Cuándo he decidido yo eso?   
  
-¡Tú no, yo sí!   
  
-¿Y desde cuando tú eres el que decide quien entra y quien sale?   
  
-¡Desde que tú nos dejaste tirados y te fuiste a pijalandia con tu pijafamily! - puse los ojos en blanco.   
  
-Andreas, cállate.   
  
-¡No me sale de la punta de la polla! Esta noche se han cargado a un amigo y ¿Sabes por qué? ¡Por que le gustaba chupar pollas en vez de chupar coños! ¡Simplemente por eso, porque le gustaba estar con tíos a estar a con tías! ¡Lo han matado por una puta preferencia, por sus gustos! ¡Lo conocía desde los catorce y nunca, en la puta vida, se metió con nadie, nunca hizo daño a nadie, jamás ha hecho daño a nadie! ¡Y lo han matado solo porque tenía gustos diferentes y tú tienes los huevos de decirme que lo deje estar, como si no hubiera pasado nada!   
  
-Yo no he dicho eso. - me encogí de hombros. - Si tú quieres vengarte, eres libre de hacerlo. Sólo digo que no veo nada que tenga que ver conmigo de toda esa historia, ni tampoco en qué pueda beneficiarme movilizarme para una venganza por alguien a quien no conocía. - Andreas abrió la boca y los ojos como platos.   
  
-Sabía que eras un hijo de puta, pero por muchos años que pasen, siempre consigues sorprenderme.   
  
-¿Se supone que eso es un cumplido?   
  
-El próximo al que le aplasten la cabeza podría ser yo.   
  
-Pues vigila tus espaldas. Aunque lo parezca, no soy Dios. No soy omnipotente y no puedo estar todo el puto día pendiente de vosotros. Cada uno que se busque la vida como pueda, es bastante simple. - cerré los ojos, dando por zanjado el asunto. Entendía más o menos como se sentía Andreas en ese momento, pero la verdad es que me importaba muy poco.   
  
-En lugar de Ross, podría haber sido cualquier otro Tom. Cualquier otro. - fruncí el ceño en cuanto Andreas soltó esas palabras, dejándolas escapar con saña en mi cara, intentando provocarme, intentando encontrar una respuesta a su incógnita mental.   
Andreas era el tío más sagaz que había conocido en mi vida. Se olía las cosas desde lejos, cuando tenía un presentimiento siempre solía acertar de pleno y era astuto. Por los simples gestos que hiciera una persona o algún comentario sin importancia, podía adivinar sus más sucios secretos. Y él, por supuesto, ya se olía cual era el mío.   
Sabía que en Hamburgo había tenido sexo con un hombre, sabía que me había dedicado a hurgar en territorio peligroso y sabía que cosechaba ciertas dudas, que mis preferencias sexuales habían cambiado de exclusivamente mujeres, a ambos sexos.   
Y sabía como utilizarlo en mi contra.   
Ahora, con el último comentario pretendía averiguar como me había afectado esa persona. Si había sido un solo polvo o había ido más allá.   
Era como leer entre líneas, "Podría haberle ocurrido a Bill en lugar de a Ross", y eso... me empezó a cabrear.   
  
-Andreas, como no te calles ahora y muevas tu culo a tu puta casa o a dónde te de la gana, como si te metes otra vez en un contenedor de basura, me la suda... seré yo quién te pise la cabeza. - noté la mirada sobrecogida de Ricky y Aaron. Andreas pretendía desafiarme. Sus ojos palpitaban llenos de rabia.   
Un solo comentario más intentando hurgar en mi mente y le arrancaría la cabeza con mis propias manos.   
  
-Tom... - Aaron dio un paso al frente, tragando saliva, un poco intimidado. - El Pich es como un club de lujo, es el único club de ambiente de la ciudad.   
  
-¿Y?   
  
-Pues que hay mucha gente...  
  
-Repito, ¿Y? - ni siquiera le miré. Ya tenía suficiente con tener que aguantar la rebeldía del gilipollas destrozado que tenía delante.   
  
-Pues... que gana mucha pasta y como es un club de ambiente, a mucha gente no le gusta, por lo que tiene sus enemigos... y necesita mucha protección que no tiene y que le iría muy bien. - y entonces, Andreas y yo caímos en cual era la cuestión. Ricky miró al Príncipe con los ojos resplandecientes.   
  
-¿Estás insinuando lo que yo creo que estás insinuando?   
  
-Insinúo que se podría sacar mucho partido a un club así y que tenerlo dentro de nuestros territorios igual serviría de algo... ¿No? - sacudí la cabeza.   
  
-Muy agudo, Príncipe. Sigue así y te ascenderé.   
  
-¿Eso quiere decir que vas a tomar el Pich? - preguntó el rubio, algo más tranquilo, pero alerta.   
  
-Habría un importante beneficio y tú podrías ocuparte de tu venganza.   
  
-Sí, pero la fama correrá. El Capitán Tom defendiendo los derechos de gays y lesbianas de Stuttgart.   
  
-¿No querías una solución? Ya la tienes, no me hagas arrepentirme. Esta semana me llevas allí y negociaré con los dueños del club. Punto. - Ricky y Andy se miraron, planteándose la situación. Supongo que debieron hacerse a la idea de lo buena que era y cerraron la boca. - Me voy a casa. Se me han quitado las ganas de follar por vuestra culpa. - les di la espalda, bostezando otra vez. Eran las cuatro de la mañana y al día siguiente, Adler me pediría la nueva lista de traficantes para arrestar.   
Era un negocio que no sabría como calificar. Mafioso quizás. Prefería utilizar el término sucio, a secas, o mejor aún, conveniente.   
Era sencillo y rápido. Para vender droga en la ciudad, los traficantes debían pedirme permiso a mí. Era una ley nacional en la capital, si no pedían permiso lo pasarían mal, por lo que sólo les quedaba una opción. Cuando yo daba el visto bueno, había tres meses de límite en el que podían traficar como les saliera del nabo, ofreciéndome un siete por ciento de las ganancias, claro. Y luego, al cabo de tres meses, contactaba con Adler, agente de policía medio corrupto al que le soplaba quién era el camello y éste acababa entre rejas por mi propia mano. Al hacerlo, ganaba más inmunidad contra la ley y Adler bastante fama en el cuartel general.   
Claro, que ni Adler sabía que yo era el que dejaba entrar a los camellos a Stuttgart ni los traficantes sabían que yo los delataba luego. Así se formaba un círculo vicioso en el que yo siempre salía ganando.  
  
-Oye, marica... - oí a mis espaldas al Príncipe, acercándose a Andreas por la espalda, curioseando. - ¿Por qué le dicen Capitán? - murmuró, cohibido y con un gracioso rubor en las mejillas.  
  
-Pues...   
  
-Si vienes conmigo te lo explico, Príncipe. - Él se sobresaltó, acentuando el rubor de su cara al ver que me había percatado de sus intenciones. Le hice un gesto con la mano al verlo ahí plantado como un palo, sin reaccionar. - ¿Vienes o no? - asintió débilmente.   
  
-Ya nos vemos por ahí. - lo cierto es que tenía que tratar ciertos temas con el niñato algo... personales.  
  
  
  
By Bill.  
  
-Estás sudando. Puedes tranquilizarte, no voy a comerte. - era irónica la manera en la que habían cambiado las tornas. El tío que me había acosado desde que tenía uso de razón, el que me había jodido bien la infancia y el que me había provocado un sentimiento de humillación total en ciertas ocasiones de mi vida, ahora estaba debajo de mí, semidesnudo, únicamente con los boxers ajustados puestos y sudando, casi temblando por el nerviosismo que le suponía mi contacto. Dios, a la vida le gustaban las situaciones divertidas y reírse de las personas a su costa por ésta clase de acontecimientos.   
Recorrí suavemente las curvas de sus marcados abdominales con la yema de los dedos. Noté como todo su cuerpo se ponía tenso como un palo de hierro.   
  
-Hay algo que tienes que decirme antes de que siga, ¿Verdad? - pregunté, conteniendo a duras penas la sonrisa de amarga satisfacción.   
  
-¿Decirte... algo? No. No, claro que no. - mentía. Por desgracia para él, ya lo había pillado. Me incliné hacía delante, apoyando las manos en su torso musculoso y le dí una lamida rápida a su pezón derecho. Se puso rígido. - ¿Qué haces? - sonreí.   
  
-Eres virgen, ¿No?   
  
-¡No!   
  
-Quiero decir que nunca te ha tocado un tío. Tú no eres gay, de hecho, me apuesto lo que sea a que no te atraigo lo más mínimo.   
  
-¿Por qué dices eso? Si no me gustaras no estaría aquí. - en eso tenía algo de razón. - Venga, quiero seguir... - insistió, agarrándome de la cintura con repentina ansia.   
  
-¿Quieres seguir? ¿Cómo? - pregunté de sopetón, pillándolo desprevenido otra vez. Me miró con una ceja alzada. - ¿Qué prefieres, dar o recibir? - él volvió a quedarse tieso y tragó saliva.   
Vaya, era adorable.   
  
-¿Intentas tomarme el pelo?   
  
-¿Por qué? Así son las cosas en el sexo entre hombre, deberías saberlo. Esto no es sexo hetero.   
  
-Yo... - estaba sentado un poco más abajo de su entrepierna, sobre sus piernas, en su misma situación, con sólo los boxers puestos. Lo cierto es que ser testigo de su inseguridad me hacía sentir cómodo, aunque no lo suficiente. Él me miraba con intensidad y yo no sabía si me deseaba o solo era una especie de reto a batir, a ver si era capaz de follarme o no. En cualquier caso, su mirada me hacía sentir pequeño e indefenso y empezaba a ponerme nervioso.   
Me sentía vulnerable a cualquier comentario, del tipo, "Que asco me das, Bill" y tenía miedo de que en cualquier momento algo así saliera de su boca.

-Dar. Prefiero dar. ¿Y tú? - arrancó al fin, poniéndose más serio, clavando la mirada directamente en mi cara. Me transmitió su nerviosismo, convirtiéndose en serenidad en él.   
Esa expresión serena y aparentemente indiferente era igual a la de Tom. Me relajé de golpe al reconocerla como suya.   
  
-En realidad, Tom siempre me follaba a mí. Nunca me dejó follarle.   
Una vez, se lo pregunté...  
  
  
  
Recuerdo que estábamos en un pub. Habíamos salido con Georg y Gus a ver la actuación de los novatos en el Joriana y allí estábamos, bebiendo, gritando, montando escándalo, jugando al billar y escuchando de fondo algunos grupos que dejaban bastante que desear.Me tocaba golpear la bola. Me incliné y apunté.-Muñeco, si te inclinas tanto te vas a sacar un ojo y vas raspar la mesa. - miré a Tom de refilón, mosqueado.-Cállate, déjame concentrarme. - y le di a la bola, que dio un salto y se salió de la mesa rodando. Cayó al suelo haciendo un ruido extruendoroso, pero me molestó más la risa de Tom a mis espaldas. Hice una mueca con la cara.-Anda, deja que el maestro te enseñe. - Tom se me echó encima por la espalda, rodeando mi cuerpo con los brazos y aplastándome contra la mesa de billar. Posó las manos sobre las mías, sosteniendo el palo de billar, apuntando a otra bola. - No lo agarres tan fuerte, más suave... - me susurró al oído. Suspiré, obedeciendo. - Así, perfecto.-Tom, me estás rozando el culo con algo duro y espero que sea tu móvil. - él se rió.-No, no es el móvil. - le di de lleno a la bola y está rodó hasta caer por el agujero del centro limpiamente.Cuando me di cuenta, ya estábamos en el baño, encerrados en uno de los cubículos, comiéndonos la boca y desnudándonos a manotazos, arrancándonos la ropa con uñas y dientes.Me dejé caer de rodillas al suelo, desabrochando el cinturón de su pantalón mientras le mordía los músculos del abdomen y apretaba su trasero con una mano, atrayéndolo hacía mí. Oh... me encantaba su cuerpo. Era tan diferente al mío, pero a la vez tan parecido.Le abrí la bragueta y se los bajé lo suficiente como para que su apretada erección bajo los boxers quedara frente a mi cara. Tom me acariciaba la cabeza con brusquedad, revolviéndome el pelo.-¿Me la vas a comer? - preguntó, ladeando la cabeza con una sonrisa aparentemente tierna. Claro, que para ser él, tierna era cualquier mueca que no diera a entender desprecio.-¿Me lo harás después?-Si es lo que quieres, lo haré. Todo por mi precioso Muñeco... - me mordí el labio inferior. Si era algo que me gustaba incluso más que su cuerpo era su voz grave y ese tonito tan sexy que usaba en esos momentos, esa manera de seducirme tan... masculina.Lo cierto es que llevaba tiempo pensando en ello, dándole vueltas a la cabeza desde la noche de Navidad, sobretodo por los comentarios que hacían a mis espaldas en la universidad. Me ponían de maricón rematado, claro, pero a Tom... no le decían nada.Al principio me la soplaba, pero llegado el momento... me tocaba la moral...-¿Harás todo lo que yo quiera? - le pregunté, combinando mis palabras con los besos que repartía por el principio de su ingle, bajándole los boxers poco a poco hasta dar con el comienzo del suave vello que le rodeaba la polla. También era genial que Tom apenas tuviera vello en el cuerpo, pues me repugnaba el solo pensarlo. En eso también nos parecíamos bastante.-Todo, todo y todo. Si quieres la luna, te la traeré. Si quieres las estrellas, serán para ti. Si quieres algo más simple, también para ti. Si quieres mis pelotas... bueno, ya las tienes. - Oh... creo que era lo más romántico que me había dicho nunca.Le bajé los boxers por fin y se la acaricié con la palma de mi mano, rozándola con mi mejilla, entrecerrando los ojos. Tom alzó la cabeza hacía el techo, echándola hacía atrás, cerrando los ojos.-¿Y si quiero... follarte? - le pregunté y él no se movió ni un ápice.-Bueno... siempre hay excepciones para todo.-Siempre tienes que tener respuesta para todo.-Para todo. - sonrió. Me abracé a su cintura, apoyando la cabeza en ella en actitud melosa mientras se la frotaba con una mano lentamente, masturbándolo.-Por fa... tu Muñeco te lo pide.-Pensaba que te gustaba tu papel de pasivo. - jadeó.-Sí, me encanta. Pero tengo curiosidad y ganas. Yo también soy hombre, ¿No?-Según como se mire. - le apreté la polla entre mis dedos con saña. Tom se encogió un poco. - Vale. Eres un Muñeco macho... pasivo.-¿Por qué no quieres? - creo que involuntariamente, me salió un puchero. Tom volvió a bajar la cabeza, mirándome desde arriba con tranquilidad.-No me llama la atención la automutilación. Sólo la mutilación ajena. No soporto bien el dolor.-¿Quieres decir que tienes miedo a que te haga daño? - sonreí, satisfecho por el descubrimiento.-No. El problema es que no soporto no ser capaz de manejar la situación.-Así que eres activo por naturaleza... - había dejado de masturbarle, observándole con una ceja alzada. - ¿Lo ves humillante? ¿Arrodillarte a chupar una polla o dejar que te la metan te parece humillante? - hablé, cabreado. Me hubiera gustado que al menos hubiera intentado negarlo, pero claro, se trataba de Tom. Él siempre decía la verdad a la cara aunque fuera dolorosa.-Sí. Muy humillante. - sonrió, malicioso. No me cupo duda entonces de que lo decía para provocarme. - Ese tipo de cosas lo hacen las putas, las mujeres y los maricones. Y yo no soy ninguna de las tres cosas, así que... - me levanté de un salto, rojo como un tomate de la rabia y la humillación. Y él sonreía tan pancho, tan tranquilo como si no me hubiera travestido, jodido y amariconado en mi cara.-Pues entonces puedes buscarte otra putita o maricón al que follar, ¡Porque este se larga! - le di un empujón que apenas lo hizo inmutarse y abrí la puerta del cubículo de un portazo. Dos tíos se me quedaron mirando con el ceño fruncido. Me ruboricé al ver que estaba desnudo de cintura para arriba, tenía el pelo revuelto y los pantalones medio desabrochados.Tragué saliva. Mierda...-Oh, venga ya, Muñeco. - me quedé aún más petrificado cuando Tom me rodeó la cintura con una mano, apoyando la barbilla sobre mi hombro y frotando su cabeza contra la mía, mordiéndome la oreja. - Era una broma. En realidad lo hago por ti, disfrutas más siendo jodido a joder, se te nota en la cara.-Tom, cállate. - encogí el cuerpo y bajé la cabeza. Joder, que vergüenza.Tom hizo un movimiento lento y se quedó en silencio unos segundos, mirando al frente, a los dos testigos de nuestras locuras. Alcé la mirada hasta ellos lentamente, abochornado. Ellos se miraron con una mueca en la cara y me lanzaron una mirada de asco puro.-Joder... voy a vomitar. - soltaron una pequeña carcajada. Me temblaron las piernas. Eso había dolido y mucho, me había dado de lleno en el orgullo, me sentí mal, humillado de verdad, asquerosamente sucio. Nada comparado con los comentarios o acciones a las que Tom me sometía.Nunca me había importado lo que la gente pensara de mí, pero esa burla... me recordó lo abominable que era mantener relaciones con tu propio hermano.-¿Qué coño miráis? - oír la voz de Tom tan dura, tan imponente, tan grave y basta pegada a mi oído consiguió provocar que mi corazón diera un vuelco. Le miré con la boca abierta cuando se alejó de mí, apartando los brazos de mi cuerpo con suavidad y adelantándose hasta los dos tíos, que por lo menos tendrían veintitrés.-Tom... - gimoteé, nervioso.-Estaba a punto de echar un polvo con mi novio cuando creo haber oído un comentario bastante jodido. También creo que haber visto una mirada de repugnancia que me ha hinchado los huevos, por eso y sé que suena típico... ¿Estáis buscando problemas? Porque tengo aquí un par de amigos que se mueren por un poco de guerra. - Tom alzó los puños en gesto amenazante. Tragué saliva. Los dos tíos se miraron y sonrieron con sorna.-No, que va. Sólo nos quejábamos por el olor a mierda que hay aquí.-No tenemos nada en contra de los maricas. Debes haber interpretado mal la mirada. - estaban intentando quedarse con Tom. Me puse más nervioso aún, temiéndome su reacción.-Así que soy yo el que está equivocado. Vaya, que mal. Entonces no hay ningún problema... - se inclinó hacía delante, como una pantera a punto de cazar un conejo. - Sólo que mi Muñeco no soporta que le llamen marica, porque no es un marica, ni una mujer, ni una puta, aunque me chupe la polla. - me puse rígido. Por un momento creí que me iba a desmallar del bochorno. - Así que... vas a tener que disculparte. - el chaval le miró con una ceja alzada, incrédulo.-¿Qué?-De rodillas. - su tono sonó tan firme y serio, a la vez que imponente, una orden en toda regla. El chaval frunció el ceño.-¿De que vas, maricón?-He dicho... ¡De rodillas! - y Tom le pegó tal patada en la pierna que el crujido del hueso llegó hasta mi oído. Se me encogió el corazón al ver al chaval caer de rodillas al suelo, gritando de dolor como un loco, con las lágrimas saltadas, apoyando la cabeza sobre el suelo y retorciéndose como una culebra herida.El otro se quedó blanco. Tom y él se miraron fijamente. Soltó un gimoteo débil observando a su amigo en el suelo y sin decir nada, abrió la puerta y salió corriendo, abandonándolo allí, posiblemente con la pierna rota.-Anda, pero si tu colega se ha ido... - le soltó, de cuclillas a su lado. El pobre no sollozaba, pero derramaba lágrimas de puro dolor. - Ahora, discúlpate con el Muñeco.-Tom... - jadeé. Estaba horrorizado escuchando los gemidos del pobre chico, incapaz de moverse, incapaz de contestar.-Pide perdón. - le ordenó, severo. Negué con la cabeza.-Tom, no... déjalo por favor.-L-lo siento... - sollozó el chaval. El sonido de su voz destrozada me obligó a desviar la mirada. Joder, estaba a punto de echarme a llorar.-¿Cómo has dicho? El Muñeco no te ha oído bien.-¡Tom, ya vale! ¡Para!-¿Por qué? - Tom sonrió, dándole una palmadita suave en el hombro al herido. - Se está disculpando, Muñeco. ¿Aceptas sus disculpas? Si no... puedo romperle algo más... - me llevé las manos a la cara, con los ojos aguados.No aguanté el sufrimiento del hombre que por mi culpa se retorcía de dolor en el suelo de un baño público y salí corriendo de allí, como un cobarde.Sin saber porque, esa noche pasé más miedo que en cualquier otro momento de mi puta vida. Estaba asustado, aterrorizado...Corrí, huyendo de Tom y esa noche acabé acurrucado en un callejón a tres manzanas del bar, llorando como un niño perdido en la oscuridad de una ciudad desconocida.Ni siquiera sabía porque lloraba. Quizás porque aunque no lo reconociera hasta el final, una parte de mí asimiló en ese momento que Tom no era mío, que por mucho que me besara y yo le amara, él nunca me amaría a mí...Porque no tenía humanidad.  
  
  
  
-Así que Tom no te dejaba follarle... Vaya, que machito. - me mordí el labio inferior, aguantando la sonrisa.   
  
-¿Por qué? ¿Acaso tú me vas a dejar hacerlo? - inquirí.  
  
-¡No!... No, ni hablar. - la idea no pareció hacerle mucha gracia. A mí me hubiera encantado llevarla a cabo, pero tanto tiempo siendo pasivo me había afectado, sin duda.   
Me incliné hacía delante, decidido al fin, situándome sobre su cuerpo musculoso y sin rastro de vello. Vaya, ¿Quién lo diría?   
  
-¿Estás seguro de que quieres hacerlo?   
  
-Claro, ¿Por qué no? - él se encogió de hombros, alzando los brazos acariciando mi espalda de abajo arriba hasta llegar a mis hombros, a mi cuello...  
Tom...   
Sacudí la cabeza.   
  
-Tú no eres gay, reconócelo. No te gustan los tíos. - Sparky suspiró con una mueca de cansancio e impaciencia.   
  
-Ya lo sé. No soy maricón.   
  
-Entonces, ¿Por qué? ¿Por qué yo de repente? Siempre me has estado puteando porque creías que era gay y justo cuando aparece Tom... - mierda... joder...

La hostia puta. Sería hijo de perra.   
Me separé de él de un salto, saliendo de la cama conteniendo las ganas de meterle un puñetazo en la boca. Sparky se irguió, sentándose en la cama, mirándome con el ceño fruncido.   
Joder, joder, joder... ¿¡Por qué coño no lo había visto venir antes? Maldita sea Bill, tan desesperado estabas por sentir a Tom cerca aunque fuera en brazos de otro tío que te has cegado. ¡Imbécil!

-Vaya, sí, que casualidad que justo cuando Tom aparece y te mete una paliza, humillándote delante de toda la uni, arrebatándote el puesto del mayor chulo putas y dominando tu supuesto "Reino" homofóbico y anti-Bill, tú te interesaras por mí. Claro, ¡Por que también da la casualidad de que el tío que te ha arrebatado todo en los últimos meses era mi novio! ¡Solo quieres follarme para restregárselo por la cara a Tom cuando vuelva, para vengarte! - Sparky abrió la boca para decir algo, aparentemente alarmado.   
  
-¿Qué?   
  
-¡Que no soy gilipollas, eso! - anduve por la habitación, furioso, sintiéndome como un león hambriento y enjaulado. ¿Dónde coño estaba mi ropa?   
  
-Oye, yo no... - Sparky se levantó de la cama, dirigiéndose hacía a mí con los brazos extendidos.   
  
-¡Ni se te ocurra tocarme o te arreo una hostia que te saco los dientes! ¡Quita, coño y dame mi puta ropa!   
  
-Se está lavando. Y no tengo ni puta idea de que cojones estás hablando. - le di la espalda, alejándome de su musculoso cuerpo y expresión contrariada.   
  
-Quieres utilizarme contra Tom. Admítelo. - hablé, sereno, aguantando las ganas de gritar de rabia y humillación.   
Lo peor fue verle agachar la cabeza dócilmente, callado, sin negarlo.   
Claro, había dado en el clavo.   
  
-Pues sí. - admitió, de lo más tranquilo. Con aplomo e incluso gracia. Se rió en mi puta cara. - Era el puto amo. Tom lo jodió todo y quería vengarme como fuera. Cuando me di cuenta de que era demasiado fuerte, me puse a entrenar duro... pero se fue. Y lo único que dejó atrás fuiste tú. Bill, su Muñeco, su único punto débil.   
  
-¿En serio? - sonreí débilmente, riéndome de mi mismo. - ¿Tan desesperado estás como para intentarlo conmigo? Soy Bill... me odias a muerte. - él se encogió de hombros.   
  
-En realidad, me revientas. No es que te odie y desee tu muerte, pero tu forma de ser me hincha los huevos y ahora entiendo porque. Por que tú y Tom sois iguales. - tragué saliva. Aquella afirmación me puso el vello de punta.

Sparky empezó a andar hasta mí, ladeando la cabeza, muy serio. Sabía que no me dejaría ir sin haber conseguido lo que quería, pero la verdad es que no le temía.

-Recuerdo que en el instituto pasó lo mismo. Yo era el centro de atención, el matón al que todo el mundo respetaba y temía, a parte de envidiarme porque era hijo de... - él hizo una mueca. No parecía gustarle nada ser hijo de quien era. Suspiró. - Luego... tú, claro. Te enfrentabas a todo, incluso a los profesores por una causa justa y los callabas con tus argumentos. Te convertiste en el "Defensor del alumnado" y claro, no tardaste en convertirte en el Presidente del Consejo de Estudiantes. Todo el mundo te adoraba y contaba contigo, todos te respetaban y lo hicieron todavía más cuando me cerraste la boca en una de las reuniones del alumnado. Y no fue la primera vez que lo hiciste, claro. Eso me reventaba. También me reventaba que fueras el Presidente del Consejo de Estudiantes y yo tuviera que callar cuando expresabas tu opinión y todo el mundo te escuchaba. Para mí eras un sucio maricón y luego, para joderte y que me prestaras un poco de atención, me dedicaba a acosarte en el insti.  
  
-Sí, esa parte la recuerdo bien. Cuando me decías maricón delante de la clase y el profesor aprovechando que era un homofóbico de mierda, cuando me tirabas la ceniza de tus asquerosos cigarrillos a la cara, cuando escribías en la pizarra "Me follé a Bill el sábado, anónimo", cuando me rajabas los libros y los tirabas a la basura, alguna que otra pelea tras la cual yo siempre acababa llorando en mi casa con un ojo morado y el brazo dislocado... ¿Qué más? Ah, sí... nunca olvidaré el día en el que me desnudaste de cintura para arriba en los vestuarios delante de tus colegas y me pintaste los pezones con un rotulador negro y escribiste en mi barriga, los maricones tienen los pezones negros... - le solté, sarcástico, revolviéndoseme el estómago al recordar las mil y un putadas.  
  
-Sí. Yo también recuerdo esa parte. - sonrió con malicia. - Y no lloraste ni suplicaste ni una vez. Me gritabas, me insultabas e intentabas atizarme, pero nunca pediste clemencia. Entonces pensé, orgullo de maricón... - ahora sí. Lo tenía frente a frente y preparé la mano para cerrarla en torno a sus huevos, apretar y estrujárselos hasta que explotaran entre mis dedos.   
  
-Me puteaste la infancia. Fuiste mi peor pesadilla esos días de instituto.   
  
-Sí, lo fui. - admitió, desencajando la mandíbula. - Y sé que es bastante tarde para pedirte perdón.   
  
-¡Ja! - le grité a dos centímetros de su cara.  
  
-Quería utilizarte.   
  
-¡No me digas!   
  
-En realidad no te soporto, Bill.   
  
-¡De puta madre! ¿Acaso crees que me importa?   
  
-Pero aún así y me jode tener que admitirlo... ¡Quiero estar contigo esta noche!  
  
-¡Genial! - grité... luego me di cuenta de lo que acababa de decir. Abrí los ojos como platos, con la boca entreabierta incluso, alucinado. Dios... ¡Y el muy cabrón hablaba en serio! - Pero... ¿Te crees que soy una puta que se acuesta con cualquiera que se le ponga delante? ¡Después de todo esto tienes los cojones de decirme que me la quieres meter por el puto culo! Para empezar, ¿Quién coño te crees que eres para dirigirme la palabra después de las humillaciones, los gritos, las palizas, los insultos, las bromas? ¡Has sido mi puto infierno personal desde que te conocí! - le pegué un empujón con el puño que lo hizo retroceder, probablemente al día siguiente le saldría un cardenal del tamaño de una pelota de tennis. Me la sudaba. ¿Quién se creía que era? ¿Quién coño se creía que era ese maldito snob que había sido mi verdugo durante años? - ¡Cuando llegué a la universidad estuve a punto de irme de allí solo porque tú estabas allí! ¡Te tenía miedo, a ti, a la escuela! ¡Casi arruinas mi futuro! - le pegué otro empujón que lo mandó a un metro de mí. Notaba como otra vieja herida ya cerrada se abría sin control y como mi voz se volví aguda debido al nudo en la garganta que crecía y crecía, haciéndome difícil hablar. - ¿¡Y por qué, eh!? ¡Para qué! ¡Para entretenerte y hacerte el guay delante de todo aquel que no me conocía, destruirme solo para aumentar tu ego y tu popularidad! ¡No sabes cuanto te he odiado! ¡Quería verte muerto! ¡Mi puta debilidad siempre fuiste tú! - le arreé semejante hostia que su espalda acabó chocando contra la pared, con la cara desviada hacia abajo, el labio hinchado. Aquello era un acceso de ira y depresión imposible de controlar. Se me juntó todo. El no sentirme a gusto con mi propio cuerpo, asqueándome por mi propia personalidad. El ser débil y sentirme débil, indefenso, asustado. Los recuerdos dolorosos del acoso, de la ida de Tom... y saber que él no estaba para consolarme.

Le agarré del cuello, echándole mis manos encima como si fueran las garras furiosas de una pantera. Joder... era tan patético que estaba llorando sumergido en mi propia frustración y rabia.   
-Y yo... yo fui tan estúpido como para sentir pena por ti... snif... cuando mi hermano te pegó una paliza...debería... - no podía controlar mis propios sollozos. Me dolía la garganta, los puños y el pecho, sintiendo otra vez esa angustia expandiéndose como una asquerosa enfermedad a través de las venas de mi cuerpo y, claro... la sangre de las venas siempre pasa por el corazón. - Debería... - empecé a hipar y poco a poco, le solté el cuello. - ¡Debería haberte escupido a la cara!   
  
-¿Qué? - murmuró. Me aparté de él, dándole la espalda y sin ganas de nada más, sin ganas de resistirme, me dejé caer en la cama, tapándome los ojos con el brazo intentando controlar mis lágrimas.   
No pasaron ni diez segundos cuando sentí el peso de Sparky a mi lado, hundiendo la cama.  
-¿Qué has dicho?   
  
-¡Vete a la mierda!  
  
-Has dicho: yo fui tan estúpido como para sentir pena por ti... cuando mi hermano te pegó una paliza. - dios mío... ¿Qué? ¿Eso había dicho?   
  
-Yo... no he dicho eso...  
  
-Sí lo has dicho.   
  
-¡No, no lo he dicho! - le miré rabioso otra vez por intentar indagar en mi mente sin mi permiso. - ¡Cállate de una puta vez! ¡Y tú has dicho que a pesar de todo querías pasar esta noche conmigo, no!? - se quedó callado unos segundos, sin saber que decir.   
  
-Pues...   
  
-¿¡Si o no!?   
  
-¡Sí!   
  
-¡Pues chúpamela! - y me dejé caer sobre la cama con total disposición a dejarme hacer, hundiendo el cráneo en el colchón. Sparky se me quedó mirando en silencio, boquiabierto, horriblemente contrariado. - Oh, claro, se me olvidaba. Tú no eres maricón, el maricón soy yo. Tú eres el puto macho del ganado y yo la oveja negra y el macho nunca se rebajaría a chupársela a un maricón que sólo sirve para recibir burlas y palizas...  
  
-¿Te vas a callar? - sí. Me callé.   
Pero solo hasta que sentí sus manos agarrándome la cinturilla de los boxers y empezó a bajármelos con sumo cuidado y lentitud.   
  
-¿Qué...? - me limpié las lágrimas pasándome el brazos por los ojos y sacudí la cabeza, inclinándome para ver cada uno de sus movimientos. - ¿Qué haces?   
  
-¿Tú que crees?   
Oh... eso era... increíble. No podía creerme que lo fuera a hacer, no podía creérmelo, no se atrevería, no...   
Sentí algo de vergüenza cuando mi polla quedó al descubierto frente a él. Me sentí tan sumiso cuando me quitó los boxers y, tragando saliva con algo de nerviosismo, los dejó caer al suelo y me observó, pasando su mirada oscura por todo mi cuerpo. Cerré los ojos, sintiendo un ligero estremecimiento.   
  
-Vamos, dilo... soy bastante... asqueroso.   
  
-En... en realidad no. - negó con la cabeza. Observé cómo se inclinaba hacia delante y me dejé caer de nuevo sobre la cama, clavando la mirada en el techo. No quería mirar, pensando en todo momento que no lo haría, que se arrepentiría en ese instante... pero no lo hizo.  
Cuando sentí la humedad de su boca y su saliva escurrirse por mi polla, la vista se me nubló y mis pensamientos se llenaron de él... de mi dueño, del que había sido mi "Amo".   
De mi Tom.  
  
-Tom... - jadeé.   
  
-Avísame cuando vayas a... correrte.   
  
-No... no pienso hacerlo... Tom... - y a pesar de mi negación y de pronunciar el nombre de mi hermano en el momento más inoportuno, él me la chupó.   
Mi maldito acosador me la chupó... y simplemente me encantó...

**Capítulo 29**

**By Tom**  
  
  
-Bueno... fue algo estúpido y de lo más simple. Tampoco creo que merezca la pena contarlo, pero ya que te veo con ganas... - Aaron era alguien curioso. Siempre metía las narices donde no le llamaban simplemente por meter baza. Era de esa clase de niñatos repelentes que nadie quiere cerca, siempre haciéndose el chulo y presumiendo de todo, haciéndolo con tanta naturalidad que parece propio de su misma naturaleza.   
Yo sabía que lo era, o al menos con el resto de la pandilla. Conmigo, nunca. No sabía si era porque me tenía miedo o porque me respetaba y creía que era digno de su "real" presencia. En todo caso, no solía hacerse el prepotente delante de mí.   
No solía...  
  
-¿Entonces? ¿Por qué Capitán? - íbamos callejeando por la ciudad, de camino a ninguna parte en realidad. Su casa estaba al otro lado de la ciudad y me preguntaba qué pretendía siguiéndome como un perro callejero, pero tampoco es que me importara demasiado su presencia.   
  
-Sucedió cuando cumplí los dieciocho y llegó la puta carta que envía el gobierno exigiendo el servicio militar obligatorio.   
  
-Oh, claro. Eso. Por suerte mi madre sobornó a alguien para que no tuviera que pasar por ahí. - sonreí. Ya empezaba a presumir.   
  
-Yo no tuve tanta suerte, incluso vinieron a buscarme. Estuve mes y medio allí, con Andreas, Ricky, y unos pocos más. Black me había contado muchas mierdas sobre el servicio militar, pero no fue tan duro. Quizás fuera porque yo no soy judío y él sí. - El Príncipe frunció levemente el ceño, reprimiendo las ganas de quejarse. Se había criado en una familia estricta y conservadora, por no decir fascistas y claro, lo que le habían enseñado no era precisamente una gran amplitud de tolerancia hacía ciertas nacionalidades y tendencias sexuales. - En fin, estuve allí mes y medio, hasta que el Capitán de nuestra brigada me pilló un pequeño alijo de maría y me empezó a gritar delante de doscientas personas. Se me puso a dos centímetros de la cara y empezó a gritar y a bañarme con saliva. Fue asqueroso.   
  
-¿Y que hiciste?   
  
-Me limpié la saliva de la cara con el brazo mientras me seguían sermoneando y gritó: ¿Qué coño haces? ¿Te vas a poner a llorar, nenaza? ¡Alemania no es un país para puta escoria como tú, un puto marica llorón! - Aaron abrió los ojos como platos.   
  
-¿Eso dijo? Y tú... le harías frente ¿No?   
  
-¿Frente? Le saqué siete dientes del puñetazo que le di. Cayó al suelo. Un montón de militares se me echaron encima y me agarraron de brazos y piernas. El Capitán se levantó del suelo, vino hacía mí con la boca sangrando y me pegó un rodillazo en el bajo vientre, cerca de los huevos. Me quedé traspuesto. Luego, me encerraron en una caseta completamente solo y al día siguiente, me echaron del ejército. El Capitán me dijo justo antes de irme de vuelta a casa que si me disculpaba de rodillas públicamente no levantaría cargos contra mí.   
  
-Oh, y supongo que tú... - negué con la cabeza. No es que me sintiera orgulloso, pero tampoco es que me arrepintiera por ello.   
  
-Le rompí la nariz de un cabezazo. - Aaron abrió la boca de par en par, soltando una carcajada estridente.   
  
-¡No puede ser! ¡Joder Tom, eres increíble!   
  
-No lo soy. Cualquier tío de aquí hubiera hecho lo mismo que yo.   
  
-¡Yo no!   
  
-Tú no eres de los nuestros todavía, Príncipe. - siguió carcajeándose unos segundos más, intentando contener la risa floja.   
  
-¿Y por eso te dicen Capitán? Es una pasada de historia.   
  
-Tengo historias peores. - la luna estaba llena. Era la única luz que nos guiaba por los callejones a esas horas de la mañana, por que ¿Cómo iba a haber una solo farola que funcionara entre la escoria de Stuttgart?   
Aaron empezó a contarme algo. Algo sobre la mierda que suponía tener que cumplir un servicio militar obligatorio cuando en la mayoría de los países europeos suponía algo voluntario. Pensaba lo mismo que él, pero pronto dejé de escucharle alzando la mirada al cielo, ya que solo veía oscuridad frente a mis narices.   
Lo que veía en el cielo era luz. Pequeñas partículas de luz sobre el firmamento oscuro y una gran luna que irradiaba tanta luz que me cegaba.   
Las estrellas eran los casi inexistentes puntos de apoyo que me rodeaban en Stuttgart, Guetti, Helem, Andreas, Black, Ricky... pero eran tan pequeños y estaban tan lejos que apenas podía verlos y la verdad, me eran casi indiferentes.   
La Luna... la Luna era él.  
  
  
  
Recuerdo que estaba caminando por los callejones como ahora, vagando exactamente igual, buscando a Bill. El muy idiota se había ido corriendo después de que yo le rompiera la pierna al capullo que le había dicho maricón a la cara.No estaba en el coche, Georg y Gustav no lo habían visto, había registrado a fondo el Joriana, por lo tanto, solo me quedaba buscarlo por los alrededores. Y eso hacía.Eran las dos de la mañana. Recorrí tres manzanas enteras rebuscando incluso en los escondites más improbables y, después de más de dos horas sin oír un puto sonido a parte del chisporroteo de una farola estropeada, algo me hizo dirigirme rumbo a aquel callejón oscuro, completamente sumido en la oscuridad de la noche.No se veía una jodida mierda. Choqué contra un cubo de basura y oí el maullido de un gato saltar al suelo junto con una lata de plástico duro.Un sollozo asustado llegó hasta mis oídos desde el fondo del callejón. Ahí estaba él, mi pequeño y asustadizo Muñeco.Aunque no lo veía con tanta oscuridad, el sonido de su respiración angustiosa me era suficiente. Me detuve en mitad del callejón, con las manos en los bolsillos y miré fijamente hacía la oscuridad.-¿Te diviertes? - mi Muñeco jadeó. Casi podía imaginarme su tembleque. - Llevo buscándote más de dos horas. ¿Dónde coño estabas? - volvió a soltar un jadeo lastimero. - Oh, pobrecito... que lástima de Muñeco. El pobre se ha perdido.-Tom... - sollozó. - ¿Él está bien... snif...?-¿Él, quién?-El chico al que... le has roto la pierna... - fruncí el ceño, sin saber como tomarme la pregunta, si cabrearme o reírme.-¿Se supone que eso importa?-No... para ti no... - noté una leve hinchazón en la frente, señal del arranque de rabia que se me avecinaba. Le pegué una tremenda patada al cubo de la basura que tenía más cercana, volcándolo, emitiendo un ruido difícil de soportar.Bill sollozó con más fuerza.-¿¡Pero que coño te pasa!? ¡Te he defendido! ¡Se supone que deberías estar agradecido! - me adentré en la oscuridad, guiándome mi propia voluntad de encontrarle, palpando a mi alrededor. Oí el sonido de algo arrastrándose por el suelo, un cuerpo que intentaba alejarse de mí y me abalancé sobre él abruptamente, agarrándolo con fuerza. Noté su cuerpo revolverse, intentando escaparse, soltando quejidos agudos. - ¿Acaso hubieras preferido la humillación? Tener que cargar con el peso de no haber tenido los cojones de hacerles frente. ¡Aunque seas maricón, ten un poco de amor propio y orgullo! ¡Eres un hombre, joder!-¡No lo entiendes, no es por orgullo! ¡Es por el simple hecho de ser una persona! - me dio un codazo en el estómago cuando intenté arrastrarlo hacía la luz, fuera del callejón. - ¡Las personas no se divierten con el dolor ajeno! ¡Tú sí! ¡Eres inhumano y me das miedo! - le solté, dejándolo caer al suelo casi recibiendo un empujón por mi parte.-¿¡Yo te doy miedo!? ¡Tú no tienes ni zorra idea de lo que es sentir miedo! ¡Lo más cerca que estás de sentir miedo en tu vida es cuando no tienes dinero para comprarte una chaqueta de trescientos euros en el lugar más caro de toda la ciudad! ¡Eres un niñato que no tiene ni puta idea de lo que es la vida más allá de sus putas costumbres de niño mimado al que no le falta de nada! - Bill se encogió sobre el suelo, llorando en silencio.-No lo entiendes, joder...-¿No lo entiendo? ¿Qué debería entender? ¿Qué entiendes tú de mí, Bill? Puedes llorar todo lo que quieras y arrastrarte todo lo que quieras como un perro. ¡Por mucho que supliques no vas a hacer que deje de romper huesos a quién se cruce en mi camino!-¡Y si no fueras tan agresivo no me gustarías tanto, pero no puedes culparme por tener miedo a perderte! - lo cierto es que su chillido me dejó sin argumentos. Bill alzó la cabeza hacía mí todavía en el suelo. Podía ver el resplandor de sus brillantes ojos llorosos mirándome, suplicándome. - ¡Tienes una sangre tan fría que me da miedo que algún día lo rompas todo, te conviertas en un auténtico psicópata y hagas desaparecer de ti todo lo humano que yo puedo querer! ... y yo quiero quererte siempre... snif... - fue entonces cuando me di cuenta de algo. Algo un tanto espeluznante. Algo que siempre acababa pasando con las chicas con las que jugaba en Stuttgart pero que por alguna razón, no esperaba que pudiera afectar a Bill.Pero le había afectado y mucho.Me quería. Vaya... que fallo más tonto...Y mientras él lloraba, a mí me entró la risa sin saber porque. Una risa cruel que me salió de dentro y fui incapaz de reprimir. Bill me miró, ladeando la cabeza, con los labios fruncidos, haciendo un puchero demasiado gracioso como para ignorarlo.-¿Por qué te ríes? - su voz era tan aguda que apenas entendí lo qué me decía. Era como un niño pequeño.Me acuclillé frente a él, dejando de reír por fin.-¿No quieres que sea un asesino psicópata que le rompe los huesos a sus víctimas uno a uno mientras están con vida para luego descuartizarlas más fácilmente y comerse sus restos? - Bill se encogió en el suelo, estremeciéndose. Negó con la cabeza fuertemente. - Pues no lo seré. - él pestañeó un poco, parpadeando.-¿No?-Si el Muñeco quiere la luna se la traeré, si quieres las estrellas serán para ti, si quieres algo más simple, cualquier cosa, será tuya. Si quieres que no me convierta en un psicópata, no me convertiré... - a Bill le empezó a temblar el labio inferior. Su cara se contraía en pucheritos que no controlaba, sorbiendo por la nariz e intentando controlar las lágrimas.-¿No romperás más huesos entonces?-Sólo si es necesario.-Lo de hoy no era necesario.-¡Llamó maricón a mi Muñeco! ¡Lo era! - vi como se le inflaban las mejillas, avecinándose otro berrinche. - Vale, vale, la próxima vez me estaré quieto... sólo le romperé el pulgar.-¡Tom, no te burles! - puse los ojos en blanco, sonriendo y sacudiendo la cabeza mientras Bill se levantaba del suelo y se sacudía los pantalones dándose manotazos flojos. Alcé la cabeza dispuesto a levantarme yo también y me crucé con la figura de mi Muñeco perfilada por la luna semillena que se había decidido a entrar en escena. Las facciones de Bill brillaron unos segundos frente a mi rostro, dejándome momentáneamente aturdido contemplando como mi precioso Muñeco brillaba con luz propia. - ¿Nos vamos? - preguntó.Coño, ¿A quién cojones se le había ocurrido dejar tirado en este infierno a un ángel en brazos de un demonio? Ya tenía que ser cabrón dios como para dejármelo así, sin más, para que me divirtiera. Pobrecito ángel caído.-No. No nos vamos. - el Muñeco con complejo angelical alzó una ceja, confuso. Cuando me levanté del suelo y lo empujé con mi cuerpo hacía la más profunda oscuridad del callejón, comprendió que había caído en brazos del mismo Lucifer.Pobrecito...  
  
  
  
-Cállate... - Aaron cerró la boca de súbito, pestañeando y deteniéndose a mi lado cuando me vio detener el paso. Alzó una ceja en una expresión jodidamente parecida a la de mi hermanito. - ¿Qué hacías hoy en el club de ambiente con Andreas? - se quedó mudo, subiéndosele un tono rojizo a la cara de golpe.   
  
-Yo... yo... no, no he estado allí... - bajó la mirada. Me situé frente a él, en silencio, asesinándolo con la mirada y al ver que no pensaba responder, golpeé la pared llena de grafittis que tenía a su espalda, acorralándolo con los brazos.   
  
-No me mientas, Príncipe. No estás hablando con Andreas ni Ricky. Yo te romperé la boca si me cabreas. ¿Qué estabas haciendo allí? - él estaba nervioso y no sé porque, yo estaba eufórico.   
  
-Sólo... estaba con Andreas tomando algo. Me invitó allí...   
  
-Ya... tomando algo. - sacudió la cabeza, buscando una salida que no había. - Has esnifado, ¿Verdad? Y puede que alguien te llevara al cuarto oscuro.   
  
-¿Y que coño te importa?   
  
-Nada. No me importaría nada si no te parecieras tanto a mi hermano gemelo. - Aaron se quedó boquiabierto.   
  
-¿Her-hermano gemelo? No sabía que tuvieras un... un hermano gemelo...   
  
-Pues lo tengo y te pareces a él. Deja de parecerte a él.   
  
-¿Qué?   
  
-Que dejes de parecerte a él. - el Príncipe hizo una mueca consternada. Me recordó tanto a esas muecas que hacía Bill cuando estudiaba psicología y no entendía nada de lo que leía, cuando se daba la vuelta, refunfuñando y me gritaba que dejara de tocar la guitarra, que conmigo al lado no había quien estudiara. Yo dejaba de tocar y él volvía a hundir la cabeza en el libro. Al ver que seguía sin enterarse de nada, volvía a refunfuñar y a gritarme que porque había dejado de tocar la guitarra y así no se enteraba de nada.   
Y para que se aclarara, yo le quitaba la silla, él se caía al suelo de culo, yo me sentaba y cuando dejaba de soltar tacos por haberle quitado la silla, me obedecía cuando le decía que tendría que sentarse encima mía si quería sentarse en su silla para "Estudiar".   
Él se sentaba, yo le metía mano hasta desabrocharle los pantalones y agarrarle la polla, jugando con ella. Bill gemía y se olvidaba de estudiar y a los cinco minutos, lo tenía medio echado boca abajo sobre el escritorio, con una pierna flexionada sobre este, desnudo, sudado y bien abierto con mi polla dentro de su culo, embistiéndolo como un perro.   
Y Aaron estaba poniendo exactamente esa cara, la de Bill en el callejón oscuro, nervioso y asustadizo Muñeco.   
Sacudí la cabeza y golpeé de nuevo la pared, haciéndolo encogerse de miedo.   
  
-¡Deja de poner esa cara o te follo, joder! - por fin Aaron clavó la mirada en mí, con la cara descompuesta. Notaba su pecho subir y bajar rápidamente chocando contra el mío. Su respiración agitada y fría me daba de lleno en la cara como si me azotara. Tragó saliva y cerró los ojos, intentando calmarse regularmente o eso creía...   
En realidad, se estaba preparando para soltar la bomba que me iba a soltar cuando abrió los ojos de nuevo y bajó la mirada hasta mi entrepierna. Entreabrió los labios, tragando saliva.   
  
-Pues... hazlo... - Vaya con el Principito... ¿O ahora debería decir la Princesita? Negué con la cabeza lentamente, casi por inercia.   
  
-Joder con los maricones. - y de un empujón, lo puse de cara a la pared mientras le bajaba los pantalones. Él no se resistió. Estaba como conteniéndose, nervioso, ansioso y algo asustado. Apoyó las manos en la pared y apretó el cuerpo contra ella, cerrando los ojos con fuerza. Le desabroché el cinturón. No me lo podía creer. Él también... - ¿Pero que os pasa a todos? ¿Tengo escrito en la cara me follo a cualquier maricón gratis en cualquier momento y en cualquier lugar o qué? ¿Por qué todos os empeñáis en venir a por mí? - Tiré de la cinturilla del pantalón y este se deslizó hasta las rodillas junto con los boxers. Apoyé las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza, rozando levemente mi entrepierna con su trasero. - ¿Desde cuando estás tan jodido por mí? - él suspiró con suavidad.   
  
-Yo solo... te he echado de menos, Tom...   
  
-Pues yo a ti no. Ni a ti, ni a Andreas, ni a Ricky, ni a Black... por mí podríais iros al infierno. - saqué un condón del bolsillo y abrí el envoltorio con la boca, bajando los pantalones con la otra mano, agarrándomela y masturbándome con fuerza intentando conseguir una erección.   
  
-¿Por qué dices eso? - murmuró.   
  
-Porque es verdad. Me valéis una mierda. Sois unos muñecos inútiles. - por fin conseguí que mi polla se agrandara, pensando en aquel momento.   
Cuando Bill me abrazó en la oscuridad del callejón, con la ropa desordenada y el pelo revuelto, resistiéndose vagamente a mí. Tenía miedo de que alguien nos viera y se quejaba porque olía a meado y a basura.   
  
  
  
  
-Aquí tienen que haber incluso ratas. ¿Y si nos muerden y tienen la rabia? Que asco, que asco, que asco, que asco... - susurraba sobre mi hombro mientras yo le besaba y le lamía el cuello. Le mordí y se estremeció.-Las ratas no se acercan. Me tienen miedo... - se relajó.-Vale... pero agárrame bien. No me sueltes, joder... apriétame con fuerza.-Entonces tendré que follarte con fuerza.-Fóllame con fuerza.-En un callejón oscuro... ¿Cómo una puta?-Sí... como una puta... como si fuera tu puta...  
  
  
  
Aaron sonrió con melancolía contra la pared. Me mordí el labio colocándome para entrar con el condón bien puesto.   
Hacerlo con Bill había sido una cosa tan sucia y pura a la vez, que el condón sobraba. Con Aaron era diferente, claro.   
  
-Así que... has conseguido unos muñecos más útiles en Hamburgo... - murmuró. Se la clavé hasta el fondo de golpe, golpeando mi pelvis contra su trasero en un ruido húmedo. Él rechinó los dientes, soltando un jadeo de dolor. Pegué mis labios contra su oído y hablé, claro y conciso, gruñendo como un animal.   
  
-No... ¡Sólo he conseguido uno y no se puede comparar con un mierda como tú!   
Me pregunté, ¿Por qué estaba tan furioso mientras metía la polla en caliente y pensaba en esa noche, cuando Bill me dijo que le agarrara fuerte y que no le soltara? Cuando me di cuenta de que ese Muñeco estúpido había decidido quedarse pillado por mí y yo había decidido a mi vez hacer oídos sordos.   
  
-Bill...   
  
-Tom... más despacio... me vas a matar...   
  
-Lo... lo siento... Bill... - Aaron giró la cara. Me miraba fijamente con los dientes apretados, queriendo decir algo, pero sin ser capaz de pronunciar palabra. Apoyé la cabeza en su hombro, con la mirada clavada en el suelo, concentrándome en lo que sentía en la punta de la polla y en imaginarme a Bill, con la ropa descolocada, abrazándome con fuerza, escondiendo la cabeza en mi hombro desnudo, gimiendo mi nombre en mi oído mientras le penetraba como el quería, a su ritmo. Besándome en la boca, con el pelo revuelto y húmedo siendo aplastado entre mis dedos.   
  
De todas formas, a mí nunca me había importando que Bill me quisiera en silencio. Ese era un problema suyo...   
  
-Eres... mi jodido Muñeco precioso... - Aaron gimió.   
  
¿Me seguiría queriendo ahora? Seguramente, no.   
  
  
  
  
  
**By Bill.**  
  
  
Tenía frío.   
Notaba las sábanas escurriéndose por mi cuerpo desnudo con lentitud y me estremecí, muerto de frío. Encogí el cuerpo y palpé la cama en busca de algo con lo que taparme justo en el momento en el que las sábanas cayeron al suelo y quedé expuesto a plena luz del día en una habitación que no era la mía.   
Me levanté enseguida, somnoliento aún y con el vello de punta. La ventana estaba abierta. Miré el reloj digital que había sobre el escritorio. Las cinco y media... de la tarde.  
  
-¡Joder! - pegué un salto y salí de la cama, buscando mi ropa por la habitación, alterado. ¿Dónde coño estaba Derk? ¿Y si me había dejado solo y desnudo en esa pedazo de mansión? ¿Y si había venido alguien? Peor... ¿Y si su padre, ese pez gordo del gobierno, había vuelto y me pillaba en la cama de su hijo tan pancho después de un polvo? Si fuera una chica, todavía pero... no creía que se lo tomara demasiado bien, porque sí... Derk, es decir, Derek, es decir, Sparky y yo... lo habíamos hecho. Habíamos follado, echado un polvo, nos habíamos acostado, daba igual como lo dijera, seguía sonando igual de mal y poco creíble.   
Había dejado que Sparky... o Derk, como me había pedido que le llamara, me penetrara. Él, que había sido el puto demonio de mi infancia.   
Lo cierto es que me lo había esperado diferente. Había esperado que me hiciera daño, que se burlara, que todo fuera una broma y de repente salieran sus colegas del armario haciendo fotos a diestro y siniestro llamándome maricona... pero no había sido así.   
Derk había sido bueno... y había disfrutado con él.   
Encontré el albornoz blanco encima de la cama, esperándome. Y como no encontraba mi ropa, me lo puse.   
Enseguida me di cuenta de que nadie vendría a buscar al polvo del señorito, así que decidí salir por mi propio pie de la enorme habitación y empezar a buscar por la casa.   
Si Derek tenía algún problema, que no me hubiera dejado tirado.   
Mientras recorría los largos pasillos y abría puertas con cautela y sigilo buscando una cara conocida o, al menos, una cara, empecé a darle vueltas a la cabeza.  
¿Qué me traería de bueno lo que había hecho? O mejor dicho, ¿Qué me traería de malo?   
Debía dejar de pensar en las relaciones sexuales como si fueran algo solo propio de una pareja. Yo había sido lo que había sido para Derk, y él había sido exactamente lo mismo para mí y así se quedaría la cosa, como un secreto guardado en un baúl al fondo de nuestra memoria con candado y llave y todo sería como siempre.   
Me sentí aliviado por ello, la verdad.   
Dudaba que... pudiera mantener una relación seria después de lo que Tom había significado para mí... por muy bueno que Derek hubiera sido conmigo...  
  
  
  
  
-Serás todo un semental entre las chicas, ¿no? - recuerdo la burla, como le sonreí y como él se puso como un tomate. Sparky estaba tan nervioso que le temblaban las manos y no sabía qué hacer, que tocar, dónde acariciar, en qué posición situarse. Más que un chico, parecía que tuviera un androide imposible de comprender entre sus brazos y no supiera cual era el botón que lo activaba.Estaba encima de mí. Yo acababa de correrme por la mamada. No en su boca, claro, ni en su cara. Pero lo había hecho y él se había puesto más nervioso todavía al verlo. Supuse entonces que no estaba preparado ni mentalizado para ello.-Dejémoslo. - Sparky frunció el ceño ligeramente, mirándome. - No te gusto y lo entiendo. Déjalo...-Ya he hecho lo peor que podría haber hecho ¿no? Te la he mamado. A ti, a un marica. Ahora quiero ser yo quien se corra y disfrute. - ensanché la sonrisa. Era tan terco como Tom...Estiré los brazos a lo ancho de la cama y cerré los ojos.-Piensa que soy otra persona, si quieres. Piensa que soy una chica o... un Muñeco. Que no tengo vida. Piensa en otra persona que desees...-Como tú pensando en Tom, ¿no? - enmudecí, sintiéndome dolido, sintiendo una pequeña punzada en el pecho. - Lo siento...-Da igual. Tienes razón. Estoy pensando en Tom... - aún así no abrí los ojos, aunque me sintiera molesto, mal conmigo mismo. Aun sabiendo que mi cuerpo desnudo estaba siendo observado por otra persona, me quedé quieto, esperando sentir un movimiento, una caricia, un pellizco, una lamida, no lo sé... algo...Sentí como Sparky apartaba su cuerpo del mío. Creo que estaba de rodillas entre mis piernas, mirándome. Oí el sonido de piel contra piel. Sparky se estaba acariciando.-Bill... eres... diferente a como te había imaginado. - oí el murmullo confuso de algo deslizándose por su cuerpo. La cama se movió un poco. Se acababa de quitar los boxers.-¿Es que alguna vez me habías imaginado así?-No... así no. - me mordí el labio, riendo.-No me dirás ahora que toda tu vida habías soñado con este momento.-No... te diré que alguna vez se me había pasado por la cabeza como era posible que tu... novio, te follara. - pronunció la palabra novio con mucho cuidado, como temiendo que la simple palabra me pusiera de los nervios. Oí algún que otro suspiro, como su respiración se aceleraba y un suave sonido húmedo que subía y bajaba.-¿Te estás masturbando?-Sí...-¿Te preguntabas como me follaba Tom?-No... bueno, sí... quizás... - se estaba tocando pensando en mí, observando mi cuerpo postrado frente al suyo y eso me hizo sonreír, recuperar algo de confianza en mi mismo, sintiéndome deseado.-Tom era muy bueno haciéndolo. No tenía compasión. Daba igual el lugar, el momento, las circunstancias... me cogía... y... - suspiré, frunciendo un poco el ceño. Sparky me estaba tocando, con mucha lentitud, con miedo y nerviosismo, pero lo hacía. Apoyó una mano en mi cintura, subiendo hacía arriba acariciándome el costado. Sus manos eran suaves, no callosas y bastas como las de Tom.Y aún así, prefería las de Tom...-¿Y...? - estaba seguro de que se seguía masturbando sobre mí. Su mano subió hasta mi cuello y empezó a descender por mi pecho, provocándome escalofríos. Sentí una ligera presión en uno de mis pezones, no sabría decir cual... y empecé a ponerme irremediablemente duro.-Tom... siempre ha sido tan basto.-¿Basto? - sentí sus dedos clavándose en mi ingle. Suspiré y eché la cabeza hacía atrás, apretando los ojos.-Lo que tú estás haciendo ahora... tocarme como si fuera de cristal... él no solía hacerlo muy a menudo. - su mano se detuvo sobre mi bajo vientre.-¿Te molesta que lo haga?-N-no... está bien... me gusta...-Eres muy activo, ¿no? Tú nunca tendrás problemas de erección. - sonreí. Apenas me había tocado, pero sólo con imaginarme la escena y hablar de lo que Tom me hacía cuando estaba a mi lado, me había excitado y había vuelto a empalmarme. Tom también lo decía a menudo. Se quejaba porque él no pasaba de las cuatro veces por día y yo no tenía límite. Era una constante máquina de follar.-Bill, abre los ojos y muévete. No quiero hacerlo con un Muñeco sin vida. - tomé aire y abrí los ojos, sin saber con qué me iba a encontrar. Por un momento pensé que estaría atado de pies y manos, siendo observado por un montón de ojos burlones que se reirían de mí, me humillarían y me gravarían en video para luego amenazarme con colgarlo en una página web o algo parecido... no era la primera vez que Sparky y sus colegas me hacían fotos en el vestuario después de rajarme la ropa mientras yo nadaba tranquilamente en la piscina del club.Pero cuando abrí los ojos solo encontré la mirada clara de Sparky sobre la mía y su cuerpo desnudo por fin inclinado sobre mí.Miré hacía abajo. La tenía grande y dura. Iba a doler.-Joder... ¿Tienes condones?-Hum... sí...- se echó a un lado de la cama, buscándolos en el mueble de noche.-¿Te lo pones tú o te lo pongo yo?-¿Lo hacías con condones con Tom? - alcé una ceja, sin comprender a que venía la pregunta.-No. Con Tom no... - Sparky se dejó caer de espaldas sobre la cama, mirándome mientras abría el sobre del condón con los dientes. Me levanté un poco y recorrí su cuerpo con la mirada de arriba abajo, observando de pasada como se colocaba el preservativo en la punta de la polla y tiraba. Bufé. Tenía un cuerpo de escándalo. Tenía que hacer algún deporte por huevos. Me imaginé su cuerpo sobre el mío, siendo agarrado y constantemente rozado por esos pedazos de músculos. Siendo tocado y profanado. Sodomizado. Con fuerza.Sí, Tom... con más fuerza.-¿Tienes lubricante?-No. Eso no...-Joder, pues me vas a matar con esa pedazo de verga... - le acaricié el pecho un poco, mirándole a la cara para ver su reacción. Parecía tranquilo, observándome en silencio. Bajé un poco la mano por el bajo vientre. Sparky sonrió.-¿Me la quieres tocar?-Sí...-No voy a morderte. - repitió las mismas palabras que yo le había dicho hacía un rato. Me di cuenta de que el que ahora estaba nervioso era yo.

Descendí la mano, restregándola con más fuerza por sus abdominales bien duros hasta llegar a la ingle. Cerré los dedos sobre la base de su polla sin desviar la mirada de su cara, que mostraba burla, como si se riera de sí mismo por haberse mostrado tan histérico y torpe. Alzó una mano y me acarició la mejilla, apartándome el pelo de la cara. Se levantó un poco sobre los codos para besarme y sin saber porque, con el corazón a cien, encogí el cuello y murmuré:-Nunca lo he hecho con ningún hombre aparte de Tom. - Sparky se detuvo. Suspiró y apoyó la cabeza en mi hombro, con la frente pegada a mi cuello. Su pelo era muy suave y espeso. Olía bien. Olía... a hombre.-Entonces... compartiremos una primera vez. - lo dijo en un tono tan íntimo y agradable que me convencí de que allí no había nadie más que nosotros. No iba a hacerme daño ni a humillarme. Al menos no esa noche.Mi mano se movió sobre su polla lentamente, hasta juguetear con el pulgar sobre la punta. Sparky dejó escapar una risita que variaba entre el jadeo y el gemido. Entreabrió los labios y yo me pasé la lengua por los míos, abriéndolos y aspirando su aliento.-Dime una cosa... - suspiré. Sparky me agarró por la nuca con una caricia, sin intención de dejarme ir fácilmente. - ¿Todo esto saldrá en una página porno gay mañana? ¿O vas a chantajearme con hacerlo público?-No lo estoy gravando. Aquí no hay nadie...-¿En serio? - nuestros labios se rozaron. Atrapé su labio inferior entre los míos, haciendo un sonido húmedo con el roce. - ¿Cómo sé que todo esto no acabará saliendo por algún lado?-¿No te fías de mí?-No... - Sparky hizo una mueca con la cara, pero no se quejó.-¿Tendré que chupártela otra vez para que veas que simplemente quiero estar contigo?-Y vengarte de Tom... - Sparky puso los ojos en blanco. Me soltó la nuca y dejó caer el brazo sobre mi cadera, resignándose a que no sería tan fácil convencerme. - Tom no me quiere. Nunca lo ha hecho... y nunca volverá a por mí. No le va a importar que me folles ahora. No le importará que me destripes ahora contra las baldosas del baño, me descuartices y metas mis restos en bolsas de basura. Él nunca me ha querido... ni un poco. No le importo nada. - él bajó la mirada. Esperé en silencio que dijera que saliera de la cama, cogiera mi ropa y me largara de su casa. Que no quería ningún maricón en su cuarto.Pero no fue eso lo que dijo.-Pues si a él no le importas, a mí ahora, sí. Y por eso voy a follarte. - me quedé petrificado cuando su cara se aproximó a la mía, harto de las distancias y me besó, encajando nuestras bocas a la perfección. Su lengua empapada penetró en mi boca con fiereza, harto de vacilaciones y chocó contra la mía, domándola con los movimientos ansiosos de sus labios, intentando acapararlo todo a la fuerza.Se la solté rápidamente y apoyé las manos en su pecho. Ni siquiera intenté quitármelo de encima. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba tumbado boca arriba en la cama con él encima, aplastando mis manos contra la almohada, chocando su pelvis contra la mía, sentí su polla dura restregándose contra la mía.Y yo cerré los ojos dejándole espacio en mi boca, siguiéndole el ritmo.¿Por qué, por qué, por qué? Se parecía tanto a la forma de besar de Tom, de dominarme... Tom, Tom, Tom, Tom... no podía dejar de pensar en él ni un segundo y alcé la pelvis como un desesperado buscando el contacto de su polla. Gemí en cuanto lo sentí caliente contra mi cuerpo y nuestras bocas se separaron entre jadeos.-Ya veo que Tom... te tenía bien enseñado...-Vete a la mierda, Sparky... - sollocé. De repente me puse a sollozar débilmente, estúpido de mí.-Dereck... - se situó. Noté como descendía el cuerpo y sus músculos se restregaban contra mi ingle. Gemí y medio sollocé.-¿Qué...?-Me llamo Dereck, Derk para los amigos. Llámame Dereck. - noté la punta rozarme el culo, justo entre las nalgas. Iba a entrar ya y le tenía ganas.-Prefiero llamarte Sparky. - sonreí. Pero a él no pareció hacerle tanta gracia.

Noté como algo grueso y duro se escurría dentro de mí, algo desagradable, enorme, algo que amenazaba con partirme en dos. Arqueé la espalda. Se me saltaron las lágrimas.Eso no tenía comparación con la primera vez que Tom me penetró. Era como si mi cuerpo no lo aceptara, como si supiera que era un intruso y se cerrara a él por completo.Como si no lo reconociera como su dueño y no lo quisiera dentro.-¡Ah! - grité. Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Oí el bramido de Sparky a escasos centímetros de mi oído.-¡Joder! - me temblaba la barbilla y me revolví un poco, incómodo, intentando mitigar el dolor. Sparky se había quedado paralizado de repente, con los dientes apretados.-¿Qué pasa? - sollocé. - ¿Demasiado estrecho para ti?-Sí, sí... demasiado... - se movió hacía atrás, saliendo un poco para volver a penetrarme hasta el fondo como un bestia. Otro fuerte pinchazo de dolor.-¡Duele, duele, despacio! ¡Me vas a matar! - le arañé las manos con las que me mantenía anclado a la cama. Era tan doloroso que no lo aguantaba y temía que empezara a embestirme como un animal hasta romperme algo por dentro. Pero no lo hizo. Esperó... esperó con el pelo empapado de sudor y la mirada clavada en mis ojos llenos de lágrimas. Él suspiraba. Le brillaban los ojos observando mi rostro empapado y sintiendo mi respiración acelerada, el subir y bajar de mi pecho.-¿Sabes... que desde que tengo uso de razón he soñado con este momento? - murmuró, con los labios tan cerca de los míos que supe que me volvería a comer la boca enseguida.-¿C-con fo-follarme?-No. Con oírte decir: ¡Duele, duele, despacio! ¡Me vas a matar!... Y con verte llorar como ahora... y ahora que no quiero hacerte daño, lloras y gritas. Eres tan... tan... - sacudió la cabeza un poco, como intentando sacarse esos pensamientos de encima. - Grita mi nombre.-¿Qué...? - empujó un poco más fuerte, clavándome la pelvis en el trasero.-¡Que grites mi nombre! - pestañeé un poco, notando como la vista se me nublaba y el dolor iba menguando poco a poco. Los ojos de Sparky me miraban fijamente, esperando una respuesta rápida.-Spark... Derek... - murmuré. El apretón que mis muñecas sufrían en silencio se convirtió en un débil agarre del cual me fue fácil soltarme. Apoyé las manos en sus musculosos brazos, desahogando el dolor clavándole las uñas cuando él se inclinó de nuevo y despacio, con mucha delicadeza, empezó a besarme en la cara, recogiendo las lágrimas con sus labios.Fue un momento inesperadamente tierno cuando me lamió la mejilla y me besó en la boca, restregando sus labios con los míos sin llegar a profundizar en ellos.

-Derek...

Yo me dejé hacer y, en cierto momento, empecé a corresponder buscando su lengua con la mía. Empecé a acariciar y a ser acariciado. Empecé a besar y a lamer, a tocar, a morder, a abrazar, a gemir, a gritar... y a disfrutar.Y cuando me corrí por segunda vez, casi dejé de pensar en Tom por un momento.Casi...  
  
  
  
-¿Derek? - por fin encontré la puerta que del enorme salón. Me asomé y ahí lo vi, sentado en una silla frente al ordenador portátil que me daba la espalda, mirando fijamente la pantalla con los ojos entrecerrados. La mesa estaba llena de comida y bebida. Los platos que habían a su lado estaban medio vacíos. Los otros no estaban ni empezados.   
Desnudo de cintura para arriba, el sol que entraba por la ventana parecía reflejarse sobre la forma de su musculatura.   
  
-Bill... pasa. - ni siquiera me miró cuando me pidió que entrara. Lo hice y sin saber porque, cerré la puerta a mis espaldas y caminé con el corazón en un puño hasta la mesa, sentándome en la silla que había en frente suya. - Ya era hora. Ni dándote un beso de amor eterno te has despertado, bello durmiente. - sonreí.   
  
-¿Beso de amor eterno?   
  
-No te hagas ilusiones. - no me di cuenta de que llevaba gafas hasta que se las quitó y las dejó sobre la mesa, pestañeando molesto.   
  
-No sabía que tenías gafas.   
  
-Sí, bueno... la miopía es un coñazo. Come lo que quieras. Es para ti. - miré la incontable cantidad de platos que había sobre la mesa y la mayoría, de alimentos que no conocía. Pescado, carne, ¿magdalenas? ¿Langostinos?. Sparky se rió. - Es la sirvienta. Se empeña en servirme cosas así y a ti se te ha acumulado el desayuno con la comida del mediodía y si no te das prisa, también la merienda. - tragué saliva y empecé a comer. No tenía mucha hambre, pero había tanta comida que me daba vergüenza dejármelo todo.   
  
-¿Tú has comido todo eso?   
  
-Sí. Me gusta la comida más ligera, pero como mucho.   
  
-Hum... - apoyaba el codo en la mesa y la mejilla en el puño cerrado, mirando absorto la pantalla del ordenador, muy serio. Me tragué una magdalena de un mordisco, observándolo, sintiendo la curiosidad roerme las entrañas.   
  
-¿Qué haces? - pregunté por fin. Derek cambió de postura y me miró con expresión de circunstancia.   
  
-Miro los archivos del alumnado de la universidad. Los expedientes.   
  
-Ah... - murmuré. Cuando me di cuenta de lo que eso significaba, me puse pálido y dejé de comer. - Tú no puedes hacer eso.   
  
-Soy hijo de un padre que además de ser un pez gordo, es miembro del Ministro de Educación y Enseñanza de Alemania. Sí que puedo hacerlo. - tragué saliva. Joder con el padre de los huevos.   
  
-¿Y... que expedientes buscas? - él me dedicó una sonrisa malévola.   
  
-Bill Kaulitz Trümper, uno de septiembre de 1989, hospital provincial de Hamburgo. Cursó dos años de parvulario a los cuatro años, luego, seis perfectos años en un colegio privado de enseñanza primaria con un expediente algo manchado por alguna que otra gamberrada y rebelión contra el profesorado. Alguna pelea con otro alumno, que seguramente, seré yo. Luego, otros seis años en un instituto privado. Notas impecables salvo en gimnasia. El profesor de gimnasia afirmó una vez que "Este chico no aprovecha sus cualidades físicas por ser tan vago. Tampoco soporta los deportes en equipo. Es demasiado individualista." Sacaste un notable alto en la selectividad y... hum... no sabía que fuiste miembro del club de natación y que ganaste una medalla de oro en una competición contra los nadadores mejor clasificados de todos los institutos de Hamburgo. Según tu entrenador, "Pese a sus pésimas condiciones físicas y a su cuerpo delgado carente de musculatura, su metabolismo es extraordinario y tiene tanta fuerza en pies y manos que apenas necesita entrenamiento. Posé un don natural para la natación.". Presidente del Consejo de Estudiantes durante cuatro años. - Derek soltó un silbido de asombro. - Impresionante. - fingí una sonrisa halagada, dejándole ver mi molestia por esa intrusión a mi intimidad.   
  
-Gracias.   
  
-Y siento tener que decírtelo, pero el expediente de tu hermano es más espectacular. - abrí los ojos como platos, blanco como la pared. Incluso sentí un repentino mareo cuando me levanté de un salto y golpeé la mesa con las manos.  
  
-No puedes ser tan hijo de puta... - Derek sonrió.   
  
-Tom Kaulitz Trümper, uno de septiembre de 1989, hospital provincial de Hamburgo. Que casualidad. Tenéis los mismo apellidos y nacisteis el mismo día, en el mismo sitio, a la misma hora y, probablemente, en el mismo paritorio. Tom Kaulitz cursó un año de parvulario en Stuttgart, porque por lo visto, los niños del parvulario fueron... envenenados.   
  
-¿Cómo? - murmuré.   
  
-Eso mismo digo yo. Por lo visto, durante la mitad del segundo año, alguien echó algún tipo de sustancia nociva en la comida de los niños y criadoras del parvulario. Se sospecha que fue lejía pura. Los niños fueron ingresados en el hospital inmediatamente con grandes dolores de estómago y vómitos constantes. Uno de ellos murió. Y... ¿A que no sabes qué? El único niño que no se puso enfermo fue Tom. La noticia salió en los periódicos y un artículo concreto da a entender que más que un despiste de las criadoras del parvulario, podría ser que el niño "inmune", vertiera la lejía aposta en la comida. Sería algo bastante curioso que hubiera pasado así, ¿no? Tom, asesino desde los cinco años. - un sudor frío me recorrió la frente y noté como empezaba a hiperventilar.   
  
-No puedes estar hablando en serio. Tom era... un niño...   
  
-Desde luego no muy normal. Se graduó en un colegio público con sobresaliente en todas las asignaturas. Se le consideraba un niño prodigio pero... los profesores y alumnos le temían. En una anotación de su tutor de cuarto grado, pone "Es un niño prodigio. Su coeficiente intelectual supera la media con creces, pero temo que el niño utilice semejante inteligencia para fines poco sanos. Es un niño con un extraño trastorno de personalidad antisocial muy marcado." Este profesor, una tarde como otra cualquiera, sufrió un accidente al ser empujado por las escaleras del colegio por "Su niño prodigio". Fue ingresado con una fuerte contusión cerebral y varios huesos rotos. Se quedó paralítico. - las manos me temblaron. Sabía que Tom había sido cruel en su vida en Stuttgart, pero hasta llegar al extremo de envenenar a unos niños y empujar a su profesor por unas escaleras... no me lo creía. No quería creérmelo. - Tom cursó seis años en un instituto público a las afueras de Stuttgart. Sus notas no bajan del sobresaliente, pero hay cientos de miles de quejas del profesorado y del alumnado por su comportamiento delictivo y su tendencia a maltratar a sus compañeros. Parece ser que tu hermano fue un acosador nato, mucho más peligroso que yo. Si hubieras sido un chico cualquiera de ese instituto y Tom te hubiera pillado, quizás hubieras acabado castrado, como una de las víctimas de Tom, después de arrojarle ácido clorhídico a la entrepierna. - me llevé la mano temblorosa a la boca, sintiendo arcadas de solo imaginármelo. - Sacó la nota más alta en selectividad del país en la promoción del 2007 después de ser expulsado incontables veces. Aquí pone que recibió atención psicológica y que el que acabó necesitando atención psicológica fue el propio psicólogo después de varias sesiones con tu hermano. Hizo un servicio militar breve cuando lo expulsaron por agredir al Capitán de su escuadrón. Por lo visto, ha sido denunciado más de veinte veces y llevado a juicio, tres de ellas. En todas, las personas que impusieron la denuncia acabaron retirando los cargos contra él, seguramente, bajo amenazas de muerte. Y... por lo visto...   
  
-Cállate. No quiero oírlo. Es mentira. - Derek clavó su mirada afilada en mis ojos. Estaba a punto de echarme a llorar de pavor.   
  
-Por lo visto Tom mató a un hombre, un policía, a los nueve años. Lo apuñaló veinticuatro veces con un cuchillo, pero nadie presentó cargos contra él. Por supuesto, sólo era "un niño"...  
  
-¡Quieres cerrar la puta boca! - cogí el portátil, consumido por la rabia, el miedo, la frustración, la maldición de ser engañado de nuevo y arrojé el puto ordenador al suelo junto con la comida, poniéndolo todo perdido, rompiendo la vajilla y, probablemente, el portátil que se apagó con un ruido seco.   
Un intenso silencio se formó entre los dos cuando el estruendo de los platos rotos desapareció y vino la calma. La mirada serena de Derek me tragó por completo y pude controlar mis emociones antes de que se desbordaran.   
  
-Te llevaré a casa. Aquí ya no hay nada más que hacer.   
  
  
  
-No se lo digas a nadie. - le exigí en cuanto terminó el trayecto de su casa a la mía y bajé del coche. Él bajó también y me siguió hasta la puerta. - Si se lo dices a alguien, le contaré a todo el mundo lo que ha pasado esta noche. Yo ya no tengo nada que perder, pero a ti te arruinaré.   
  
-Lo sé. No pensaba decirle a nadie lo de tu hermano... ¿Mellizo?   
  
-Gemelo. - Derek suspiró.   
  
-Esto parece una historia de ángeles y demonios. Tu hermano es... el puto Lucifer.   
  
-Y yo el puto humano que le ha vendido su alma como un gilipollas. Joder... - sacudí la cabeza. Se me venían las lágrimas a los ojos constantemente y tenía que restregarme la mano por ellos cada dos por tres para no dejarlas salir. - Siento lo del ordenador y la vajilla. Te lo pagaré...  
  
-No importa. Está bien así.   
  
-Gracias por lo de esta noche. Ha estado... - Derek se rió ante mi parálisis.   
  
-Bien. Genial... aunque no dejaras de pensar en Tom ni siquiera cuando te corrías. - hice una mueca con la cara. Me había pillado y me ruboricé.   
  
-¿Cómo sabes eso?   
  
-Intercalabas su nombre y el mío con cada gemido. Una vez pronunciabas su nombre y otra vez, el mío. Tom gana por dos gemidos más. - se burló.   
  
-Coño, lo siento, no me di cuenta. - sentí como me ruborizaba aún más si cabía.   
  
-Da igual. Tampoco es que me importe demasiado, al fin y al cabo no pasa de un... polvo.   
  
-Sí, ya.   
  
-Pues... te dejo... - asentí con la cabeza. - Pues... adiós.   
  
-Adiós... - nos quedamos mirándonos sin saber que hacer, como despedirnos, si con un apretón de manos, un abrazo, un beso, un... algo... soltó un bufido y yo otro y nos reímos con suavidad por lo estúpido de la situación.  
Al final me decidí. Se lo merecía después de todo, aunque solo fuera un momento de conciencia limpia... además... yo quería hacerlo.   
Me incliné sobre él, hundiendo las manos en su suave y espeso pelo rubio y junté nuestros labios, cerrando los ojos. Derek dio con la espalda en la puerta de mi casa, siendo empujado por mi cuerpo. Me agarré a él atrayéndolo por la nuca y penetré en su boca con mi lengua. Sus manos me agarraron de la cintura, apretándome contra su cuerpo mientras jugaba con su boca y movía los labios con una ansia que me transmitió las ganas que tenía de volver a repetir, aunque fuera contra la puerta de mi propia casa. De follarme allí de pie.   
Cuando me separé de él y abrí los ojos, sonreí. Él también tenía los ojos cerrados.   
  
-Este beso sí es para ti, no para Tom. - le di un suave y breve beso más y me separé de él. Derk golpeó la puerta con la cabeza, suspirando.   
  
-Uff... vale...   
  
-Buenas noches, chucho... - me burlé en cuanto empezó a andar rumbo a su coche y yo abrí la puerta de casa.   
  
-Buenas noche... marica... - sonrió y se fue.   
Todo había acabado. Volveríamos a ser los capullos orgullosos de siempre que no se soportaban y olvidaríamos lo que había pasado esa noche.   
O tal vez no...   
Cuando entré en casa sin hacer ruido, lo primero que dije fue:  
  
-Mierda...   
Mi madre me esperaba de brazos cruzados, con una mueca llena de furia y preocupación en la mirada que me echó para atrás.   
Bueno... después de follar, tocaba apechugar.   
  
  
  
**By Tom.**  
  
Era de noche otra vez. Lo veía a través de las ventanas de mi cuarto. Oscuridad total y yo acababa de despertar.   
Me sentía un vampiro. Durmiendo durante el día después de ir de caza por la noche y saliendo de nuevo a cazar cuando caía el sol.   
Esa noche no tenía ganas de levantarme de la cama. No tenía ganas de nada. Por mi cabeza solo pasaba la misma cantinela una y otra vez. Recordaba lo que había pasado la noche anterior con Aaron y como de mi boca solo había salido el nombre de mi Muñeco y, ahora, sólo quería coger el móvil y marcar su número, esperar a que me lo cogiera como él había hecho cuando yo me fui. Llamarme a todas horas esperando una respuesta que nunca llegaba, esperando a que se lo cogiera y yo nunca lo hacía.  
Nunca se lo cogí y él acabó dejando de llamar.   
Ahora, quería que llamara otra vez, quería que volviera a sonar la molesta música de mi móvil y saliera en la pantalla... Muñeco...   
Pero yo no se lo cogería aunque lo hiciera. Nunca se lo cogería ni le llamaría.   
Me levanté de la cama para ir a mear, aunque tampoco tuviera muchas ganas. Abrí la puerta de mi cuarto y me lo encontré frente a frente, colgado de la pared, sonriendo con esa asquerosa boca cosida.   
  
-¿Qué quieres ahora? - como tenía por costumbre, el muñeco no contestó. Solo hizo un movimiento ligero con la cabeza hacía mi cuarto. Hacía mi móvil encima de la cama. - ¿Qué? ¿Quieres que llame a alguien o qué? - el muñeco asintió con la cabeza. - ¿A quien quieres que llame, joder? - el muñeco se rió, como si se burlara de mí. Como si dijera, "lo sabes perfectamente, imbécil". - ¿Quieres que llame a Bill? - el muñeco ensanchó la sonrisa. - Pues no voy a hacerlo, maldito fantasma. Así que desaparece. - y le di la espalda, empezando a caminar hacía el cuarto de baño. Él me seguía en silencio, lo sentía pegado a mí y estuve a punto de darme la vuelta y pegarle una patada que lo lanzara contra la pared cuando oí un ruido afuera. Un murmullo que sonaba al canto de un búho, pegado a mi puerta. Guetti la rascaba, con la lengua fuera.   
Suspiré. Ya me imaginaba lo que era.   
Anduve hacía la puerta seguido del muñeco y la abrí muy lentamente para no asustarla. Empujé a Guetti hacía atrás para que no se saliera y me moví con cuidado hacía la izquierda, intentando hacer el menor ruido posible y tal y como había imaginado, allí estaba ella, sobre el suelo, con las piernas cruzadas, con la cabeza agachada y las manitas tapándole los oídos, balanceándose hacía delante y hacía atrás.   
  
-Huuuumm... - susurraba y yo me agaché a su lado, de cuclillas.   
  
-Tatiana... Tatiana... - ella hizo otro ruidito con la boca, molesta. - Tati, peque... ¿Vamos con mamá? - le puse una mano en la cabeza y ella soltó un chillido agudo. Aparté la mano de su cabeza. - Vale, vale... espera aquí. - volví a entrar en casa, haciéndole un gesto a Guetti para que no se moviera. Subí arriba, quité las sábanas de mi cama y bajé con ellas hasta la entrada de nuevo. Se la eché encima a Tatiana, la niña autista hija de mi vecina y me senté a su lado, sacando el paquete de tabaco del bolsillo y llevándome un cigarrillo a la boca, lo encendí. Dejé la puerta de casa abierta. Total, nadie intentaría entrar estando yo al lado.   
Guetti salió de casa y empezó a olisquear a Tatiana. La niña alzó la cabeza, pero no nos miró ni a la perra ni a mí. Sus ojos negros daban vueltas por todos lados, sin centrarse en nada concreto.  
-¿Dónde está mamá, Tati? - ella sacudió la cabeza.   
  
-Huum...   
  
-¿Está con papá?   
  
-No... um...   
  
-¿Está trabajando?   
  
-Huum... uuuuuhhh... sí... - Guetti se tumbó al lado de la niña, que empezó a acariciarla con una mano. Mi perra se dejaba, tranquila.  
  
-Tati... ¿Ves eso? - señalé el cielo oscurecido con un dedo. La niña alzó la cabeza y miró lo que señalaba, luego, sus ojos se movieron por todo el firmamento estrellado. - Son estrellas.   
  
-Estrellas...   
-¿Te gustan las estrellas?   
-Sí...   
-¿Y ves esa bola redonda y grande que hay en el centro, la más grande?   
-Hum... esa...  
-Esa es la luna. ¿Te gusta?   
  
-Sí... - la niña alzó las manos hacía el cielo, intentando cogerla - ... es bonita...   
  
-Sí. Una vez le dije a una persona que se la daría si la quería. - Tatiana ni me miró. Siguió fantaseando con que tenía la luna al alcance de su mano. - Pero esa persona no me la pidió. No quería la luna, quería otra cosa.   
  
-Huuuumm... - cuando miré a mi izquierda, el muñeco se había sentado a mi lado y miraba la luna como Tatiana, fantaseando con ella.   
  
-Quería el corazón podrido de un asesino. - el muñeco giró la cabeza y me miró en silencio.   
Luego, volvió a quedarse absorto mirando la luna.

**Capítulo 30**

**By Tom.**  
  
  
De acuerdo. Muy impresionante, había que admitirlo. El Pich era el mejor local que había visto en mi vida. Era enorme, los efectos de los focos eran increíbles, la música no estaba mal y en los podium no faltaban gogos. Tíos en su mayoría, como la mayor parte de las personas que bailaban, se morreaban, se metían mano, se drogaban, se emborrachaban y demás... tíos.   
Y todos maricones.   
Era interesante, no podía negarlo. Ese nuevo ambiente me puso el vello de punta nada más entrar, pero una vez pasada la primera impresión, quería ver más.   
Tal vez fuera por lo que me había metido dos minutos después de entrar.   
Anduve dando empujones y quitándome maricas de encima hasta encontrar la barra, dónde supuestamente, Andreas estaría esperando para llevarme hasta el dueño del local y firmar el "tratado corrupto".  
La velocidad a la que se movían los focos me descolocaba y el movimiento apresurado me mareaba. Era algo fascinante.   
Cuando por fin llegué a la barra dando empujones, busqué a Andy con la mirada desbocada. No podía dejar de sonreír como un idiota.   
  
-¡Hola! - un tío me gritó prácticamente al oído. Me giré y observé con sarcasmo en la mirada los pectorales desnudos y los movimientos medio sensuales del marica. - ¿Quieres bailar? - me entró la risa tonta cuando vi acercarse a tres más, acorralándome contra la barra con miradas de perros en celo. Esto era surrealista.   
  
-¡No, gracias! ¡Ya tengo maricona a la que joder! - le di la espalda y me encaré a los demás, empujándolos con mi cuerpo. - ¡Que corra el aire! - les empujé y justo detrás de ellos, vi la mata de pelo rubia inconfundible de Andy, que metía la lengua en boca de marica moreno con pinta de santo. No tendría más de dieciséis años.   
La escena me hizo gracia. Nunca había visto a Andreas enrollándose con un tío, aunque sabía que lo hacía casi todas las noches.   
Me emperché a su espalda, abrazándole los hombros y pegando mi boca a su oído.   
-¿Cómo está mi maricona rubia favorita? - enseguida pegó un bote y se despegó del chaval, sobresaltado.   
  
-¡Coño, Tom, que susto!   
  
-¡Para susto el mío viéndote metiendo la lengua en agujeros ajenos! ¡A saber en que otros agujeros la habrás metido! - se dio la vuelta, analizándome con una ceja alzada, dándole la espalda al cachorrillo en vía de crecimiento. - ¿Qué pasa? ¿Parezco una maricona?   
  
-¡No, pareces el único tío que merece la pena entre tanto marica afeminado!   
  
-¡Oh, me siento halagado!   
  
-¡Pues no te lo sientas tanto! - Andreas se inclinó sobre la barra, cogió el vaso medio vacío que reposaba sobre la mesa y se lo bebió de un sorbo. - ¡Estoy cabreado contigo! ¡Ya no eres mi amigo! - hice una mueca dramática con la cara, fingiendo que me importaba.   
  
-¡No!   
  
-¡Sí, te odio Tom!   
  
-¿Por qué? - Andreas se rió, apoyando los brazos sobre la barra, mirándome con la boca entreabierta.   
  
-¡Conoces a Aaron desde hace apenas un año y te lo has tirado, y a mí, que me conoces de toda la vida, no me has dejado ni hacerte un pajilla! ¡Muy bonito! - no pude evitar soltar una carcajada estridente.   
  
-¿Quién te lo ha dicho?   
  
-¡Aaron, claro! ¡El pobre no sabe que hacer después de que te lo beneficiaras! ¡No sabe si lo hiciste porque te gustaba o por echar un polvo! ¡El muy idiota está que se le caen los huevos por ti! - bueno, me lo imaginaba. Otra cosa era que me importara. -¿Te gusta Aaron?   
  
-¡No! ¡Me lo follé pensando en...!  
  
-¿Bill? - la sonrisa estúpida se me borró de la cara en cuanto oí su nombre. Andreas sonreía de oreja a oreja, regocijándose por dentro tras el descubrimiento. Entonces me di cuenta de que esa noche tenía muy pocas luces como para que se me fuera la lengua.   
  
-¿Cómo...?  
  
-¡El Príncipe me dijo que no habías parado en todo el polvo de llamarlo Bill o Muñeco precioso, o algo así! ¿Quién es Bill?  
  
-¡No te importa una mierda!   
  
-¡De acuerdo! - se giró en redondo, haciéndose el ofendido, cruzándose de brazos con indignación. - ¡Pues entonces busca tú solo a los dueños del Pich, porque este marica se va al cuarto oscuro! - sacudí la cabeza con una nueva sonrisa patente en mi cara. Andreas era un terco que siempre intentaba controlar la situación y sabía de sobra que estando yo, nunca lo conseguiría.   
  
-¡De acuerdo, ya los busco yo! - me incliné sobre la barra y grité, intentando llamar la atención del tío que servía el alcohol y las bebidas. Andreas se volvió enseguida hacía mí, agarrándome del brazo.   
  
-¡Vale, vale, ya te llevo yo!   
  
-¡Eres un mariquita muy fácil de manejar!   
  
-¡Eso ya lo sabía y si te portas bien, dejaré que me manejes como quieras esta noche!   
  
-¡Andreas!   
  
-¡Vale, joder, al menos tenía que intentarlo!   
  
-Quizás luego... - se quedó completamente alucinado cuando oyó esas palabras salir de mi boca, paralizado y boquiabierto. Hubiera dado lo que fuera por saber que clase de perversiones le estarían recorriendo la mente en ese momento... lo retiro. Preferiría no saberlo.   
  
-¿En serio? - me encogí de hombros.   
  
-Me tiré a Aaron, ¿Por qué no iba a hacer lo mismo contigo? - Andy abrió la boca de par en par, flipándolo de mala manera. Yo me reí y eché a andar con él muy pegado a mi espalda.   
  
-¿Qué te has tomado? - me preguntó. Claro, él ya me conocía lo suficiente como para imaginarse que estaría muy colocado como para decir eso. - ¿Una raya?   
  
-¡Un éxtasis!   
  
-Debe ser bueno.   
  
-Todo lo que yo tomo es bueno.   
  
-¿En serio me vas a... de verdad de la buena?   
  
-¿Quieres cerrar la boca, marica? Parece que te haga ilusión que te la meta por el culo. - que afirmación más estúpida. Estaba claro que le hacía ilusión por como le brillaba la cara.   
  
-¡Joder, bendito sea ese Bill! ¡Te ha llevado al lado oscuro! - mientras subía las escaleras del recinto dónde maricas y más maricas se apelotonaban y se magreaban, me giré a Andreas y la mirada letal me salió como un volcán que acababa de soltar su primer aviso con una llamarada de lava ardiente después de milenios manteniéndose inactivo.   
  
-En la puta vida pronuncies ese nombre para provocarme, porque... si lo haces, haré que acabes como tu padre. - Andy abrió los ojos como platos, mirándome fijamente. Se puso blanco como la pared y con lentitud, bajó la cabeza al suelo, seguramente embriagado de recuerdos poco agradables. Le tembló el cuerpo con débiles espasmos y sin alzar la cabeza, caminó hasta la sala de arriba, ya medio vacía y entró en lo que debería ser la única habitación separada por paredes del resto del club, a parte de los baños. Dejó la puerta abierta para que lo siguiera y eso hice.   
Cuando entré, me encontré en una sala insonorizada. Parecía un estudio de grabación por los incontables amplificadores, discos y la enorme mesa llena de teclas pegada al cristal por el que se veía todo el Pich desde arriba. También había cámaras de seguridad, cuyas grabaciones se veían a través de diez pequeñas pantallas que colgaban de las paredes.   
Debía ser el "puesto de control" del Pich.   
A mi izquierda, había dos sofás, uno de ellos ocupado por una mujer de unos cincuenta años vestida con ropa de Madame y dos kilos de maquillaje llamativo y un tío grande, con aspecto fuerte y atlético vestido de negro. Quizás su guardaespaldas. Andreas se había atrincherado en la esquina de la habitación, lejos de mí.   
  
-Tú eres... - murmuró ella, que bien analizado su tono de voz, entendí que en realidad era él. Un hombre. Un travesti.   
Bueno... era una suerte no tener ningún prejuicio social.   
Me senté en el sofá de en frente con tranquilidad.   
  
-Tom. - respondí.  
  
-Tom... - asintió con la cabeza, como si mi nombre le importara - soy Yvonne, encantada.   
  
-Un placer. - solté, con cierto tonito sarcástico. Ella comprendió que le convenía ignorarlo.   
  
-Según me ha contado Andreas, tú puedes ayudarnos.   
  
-Probablemente. - ella se inclinó hacía delante, visiblemente interesada.   
  
-Este club tiene muchos enemigos y también, mucha gente dispuesta a dar la cara por él...  
  
-Y también dispuestos a pagar mucho dinero por entrar. - ella asintió con la cabeza, como si ese fuera un detalle sin importancia. - los enemigos del club son tíos que sienten repugnancia hacia este estilo de vida y, generalmente, son peligrosos. Si fueran tíos normales, simplemente pasarían de largo, pero como estos no lo son, atacaran el Pich hasta hundirlo y nadie podrá detenerlos aunque todos sus maricas den la cara por el club. Su intención es acabar con la homosexualidad de raíz. Primero acabaran con este club y luego, irán uno a uno cazando todos los maricas que encuentren a su paso. Será como una especie de carnicería nazi contra los homosexuales en lugar de judíos, aunque seguramente, también estén dispuestos a llevarse por delante a cualquier judío, negro, chino u extranjero, simplemente por no ser alemán o no ser el alemán que quieren que sea.   
  
-¿Todavía existe gente así? Creía que después de la segunda guerra mundial los alemanes habrían aprendido la lección.   
  
-¿No eres alemán? - él o ella negó con la cabeza.   
  
-Soy austriaca. Las razones de cómo he llegado aquí no importan.   
  
-Lo sé. No pensaba preguntar por ello. Me importan muy poco las nacionalidades y los nombres, así que basta de rodeos. Tú tienes un problema y yo tengo la solución, por lo que tu nuevo problema es que todo tiene un precio y debe equivaler al de mis... servicios. - el tío vestido de negro, que también tendría sus añitos, soltó un gruñido casi inaudible. Sentí en el ambiente la irritación de ese hombre y también la inconformidad del dueño del club. Sentí también como Andreas se colocaba a mi lado, tras el sofá, cubriéndome la espalda pese al cabreo que tenía encima. - quinientas. - el dueño frunció el ceño.   
  
-¿Qué?   
  
-Calculo que el club tiene una capacidad de quinientas personas, pero por lo que he visto esta noche, me huelo que aquí entran más seiscientas. A tres euros la entrada más las consumiciones, pongamos dos por persona, ¿Cuánto sale eso? Unos... 260.000 euros al mes, restándole la luz, el agua, el servicio de limpieza, la compra de alcohol y bebidas, comida, el sueldo de los que sirven la barra, los gogos y la mierda de vigilancia, calculo que... bueno, te llevas un buen pellizco, tú y los que trabajan aquí. Por lo que el precio debe ser algo bastante generoso teniendo en cuenta que mis chavales no solo van a estar vigilando el Pich, si no que también consumirán, claro. Así que el primer requisito que pido es que las dos primeras consumiciones nos salgan gratis, además de no pagar entrada, en horas de trabajo, claro. - él inclinó la cabeza hacía delante, imitando mi seriedad respecto al tema. Estaba claro que las arrugas que circulaban por sus ojos indicaban que era un hombre que se reía constantemente. Que se lo tomara tan en serio era una buena señal. Estaba desesperado.   
  
-Lo veo justo. - asintió.   
  
-Despedirás a tu equipo de vigilancia y el dinero de ellos será nuestro más un... quince por ciento de las ganancias. - y ahora sí. Abrió los ojos como platos.   
  
-¿Sabes de cuanto dinero estás hablando, niño?   
  
-Unos... veintisiete mil euros al mes, ¿no?   
  
-No puedo pagarte tanto. Tendría que reducir el sueldo de todas las personas que trabajan aquí.   
  
-Lo sé, pero resulta que ese no es mi problema, es el tuyo y tendrás que elegir cual es el problema que debes solucionar con más urgencia. Puedes no hacer el trato conmigo porque te supone un coñazo reducirle el sueldo a tus empleados, los cuales seguramente cobraran un pastón, y perder el Pich cuando una pandilla de neonazis homofóbicos le prendan fuego o... puedes hacer el trato conmigo, perder un poco más de pasta y estar tranquilo, porque si alguien se acerca a tu club, estará muerto antes de cruzar de acera. - el dueño se quedó callado, pensativo, tragando saliva mientras yo ladeaba la cabeza, un poco mareado, empezando a sudar por los efectos secundarios de la droga. Estaba frenético y necesitaba moverme deprisa. El corazón me iba a mil y movía la pierna con nerviosismo, dando golpecitos suaves sobre el suelo.   
El dueño suspiró.   
  
-No quedan muchos jóvenes como tú hoy en día. Eres muy astuto y debes ser fuerte para tener semejante poder sobre las personas que te rodean. Seguramente, tu pandilla será digna de temer.   
  
-Yo no tengo ninguna pandilla. - él pestañeó y miró a Andreas de soslayo. Andy no se movió un ápice, aún sumido en sus pensamientos. Volvió a mirarme a mí. - Simplemente, los barrios bajos de Stuttgart se dividen en dos. En los que me siguen y en los que no. Los que me siguen son libres, yo no les ordeno nada y ellos no están atados a mí, pero claro, hay reglas que deben acatar sin más o recibirán su justo castigo. A cambio... tienen ventajas frente a la pasma y ayuda extra cuando la necesitan. Siempre que no se pasen de listos.   
  
-Entiendo. Aún así me parece admirable tu templante... Está bien. Trato hecho. - el dueño se levantó del sofá. Inmediatamente me levanté tras él y estrechamos las manos con fuerza. - ¿Cuándo empezaran a trabajar?   
  
-Ahora mismo si quieres. No hay ningún problema. - el dueño asintió con la cabeza. Sonrió, mas relajado y sus labios se movieron para soltar alguna frase ingeniosa cuando me tambaleé un poco. Sacudí la cabeza y le di la espalda, acalorado. Tenía que moverme o me daría un maldito golpe de calor de un momento a otro.   
Caminé hasta la puerta sin ni siquiera despedirme. Andreas me seguía desde cerca, con la mirada afilada y los brazos tensos, esperando que me desplomara contra el suelo en cualquier momento.   
  
-Tom... - miré al dueño de reojo. Ahora sí se reía con suavidad. - ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?   
  
-Dispara.   
  
-¿Eres homosexual? - una pequeña carcajada trepó hasta escapar por mi boca.  
  
-Últimamente, sí y mucho.   
  
-Lo suponía. - claro. Lo suponías... imbécil.   
  
  
-Llama a Kan y dile que traiga a los suyos. Veintisiete mil euros es mucho dinero. Le interesará. - Andreas ni siquiera contestó. No sabía si era porque estaba pensativo o porque estaba cabreado, rabioso. En cualquier caso, estaba claro que la culpa era mía. Pero tampoco es que me importara demasiado. - Para, joder... - me apoyé en la barandilla de las escaleras, sudando a mares. Las luces revoloteaban a mí alrededor de una manera escalofriante. Andy se detuvo frente a mí con ojos repletos de odio.   
  
-¿Qué coño te pasa ahora?   
  
-¿A mí? ¿Qué le pasa a la maricona rubia? Hace quince minuto pegabas saltos de felicidad porque te la iba a meter por el culo y ahora no quieres saber nada de mí. Menudo palo.   
  
-Tom, ¿por qué no piensas por una vez en tu vida en alguien que no seas tú mismo?   
  
-Imposible. Yo soy el único que merece la pena en el mundo, no puedo pensar en nadie más. - dejando de lado ciertas excepciones.   
  
-Joder, eres un hijo de puta, Tom. - sonreí.  
  
-Lo sé y me gusta ser así. Venga, no te cabrees. - Andy se cruzó de brazos y bufó, girando la cabeza hacía otro lado.   
  
-Supongo que mientras tú te vas por ahí de marcha, a mí me tocará cargar con la vigilancia del club.   
  
-Pensaba que querías vengarte por lo de Ross.   
  
-Y quiero... pero hoy no van a venir, seguro. Además... todavía me duele la cara y no puedo mover bien el brazo.   
  
-De acuerdo. Pues vente conmigo. - una minúscula sonrisita asomó en sus labios.   
  
-¿A dónde? ¿A tu cama?   
  
-¿Ya quieres irte a dormir, maricona rubia? Que poco aguante. - sacudió la cabeza. El enfado acababa de esfumarse y ahora se dedicaba a mirarme con expresión soñadora.   
  
-Tom... aunque seas un hijo de puta, eres increíble.   
  
-Lo sé. - le hice una señal con el dedo, pidiéndole que se me acercara un poco más. Andy avanzó, rezumando sensualidad, con los labios entreabiertos. Le agarré por el cuello de la chaqueta y me incliné, juntando nuestras bocas y penetrando en la suya con la lengua. No tardó en seguirme el juego. Andreas no era como Aaron o quizás, Bill en sus principios, un inexperto. No. Andreas sabía lo que se hacía demasiado bien. Era como yo, un verdadero adicto al buen sexo, entre hombres, pero adicto al fin y al cabo.   
Sabía que hacer con la lengua, que hacer con las manos y en que posición mantener el cuerpo.   
Al segundo estaba tan duro que dolía, compartiendo el dominio de la situación... y nos separamos con la humedad recorriendo nuestros labios, acariciándonos con la lengua.   
  
-Tom... - su pelo había pasado de rubio a moreno, largo y liso, brillante y cuidado. Las manos que me agarraban de la nuca tenían un tacto suave, con el roce de las largas uñas provocándome temblores. Los ojos maquillados clavados en mí. La cara pálida formando un óvalo perfecto...  
Mi Muñeco...   
  
-¡Tom! - pestañeé lentamente y Andreas volvía a estar frente a mí, con una ceja alzada, las manos todavía apoyadas en mi nuca. - Que te quedas tonto, chaval. Te has vuelto todo un marica. - sonreí, soltando un suspiro.   
  
-Sí, supongo que sí.   
  
-Entonces, ¿nos vamos? - se pasó la lengua por los labios, dirigiéndole una mirada acusadora a mis pantalones abultados.   
  
-¿Ya? Ni hablar. Enséñame de cabo a rabo el antro de maricas que acabo de comprar y quizás te folle en el baño. - Andy se quejó, riéndose.   
  
-¡De acuerdo! Pues entonces vayamos deprisa. Llevo deseándote desde los catorce años... por unas horas más, no moriré...  
  
  
  
  
**By Bill.**  
  
  
2 de la mañana.   
Tumbado en la cama, mirando el techo, con la luz apagada, sumergido en una penumbra que era iluminada constantemente por los focos de los coches que pasaban por la calle a esas horas. Quería dormir, pero no podía.   
Desde que Tom se había ido, me era tan difícil dormir... Al principio, conciliaba el sueño con relativa facilidad, pero mientras dormía, soñaba cosas. Soñaba con fiestas, metido en un club que desconocía, rodeado de gente que gritaba, saltaba, reía, se divertía. Yo iba dando empujones bruscos, apartando a las personas de mi camino como un toro rabioso. Todo el mundo me miraba con temor o respeto. Las chicas intentaban ligar conmigo, las gogos de los podium me dedicaban bailes sensuales sólo a mí.   
No era una pesadilla, pero cuando despertaba del sueño, me sentía más cansado que antes.   
Era como si estuviera viviendo la vida de otra persona, metido en su piel. Y el vacío que había en su pecho era tan grande que me asfixiaba.   
Me pregunto ¿de quién será el cuerpo en el que me meto en sueños? Tenía una ligera idea, pero prefería no hacerme más ilusiones vanas.   
Esa noche me sentía raro, repleto de efusividad.   
Ya había sacado a Scotty unas tres veces y había dado una vuelta por el barrio, solo, pero seguía sintiéndome inquieto. Quizás sea porque he dejado de tomarme las pastillas para la depresión. Creo que ya no me hacen falta, al menos no por ahora.   
Quizás sea por la pregunta que me rondaba la cabeza en ese momento, la decisión que me tocaba tomar.   
Suspiré, mirando las sorpresitas que me habían llegado esa mañana, sobre el escritorio.   
  
-Scotty... - mi perro, que ya medía más de 50 centímetros, pegó un salto sobre la cama y se recostó a mi lado, empezando a darme golpecitos en el hombro con el hocico. - ¿Crees que debería ir? - pregunté. Él soltó una especie de gemido en respuesta. - él tiene razón. No puedo estar toda la vida escondiéndome. - le acaricié la cabeza con los nudillos, dándole vueltas a lo ocurrido esa mañana, una y otra vez.   
  
  
  
En casa sólo había silencio.Yo no había ido a la biblioteca ese día y mamá no había ido a trabajar, sentada a la mesa, dándole vueltas a la cuchara con el café sin empezar. Hacía diez minutos que se había quedado frío.Yo estaba en el suelo, encima de la alfombra, entretenido jugueteando con un cubo de rubik que había encontrado la noche anterior. Ninguno hablaba y la tensión era claramente palpable. Mi madre no apartaba los ojos de mí, seguramente observando cada uno de mis tatuajes al descubierto.Había acabado hasta las narices intentando ocultarlos y esa mañana había salido de la cama sin camiseta, desnudo de cintura para arriba y con pantalones cortos, cosa muy rara en mí. No me gustaban los pantalones cortos, pero eran frescos para andar por casa. Apenas quedaban semanas para que empezaran el verano.Empecé a tararear el nuevo single de Cold play y al cabo de unos segundos, mamá habló.-¿Cuándo te los hiciste? - su tono era demandante, pero muy bajo, agotado. Yo ni siquiera la miré a la cara. Ya había completado dos caras del cubo.-El del brazo hace un año. El de la estrella, hace tres. El de la nuca, con quince o catorce. No lo recuerdo.-¿El de la nuca? - ella no podía verlo desde su posición. Mi pelo lo ocultaba demasiado bien. De todas formas, no insistió en verlo. - ¿Cómo demonios has estado tanto tiempo ocultándomelos?-Voy a hacerme otro que me ocupe todo el costado, pero no sé cuando.-Supongo que si te digo que no, no me harás caso.-Supones bien. - se quedó callada unos segundos.-Los tatuajes son peligrosos. La tinta es tóxica y la aguja con la que te lo haces...-Llevo años con ellos y no me ha pasado nada. Lo único malo que tienen es que duele como una puta operación de fimosis.-Tú nunca has tenido fimosis.-Gordon sí.-¿Y por qué te los haces entonces?-Soporto bien el dolor y cada tatuaje tiene un significado especial para mí. Deberías imaginártelo. Tú eres mi madre.-Últimamente no estoy tan segura de eso. - la miré a la cara con una ceja alzada. Sus ojos seguían siendo severos. No pensaba dar marcha atrás y esta vez, yo tampoco.Volví a centrarme en el cubo de rubik. - Bill, háblame.-¿De qué?-No lo sé, pero dime algo, por dios.-El tatuaje del brazo simboliza mi libertad. Fue un regalo de Georg y Gus, ellos pusieron el dinero el día en que cumplí 18. Pensé que por tener 18 sería libre como un pájaro. Podría hacer lo que me diera la gana... pero me equivoqué. Puedo salir, beber hasta hartarme, comer lo que quiera, elegir mi ropa, volver cuando quiera a casa, ver lo que quiera, salir con quien quiera... pero no sin que se me juzgue luego o sin que mi madre me la arme en cuanto aparezca por casa. Sin que mis amigos me echen la bronca por mis acciones descabelladas. Puedo hacer lo que quiera siempre y cuando acepte ser juzgado luego. Eso no es libertad.-Yo te doy libertad, Bill. Quizás demasiada...-¿Eso crees? Mamá... - giré otra cara del cubo y automáticamente, hice la cara de color blanca, pero desbaraté la de color azul. Fruncí el ceño, frustrado, intentándolo de nuevo. - me gustan los hombres. - oí la exclamación ahogada de mi madre al escuchar mi confesión, como un grito, un último suspiro, como esas exclamaciones ahogadas que salen en las películas de miedo cuando la protagonista se encuentra cara a cara con su asesino, incapaz de escapar, incapaz de gritar aterrorizada, soltando un leve murmullo de pavor.Preferí no mirarla a la cara para no tener que encontrarme con esa misma mueca de horror.-Lo he descubierto este invierno. Soy gay, homosexual, saraza, sodomita, maricón, nenaza, desviado, marica, chupapollas... De la acera de en frente. Me gustan los hombres y ya he tenido relaciones. He tenido novio y el otro día me acosté con un chico. No soy virgen anal, he sido sodomizado, he hecho pajas y me he metido pollas en la boca... lo siento mamá, pero es lo que soy.-Oh, dios mío... - su voz se había resquebrajado. Su templante severo había sido aplastado. Vi de reojo como se levantaba de la silla con las piernas temblándole como un flan y fui testigo de cómo volvió a desplomarse sobre la silla, incapaz de ponerse en pie. - No puede ser...-Puede ser... - nunca había imaginado que acabaría diciendo algo semejante a mi madre. Nunca se me había pasado por la cabeza como sería la reacción de una madre al averiguar que su hijo era gay. Yo no lo veía tan horrible, tan horroroso, ni siquiera lo veía malo. No alcanzaba a comprender porque un padre o una madre podían llegar a escandalizarse de esa manera al saber que su hijo tiene diferentes gustos. ¿No es lo mismo que preferir el rosa al negro? ¿No es lo mismo que preferir libros a balones? ¿No es lo mismo que preferir pantalones largos a cortos? Sólo es cuestión de preferencias y cada uno tiene las suyas.Hubiera sido muy útil haber pensado lo mismo en secundaria, con ese chico solitario de la clase B que fue a pedirle ayuda al Presidente del Consejo de Estudiantes porque era marica y los alumnos lo acribillaban vivo. Yo era el Presidente. Yo solucioné el problema. Pero ese chico siempre viviría sabiendo que fue acribillado por tener gustos diferentes a los de sus compañeros de clase. ¿Era eso justo? Ahora lo veía con más claridad que nunca.-Pe-pero... ¿Y... y Natalie? ¿Y todas tus novias? Tú... tú... siempre has tenido muchas novias y...- mi madre tartamudeaba, incapaz de controlar sus nervios. Yo empezaba a perder la paciencia con el cubo de rubik, incapaz de hacer más de dos caras.-Natalie era una puta y las otras chicas... bueno... te he dicho que lo he descubierto este invierno. - mi madre hizo un gran esfuerzo por levantarse de la silla, aún con las rodillas temblando, chocando entre sí por los fuertes temblores. Un hipo silencioso empezó a emanar de su boca. Los ojos se le cristalizaron en cuestión de segundos.-No puede ser... - y conseguí hacer otra cara... deshaciendo la de color azul.-¡Por favor, mamá, déjalo ya! ¡No finjas que no lo suponías, lo que pasa es que no querías creerlo! ¡Es más fácil cerrar los ojos y hacerse el sordo, pero no! - me levanté del suelo y dejé el cubo sobre la mesa con un golpe sordo. Mi mirada se cruzó con la aguada de mi madre. Era la primera vez en la que ella se deshacía en sollozos y yo me mantenía firme, tan tranquilo como si a mí alrededor no ocurriera nada capaz de impresionarme. - La verdad es que tu hijo es un marica que no va a hacerte abuela en la vida. La realidad es que el día en que tu hijo diga que tiene alguien especial en su vida, no será una mujer, si no un hombre. La realidad es que tu hijo puede coger el sida sin que puedas hacer nada para evitarlo. La realidad es que una parte del mundo me despreciará por ser lo que soy, me insultaran, me harán daño, puede que me apalicen y me escupan a la cara, sucio maricón abre culos... la realidad es que... si me quieres tanto como dices, aceptaras lo que soy. Aceptaras que pese a todo, soy un hombre, es más, ¡Soy tu hijo, hijo de Simone! ¡Me querrás sabiendo que me gusta chupar pollas y que me la metan por detrás! ¡Y si no lo aceptas, olvida que tienes un hijo! - mi madre temblaba como una hoja, agarrada a la mesa, sollozando y llorando en silencio, como si acabara de decirle que me habían echado una maldición encima.-No, dios mío... mi niño...-Ya no soy tu niño, mamá. Soy mayor. Soy un hombre... tal vez no el hombre que esperabas que fuera, pero lo soy. Y ya no puedes controlarme. No puedes decirme lo que debo o no debo hacer. Soy yo el que debe tomar sus propias decisiones ahora, según mi criterio, el que tú me has enseñado, siguiendo la justicia por la que tú me has guiado... Mamá, ¡Déjame tomar mis propias decisiones y equivocarme, déjame crecer, déjame elegir, déjame madurar, déjame convertirme en lo que quiero ser!-¿Cómo...? ¿¡Cómo puedes pedirme que te deje convertirte en un... un pervertido!?-¡No soy un pervertido! ¡Soy gay! ¡No es ningún crimen que me gusten los hombres! - mi madre levantó la mano, sacudiendo la cabeza con histeria.-¡No tienes ni idea de la cantidad de cosas grotescas y abominables que llegan a un juzgado por culpa de esos pervertidos sexuales! - me dio la espalda, llorando a lágrima viva, corriendo por los pasillo, huyendo de mí.-¿Te estás oyendo? ¡Pensaba que tú lo entenderías, siempre has sido justa con el tema! ¡Pensaba que la homosexualidad no te importaba!-¡Es muy diferente tener amigos homosexuales y que tu hijo sea gay! ¡Hay gays que violan a niños!-¡Y heteros también! ¡Eso no tiene nada que ver!-¡Son totalmente pervertidos, unos indecentes!-¡No por ser homosexual tienes que ser promiscuo y lo sabes! ¡Eso no es cuestión de sexualidad, es cuestión de género! - corrí tras ella hasta la segunda planta. Ella no quería seguir escuchando.-¡No es normal! ¡Sufrirás!-¡Hay millones de personas homosexuales en el mundo! ¡Es normal, es algo que ocurre desde la aparición del hombre! ¡Puede que no tenga sentido biológico, pero desde siempre ha ocurrido! ¡No tiene nada de malo!-¡Sí que lo tiene! - mi madre dejó de correr. Se dio la vuelta y me encaró con ojos llameantes, expresión llena de ira, bañada en inmaculadas lágrimas de dolor y frustración. - ¡Por la calle te señalaran con el dedo y gritaran como si fueras un apestado! ¡No quiero que digan semejantes atrocidades de mi hijo!-¡Esa es mi decisión! ¡Soy lo que soy, no puedo negarme a ello! ¡Mi felicidad depende de eso!-¡Tu felicidad depende de los demás! ¡Uno no puede alcanzar la felicidad por sí solo y si todos te repudian, solo sufrirás! ¿¡Es que no lo entiendes!?-¡Pues encontraré a alguien que no me repudie!-¡No lo entiendes, Bill, no lo entiendes! ¡Esa gente solo busca sexo!-¡Yo formo parte de esa gente!-¡Tú no vas a formar parte de nada! ¡No vas a salir de aquí en los próximos veinte años y vas a ir conmigo a un maldito psicólogo hasta que se te quiten esa perversiones de la cabeza! - no podía creer lo que estaba oyendo. Mi madre, aquella que me había criado, me había enseñado todo lo que sabía, me había dado las bases para diferenciar entre lo bueno y lo malo y me había enseñado a ser un hombre justo, ahora se retractaba de su palabra. Acababa de hacer pedazos mis creencias, mis bases, mis pautas de comportamiento. Todo en lo que creía de repente se resquebrajaba peligrosamente a mis pies.-Eres... una mentirosa intolerante. - y su expresión pareció relajarse entonces, intentando parecer amable, compasiva, cariñosa.-No lo entiendes Bill. Cuando seas padre lo entenderás...-No voy a ser padre nunca.-Sí, lo serás. Bill... escúchame...-¡No me da la gana! ¡Eres tú la que no lo entiende! ¡Siempre hablando de las pobres criaturas que te encuentras en un juzgado, de las desgracias que ves por la tele, siempre compadeciéndote de ellas! ¡Pues compadécete de mí ahora! - esta vez fui yo quien le dio la espalda y empecé a caminar hacia mi cuarto. Ahora era yo quien no quería hablar y sin embargo, mi madre me agarró del brazo con brusquedad, tirando de mí con mano de hierro.-¡Bill, por favor, tienes que entenderlo! ¡Tú no eres como ellos! ¡No eres...!-¡Maricón! ¡Y sí, lo soy! ¡Y no solo soy gay! - me di la vuelta para encararla una última vez, furioso. - ¡Soy el puto hijo maricón de una jodida hipócrita! - y... me pegó...Me pegó...Mi madre me pegó como cuando tenía cinco años y me asomé por la ventana subido a la mesa del escritorio, empujándome hacía delante, a punto de caerme y matarme. Ella me cogió en brazos, apartándome con un grito de terror y me pegó un guantazo en la cara.Me pegó exactamente igual que esa vez, pero por motivos muy diferentes.Me pegó porque era gay y jamás olvidaría semejante rechazo hacía su propio hijo.Me pegó rechazando todos los criterios de justicia que hasta ese momento, me había enseñado.Me pegó como atentado contra la tolerancia con la que me había criado desde mi nacimiento.Y se llevó una mano a la boca, alarmada por semejante acto abominable hacía el hijo que tanto había afirmado amar.Nos miramos a la cara fijamente, mudos de horror y repugnancia por lo dicho, hecho y descubierto el uno del otro y... en ese momento, sonó el timbre de la puerta. Los ladridos de Scotty retumbaron en toda la casa.Sacudí la cabeza y le di la espalda, negándome a mí mismo llorar. No... no lloraría nunca más por mi familia. No merecía la pena hacerlo.-Voy a abrir.-Bill... cariño, lo sien... - me hice el sordo y bajé las escaleras, ignorándola por completo. No merecía la pena.La mejilla me ardía y la marca de su mano abría quedado marcada a fuego en mi cara, pero eso no era lo que más me dolía. Así que caminé hasta la puerta, donde Scotty meneaba el rabo y rascaba con las uñas la superficie de madera, ladrando alegremente y abrí la puerta.Un desconocido con el uniforme de Correos Internacionales se situó frente a mí. Era guapo, pero no lo suficiente como para captar especialmente mi atención.-¿Bill Kaulitz? - preguntó. Fruncí el ceño.-Soy yo.-Entonces esto es para ti. - observé con curiosidad como el hombre se daba la vuelta, se agachaba sobre las escaleras de la entrada y agarraba un enorme ramo de flores de tantos colores, que incluso descubrí algunos que no había visto en la vida. Una gama de intenso colorido y frescos olores exóticos atacaron mis cinco sentidos. El hombre me extendió el enorme ramo.-¿Qué es esto?-Un encargo de flores hawaianas para Bill Kaulitz. Usted es Bill Kaulitz, ¿no?-Sí, pero... yo no he encargado esto.-Por supuesto, es un regalo.-¿Un regalo? - medio grité, cogiendo el ramo como pude. Era enorme. - ¿De quién?-Mírelo en la tarjeta del ramo o en la tarjeta de esto... - el hombre me ofreció un paquete envuelto en papel de regalo dorado y plateado, del tamaño de mi brazo de largo y unos treinta centímetros de ancho. Una altura de veinte centímetros a lo sumo.Lo cogí con una mano, haciendo lo imposible por no aplastar el ramo. El paquete pesaba lo suyo. - Y esto otro... - otro paquete más pequeño, con un papel igual de brillante me fue entregado. Lo cogí con los dientes antes de dejarlo caer sobre el ramo, intentando que no se me cayera.-¿Qué cojones es esto?-¿Puede echarme una firmita por aquí? - mire el papel que me pedía que firmara, alarmado.-¿Cree que tengo cuatro manos?-Yo lo firmaré. - mi madre salió de detrás de mí con el ceño fruncido y firmó el papel mientras yo me arrastraba al interior de casa con el montón de entregas en las manos, intentando que no cayeran al suelo. Las deposité sobre la mesa de la cocina, confuso.-¿Quién te ha enviado eso? - preguntó mi madre, una vez cerrada la puerta, estupefacta. Yo la ignoré y empecé a buscar por entre las flores la dedicatoria. Las flores eran preciosas y olían a gloria, a bosque y a mar.Encontré la tarjeta azul claro, escrita con una bonita caligrafía, aunque demasiado grande.***Te preguntaras quién, cómo y por qué, y puede que esperes unos bonitos versos escritos por un admirador secreto, pero sabes de sobra que nunca se me han dado bien esa clase de cursilerías y sé que prefieres ir directo al grano, así que... abre el regalo más pequeño.***Me puse ansioso al instante. La primera persona en la que pensé fue en Tom... pero él nunca haría algo semejante, en la vida, así que deseché la idea de inmediato y agarré el regalo mas pequeño con el corazón en un puño, rompiendo con algo de pena el precioso envoltorio. Una caja parecida a las de joyería apareció bajo el envoltorio. En la caja ponía, Clennan´s EEUU...Joder... imposible... la tienda de Clennan´s de Estados Unidos, la auténtica marca Clennan´s, la original, la puta Clennan´s del mismo Hollywood. La tienda de las estrellas.La abrí con el corazón en un puño.Me cago en la puta... solo una auténtica estrella del rock llevaría algo así. Un collar de puro cuero negro, de los pegados al cuello, ancho y por el que circulaba una de esas cadenas de plata de aros grandes, de las que pesaban alrededor de kilo y medio, de la marca Clennan´s estadounidense. Eso solo podía valer un puto riñón y medio. Y la cadena era de plata pura, no de metal. Brillaba como si tuviera incrustada diamantes en la superficie.-Joder... joder... - me llevé una mano a la frente. De repente había empezado a sudar. - Me va a dar algo... - mi madre observaba el collar estupefacta y muda, sin saber que decir. Tampoco es que ella entendiera mucho de marcas. - Es una guapada, una preciosidad... - metí el collar de nuevo en la caja-estuche y cogí la nota que había pegada a la almohadilla que lo sostenía.***Ni se te ocurra ponerte histérico, ya nos conocemos. Sé que te gustan esta clase de cosas extravagantes. Siempre tienes que ser el centro de atención, si no, no serías Bill Kaulitz y ahora quiero que lo seas más que nunca. Nada de depresiones, nada de hermanos gemelos diabólicos e incestuosos. Ahora te toca cargar con tu verdadera naturaleza porque... abre el regalo grande...***¿Hermanos gemelos diabólicos e incestuosos? Sólo había tres personas que sabían lo del incesto, y Georg y Gustav no tenían tanto presupuesto como para pagar semejante dineral por flores exóticas hawaianas y uno de los collares rockeros más caros del mundo. Eso seguro.Empezó a entrarme la risa floja de la emoción mientras deshacía el regalo más grande.Otra caja con el logotipo de Clennan´s estadounidense. Suspiré hondo y la abrí.-¡Joder, joder, joder, joder...! - casi me iba a poner a dar saltos sobre la mesa de alegría cuando vi las botas. No las botas que dejé en la tienda Clennan´s de Hamburgo por la guitarra de Tom, no. Estas eran mucho mejores, con un diseño más elaborado, más rockeras, más modernas, más oscuras, de cuero puro, mucho más guapas... una pasada tan grande que no había nombre para describirlas.Y eran mi número...Cogí la nota con una sonrisa en la cara, olvidándome momentáneamente del mal rato que acababa de pasar con mi madre y empezando a leer.***Porque se echa de menos a un marica como tú por aquí.   
Quiero que te quedes con todo esto, para ti, que mañana vengas con esas botas y ese collar de nenaza a la uni, con los huevos que, por lo que vi esa noche, no has perdido.   
No me des las gracias y ni se te ocurra hacerte el modesto intentando devolverme los regalos... te debo todo eso y más, y tú lo sabes...   
Te debo toda una vida de humillaciones, palizas y miedo... y quiero devolvértela.   
No podrás estar escondiéndote toda la vida, así que da el paso sin miedo, porque si tropiezas... yo te cogeré.   
Quiero verte, Bill. Sólo eso...   
  
Besos de marica del súper chucho atómico, Sparky.   
P.D: Te estaré esperando en la puerta de la uni. Si decides no venir... sólo espero que vengas, sin condiciones o serás víctima de mi ira perruna.   
Bay.***Me sentía verdaderamente halagado. No, halagado no, nervioso, con el corazón a cien y las mejillas ardiendo de gozo.Derek...-Bill... ¿Quién...? - murmuró mi madre, dejando la pregunta en el aire. ¿Quién...?-...Mi amante. - y mi madre puso el grito en el cielo otra vez, pero yo ya era feliz.  
  
  
-Scotty... - mi perro alzó la cabeza, sacudiendo el cuerpo ferozmente, como si le hubiera dado una ducha bien fría con la manguera. - ¿Sabes qué? He decidido que mañana iré a la universidad otra vez. Quiero ir... quiero... - miré una vez más las flores hawaianas encima del escritorio, llenando la habitación de un olor perfecto, realmente fresco. Era olor a bosque y a playa. Me encantaba el olor.   
Olor a libertad.   
-Quiero ver a Derek...   
  
  
(Continúa)

**By Tom.**  
  
  
-Aquí hay gato encerrado. ¡No puede ser que seas un mujeriego cuando te vas a Hamburgo a pasar tiempo con tu hermano y tu madre y vuelvas hecho un mariconazo! - las llaves nuevas no encajaban en la puerta, o quizás fuera culpa de mi tembloroso pulso y las risas que me echaba escuchando las ocurrencias descabelladas de Andreas. - A ver, déjame adivinarlo... tú has follado con un tío y te ha gustado.   
  
-Ajá...   
  
-¿Pasivo? - le miré, reticente, con una ceja alzada. - activo, vale. Comprendo. Debía de ser un tío muy afeminado para que decidieras tirártelo... o que tú estuvieras muy colocado, ¿no?   
  
-Hum... - conseguí meter la llave, ahora solo quedaba acordarse de para dónde había que girarla. Dios, Tom, estás tan gilipollas...  
  
-¿Estabas colocado o él era muy afeminado?   
  
-Es afeminado.   
  
-¿Mucho?   
  
-Un poco... bastante... - giré con tanta brusquedad la llave que de repente se oyó un "¡Creck!". Cuando saqué la llave, observé meditabundo la mitad que faltaba y se había quedado rota dentro de la cerradura. - Coño...   
  
-¿Y quién fue a saco, él o tú?   
  
-Andreas...   
  
-Tú, ¿verdad? Lo suponía. ¿Te la chupó?  
  
-Andy...  
  
-¡No me dirás que se la chupaste tú!   
  
-¡Andy! - él se quedó callado, haciendo una mueca con la cara al ver la llave rota.   
  
-Mierda... ¿nos quedamos en la calle?   
  
-No. Vamos a tu casa.   
  
-No tengo la moto aquí.   
  
-Y yo tengo las llaves del coche dentro y no pienso hacerle un puente ni al coche, ni a la moto.   
  
-Tampoco es que estés muy lúcido para conducir.   
  
-Pues habrá que quedarse en la calle. Total, no será la primera vez. - Andreas estiró los brazos, bostezando.   
  
-Supongo que no, pero hace frío. - me dejé caer de espaldas a la puerta, pegado a ella. Andreas anduvo hasta mi lado y se sentó junto a mí. - ¿Cómo es Bill? ¿Está bueno?   
  
-Te dije que si lo mencionabas...  
  
-Para provocarte. No te estoy provocando, sólo es curiosidad por si algún día me lo encuentro, no tirármelo.   
  
-Dudo que él te dejara.   
  
-Yo creo que sí. ¿Quién iba a ser capaz de resistirse a mi divina belleza? - sonreí.   
  
-Tú no lo conoces. Es... un poco diferente a cualquier tío de aquí.   
  
-¿Un pijito como Príncipe?   
  
-No compares. Puede que sea un poco caprichoso, pero tiene algo que ninguno de los que estamos aquí tenemos.   
  
-¿El qué? ¿Una polla de veinticinco? - negué con la cabeza.   
  
-Tiene... dignidad. Es puro, no como los que estamos aquí, podridos y llenos de mierda hasta el cuello.   
  
-Oh. - Andreas asintió lentamente con la cabeza. - Creo que lo entiendo. No sabe defenderse y alega a su favor que las cosas se deben solucionar por medio del diálogo.   
  
-No. Me rompió la nariz cuando lo dejé. - Andy abrió los ojos como platos, mirándome boquiabierto.   
  
-No jodas...   
  
-Cuando quiere, sabe pelear. Tiene unos principios que defender... pero eso no es lo más impresionante de él.   
  
-¿Y qué es? - quedé pensativo, dándole vueltas a la cabeza con insistencia. Luego recordé que a Andy no le importaba.   
  
-¿Y por qué debería decírtelo?   
  
-Porque se te cae la baba pensando en ese tío. Por eso. - se burló.   
  
-No se me cae nada. Cállate. - y para mi sorpresa, Andreas calló. Nos quedamos en silencio, mirando a ninguna parte. El silencio era acogedor y empezó a entrarme sueño. Entrecerré los ojos, intentando dormir, pero la mirada de Andy clavada en mí me molestaba lo suficiente como para no permitirme conciliar el sueño. - ¿Qué coño te pasa?   
  
-Nada. Sólo pensaba en lo impresionante que tiene que ser ese tío para captar tu atención. - suspiré.   
  
-Tengo gustos sencillos.   
  
-No con hombres... me pregunto como deber ser para que en una noche, halla conseguido engatusarte cuando yo no lo he conseguido en cinco años. - le miré, con ojos escrutadores. Ya había notado lo mucho que le ponía al que fue una vez mi primer y único amigo, lo pillado que estaba por mí, pero lo cierto es que no me había importado nunca. Si él quería sufrir, era su problema, no mío.   
Se pegó más a mí, inclinando el rostro sobre mi hombro.   
-No me importa ser el premio de consolación.   
  
-Por eso nunca serás el premio gordo. No tienes principios ni dignidad.   
  
-Ni tú tampoco.   
  
-Lo sé. - mi mano se deslizó por su pelo rubio y brillante, con la mano un tanto sudorosa. Él alzó la cabeza con lentitud, mirándome con ojos divertidos, quizás resignados. - Por eso no hay nada que me impida follarte ahora. - sonrió. Me incliné sobre él y junté nuestros labios sin pararme a pensarlo ni una vez. Su cabeza quedó aplastada por la mía contra la puerta de mi casa, igual que su cuerpo, haciendo un ruido sordo. Su lengua se abrió paso al interior de mi boca y moví bruscamente mis labios sobre los suyos, mezclando nuestra saliva. Le acaricié la entrepierna con una mano, sintiendo como crecía debajo de sus pantalones. Se la estrujé y se la masajeé con brusquedad. Sentí sus manos agarrarme la sudadera, apretándome los hombros. Sus manos se colaron por el cuello de mi camiseta, acariciándome la espalda con ansiedad.   
Intentó empujarme hacía atrás en un intento vano de tomar el control, cosa que le negué y volví a clavarlo contra la puerta haciendo un ruido sordo.   
Y entonces, me di cuenta...   
Me separé de él, tenso, con la mano todavía apretándole la polla.   
  
-Joder Tom... no pares ahora... llevo muchos años esperando esto, joder... - el sonido de su voz sonó desesperado, casi roto.   
  
-Shhh... ¿no lo oyes? - Andreas se quedó mortalmente callado.   
  
-No oigo nada.   
  
-Exacto. - me miró sin comprender. - Guetti tendría que estar ladrando al otro lado de la puerta.   
  
-Coño, me habías asustado. - me separé de él, sacudiendo la cabeza y apartando la mano de su entrepierna. Él gruñó, inconforme. - Mierda... me has matado Tom. Me has matado.   
  
-Ya te follaré luego. - me levanté del suelo y lo empujé hacía arriba, obligándole a levantarse entre ronroneos malhumorados. - Consigue que pueda entrar en casa y dejaré que te quedes a dormir. Si quieres, te monto toda la noche.   
  
-Ahora que has roto la magia del momento. ¡Bah! - me dio la espalda y empezó a andar hacía la esquina del apartamento, refunfuñando. - ¡La próxima vez que quieras ligar conmigo, quizás te encuentres con que tengo dignidad y principios! - sacudí la cabeza cuando le vi dar la vuelta a la esquina, riéndome. Me giré para dar la vuelta por el otro lado cuando vi de reojo a Andreas, retrocediendo con los ojos abiertos de par en par, con la cara de un color medio verdoso.   
Se llevó la mano a la boca, controlando una serie de violentas arcadas. Fui hacía a él, a paso lento, pero con un pequeño nerviosismo instalándose en mi pecho. Iba a dar la vuelta a la esquina cuando Andy se puso en medio, suspirando, con la cara ahora blanca.   
-Créeme. Mejor que no lo veas. - ladeé la cabeza, mirando a Andreas con una creciente impaciencia instalándose en mi cuerpo.   
Lo quité de en medio de un manotazo, casi lanzándolo contra la pared de al lado y crucé la esquina. Vi como él me seguía de cerca, nervioso...  
Y yo me quedé contemplando los trozos de cristal de la ventana de mi casa, rotos, salpicando el suelo. Un fino alambre de espina oxidado que colgaba de la ventana, enredado a un trozo de carne desmembrado. La sangre salpicaba el suelo. El trozo de carne se balanceaba lentamente, de derecha a izquierda. El estómago abierto, con las tripas fuera. El cuerpo ensangrentado, las patas rotas, los cristales clavados en su cuerpecillo peludo... con la lengua y las orejas cortadas... el hocico ensangrentado... el alambre de espinas alrededor de su cuello...  
...Guetti...   
  
Sentí las potentes convulsiones de mi cuerpo, de mis músculos tensos como sacudidas eléctricas.   
  
-Guetti... - me llevé el puño a la boca, mordiéndolo con fuerza, con la mandíbula temblorosa. El entrecejo fruncido y los ojos pestañeando incesantemente.   
  
-Esos... hijos de puta... - giré la cabeza hacía Andreas lentamente. Él bajó la cabeza, clavando la mirada en el suelo. - Ellos... cuando mataron a Ross y yo le rompí la nariz a uno... juraron que me atuviera a las consecuencias... yo y "mi líder"...   
  
-¿Quiénes son? - me aparté el puño de la boca y me encaré a él, con los brazos en alto. Andreas retrocedió contra la pared. Mi respiración era agitada, brusca, caótica.   
  
-Tom, tranquilízate...   
  
-¿¡QUIENES SON!? - Andreas empezó a toser, poniéndose morado en cuestión de segundos. Yo simplemente observé en silencio como mis manos le estrujaban el cuello como si fuera una fregona.   
  
-A... Ahh... Alfre...   
  
-¿Alfred? - murmuré. Andreas asintió haciendo un gran esfuerzo, arañándome las manos en un intento de escapar de esa atadura mortal. Lo solté con tanta brusquedad que lo tiré al suelo, encima de los cristales desperdigados y la sangre reseca. - ¿Querías venganza, Andy? ¿Querías que te ayudara con tu venganza en nombre de Ross? ¿Eh? - Andreas se arrastró por el suelo, huyendo de mis pasos acelerados. Me tenía miedo. Me tenía pánico.   
Me agaché a su lado de cuclillas y lo agarré con fuerza de la barbilla.   
-Vas a tener suerte. Asistirás a la venganza más diabólica de nuestros tiempos, porque sabes que Alfred está muerto, ¿verdad? - Andreas asintió débilmente con la cabeza. - sabes que es lo que voy a hacer con él, ¿verdad? - Andy temblaba. - le haré exactamente lo mismo que él ha hecho con Guetti. Le haré sufrir, le despedazaré, le ataré como se atan a los cerdos, boca abajo y le arrancaré la piel a tiras y cuando no tenga ni un puto pellejo sobre la carne, lo bañaré en sal. Lo castraré, lo destriparé, lo descuartizaré y... si es necesario, me lo comeré... ¡Pero no quedará de él ni los putos huesos! - los ojos de Andreas se cristalizaron. Ví las marcas que mis manos habían dejado en su cuello y me dio igual su pánico. Lo atraje con fuerza hasta mí. - Y tú, vas a ayudarme. Y luego... jugaremos sobre sus la sangre de sus restos... - le besé con fuerza en la boca y le solté sobre el suelo. Un hilillo de sangre de su labio herido por mi mordedura brotó hasta mezclase con la de Guetti en el suelo. Tosió con violencia, tembloroso. - Ahora sal de aquí. - Andreas me miró con la respiración entrecortada. - ¡Sal de aquí, joder! - se levantó del suelo rápidamente y salió corriendo, como un cervatillo asustado de un tigre de bengala.   
Anduve hacía la ventana y deshice el amarre del alambre de espinas, cogiéndolo con una mano, clavándome las espinas hasta que la sangre se escurrió por el alambre oxidado mientras deshacía el nudo del cuello de mi perra muerta.   
Mi ropa se manchó de sangre cuando agarré su cuerpo rígido y destripado y lo dejé sobre el suelo con sumo cuidado, mirando su expresión paralizada. El pelo que había alrededor de sus ojos estaba húmedo por lágrimas caninas. Podía imaginarme lo que le habían hecho. La habían apaleado a patadas, le habían cortado la lengua y las orejas agarrándola con el collar de espinos... luego la habían destripado... viva...   
-Eres una maldita hija de puta, Guetti. - las manos me temblaban y apreté con mas fuerza el alambre, sintiendo el dolor en mi propia carne, disfrutando de él. - Has dejado que te mataran. ¿No te has defendido como yo te enseñé que hicieras? ¿No te has llevado al menos uno por delante? No... te has muerto... y me has dejado solo. - ella no contestó. - No intentes huir de la culpa, joder... eres una perra cobarde... - y ella siguió sin contestar.   
Noté algo. Algo húmedo empañándome la vista.   
Golpeé el suelo con el puño, con toda mi fuerza, oyendo mis nudillos crujir, sintiendo dolor. Ni una cuarta parte de lo que había sentido mi perra fiel.   
  
-¡Me has dejado solo, hija de puta! ¡No te lo perdonaré, maldita cabrona! - miré a mi alrededor, sumergido en una desorientación desconocida para mí. Algo me hacía daño en la garganta, mientras buscaba algo con la mirada. Pero no encontraba nada ni a nadie.   
Cogí a Guetti en brazos, empapándome de sangre la ropa y salí andando de allí hacía el descampado para enterrarla...   
  
Estuve horas cavando en la tierra con las manos, clavando las uñas en las piedras, arrancando raíces sin compasión, ensangrentándome las manos. Los nudillos se me crispaban y crujían con cada movimiento y me daban calambrazos que se extendían hasta mi cerebro. Calambrazos de algo parecido al dolor.   
Pero no lo sentía. ¿Se supone que debía experimentar dolor? Porque yo no sentía absolutamente nada.   
Cavé y cavé hasta el metro bajo tierra. La sangre que emanaba de las manos encarnizadas y las uñas o lo que quedaba de ellas, fue ocultada bajo una capa de barro y mugre.   
Arrojé allí a mi perra.   
  
-No es una buena tumba para perros pero bueno... es mejor que una fosa común. Seguramente, algún día yo también acabe enterrado aquí, a tu lado, así que... da igual. - solo obtuve silencio en respuesta, el sonido de los grillos y el aire frío balanceándose por entre los escasos árboles. - No es una tumba digna para ti pero... la vida es una mierda, así que... yo tampoco era digno de ser tu dueño. - estaba acalorado. Mi respiración volvía a ser irregular. - Muy pronto, voy a enterrar aquí al que te ha hecho esto, Guetti, muy pronto. Se lo merece... se lo merece... - pestañeé un poco y volví a mirar a mi alrededor mientras empezaba a arrojar la tierra húmeda sobre el agujero con las manos. - Le prometí no hacer daño a nadie, Guetti. Le prometí no ser un psicópata... pero él no está... si no está no puedo tocarle... y si no puedo tocarle... - las manos me temblaban con violencia y la arena caía al suelo antes de que pudiera echarla sobre el agujero. - Me dijo que cuando deseara pegarle a alguien, le tocara... pero no puedo tocarle... porque no está... no está... así que tengo que matarle. - no podía tapar el agujero. No podía, iba demasiado lento. Las manos me temblaban demasiado.   
Me dejé caer al suelo embarrado de rodillas.   
  
-No está, Guetti. No hay nadie... estoy solo... otra vez... pero ¿sabes qué?... No les necesito... ¡No necesito a nadie! Todos son muñecos inútiles. Ni siquiera son personas. ¡Yo soy la única persona! ¡Yo soy el que juega con los muñecos y mi juego les llevará al infierno! ¡Nunca debieron salir de allí! ¡Bill tampoco! - cuando alcé la vista otra vez, vi que no estaba solo.   
El Muñeco me miraba con la cabeza ladeada, curioso.   
Le lancé una piedra que le atravesó limpiamente.   
  
-La vida es un juego y yo soy quien mueve las piezas. Los demás son mis peones... mis muñecos... Bill también... ¡Bill también es un Muñeco! ¡El peor! ¡El muy cabrón ni siquiera está aquí! ¡Ni tú tampoco, Guetti! ¡Maldita perra, púdrete en el infierno, no te necesito! - me levanté del suelo, con la rabia crispándome las venas. Le pegué una patada al montón de tierra y la dejé caer sobre el agujero con lentitud, dándome la vuelta y empezando a andar en dirección contraria, dejándola a medio enterrar.   
Oí un ruido que me crispó los nervios.   
El Muñeco se reía de mí... otra vez...

**Capítulo 31**

**By Bill.**  
  
  
Me sentía pegajoso y helado. Un sudor frío me recorría la piel, haciendo que se me pegara la ropa al cuerpo. Estaba tan agobiado y empecé a ser engullido por una desesperación tan grande, que me dificultaba la respiración y sentía como mis pulmones se llenaban de aire hasta el límite, a punto de estallar. Y aún así, me faltaba el aliento.   
Tenía los ojos cerrados. No veía nada, todo estaba oscuro. Tenía que encontrar a alguien, pero era imposible en esa completa oscuridad. No veía nada.   
Quería gritar su nombre, pero no sabía cuál era, ni siquiera era capaz de gritar. Me ahogaba.   
De repente, me dominó un odio ciego. Si hubiera tenido algo delante, lo hubiera apaleado hasta haberlo destrozado, hasta hacerlo puré... aunque fuera una persona. Le hubiera aplastado la cabeza fuera quien fuera, sin pensármelo dos veces.   
Era tanto el odio y tanta la oscuridad, tanta desesperación... y sabía que no podía escapar de ella. Sabía que solo una persona, la que buscaba y añoraba en silencio, podía sacarme de allí.   
Pero no estaba.   
Yo sabía que no estaba y... decidí dejar de luchar y ahogarme en la oscuridad.   
Esa persona no estaba. No merecía la pena salir de la oscuridad si no estaba. No merecía la pena.   
  
De repente, abrí los ojos y todo se volvió mucho mas claro. Una penumbra que me dejaba ver figuras en la noche, sombras de muebles y la débil luz que entraba por la ventana de mi cuarto se abrió ante mí.   
A mi lado oía un débil gemido sollozante. Giré la cabeza con lentitud y encontré a Scotty, de pie, con las patas delanteras apoyadas en la cama, mirándome y gimiendo, intentando llamar mi atención. Me moví lentamente y él ladró.   
Tenía la camiseta pegada al pecho por el sudor, que me había dejado helado por lo frío que era. El cuerpo me temblaba con una violencia preocupante y mi respiración era muy pesada e irregular, ansiosa. Tenía un agujero en el pecho que me hacía difícil el respirar y estaba muy mareado. Me daba vueltas la cabeza sin parar, como si estuviera drogado.   
Cuando me llevé las manos a la cara, temblorosas, sentí el montón de lágrimas mezcladas con el sudor de mi cuerpo.   
Y supe lo que ocurría.   
Me levanté de la cama con rapidez, acabando en el suelo de inmediato. Empecé a toser, desgarrándome el pecho y notando como la asfixia se intensificaba. Me levanté a rastras, apoyándome en el picaporte de la puerta y salí de mi cuarto, cada vez más ansioso.   
Bajé las escaleras, tropezándome en el escalón final y agarrándome a la barandilla para no caerme. Scotty me seguía, sollozando, gimiendo, dando vueltas a mí alrededor, intentando hacerme retroceder. Pero yo lo ignoré.   
En la mesa del salón estaban las llaves del coche de mi madre. Siempre las dejaba allí y siempre aparecían allí al día siguiente. Me precipité hacia ellas, las cogí y, apoyando la mano en la pared, crucé el pasillo hasta la entrada y salí fuera de casa. Scotty empezó a ladrar con fuerza entonces, mientras yo me dirigía al coche de mi madre, lo abría y me metía dentro, en el asiento del conductor. Metí las llaves en el contacto y con el pulso a doscientos, arranqué. Tenía carnet de conducir aunque casi nunca condujera. No después del accidente en el centro, que ni siquiera había sido culpa mía. Ese imbécil se había saltado el stop. Pero eso no importaba ahora...   
Apoyé la mano en la palanca de marchas pero... me quedé paralizado...  
Bill... ¿Eres estúpido?   
Sabes que Tom necesita ayuda. No. Sabes que Tom necesita tu ayuda pero... ¿acaso la merece? No... no la merece después de humillarte, aplastar tu corazón sin piedad y abandonarte a tu suerte después de aprovecharse de ti. No la merece y tú no debes ir a buscarle, a ofrecerte de nuevo como un idiota. No debes hacerlo. No...   
Por mucho que le eches de menos... es la única manera de olvidarlo.   
¡Él no quiere tu ayuda, Bill!   
Apreté el volante hasta que mis nudillos se pusieron blancos y sentí un ligero escozor en las manos. Lloré con tanta fuerza, que mis sollozos se hicieron comparables a los ladridos que daba Scotty en la puerta de casa. El volante se llenó de lágrimas, quedó empapado y los cristales se empañaron.  
Luego... me quedé dormido allí dentro o quizás, me desmayara. Sólo sé que los ladridos de Scotty y sus uñas raspando la carrocería del coche funcionaron como una nana perfectamente equiparable a la desolación que sentía... o a la que sentía Tom.   
  
  
**By Tom.**  
  
Fue verdaderamente fácil entrar en casa de Alfred.   
Vivía en una pocilga al final de la calle que daba a lo que nosotros llamábamos, "El Coliseo". Allí combatíamos a muerte como auténticos perros los unos contra los otros en peleas serias, observados por una multitud. Utilizábamos cualquier objeto punzante que tuviéramos a mano. En el Coliseo no había reglas, salvo una. Dos participaban, no estaba permitido detenerse hasta que uno cayera inconsciente por las heridas y los golpes o, en su defecto, cayera muerto.   
Esa hubiera sido la mejor vía para llevar a cabo la matanza contra Alfred, si no fuera porque no pensaba pelear contra él. Iba a despedazarlo. Ni siquiera le iba a dar la oportunidad de defenderse, así que sería estúpido organizar una batalla en el Coliseo para tan poca mierda.   
Había amanecido hacía relativamente poco. No había dormido nada esa noche, por supuesto. Había estado demasiado ocupado enterrando a Guetti y, luego, preparándome para la matanza.   
Si Alfred pensaba que esperaría más de unas horas para contraatacar, era un iluso. ¿Por qué esperar más cuando tenía la ventaja del asesino? Por lo que no me detuve ni un instante.   
Anduve hasta la puerta delantera de su apartamento y miré la cerradura. Muy fácil de forzar. Retrocedí un poco y, en lugar de forzarla, le pegué una patada que la hizo temblar. El ruido del golpe se debió extender por toda la casa, poniendo a sobre aviso a su dueño. Oí perfectamente como alguien se movía dentro con histeria y el olor del pánico me llenó las fosas nasales.   
Te tengo, cerdito.   
Me agaché despacio, sobre la cerradura y presioné sobre ella con los dedos. Introduje un alfiler hasta lo más hondo, sonando un "click" y, entonces, me aparté de la puerta con rapidez, alejándome de allí hasta la ventana más cercana, impulsándome hacía arriba en el alfeizar y dándole un empujón al cristal con sutileza, forzando con facilidad su mecanismo y adentrándome por ella en semejante pocilga, acabando en la cocina repleta de platos sucios, olor a comida pasada y llena de insectos nacidos de la basura.   
Caí sobre el mueble del fregadero, que apestaba y descendí hasta el suelo en silencio.   
Atravesé la cocina limpiamente, con pasos sigilosos y sin hacer el menor ruido. La ropa ancha era un incordio para semejante trabajo, pero el uniforme y las botas militares eran de gran ayuda para estos casos, aunque los usara en ocasiones contadas, para hacerme pasar por un militar, o en su defecto, utilizaba los pantalones de camuflaje para moverme con comodidad cuando amenazaba pelea. Como en ese momento.   
Me apoyé en la pared y me asomé lentamente al pasillo que daba a la entrada. Sonreí. Tal y como había planeado, Alfred se había apiñado frente a la puerta al oír el golpe y el sonido de la cerradura al ser "forzada" por un alfiler, esperando que entrara por ahí para meterme un tiro con la pistola que llevaba en la mano. Fruncí el ceño. ¿De dónde la habría sacado? Yo no permitía el tráfico de armas en los barrios bajos. Quizás la abría robado a algún militar.   
De todas formas, en el lugar a dónde iría cuando acabara con él no la necesitaría.   
Preparé el alambre de espinas, el mismo que había usado con Guetti, oxidado y afilado y di un paso al frente. Alfred no se percató de nada hasta que estuve a menos de un metro de él, hasta que con un movimiento rápido, le pasé el lazo mortífero del alambre por el cuello y tiré de él hacía atrás con brusquedad, clavándoselo en la piel hasta el fondo.   
Soltó un grito ahogado por la presión del alambre y las espinas clavándosele sin compasión en él, provocándole heridas no muy profundas, pero que lo matarían por la infección del óxido. La pistola cayó al suelo con un ruido sordo.   
  
-Hola, Al. ¿Te acuerdas de mí? - él se llevó la mano al cuello, al alambre, rozándolo con los dedos. Su expresión se llenó de horror, pánico y dolor en cuanto adivinó que era aquello que lo estaba asfixiando. O quizás fuera por mi expresión de placer al ver al cerdito en mis brazos, a punto de ser sacrificado. - ¿Cómo estás? ¿Cómo has pasado la noche? Un pajarito rubio me ha dicho que últimamente estás disfrutando mucho con tus nuevos pasatiempos. Caza de maricas y caza de perritos. Los dos, víctimas tan inocentes como niños. Que malvado, Al. - tiré con más fuerza del alambre al notar como intentaba escapar, escurriéndose hacía el suelo. Tiré con tanta fuerza que su cabeza chocó contra mi pecho y sus piernas se doblaron, incapaces de mantener el equilibrio. - Y nadie se ha quejado todavía por tu caza indiscriminada y, si no te hubieras metido con la persona equivocada, nadie se hubiera molestado en intentar tomar represalias contra ti. Tu único pecado ha sido entrometerte en mi camino y por eso... vas a morir. - le susurré al oído y me separé de él, sin soltar el alambre, por supuesto. Tiré de él hacía atrás, obligándolo a ponerse en pie si no quería morir asfixiado y le obligué a seguir mis pasos torpemente hasta la asquerosa cocina.   
De un empujón, lo senté en la única silla que se sostenía sobre las cuatro patas y con rapidez y eficacia, até el alambre al respaldo, con fuerza, haciendo que su cabeza permaneciera pegada a la silla, provocando que todas y cada una de las espinas se clavaran en su cuello hasta formar una delgada línea de sangre coagulada emanando de su cuello. Alfred tosió. Su cuerpo temblaba como el de un crío y tenía los ojos abiertos como platos, rojizos por la presión. Pataleó débilmente antes de que me separara de él y, sonriendo al contemplar su terror, le pateé las rodillas con fuerza. Su cara se crispó en una mueca de intenso dolor y dejó de patalear.   
  
-T-Tom... - murmuró, con voz gangosa y rota. Entrecerré los ojos y aplasté una de sus rodillas con las botas militares, hasta hacerla crujir débilmente. - ¡Agg! - gorgoteó.   
  
-Esa boca tan sucia no tiene derecho a pronunciar mi nombre. - me agaché de cuclillas frente a él, retirando el pie de su rodilla y apoyé los brazos en las mía, mirándolo fijamente. - No tengo nada que hablar contigo. Ahora, me vas a contar en que coño estabas pensando para meterte con mi gente y como mataste a mi perra ayer por la noche. Quiero saber todo lo que le hiciste, con todo lujo de detalles. Todo... - sonreí al detectar el temblor que se extendía a lo largo de su cuerpo, convulsionándose de pavor. - Porque voy a hacerte exactamente lo mismo que tú le has hecho a ella... premortem. - su temblor se incrementó. Empezó a sudar como un cerdo y a tartamudear. Los ojos se le aguaron de puro pánico. - ¿Y bien? Empieza...   
  
-L-lo... l-lo-lo siento... - fruncí el ceño, cerrando los puños y haciendo crujir los nudillos.   
  
-¿Te he pedido que supliques como un corderito a punto de ir al matadero? No me hagas repetir la petición...   
  
-P-por favor... pog favor... - empezó a suplicar más alto. Ni siquiera se le entendía bien.  
Me levanté del suelo, poco dispuesto a escuchar.   
  
-¿No quieres hablar?   
  
-Por... por favor... - me paseé por la apestosa cocina, buscando con la mirada hasta encontrar un cuchillo sucio, lleno de mugre, restos de comida pegado a su hoja afilada. Abrí el grifo y lo bañé en agua. Estaba tan sucio que los restos tardaron en deshacerse y desaparecer por el conducto hasta las cañerías.   
  
-Pues si no quieres hablar, tendré que hacer uso de mi creatividad. Y no sé qué será peor. - pasé el dedo por la afilada hoja y caminé hasta él, que se revolvió. Su camiseta se llenó de sangre por el cuello herido, y no tardaría en desangrarse si seguía cabreándome con sus patéticas súplicas. - Empecemos despacio. - él extendió una mano, moviéndola con histeria, subiendo el volumen de sus súplicas y, divertido por la ironía, le agarré la mano con fuerza, aplastándola. Sus dedos se movieron nerviosamente ante mi mirada fascinada por aquello se me estaba pasando por la cabeza. -...Cinco lobitos tiene la loba... - empecé a cantar, alzando el cuchillo frente a su cara.   
  
-¡Aaahh, no, no, no! - gritó.   
  
-Cinco lobitos detrás de la escoba... - empezó a llorar y a gritar, desesperado. Su pánico me hizo ensanchar la sonrisa cundo elegí el dedo meñique para sesgar. - Cinco crió, cinco parió...   
  
-¡Por favor, por favor, por favor...! - apoyé la hoja afilada en el dedo, rozándolo y le dirigí una mirada llena de malicia a la víctima, riéndome en su rostro demacrado, salpicado de lágrimas.   
  
-Y al menor de ellos, ¡El lobo devoró!   
  
-¡¡AAAARGHH!!   
  
  
**By Bill.**  
  
-Te lo advierto. Da un paso más y de la patada que te daré en el culo vas a ver las estrellas, ya que disfrutas tanto siendo jodido, Bill. - de acuerdo. No era el recibimiento que esperaba pero era un comienzo y, joder, como me lo merecía.   
Había llegado tarde. Era irónico que después de dos meses sabáticos depresivos, me decidiera a volver a la universidad con dos pares de huevos, habiendo quedado con alguien en la puerta y diera la casualidad de que, precisamente ese día, cuando nunca había llegado tarde en la vida a ningún sitio, mi madre me hubiera pillado durmiendo en su coche todo arañado por Scotty cuando se disponía a ir al trabajo. Se había asustado, y yo también. Porque llegaba tarde.   
Menos mal que el horario universitario era tan variable como el alumno quisiera que fuera.   
Me había levantado de un salto, saliendo del coche. Había corrido hasta mi cuarto, rebuscando en el armario. Me había vestido y entre mi indumentaria, estaban las botas nuevas y el collar de cuero, por supuesto. Me había maquillado de manera poco exagerada, pero bien notable. Tenía el pelo medio alisado, con volumen y el flequillo a un lado. Ni siquiera me había dado tiempo a mirarme en el espejo, así que no supe que pinta tenía hasta que me miré en una de las ventanas del bus. Tenía una pinta extraña, con el pelo medio revuelto, muy pálido y unas ojeras algo marcadas, pero en fin... a quien no le gustara, que se jodiera.   
Luego recordé que había quedado con Derek en la puerta de la uni... y se me vino el mundo encima.   
Todo el mundo me miraba en la universidad y murmuraba. Yo sólo podía sentirme incómodo. Si me hubieran pillado el día anterior, me los habría comido, pero ese día estaba depresivo después de... el sueño.   
Algo no iba bien. Lo sentía. Maldad, odio, rabia, dolor... algo no iba bien en Tom e irremediablemente, eso me afectaba.   
De repente, los vi. Georg y Gustav, en las taquillas, observándome con una ceja alzada, impresionados por mi aparición. Coño, no sabía que decirles. Me había portado como un gilipollas egoísta con ellos y me merecía que dejaran de hablarme. Era un maldito cabrón, pero por lo menos, debía disculparme con ellos... al menos...   
Así que me acerqué con la mirada baja y...   
  
-Chicos... lo sien...  
  
-Te lo advierto. - soltó Gustav de repente. Su mirada se afiló dándole un aspecto felino, amenazante. - Da un paso más y de la patada que te daré en el culo vas a ver las estrellas, ya que disfrutas tanto siendo jodido, Bill. - su rabia era palpable y natural. Nunca lo había visto tan cabreado, él, el que siempre me había apoyado fuera cual fuera la situación, me acababa de mandar a la mierda.   
Miré a Georg de reojo y él bajó la mirada al suelo. Su cara no expresaba enfado, si no una profunda decepción hacia mí.   
  
-Lo siento... - murmuré. No me atrevía a decir nada más.   
  
-¿Lo sientes como la última vez, después de que te ofreciéramos cobijo en nuestra casa pese a estar más de dos meses sin hablarnos, evitándonos, antes de que te tiraras por la ventana y salieras corriendo sin dar explicaciones en busca de un polvo? Gracias, pero tus disculpas me las meto por el culo. - Gustav dio un paso al frente, me dio un ligero empujón con el hombro que me descolocó y pasó por mi lado irradiando rabia. Georg se quedó frente a mí, quieto, incómodo y con una mueca de dolor en la cara, observándome. - ¡Georg! - le gritó Gus. Georg suspiró, negó con la cabeza y anduvo hacía delante, tras él.   
O hablaba ahora, o les perdería para siempre.   
  
-¡Sé que estoy cambiando! - les grité. - ¡Pero creí que no os importaría! - Gustav me miró entonces con la exasperación pintada en la cara.   
  
-¿Te refieres a eso de ser gay, Bill? ¿Crees que actuamos así por eso?   
  
-Pu-pues...   
  
-¡Me importa una mierda que a mi mejor amigo le gusten los nabos en lugar de las ostras! ¡No soy un punto intolerante de cabeza cuadrada! ¡Lo que me importa es que ese tío que lo daba todo por sus amigos ahora los da de lado cada vez que se le presente la oportunidad de jugar con una polla! - esa acusación me puso el vello de punta. Sentí una rabia ciega inundarme el pecho. Sería...  
  
-¡Sólo he follado con dos tíos en mi vida y por si no os habéis dado cuenta, todo esto ha sido culpa vuestra! - Georg se puso pálido. Gustav abrió los ojos como platos.   
  
-¿¡Culpa nuestra!? ¿Qué coño tengo que ver yo en eso? ¡Fuiste tú quien esa noche te dejaste llevar por Tom y...!  
  
-¡Porque me dejasteis solo para ir a ligar, joder! ¡Os busqué, asustado porque un tío intentaba ligar conmigo y no estabais, así que como personas normales, hablamos, nos conocimos, nos gustamos y nos acostamos! ¡Igual que vosotros con cualquier tía! ¡No tenéis derecho a criticarme por eso! - Gus retrocedió, con cara de quien acaba de recibir una hostia.   
  
-¡Tendrás cara! ¿Y lo del otro día también fue culpa nuestra?  
  
-¡No, eso fue culpa mía y por lo menos, lo reconozco! ¡Puede que no haga las cosas bien y que últimamente os esté fallando, pero joder, no soy perfecto y nunca me he metido en vuestros líos con vuestros ligues! ¡Dejadme respirar!   
  
-¡No me puedo creer que seas tan egoísta! ¡Voy a partirte la cara para que se te quiten las gilipolleces! -se echó hacia delante, envalentonado, con la vena del cuello hinchada. Nunca, en la vida, había visto semejante expresión en Gustav y aún así, no pensaba retroceder.   
  
-¡Pues ven, aquí me tienes! ¡Atrévete rubito! - los dos nos embalamos hacia el otro, enseñándonos los dientes, dispuestos a empezar algo de lo que luego, nos arrepentiríamos profundamente cuando, de repente, Georg se puso en medio y con sus enormes brazos, nos dio un empujón a cada uno que casi nos hizo caer al suelo.   
  
-¡Me cago en la puta! ¡Parad de una jodida vez, pedazo de gilipollas! - ante nuestras expresiones estupefactas, Georg nos agarró a cada uno del cuello de la camiseta y tiró de nosotros con tanta fuerza, que nuestros pies casi se elevaron unos centímetros del suelo. - ¡Bill, siempre has sido un niñato mimado incapaz de rechistarnos y con unas ideas impuestas por nosotros, sin necesidad de quejarte, sin ver más allá de tus narices porque tenías todo lo que necesitabas! ¡Siempre has defendido lo que creíais justo porque según nosotros, era lo correcto! ¡Toda tu justicia, tus criterios, tu forma de ser te la hemos impuesto nosotros, yo, Gustav y tu madre y todo lo que iba más allá, era considerado inmoral para ti, vomitivo! ¡Nunca te hemos dado la oportunidad de replicar! ¡Te lo hemos dado todo masticadito y casi hemos tragado por ti! - por un momento, me quedé en blanco, sin entender nada, sin saber a qué se refería cuando caí en la cuenta...   
Sentí un latigazo en el pecho, igual que lo había sentido el día anterior cuando mi madre me descubrió que todo lo que me había enseñado era controlado por una hipocresía absoluta.   
Los dientes de Georg chirriaron con pesar antes de girar la cara hacia Gustav y empezar a gritarle.   
-¡Y tú, Gustav, no tienes que replicarle nada y, joder, yo tampoco! ¡Todo ha sido culpa nuestra por haberlo tratado como un muñeco de porcelana desde que tenemos uso de razón! ¡No le hemos dejado madurar, no le hemos dejado pensar por sí mismo, no le hemos dejado convertirse en un hombre! ¡Creíamos que era un niño indefenso y bueno que se lo merecía todo, un niño al que hemos intentado inculcarle todas nuestras metas, nuestros criterios de justicia! ¡Le hemos mostrado nuestros errores para que él no cometa los mismos y nos hemos olvidado de que para convertirse en un hombre capaz de valerse por sí mismo, debíamos dejarle equivocarse, dejarle apañárselas solo cuando cometiera un error, permitirle tomar sus propias decisiones, no taparle los ojos con un pañuelo de seda y aislarlo de la realidad para que no vea lo cruel que es la vida! ¡Por supuesto, lo hemos malcriado y le hemos vendado los ojos para que dependa siempre de nosotros y nunca aprenda a valerse por sí mismo, encerrándolo en una jaula de oro! - Gustav se quedó mudo, en blanco. Sus labios se fruncieron levemente, frotándose con un movimiento desquiciado.   
Georg suspiró, intentando relajarse, extendiendo su mirada a las personas que recorrían el pasillo y se nos quedaban mirando y murmurando con rostros curiosos y asombrados. Decidió bajar la voz entonces, mirándonos alternativamente, soltándonos despacio la camiseta. Gustav desvió la mirada al suelo, con la barbilla temblorosa y los puños apretados, impotente. Georg me miró y supe que su rostro debía ser el mismo que un padre tendría a la hora de aconsejar a su hijo cuando este estuviera en una situación difícil.   
-Nunca te hemos preguntado qué pensabas con respecto a esto, qué harías tú en esta situación ni qué piensas hacer ahora. Siempre hemos sido nosotros los que hemos decidido por ti, pensando en qué sería mejor para ti según nosotros, pero nunca te hemos preguntado si sería lo mejor para ti según tú mismo. Te hemos enseñado unas leyes, unos principios que debes defender, pero no por qué debes defenderlos y ahora... tu hermano te ha enseñado a preguntarte por qué... y no has encontrado respuestas, es más, te has encontrado solo. ¡Somos nosotros quienes deberíamos pedirte perdón, no tú!   
  
-¿Por qué tenéis que decir esto ahora? - pregunté. Estaba cansado de tener que guardar silencio, escuchando como las personas que supuestamente más me querían, me habían estado comiendo el coco para que pensara como ellas desde que nací. - Me siento utilizado y confuso y ahora no sé qué hacer. ¡A buenas horas os dais cuenta de que me habéis tenido atado de pies y manos hasta ahora, y si no hubiera sido porque Tom me ha abierto los ojos con sus locuras y su manera rebelde de ver las cosas, nunca me hubiera dado cuenta de que me estabais lavando el cerebro para pensar sin cabeza!   
  
-Lo siento, Bill... - dijo Georg. Era increíble como de repente habían cambiado las tornas.   
  
-¿Lo sientes? ¿Que lo sientes...? - miré de un lado a otro, dando vueltas sin parar, haciendo rodar los ojos. Estaba furioso y empezaba a sospechar que eso no era sólo cosa mía. Tom también estaba furioso allá donde estuviera y haciendo lo que fuera. Su furia influía directamente en mí... así que me la tragué porque no era un sentimiento completamente mío, más bien, propio de Tom. - Está bien. Lo sientes. - Gustav alzó la cabeza del suelo y me miró fijamente, meditabundo. - De acuerdo, vale. Lo sentís... - alcé los brazos, fingiendo quitarle hierro al asunto. - Pues vale. No importa, no pasa nada. Lo entiendo. - les señalé con un dedo, acusador. - Pero a partir de ahora, yo me ocuparé de mis propios asuntos. Yo tomaré mis propias decisiones y pensaré por mí mismo, ¿Vale? Y... - noté claramente como el amiente se caldeaba, como la culpabilidad les empezaba a corroer por dentro y pensé que yo tampoco tenía derecho a criticarlos por los últimos acontecimientos, que sin duda habían sido mi culpa - Y... ¡Cuando tenga por novia o novio a una guarra o a un putón, prometedme que no esperareis un año entero para decírmelo! - Georg dejó escapar una suave risita. Gustav sonrió, en silencio, pero fue una sonrisa casi forzada. - Os daría un abrazo ahora mismo para hacer las paces, pero la gente nos mira y ya tengo una reputación bastante jodida como para meteros a vosotros también en medio. - Georg asintió con energía. Se le notaba la efusividad que sentía por la reciente reconciliación. Gustav... bueno, no podía decir lo mismo de él. Parecía avergonzado por habérseme echado encima.   
De repente, me sentí incómodo. La furia de Tom, su odio me chocaba de tal forma, que me era casi imposible controlar la rabia que me estaba transmitiendo.   
-Tengo... tengo que ir a clase. - me excusé. - Nos vemos luego. - empecé a respirar con ansiedad y antes de que pudieran replicar, les di la espalda y empecé a correr lejos de ellos.   
  
-¡Sí, luego hablamos! - le oí decir a Georg desde lejos.   
Sí, siempre y cuando Tom lograra tranquilizarse o decidiera salirse de mi cabeza.   
Por supuesto, no fui a clase. En cuanto escuchara lo más mínimo, me echaría encima de quien fuera, y estaba seguro de que escucharía de TODO.   
Fui al baño. Necesitaba agua para retirar el sudor de mi cara y tranquilizarme un poco, darme un respiro. Llevaba dos horas en la universidad y estaba siendo una prueba dura de superar. Todo eran miradas de desprecio, curiosas, críticas, divertidas, cuchicheos por todas partes. Había tantos rumores, cada uno más alocado, que la realidad se había distorsionado por completo.   
Me metí en el baño más cercano. Dos tíos se me quedaron mirando con una ceja alzada. Pasé de ellos y fui directo al lavamanos, con los puños cerrados. No sé qué vieron en mi cara que les hizo mantenerse callados cuando era obvio que querían echárseme encima con burlas obscenas.   
De repente, sus móviles sonaron a la vez. Sacudí la cabeza. El olor a marihuana que provenía de los porros que se fumaban me desagradaba. Abrí el grifo y hundí las manos en el agua fría. Vi a través del espejo como se quedaban absortos mirando la pantalla de sus móviles, alzaban la cabeza para mirarse entre ellos, boquiabiertos y luego, clavaron las miradas en mi nuca, con expresión de quien flipaba por completo. Fruncí el ceño, molesto y al ver que no dejaban de mirarme, ni siquiera para aparentar disimulo, me giré y los escudriñé con la mirada.   
  
-¿Queréis una foto mía o qué? - gruñí. Unas risitas ahogadas escaparon de entre sus labios.   
  
-No me lo puedo creer... - empezaron a reír, flipados. Puse los ojos en blanco. ¿Debía tomar sus risas de subnormales como uno de los efectos del porro? Tampoco es que tuviera muchas opciones, salvo enzarzarme en una pelea de la que posiblemente, saldría mal parado.   
  
-Tú eres el que estaba liado con el bestia ese, el de las rastas, ¿verdad? - ladeé la cabeza, sin contestar. - Entonces, ¿Es verdad que él es tu...? - de repente, la puerta del baño se abrió de golpe. Una mirada clara, de color verde, furioso y protector, fue clavada en mí. El cuerpo atlético y el pelo corto y erizado era inconfundible.   
  
-Derek... - murmuré. Él desvió la mirada a los dos emporrados y entrecerró los ojos, apartándose de la puerta y señalándola con el dedo.   
  
-Largo. - ordenó con voz grave, y como si fuera la palabra de un dios omnipotente, los dos se miraron y bajaron la cabeza, andando hasta la salida, fuera. Me observaron por última vez, con una expresión un tanto escandalizada y asombrada y entonces, Derek cerró la puerta de un portazo y los rasgos que hasta entonces habían estado llenos de furia, cambiaron. Su expresión se relajó hasta dejar entrever una sonrisa más tranquila, más cómoda.   
-Te he estado esperando durante más de media hora en la puerta. ¿Qué ha pasado? - me encogí de hombros, también más relajado.   
  
-Un pequeño accidente. Me acosté tarde y no pude levantarme. Coño, por un momento, cuando has aparecido por esa puerta, casi echo a correr. Pensé que venías a meterme una paliza. - se rió. Anduvo hasta mí y apoyó el brazo en el lavamanos. Me parecía increíble como todo había dado una vuelta de tuerca con nuestra relación de odio mutuo. Ahora, todos los movimientos, palabras y acciones de Sparky, me daban a entender que pretendía ligar conmigo como si siempre lo hubiera deseado y de repente, viera una oportunidad.   
  
-Bueno, por lo menos has venido.   
  
-No me quedaba otro remedio después de tus regalitos y notitas. Quiero quedarme los regalos.   
  
-Son tuyos. Si no hubieras venido, tampoco los habría reclamado. Te lo debo. Eso y más. - por un momento me quedé pensativo, intentando averiguar qué tramaba. Pese a todo, seguía siendo incapaz de fiarme de él. Me crucé de brazos.   
  
-¿Intentas comprar mi amistad o algo parecido? - Sparky guardó silencio, pensándolo.   
  
-No. Supongo que no...   
  
-¿Supones?   
  
-Quiero acercarme a ti.   
  
-¿Para qué?   
  
-Para... no lo sé...   
  
-Oh, no lo sabes. - exclamé, con tonito histriónico. - No quiero tus regalos si están repletos de conveniencia o quieres comprarme con ellos, pero estos me los quedo, porque como has dicho, me lo debes después de años y años de humillaciones y demás. - él asintió con la cabeza. - ¿Te arrepientes de haberte gastado el dinero en vano?   
  
-No... si son para ti. - puse los ojos en blanco, empezando a cansarme del juego.   
  
-¿Qué quieres de mí? ¿Quieres follar conmigo otra vez?  
  
-Sí. - su sinceridad me azotó con fuerza, descolocándome por completo.  
  
-Oh... Es decir, me has regalado esto a cambio de favores sexuales.   
  
-¡No! - y ese grito también me descolocó. - No... te los he regalado porque me apetecía. Yo me gastaría el dinero en cualquier gilipollez y... no sé porque, pero me hacía ilusión verte con algo que yo te hubiera regalado. - sonrió.   
  
-Sparky... eres raro de cojones.   
  
-Bueno, yo no me enrrollo con mi hermano gemelo. - tragué saliva.   
  
-¿Se lo has dicho a alguien? - él negó enérgicamente con la cabeza.   
  
-¿Por quién me tomas?   
  
-Por el hijo de puta que me ha estado acosando durante...  
  
-Vale, vale, eso ha cambiado. Ya no quiero hacerte daño. Ya no es divertido. - aunque esa frase sonara muy poco convincente, suspiré con alivio. Aún seguía preguntándome por qué y una sonrisita afloró de entre mis dientes al entenderlo.   
  
-Ya no es divertido... porque a ti también han empezado a gustarte los hombres. - Sparky me dirigió una mirada escéptica, alzando muchas las cejas.   
  
-¿Perdón? - me reí en su cara. - A ti el rollito con tu hermano te ha dejado flipado.   
  
-Lo que a ti te pasa es que eres un marica reprimido, que finge lo que no es por miedo a lo que la gente piense de él y, como me has visto a mí, enfrentándome solo al mundo, has empezado a sentir curiosidad. Por una vez en tu vida has tenido ganas de gritar y soltarte y has decidido intentarlo, pero despacio, conmigo. Porque sé lo que es ser criticado por los demás y pensaste que te comprendería y te aceptaría porque piensas que todos los maricas son unos promiscuos que solo van detrás del folleteo y, pensaste, yo estoy bueno, así que tengo a Bill comiendo de la palma de mi mano. - Derek me observaba en silencio, con la boca entreabierta, con unas ganas inmensas de replicar, pero sin saber como hacerlo, qué decir. Porque sabía que lo que yo decía era verdad. - así que te acostaste conmigo para probar, porque desde hacía tiempo, este terreno oscuro te llamaba a gritos y... vaya, te ha gustado tanto que ahora solo piensas en mí, porque soy el único que sabe tu sucio secretito y al único que tienes cogido por los huevos para que no suelte que, en realidad, te gustan las pollas tanto como los coños. ¿Me equivoco? - Derek me fulminó con la mirada. Toda su buena voluntad se transformó de pronto en rabia y eso fue más que suficiente como confesión.   
Asentí con la cabeza suavemente y di un paso hacía él, acercándome lo suficiente como para que nuestros torsos se tocaran.   
  
-Primera lección para maricas principiantes. Los maricones, gays u homosexuales son hombres a los que les gustan otros hombres, por lo que, para ser marica, primero tienes que ser un hombre y, te contaré un secretito. Hay mucho más hombre entre maricas, que entre heteros. Nosotros no nos escondemos debajo de las piedras, sois vosotros los que nos obligáis a hacerlo. Por eso, el día en que tengas los huevos para decir, me gustan los hombres frente a un grupo de heteros que se creen muy machitos, serás un hombre. Hasta entonces, no eres nada. - nunca me he sentido tan a gusto, tan realizado, tan feliz, tan hombre, tan maduro, como en ese momento.   
Tan orgulloso de mí mismo.   
Me incliné sobre sus labios entreabiertos y le di un leve beso, separándome al instante. Él ni siquiera reaccionó.   
  
-Que tengas suerte, porque vas a necesitarla. - me separé de Derek y le di la espalda, dispuesto a salir de allí con la cabeza bien alta. Estaba seguro de que recordaría esa conversación durante el resto de su vida cuando me agarró del brazo de improviso, apretando con una fuerza inhumana.   
  
-No me desprecies, Bill. - gruñó y recordé porqué le había llamado Sparky hasta ese momento.  
  
-Mi desprecio es lo único que mereces de mí. - le dirigí una mirada asesina. Noté perfectamente como parte de la ira de Tom fluía por cada poro de mi cuerpo y permití que durante un instante, tomara posesión de mí. - Odio a la gente manipuladora. Odio que intentéis controlarme, sobretodo te odio a ti. ¡Estoy hasta los huevos de ser el muñeco de porcelana! ¡No soy el muñeco de nadie! - la cara de Sparky se crispó de los nervios.   
  
-¡Pero a Tom sí le permites utilizarte como un muñeco! ¿No? ¡Por supuesto, alguien como tú sólo podría ser el muñeco de un asesino! - moví el codo bruscamente, con toda la intención de hacer lo que hice, de clavarle el codo con toda mi fuerza en la cara. Sparky me soltó al instante y se llevó una mano a la boca, que se impregnó de sangre. Si las miradas matasen... pero en lugar de acabar muerto, apartó la mano de su cara y me pegó un puñetazo en la mejilla, que me hizo ladear la cabeza y tambalearme.   
No me pegó tan fuerte como otras veces. Sólo intentó defenderse, pero aún así, la mejilla se me hinchó al instante.   
Nos observamos con ira en estado puro, pero en algún momento del combate de miradas, los ojos de Sparky se suavizaron y se dulcificaron. Intentó decir algo, pero yo lo agarré del cuello de la camiseta y tiré de él hacía arriba, levantando el puño justo frente a su cara, dispuesto a golpearle.   
Increíblemente, él sólo se encogió y cerró los ojos, sin intención de defenderse. Y yo no fui capaz de golpearle, supongo que porque a pesar de estar conectados, yo no tenía la sangre fría de Tom.   
Él volvió a abrir los ojos al ver que el golpe no llegaba y se me quedó mirando en silencio.   
  
-Bill...   
  
-¿Qué?  
  
-No te he dado tan fuerte como para que te pongas a llorar.   
  
-No estoy llorando. - y sin embargo, me sorprendió el nudo de sollozos que tenía atascado en la garganta, que me dolía, que me reventaba de dolor. Quizás sí que estuviera llorando y aunque no me faltaran motivos para llorar, en ese momento no entendía cuál de ellos era la causa específica de las lágrimas.   
Le solté de la camiseta y sorbí por la nariz, pestañeando, con la vista nublada, intentando reprimirme. Derek suspiró, pasó los brazos por mi espalda, con cuidado, esperando una réplica, pero al no oír ninguna, aplastó sus brazos contra mi espalda, tiró de mí hacia delante y me abrazó, dejando que apoyara la frente en su hombro increíblemente duro.   
  
-¿Por qué siempre tengo que ser una nenaza? - sollocé.  
  
-No eres una nenaza. - sus grandes manos me acariciaron la cabeza, luego bajaron hasta mis mejillas y me apartaron el pelo de la frente. Me alejó de él y aprisionó mi barbilla entre sus dedos, no permitiéndome bajar la cabeza, sólo obligándome a mantener la vista fija en sus ojos. - Aunque me cueste admitirlo... eres un hombre. Quizás eres más hombre que yo. - volví a sorber por la nariz.   
  
-Seguro... - él sonrió... y me besó. Y aunque al principio no estuviera de ánimo para corresponderle, poco a poco mi boca se ablandó, la suya se endureció y su lengua se coló entre mis labios en cuanto le di la menor oportunidad para hacerlo. Me soltó la barbilla y abrí más la boca, enganchándome a su cuello, colando mi lengua en su húmeda cavidad sin miramientos. Nos balanceamos un poco por el movimiento de nuestras bocas sobre la contraria y mi espalda acabó chocando contra la puerta de uno de los cubículos del baño.   
Derek separó sus labios de los míos, haciendo un sonido húmedo. Los dos nos miramos en silencio, con la frente apoyada la una en la otra, hasta que mi mano encontró el pestillo del cubículo, lo abrí y con él, se abrió la puerta. Retrocedí hasta introducirme entre esas cuatro paredes estrechas. Sparky se quedó quieto, observando el panorama hasta que con una especie de sonrisa, le agarré de nuevo de la camiseta y le empujé hacía dentro, cerrando la puerta tras él.   
Apoyé la espalda contra la pared. Él me acorraló con los brazos a ambos lados de mi cabeza.   
  
-¿Por qué siempre te aprovechas de mis momentos de debilidad? - pregunté. Él se rió y se relamió los labios.   
  
-¿Te alcanzaría algún día si no me aprovechara de ellos?   
  
-Probablemente, no. - volvimos a juntar nuestros labios, con más ganas, menos nervios que la primera vez y más seguridad. Derek ahora se mostraba mucho más seguro y fuerte, con un mayor control de sí mismo y mucho más cómodo.  
Empecé a tocarle, y él a mí, por debajo de la camiseta. Sus músculos eran duros y cada vez parecían más grandes. - ¿Vas... - murmuré. Me calló con un beso húmedo y bajó hasta mi cuello, besándome debajo de la oreja. Me tembló todo el cuerpo. - ¿Vas mucho... al gimnasio? - suspiró, con mis manos arañando y apretando sus abdominales. Estaban durísimos.   
  
-Bastante... - me subió la camiseta hasta las axilas, restregando su mano empapada por mis lágrimas a lo largo de mi pecho, hasta el cuello, aplastándome los pezones. - Por lo que veo, hace tiempo que tú no pisas un gimnasio o una piscina. Siempre has sido un canijo larguirucho, pero por lo menos tenías algo de corpulencia cuando entrenabas en la piscina climatizada de la calle Grec. - mis labios quedaron plasmados en su cuello, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, estirando el cuello mientras sentía como sus manos me agarraban el cinturón de los pantalones y empezaban a bajármelo mientras su cuerpo musculoso se restregaba contra el mío, desprendiendo sensualidad. Dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, suspirando. Su polla, bajo los pantalones chocó contra la mía, desnuda y tiesa, libre de toda presión.   
Sentí sus labios descendiendo por mi cuerpo, besándome y lamiéndome. Eché de menos los bruscos mordiscos de Tom y sus caricias rudas, con sus manos fuertes y callosas. ¿Cuándo dejaría de pensar en él?   
Sentí el roce de la lengua de Derek alrededor de mi ombligo, bajando más aún hasta el bajo vientre, hasta acariciarme la ingle y el comienzo del vello púbico.   
  
-¿Cuándo me puedo considerar oficialmente maricón? - preguntó. Noté su aliento en la punta de mi pene, endureciéndolo hasta causar dolor. Revolví la cabeza bruscamente.   
  
-Cuando te acuestes con un tío más de una vez... por propia voluntad. - murmuré.  
  
-Entonces, dentro de unos veinte minutos, seré oficialmente un marica... aunque de momento, solo lo sepas tú.  
  
-Hum... - dejé escapar un gruñido y mis manos acabaron acariciando su pelo corto y rubio, suave y muy espeso. - Oye... - lo llamé, antes de que mi polla se hundiera en su boca. Él me miró, expectante. - ¿Cómo sabes que... entrenaba en la piscina climatizada de la calle Grec? - acababa de caer en la cuenta de que yo nunca había mencionado nada al respecto y muy pocas personas, entre ellas, mi madre, Georg y Gus, sabían que había sido miembro de un club de natación. - ¿También has mirado eso en los expedientes de tu padre? - Derek se rió.   
  
-No... digamos que no te acosaba solo para pegarte. - alcé una ceja, sin entender nada. Una de sus manos se cerró alrededor de mi polla mientras la otra, tanteaba mi entrada con los dedos, acariciándome los huevos.   
  
-¿Qué quieres decir con... ¡Ah... oh, dios, Derk...!   
Aunque fuera un acosador en el pasado, Derek prometía como nuevo marica, eso seguro.   
Pese a todo lo que me hizo después, el desasosiego, la cólera, el dolor y la desesperación no desaparecieron del todo...   
Y no desaparecerían hasta mucho después...

(Continúa)

**By Tom.**  
  
La escena debía resultar de lo más macabra y despiadada para todo aquel que no fuera yo. El suelo estaba empapado en sangre, mezclado con meado de un cerdito cobardica. Hacía más de dos minutos que me había retirado de la víctima y me había sentado cómodamente en el sofá, fumándome un cigarrillo con tranquilidad, descansando de la tortura, encendiendo y apagando constantemente el mechero.   
El olor a sangre y meado empezaba a molestarme, al igual que los gemidos agónicos de lo que quedaba de Alfred.   
Le había amputado cinco dedos, dos de una mano y tres de otra. Incluso había sido compasivo. No le había cortado los pulgares, los más útiles de los diez dedos. De todas formas, empezó a gritar como un loco cuando le acerqué el mechero a las amputaciones para que cicatrizaran pronto y dejaran de sangrar, aunque, en realidad, lo había hecho para que sufriera más y me mostrara esa cara de terror que en ciertos momentos, me divertía.   
Como el muy cerdo no callaba, tuve que hacerle callar de un puñetazo en la boca. Se le cayeron dos dientes y se desmayó por unos instantes, pero se despertó enseguida cuando le acerqué el mechero a las orejas y clavé el cuchillo entre sus piernas, rajándole la ropa, haciéndole una leve herida en la ingle. Entonces se meó encima y yo empecé a aburrirme.   
  
-Me aburro mucho. Esto empieza a hacerse repetitivo. Yo te ataco y tú gritas, siempre lo mismo acaba siendo aburrido, como una película porno. - le di una última calada al cigarrillo y me levanté del sofá. Lo apagué en su pierna y él se encogió, gimoteando, sin fuerza para más. - Me pregunto si tú te acabaste aburriendo en algún momento determinado tras media hora de incansable movimiento contra Ross, mientras él se arrastraba por el suelo, intentando huir de tus patadas y te suplicaba que pararas de una vez, porque le hacías daño y no podía más. Y tú y tus colegas, aburridos de sus patéticas súplicas... le pisasteis la cabeza. - sus lágrimas se intensificaron. Nunca había visto llorar nunca a nadie con tanta intensidad. Movió la boca para decir algo, pero yo lo interrumpí. - Supongo que también os acabasteis aburriendo de patear a mi perra, de romperle las patas, de hacerla sufrir y, pensasteis, solo es una perra, solo es un animal... - no me di cuenta de que la voz empezó a temblarme de cólera mencionando a Guetti hasta que nuestras caras estuvieron tan cerca, que sentí su último aliento de vida chocando contra mi nariz. - y como sólo es un animal, podemos experimentar con ella, abrirle el canal, desde las patas traseras hasta el cuello... total, no siente nada, solo es un animal. - ladeé la cabeza, intentando escuchar su murmullo inteligible. - ¿Qué? Habla más alto...   
  
-S-so... solo...  
  
-¡Más alto! - incluso pude oír desde cierta distancia el latido alocado de su corazón.   
  
-S-solo... solo eran un... marica... - sollozó, llorando a lágrima viva. - ... Un marica y un perro... - abrí la boca de par en par, fingiendo sorpresa y disgusto. Sabía que tarde o temprano, soltaría algo parecido.   
  
-¿Te crees mucho mejor que un perro? ¿Mucho mejor que un marica? Apuesto a que si el muerto hubiera sido Black, habrías dicho, pero si solo era una rata judía... pues te contaré un secreto... - le agarré la cara con las manos, ejerciendo toda la presión que pude en ella, con la clara intención de partirle el cráneo. Pero me contuve en el último momento y solo le obligué a mirarme fijamente. Estaba tan aterrorizado, que se me hacía extraño que aún no se hubiera cagado encima. - Yo... soy uno de los millones de maricas que siguen vivos y desean tu muerte, por puto homófobico que atenta contra mí por cuestión de gustos. Yo soy el dueño del perro al que mataste, el cual, valía más que tu miserable vida de cerdo doméstico. Yo... soy amigo de un judío y, ese judío vale mucho más que tú. Supongo que un ultranacionalista como tú, excusara todos sus crímenes por el bien de su patria. Pues siento tener que decírtelo, pero la patria alemana no te quiere, se avergüenza de ti por ser tan repulsivo. Si quieres acabar siendo un asesino que defiende el nazismo, una de las vergüenzas que acompañará la historia de "nuestra patria" toda la vida... ¡Al menos ten los cojones de enfrentarte a las consecuencias como un hombre, puto neonazi! - le solté bruscamente, provocando que las espinas del alambre se clavaran aun más en su cuello. Él tosió con violencia, respirando con dificultad.   
Entonces decidí acabar con todo, cansado de tanta mierda.   
  
-¿Qu-qué ha-haces? - le oí preguntar cuando me vio dirigirme hacía el contador del gas y abrir la llave, cargándomela de un fuerte tirón.   
  
-Lo mismo que hiciste tú cuando te cansaste de Ross y de Guetti... acabar con el estorbo. - se quedó mudo, más pálido de lo que estaba. Parecía un muñeco diabólico impregnado en sangre, dispuesto a perseguirte hasta en tus peores pesadillas.   
  
-No... n-no pensarás... - el olor a gas impregnó la sala rápidamente mientras yo cerraba la ventana de la cocina, con intención de aislarlo en aquella única sala, cuanto más, mejor.   
  
-Ha sido muy divertido jugar contigo. No... mentira. En realidad ha sido aburrido... - le di la espalda, caminando hacia la salida cuando su débil voz, empezó a llamarme. Me encantaba ese tono temeroso, desesperado.   
  
-No... no me dejes aquí... por favor... no lo hagas... - sonreí. Me di la vuelta y le miré, sabiendo de antemano que sería la última vez que le vería... entero.   
  
-Tranquilo, voy a dejarte con un amiguito. - le mostré el mechero con el que había estado jugueteando un buen rato antes de echarme encima suya para amenazarle y lo sacudí frente a su mirada de pánico. - Se llama fuego... y te acompañará hasta que se te caiga el cuerpo a trozos y se te derritan hasta los huesos.   
  
-¡No! ¡No, no, no, no! ¡NO! - empezó a gritar, balanceándose con histeria sobre la silla. El muy imbécil solo provocaba que las espinas se le clavaran más y más en el cuello, los tobillos y alrededor de las muñecas. La sangre volvió a emanar de las amputaciones de sus dedos.   
  
-Da igual. Vas a morir de todas formas aunque sea desangrado. Pero si te dejo desangrarte, te acabarás desmayando y no sentirás la muerte recorriéndote el cuerpo cuando por fin, palmes. No sufrirás porque estarás inconsciente. No sentirás el miedo y esa forma de morir sería demasiado aburrida y lenta. Mejor... arder. - de los fuerte espasmos que sufría su cuerpo, la silla cayó al suelo con él. Gritó cuando las espinas se clavaron hasta el fondo en sus venas. Yo cerré los ojos unos segundos. Olía tanto a gas que empecé a adormilarme. Cuando llegara a casa, dormiría todo el día hasta la noche. Luego, iría a por los compinches de Alfred y me ocuparía de que sufrieran su misma suerte.   
Sacudí el mechero un poco, apoyando el dedo en el gatillo.   
  
-También deberías haber sabido, antes de entrometerte, que adoro el fuego. Me encantan los fuegos artificiales y podría estar horas observando una pequeña llamarada. Disfrutaré mucho observando las llamas que te tragarán y te consumirán poco a poco. - y por fin, se quedó quieto, paralizado. Por fin captó que como se moviera unos centímetros más, sufriría la atadura del alambre sin necesidad. Por fin pareció resignarse a la llegada de la muerte, aunque sus ojos no decían lo mismo. Seguían llorando con desesperación y mi cuerpo, todo yo, se reflejaba en el pánico del que estaban impregnadas sus pupilas. Sonreí, sin poder evitarlo.   
Dijeran lo que dijeran, la venganza sabía a gloria.   
Mientras apretaba el gatillo del mechero, sumergido en una especie de cámara lenta, una imagen se me pasó por la cabeza...  
El Muñeco me miraba fijamente, a los pies de Alfred, esperando junto a mí, el fin... y de repente, ¡Pam! Se oyó el estruendo de la puerta principal al revotar contra la pared al ser abierta y unos brazos me agarraron, se me echaron encima, entre gritos, embistiéndome contra el suelo. Caí de costado. El mechero chocó contra el marmol, deslizándose varios metros más allá, lejos de mi alcance.   
El gas penetró en mis fosas nasales con fuerza, haciendo reacción con el golpe que me había llevado en la cabeza al caer. Durante unos segundos, me quedé atontado, adormeciéndome.   
  
-¡Tom! ¡Tom despierta, corre, vamos! - oí los gritos distorsionados alrededor de mi cabeza trastocada. Unos golpes en la cara me espabilaron y me hicieron abrir los ojos. Lo primero que vi fue la cabeza rubia, casi platina, de Andreas. Su expresión irradiaba desesperación. - ¡La pasma, la pasma! - por un momento me pregunté de dónde coño había salido, hasta que esa palabra chocó en mi cerebro con toda su fuerza. Me levanté a trompicones. - ¡Vámonos, corre! - tiró de mí, empujando hacia la salida.   
  
-¡Y una mierda, antes me lo cargo! - Andreas me metió otro duro empujón hacia la puerta, insistiendo. Empecé a oír sirenas a lo lejos.   
  
-¡Ya ha tenido suficiente!   
  
-¡No, no está muerto!   
  
-¡Ya volveremos a por él!   
  
-¡No! ¡No! ¡Ahora! ¡Tengo que matarlo ahora!   
  
-¡La pasma, joder!   
  
-¡Que le follen a la pasma! -intenté quitármelo de encima y de repente, el rostro de Andy se crispó y alzó el puño, pegándome en plena cara, haciéndome retroceder y llevarme la mano a la boca y, antes de que me diera cuenta, ya me había agarrado de las rastas y me arrastró fuera, casi tirándome al suelo por el camino. Caí de rodillas frente a su moto. Vi dos coches de policía a lo lejos, con el molesto sonido de la sirena retumbando por todo el barrio.   
  
-¡Sube! - me gritó Andy, montado ya. Le miré con frustración, temblando de rabia. - ¡SUBE! - y no tuve muchas más opciones.   
Me monté detrás de él, agarrándole de la cintura con los puños cerrados y la moto salió disparada a ciento cincuenta de golpe, con nosotros encima.   
  
-¡Me cago en tus muertos, Andreas! ¡Me cago en tus putos muertos! - oía el zumbido de la moto, casi volando bajo nosotros y el ruido de los coches patrulla a nuestras espaldas, demasiado lejos como para darnos alcance. Andreas redujo la marcha en contadas ocasiones, metiéndose entre los callejones y volviendo a acelerar una vez atravesado el túnel que daba directamente a la autopista. Adelantó a todos los coches que conducían por ella, provocando más de un frenazo accidentado a los conductores, llevándose un buen susto.   
  
-¡Joder! ¡Para, para, para ahora! - Andreas no me hizo ni puto caso. De hecho, aceleró. Dio la vuelta a toda la autopista, rodeando la ciudad entera, dando vueltas hasta que, finalmente, tomó la carretera vieja, la trasera. Es decir, la entrada a los barrios bajos.   
Aunque la policía estaba en el mismo barrio bajo, probablemente atendiendo al cabrón de Alfred en esos momentos, ellos estaban en una punta y nosotros en la otra. Los barrios bajos ocupaban casi más de la mitad de Stuttgart, que era inmensa.   
Andreas no parecía tener la intención de parar, hasta que, cansado de su chulería y aún rabioso, le golpeé el hombro con el puño cerrado. La moto se tambaleó, pero Andy tomó el control con rapidez, aunque no se atrevió a remontar la marcha y redujo la velocidad, frenando poco a poco, aparcando en uno de los muchos descampados desiertos propios de los barrios bajos.   
Antes incluso de que la moto se detuviera del todo, ya me había tirado sobre Andreas y lo había derrumbado sobre el suelo arenoso, aplastándolo con mi peso. La moto cayó de lado dos metros más allá.   
  
-¿Quién ha llamado a la policía? - pregunté. Él se me quedó mirando con el ceño fruncido. - ¿¡Quién coño ha llamado a la policía!?   
  
-¡Yo, yo he llamado a la policía! - lo sabía, lo sabía, lo sabía...   
Lo levanté sacudiéndolo por los hombros y le pegué un puñetazo en la cara, justo dónde me había golpeado a mí unos minutos antes. Él volvió al suelo, escupiendo sangre.   
  
-¡Eres una sucia maricona traidora!   
  
-¡Sí, y gracias a eso, tú estás vivo! - le pegué una hostia en la cara, y volví a sacudirle para que me mirara fijamente, con el temor que había expresado la noche anterior. Todavía tenía el labio roto del mordisco que le había dado. Todavía sangraba y sentía el dolor de la paliza propinada por Alfred y los suyos al intentar ayudar a Ross, y encima, me venía con chulerías. Encima de que había intentado llevar a cabo su venganza, el muy desagradecido. Encima de que iba a cumplir uno de sus caprichos.   
  
-¡No te metas en medio, Andreas! ¡No te metas o te mataré!   
  
-¡A este paso, tú morirás antes que yo! ¡Has intentado matarte allí dentro!   
  
-¡No, iba a matarlo a él!   
  
-¡Y tú ibas a acompañarlo hasta la puerta del mismo infierno! ¿¡Te crees que soy gilipollas!? ¿¡Qué no he visto como sostenías el mechero, como ibas a encenderlo en medio de todo ese gas contigo en medio!? ¡El que quería morir eras tú, no él! - por un instante me quedé en blanco, sin saber qué contestar a eso. La respiración de Andreas era irregular. Su corazón latía tan rápido como un colibrí batiendo las alas.   
  
-Eso... a ti no te importa. - conseguí decir, al fin, y lo solté sobre la arena, levantándome y alejándome de él. Él se quedó tumbado, suspirando.   
  
-¿A dónde vas?   
  
-A casa. - sólo quería volver, tumbarme en la cama, taparme con la sábanas hasta arriba y no salir de allí hasta dentro de un par de días. Durmiendo, bebiendo, fumando, haciéndome pajas, pensando en Bill... me daba igual. Sólo quería encerrarme en mi pocilga particular y no salir de allí.   
  
-¡Espera, espera, espera! - Andreas se puso en medio otra vez, levantándose del suelo y poniéndose delante, con las manos en alto. Se había quedado hecho un asco, con el pelo y la ropa llena de arena y la sangre todavía descendiendo por su barbilla. - ¡Sí que me importa! Tú... ¡Me importas! - puse los ojos en blanco. Levanté los brazos, negando con la cabeza.   
  
-¿Y?  
  
-Y te quiero. Mucho...   
  
-Joder. ¡Esto es ridículo! - lo aparté sin cuidado alguno, pasando de él y volviendo a seguir el camino hacía casa, desecho. Definitivamente, la última confesión me había reventado.   
  
-¡No es ridículo! ¡Me gustas desde que era un crío! ¡Estoy enamorado de ti! - me gritó y sentí vergüenza ajena.   
  
-¿Qué coño sabrá una maricona como tú de amor? ¡Y no me contestes, no quiero saberlo! - y el muy condenado me seguía.   
  
-¡Vale, lo entiendo, entiendo que yo no te guste y... sé que estás loco por ese tal Bill, pero...! - salí del descampado y me giré, lanzándole una mirada asesina.   
  
-No estoy loco por nadie... ¡Y no hables de Bill, joder!   
  
-Después de diez años, creo que me merezco algo de consideración.   
  
-¿Consideración? Tú no sabes lo que es eso. - la mirada de Andreas me recordaba a las miradas de los vendedores ambulantes. No me dejaría en paz hasta que no le dijera lo que quería oír. - Te consideraba uno más... ¿no tienes suficiente con eso?  
  
-Sabes que no. - desencajé la mandíbula, hasta los huevos.   
  
-¿Tendrás suficiente con un polvo?   
  
-No.   
  
-Lo tomas o lo dejas. Uno... solo uno y punto. Decide. - Andy tragó saliva.   
  
-¿Y después qué?   
  
-Pues tendrás que conformarte con pensar en mí en silencio. Mejor eso a nada, ¿no? - él bajó la cabeza, clavando la vista en la arena. Se toqueteó el pelo arenoso, pensativo. - Pues piénsalo... pero no te me acerques hasta que te decidas y después, no quiero oír ni una palabra sobre amor en lo referido a mí. - pronuncié la palabra amor con desdén, sintiendo una aversión tan grande con su simple mención, que tuve que escupir a un lado.   
  
-Te quiero, Tom. ¿Eso tampoco es suficiente para ti? O mejor dicho, ¿Soy yo o Aaron o cualquier otro suficiente para ti?   
  
-No. - me encogí de hombros, riéndome por lo estúpido de la pregunta. - ¿No lo entiendes, Andy? Yo me basto por mí mismo. Soy autosuficiente.  
  
-¿En serio? - preguntó, con un tono irónico que me cabreó. - Pues hace quince minutos, con un mechero en la mano, a punto de prenderte fuego junto a la escoria, no lo parecías. - mi reacción fue curiosa. Por unos instantes, me debatí interiormente entre si pegarle una paliza y rematar la faena, o acabar con semejante estupidez y tirármelo de una vez. Por unos instantes, sentí a Bill... o algo parecido a él. Era como tenerlo delante versión rubia y demacrada, pero luego recordé que si de verdad fuera Bill, ya me habría roto la nariz un par de veces.   
Así que, suspirando, cansado, harto, muerto... le di la espalda y seguí mi camino.   
Y Andreas empezó a seguir el mío otra vez, arrastrando su moto maltrecha, detrás de mí, dónde siempre estaría, detrás... o debajo. Como un muñeco más.   
  
-¡Tienes mucha suerte, Andy! - le grité, diez metros por delante de él, una vez divisé mi casa a cierta distancia y, aparcada justo en frente, esa furgoneta vieja tan característica, a la que tanto odiaba. Andy alzó una ceja, sin entender a que venía la frasecita irónica. Detuve el paso y una vez me hubo alcanzado y él mismo pudo observar la furgoneta, frunció el ceño.   
  
-Vaya... pero si es...  
  
-¡Sí, el papi de Tom ha vuelto! ¡Mi puto viejo! ¡Mierda! - gruñí. De repente había perdido todas las ganas de volver a mi pocilga. - Tenía la esperanza de que se hubiera matado por ahí y esta vez, no volviera.   
  
-Por lo menos tienes un padre de quién quejarte. - ignoré su comentario y seguí andando, encogiéndome de hombros. Mientras andaba rumbo al más oscuro de los infiernos, me di cuenta de que alguien más nos seguía.   
Bueno, en realidad, me seguía a mí, porque obviamente, Andreas no era perseguido por un Muñeco diabólico las veinticuatro horas del día.   
Me pregunto... de todas las cosas que he hecho, ¿Cuál de ellas se merece este martirio? Solo una.   
Y me vuelvo a preguntar... ¿Tan mala ha sido? ¿De verdad merezco esto? Obviamente sí, el villano se merece cualquier cosa.   
Porque uno de los dos debía ser el villano de la historia para que el otro, pudiera ser el bueno que viviera feliz en su país multicolor. Y, tal y como fui destinado, me toca a mí pudrirme entre la mierda para que el otro sea feliz.   
El villano y el honrado. Esa es la historia de Tom y Bill. El villano y el honrado.   
Y la historia ha acabado tal y como debía haber acabado. Con un final feliz para el honrado y uno infeliz para el villano.   
No puedo pedir más.

**Capítulo 32.**

**By Bill.**  
  
  
Me entretuve más tiempo del necesario intentando peinarme el pelo con los dedos en el baño. No podía salir con todo el pelo revuelto, como un loco recién salido del manicomio por culpa de un polvo. Aunque, de todas formas, por estropear un poco más mi reputación, tampoco iba a morir. Claro, que a Derek no le convenía.  
  
-Oye... - lo llamé. Él ya estaba perfectamente arreglado, con la ropa en su sitio y el pelo revuelto, como siempre. Joder, ¿Por qué sería tan tiquismiquis con el pelo largo cuando puedo tener el pelo corto y salir a la calle sin ni siquiera tener que peinarme? Claro, que eso me convertiría en uno más y no, por encima de mi cadáver. Además... adoraba mi pelo.   
Sparky clavó su mirada en mí a través del espejo.   
-¿Qué?   
-¿Qué pasaría si gritara a los cuatro vientos lo que ha pasado hoy aquí? Porque me están entrando muchas ganas de decirlo. - él se rió, aunque con una mueca algo tensa.   
  
-Te devolvería la jugada haciendo un millón de copias de tu expediente y el de tu hermano y los lanzaría desde la azotea para que todo el mundo vea cuan íntima relación manteníais.   
  
-Que extremista.   
  
-De todas formas, tampoco ha pasado tanto. - puso los ojos en blanco, fingiendo un puchero.   
  
-¿Es que nunca has ido a planificación familiar? No se debe hacer el amor sin condones o puedes coger cosas malas. Especialmente si eres hombre. Y especialmente yo, que soy pasivo.   
  
-Lo recordaré para la próxima vez. Siempre llevaré un condón de emergencia para estos casos. - yo fruncí el ceño, apartándome del espejo, una vez más o menos arreglado.   
  
-¿Quién dice que vaya a haber una próxima vez? - Sparky desencajó la mandíbula.   
  
-¿No te gusto como... novio?   
  
-¡Ja! ¡Tú no quieres ser mi novio! Ser novios significa respetar al otro, gustarse de una manera especial, querer estar con él a todas horas, cuando no estés con él desear estar con él, mandarse mensajitos al móvil para decirle algo, aunque no tenga la menor importancia y lo único que quieras saber es que está bien y que está pensando en ti. Quererle solo para ti. Sentirte feliz con sólo oír su voz. Notar un calorcito agradable en la boca del estómago, sentir los nervios a flor de piel, estar dispuesto a hacer cualquier cosa por él... y saber que él también estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. - bajé la cabeza y suspiré. Acababa de recordar porque estaba en esa situación tan desagradable.   
  
-Eso no es ser novios. Eso es estar enamorado.   
  
-¿Y tú qué sabes? ¿Alguna vez has estado enamorado? - Sparky ladeó la cabeza. Sus dientes chirriaron por el roce entre sí.   
  
-Una vez conocí a una chica... no sabía hablar bien el alemán, era francesa, no, en realidad, fue adoptada por una familia francesa. Su verdadera familia era de china y por eso tenía rasgos orientales. Era preciosa, lista, amable, simpática, con el pelo largo, negro y liso, como tú... - sus ojos se clavaron en mi nuca con expresión soñadora. Lo vi a través del espejo. - Pero no fue suficiente. Para mis padres nunca fue suficiente y supongo que para las personas originarias de Alemania tampoco lo era. No sé si es porque era francesa o china, pero lo que estaba claro es que no era alemana.   
  
-Los alemanes no somos unos cabrones... como el resto del mundo parece creer a veces.   
  
-Oh, sí que lo somos. Estamos repletos de prejuicios que hemos heredado de esos putos... nazis.   
  
-No. - dejé de mirarme en el espejo y me di la vuelta para dejar de ver mi cara y recordar la de Tom, plasmada en mi reflejo. Era curioso. Nunca nos vi parecido alguno cuando estábamos juntos, pero ahora, cada vez que me miraba en el espejo, me dolía ver cuanto me parecía a él. Me dolía ver que él estaba al otro lado del espejo y que yo no podía alcanzarle. - Cualquier persona que le eche la culpa a su familia por su odio a los homosexuales, a los inmigrantes, a los negros, a los pobres, a los enfermos mentales... solo puede ser llamada estúpida irresponsable. La educación de nuestros padres nos afecta, pero... siempre podemos elegir. - Derek asintió con la cabeza débilmente, con pesar. Luego se encogió de hombros. Podía ver con claridad la inconformidad pintada en su cara. - No lo crees así ¿no?  
  
-No es eso. Simplemente, no es tan fácil como lo pintas porque... ¿elegirías a un pobre pordiosero antes que a tu familia solo porque lo consideres correcto? Yo creo que no. - en eso tenía razón. Supongo que yo no elegiría defender la integridad de un demente si eso significara perder a mi madre.  
Claro, que yo había defendido la integridad de los homosexuales...  
  
-Yo he defendido a los homosexuales de la hipocresía de mi madre. - él alzó una ceja, divertido por mi afirmación.  
  
-Bill... tú eres homosexual. Claro que los defiendes porque la homofobia te afecta directamente. Pero ¿Crees que un hetero que ve con buenos ojos la homosexualidad defendería a los maricas de la opinión de sus padres? Sigo sin verlo claro.   
  
-Sí, bueno... supongo que es verdad. No es tan fácil como parece. - empezaba a sentirme incómodo allí dentro. Derek me miraba de una forma que no sabía como clasificar. No tenía malas intenciones, pero resultaba intimidante. - Tú... ¿me defenderías a mí? - murmuré. No tenía que haberlo dicho, joder.   
  
-Quizás... supongo que sería cuestión de ponerse en situación. Quizás te defendiera, o quizás no. No lo sé. - bueno, por lo menos era sincero.   
  
-Volvamos a clase. Aún puedo recuperar filosofía si me lo propongo. - le di la espalda y me dirigí hacia la puerta, agarrando el pomo dispuesto a salir cuando sentí el aliento helado de Derek chocando contra mi nuca.   
  
-Las personas pueden enamorarse más de una vez, Bill. La chica de la que te he hablado solo es uno de mis dos enamoramientos utópicos, inalcanzables. Hay otra persona a la que siempre he estado observando de cerca, desde que era un crío que mordía ceras de colores en el parvulario, pero hasta hace poco, nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera tratarse de amor, más que de una obsesión. - el pulso se me aceleró de golpe y me recordó a la aceleración, el subidón de adrenalina que se siente en una montaña rusa cuando va a más de cien por segundo, subiendo, bajando, dando vueltas sobre sí misma, colgado de uno de los andenes, elevándote en el cielo. Y de repente, el bajón final que te hace morderte la lengua de puros nervios y deseos de que el movimiento acelerado no decaiga, no termine.   
Le miré de reojo, sintiendo escalofríos de puro placer y excitación, pero seguí de cara a la pared, incapaz de darme la vuelta y encararle de nuevo.   
  
-¿Y tú, Bill? ¿Alguna vez te has enamorado de alguien o... sigues enamorado de alguien? - cuando quería podía ser un auténtico cabrón, restregándome por la cara que ese alguien no me aceptaba, que era un sentimiento unilateral. Por supuesto, sabía que ese alguien era Tom.   
  
-Sí. - contesté. - Pero a diferencia de tu romance con esa chica, el que no era suficiente para él, era yo. - no quería tener que aguantar otro interrogatorio, así que abrí la puerta de un tirón y salí de allí casi corriendo, a paso ligero, dándole la espalda.   
Caminé rumbo a clase, donde me tocaba filosofía en menos de diez minutos. La profesora siempre tardaba alrededor de quince minutos en llegar, a saber porque. Aún así, no me convenía hacerla esperar. Desde que me pilló mandando mensajitos a Tom en pleno examen y le mordí la mano en un arranque desesperado para que no los leyera en voz alta, me tenía enfilado.   
Aún así, la única verdad era que no quería entrar en esa cámara de tortura psicológica. Todo el mundo mirándome, murmurando sobre lo que había pasado con Tom hacía ya casi tres meses, preguntándose donde me había metido hasta entonces, si habría estado encerrado en un psiquiátrico por culpa de lo ocurrido. No tenía ganas de entrar, para nada, pero el ver a Sparky desde lejos, acercándose a mí, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, me hizo abrir la puerta de golpe y meterme cuando aún no estaba mentalmente preparado.   
Cincuenta pares de ojos se clavaron en mí de inmediato y el silencio se hizo dueño de la situación de repente, de golpe. Tragué saliva con fuerza, con el corazón dando saltos sobre mi pecho y, casi con piernas temblorosas, me adentré en aquella marabunta de insectos venenosos que me observaban con muecas de incredulidad, asombro, desprecio y repugnancia.   
Algo no iba bien. La gente no me miraba así solo por saber de sobra que era gay y que había roto con Tom. No.   
Pasaba algo. Y sentí escalofríos cuando me senté frente a mi mesa en silencio, sospechando. Y de buenas a primeras, tan pronto como se habían ido, los murmullos estallaron por toda la clase.   
  
-¡No puede ser!   
  
-Sabía que era un marica de esos que le dan a todo, pero esto...   
  
-Joder, estoy flipando. Es... vomitivo...  
  
-No quiero hablar de eso. ¡Qué asco!   
  
-¡Pero es que es fuertísimo!  
  
-¡Pobre Natalie! ¡Y pensar que tiene que cargar con la reputación de haber salido con alguien como... eso!   
  
-Me hubiera esperado cualquier cosa, ¡Pero esto es de locos!  
  
-¿Quién lo hubiera dicho?   
  
-Me pregunto qué hace aquí. Estará estudiando psicología para tratarse a sí mismo porque otra cosa...   
  
-¡Dios mío, alguien que hace esas cosas debería estar en la cárcel!   
  
-Creo que ni siquiera es legal. De todas formas, vaya escándalo.   
Murmullos por todas partes, murmullos y miradas repletas de repugnancia. Eso era una pesadilla y ni siquiera sabía de qué coño hablaban.   
Y todos con los móviles en la mano, burlándose de lo que había en las pantallas. Notaba como la ansiedad me consumía por dentro y giré la cabeza para esquivar todas esas miradas repletas de asquedad.   
En cuanto me giré, vi a Derek, que acababa de entrar por la puerta y observaba todo con el ceño fruncido, escuchando en silencio. No parecía tener idea de qué iba aquello.   
Y, de repente, un grito me estalló en la cabeza.   
  
-¡Eh, Bill, marica! - eran amigos de Derek, los reconocí en seguida. Se reían a carcajada limpia. - ¿¡Por qué no nos vamos tú y yo al baño y jugamos a los muñecos!? ¿Me harías una mamada si te lo pidiera? - tragué saliva, intentando devolver a su sitio el corazón que se me salía por la boca. Me ruboricé por completo al oír como la clase entera empezaba a reír.   
Pero eso no fue lo más doloroso. El otro amigo de Derek, otro de los de la pandilla con la que se solía juntar, gritó:  
  
-¡Serás gilipollas, tío! ¡Si no eres su hermano gemelo, no tiene gracia!   
  
Y risas. Risas resonando en mi cabeza, haciendo eco, carcajadas, gritos obscenos, insultos. Pero lo que nunca se me olvidaría en la vida sería esa frase. Esa única frase.   
"¡Si no eres su hermano gemelo, no tiene gracia!"  
Petrificado. Pensamiento en blanco, temblores, dolor, humillación, acribillar, lágrimas, gritos, carcajadas, odio, rabia, soledad, traición, callejón sin salida, fin de la vida, defunción.   
Muerte.   
Quiero morir.   
Muerte.   
Matadme.   
Muerte.   
Quiero morir.   
Quiero morir.  
Quiero morir.   
Quiero morir.   
Quiero morir.  
Quiero morir.   
Quiero morir.   
¡Quiero morir!  
Y esos pensamientos eran míos... sólo míos.   
  
Noté algo golpeándome la cabeza, con fuerza. Un borrador. Me habían tirado el borrador de la pizarra. ¿Y qué?   
Me levanté de la silla. Las piernas me temblaban como dos flanes y tuve que quedarme quieto, como una estatua, para no caer.   
  
-Míralo. Se ha quedado petrificado.   
  
-Está blanco como la leche. Este se desmaya, va directo al suelo, ¿Qué te apuestas?  
  
-Pues yo no lo pienso recoger. Que lo hubiera pensado antes de dejar que su propio hermano... - giré la cabeza con rapidez, clavando los ojos que notaba abiertos de par en par en el grupo de chicas que chismorreaban, como un coro de viejas cotillas alrededor de información fresca, íntima de alguien a quien podían criticar para hacer de su vida algo más amena.   
Ellas se echaron hacía atrás en sus sillas casi de inmediato, mirándome con tanto asco y con tantos deseos explícitos de gritarme que no las mirara, que no me atreviera a acercarme para que no les contagiara una enfermedad inexistente. O quizás sí que existía. Quizás pensaban que estaba enfermo.   
Y aún así, me atreví a dar dos pasos hacía ellas, que retrocedieron casi al unísono e, ignorando sus muecas de desprecio, cogí la mano en la que reposaba el móvil de una de ellas. La agarré con precipitación y mis ojos se clavaron en la pantalla, con una ansiedad palpable recorriéndome el cuerpo. Con los nervios a flor de piel.   
Casi pude sentir como el cuerpo se me resquebrajaba, una vez más, cuando vi el mensaje de texto recibido. En él había una única afirmación.   
"Bill Kaulitz, nacido en el hospital provincial de Hamburgo el 1-9-89, junto a su hermano gemelo, Tom Kaulitz, diez minutos después."  
Y bajo dicha frase, se veían las fotos en miniatura de Tom y yo, las fotos de nuestro DNI, para verificarlo cruelmente.   
El mensaje que acababa de destruir mi vida, de clasificarme como un inmoral desarmado frente a cientos de personas, como un pervertido, como un cerdo sin escrúpulos, había sido escrito y enviado con tanta frialdad, que la persona que lo había enviado no parecía ser consciente de la facilidad con la que me había hundido hasta el fondo en un pozo... y esta vez, no había salida. No veía nada que consiguiera sacarme a flote, por ninguna parte.   
Solo, y ahogándome, hasta el fondo.   
  
-¡Quita, joder! - la chica, con la que había hablado un par de veces a lo largo del curso, apartó la mano bruscamente y la sacudió con fuerza. - No te me acerques, coño. ¡Maldito enfermo pervertido! - me escupió a la cara. Otra puñalada más y, sin embargo, ya ni siquiera la sentía.   
Me giré, dándoles la espalda y caminé con toda la velocidad que me permitieron mis piernas temblorosas hacía la salida, cerrando los párpados con fuerza, rogando que solo fuera una pesadilla, una pesadilla más. Como todas las demás. Pero cada insulto, cada risotada, cada murmullo que escuchaba, me arrastraba a la realidad sin compasión, entre humillaciones.   
A pesar de que intentaba no oír nada. Pero lo escuchaba todo. Y me estaba matando.   
Sentí como algo se interponía en mi camino y mi pierna chocó contra ese algo, otra pierna que me acababa de hacer la zancadilla, haciéndome tropezar y precipitarme sobre el suelo, pero para mi sorpresa u horror, Derek me agarró antes de que cayera, sosteniéndome con firmeza.   
Me miró con los ojos muy abiertos, aún con el ceño levemente fruncido. Ni siquiera me detuve a intentar analizar su mirada para saber que ocultaba tras ella. Me aparté de un salto, chocando contra la puerta de la clase, como si en lugar de haberme cogido, me hubiera pegado.   
  
-Lo sabía, lo sabía, lo sabía... nunca debí fiarme de ti. - la voz me temblaba tanto y lo dije en un tono tan bajo, que dudé que me hubiera escuchado. Aún así, su rostro era un cuadro repleto de expresiva ansiedad y confusión. Frustración... o eso aparentaba.   
Otra vez. Otra vez me habían dado jaque mate.   
  
-Yo no he sido, Bill. - dijo. Con el coro de gritos y carcajadas era casi inaudible. - Te juro que yo no he sido, Bill. Te lo juro, te lo prometo por lo que más quieras... yo no he... - de repente, uno de los amigos de Derek, uno de los que me habían insultado, el que había dicho aquella frase que nunca olvidaría, le rodeó los hombros a Derek con actitud amistosa, riéndose a carcajada limpia.   
  
-¿Qué pasa Derk? ¿También tú vas a pedirle al muñeco que te la chupe? - y volvió a reírse como un desquiciado.   
Derek se puso blanco y ambos cruzamos una mirada rápida. Debía haberlo gritado a los cuatro vientos en ese momento. Debí haber gritado que a quién tenían que pedirle que se la chupara era a él, al mismísimo Derek, ya que tanto había disfrutado haciéndolo conmigo... pero las palabras estaban atascadas en mi garganta y ni un murmullo más salió de mi boca, ni uno.   
Se acabó. Me di la vuelta, abrí la puerta de clase y salí corriendo como si fuera un alma que intentaba escapar del propio infierno.   
  
-¡Bill! - oí gritar a Derk desde lejos. - ¡No me toques, joder! - le oí decir de nuevo, casi a la nada y, de repente, todo el mundo empezó a gritar "¡Pelea, pelea!".   
Pero no miré atrás.   
Sólo necesitaba salir de allí, alejarme de las miradas de repugnancia que la gente me dirigía, del desprecio...   
Lo sabía, lo sabía, por eso Tom se fue. Por eso Tom no me quería. Por eso me dejó solo.   
¡Porque doy asco! ¡Soy horrible, soy repugnante, soy repulsivo, repelente! ¡El único monstruo que siempre ha habido era yo, no Tom! ¡Yo soy el monstruo, un falso, vanidoso, hipócrita, pervertido e incestuoso monstruo!   
¡Doy asco!   
¡No me miréis, no me miréis, no me miréis, no me miréis! ¡Por favor, no me miréis con esa repugnancia! ¡Por favor, no!   
Suplicaba, suplicaba, suplicaba... se me habían saltado las lágrimas, cada vez más por culpa de esas miradas que la gente del pasillo me dedicaban.   
Que patético, que patético, que patético.   
Y todo por culpa de Derek, otra vez utilizado y tirado al cubo de la basura como un muñeco inservible y roto. Ya no sirvo para nada, ya no...   
Soy inútil. No sirvo... no sirvo... y además soy feo... soy apestoso... soy un enfermo...   
Pero por favor... ¡Dejad de mirarme! ¡No me miréis!   
Y de repente, cuando abrí la boca para gritar que me dejaran en paz, volví a tropezar, a chocar contra algo con brutalidad y caí al suelo, de boca, rasgándome los brazos por el golpe y el contacto contra el duro y frío suelo.   
  
-¡Ah! - oí gritar a mi espalda y un golpe seco retumbó en el suelo. Me levanté un poco, quedando de rodillas en el piso, notando como un líquido espeso me recorría los brazos. Tenía los codos rasgados y sangrando. Me dolía. - Ay... aah... - escuché otra vez detrás de mí. Me giré y lo miré, aquello que se me había puesto en medio en mi huida.   
Era una chica, con minifalda que se apresuraba a colocarse bien, con una camiseta con poco escote y cuñas azules. Llevaba un gorro de lana en la cabeza, blanco, y el pelo corto y rubio brillaba en su nuca, ondulado.   
Su cuerpo delgado me recordaba a alguien, pero hasta que no se dio la vuelta y le vi la cara no fui capaz de reconocerla. Esos ojos verde claro... me quedé petrificado.   
  
-Natalie... - sus mejillas estaban pálidas y levemente hundidas. Tenía ojeras y la mirada fría, muy fría. Se levantó casi de un salto cuando me vio y me observó en silencio desde arriba, con una mueca de odio en la cara, ceñuda. - Natalie... tú... - de repente, sonrió.   
  
-Buenas, cariño. - suspiró, con tono que irradiaba rabia contenida. Mantuvo las manos escondidas detrás de la espalda en todo momento, y cuando descendí la mirada hasta ellas, Natalie alzó una ceja y me las mostró, alzándolas, encogiéndose de hombros.   
Tragué saliva al ver su móvil rojo atrapado entre sus finos dedos. - ¿Miras esto? ¿Te interesa? - preguntó. Pude notar como la voz le temblaba levemente, como si sintiera miedo y también, estuviera dolida y deseara llorar. Me mostró la pantalla con claridad, y en ella pude ver el mismo mensaje de texto que le había visto a aquella chica, revelando mi relación fraternal con Tom. Entonces, delante de mis narices, vi como Natalie le daba al botón de enviar... Delante de mis narices.   
Ella sonrió con amargura.   
  
-¡Toma! - y me lanzó el móvil con fuerza, directo a mi cabeza. Me cubrí con el brazo herido y el móvil se estrelló contra el suelo. - ¡Yo ya no lo necesito! - gritó y antes de que pudiera decir nada, salió corriendo, penetrando en el interior de la universidad, alejándose de mí. - ¡Que disfrutes de tu pútrida vida con tu hermano!   
Y entonces, lo entendí.   
Lo primero que me vino a la mente fue la expresión pálida de Derek, intentando convencerme de que no había sido él quien había enviado todos aquellos mensajes. Y no mentía. No había sido él.   
Nunca debí haberme olvidado de Natalie solo porque Tom la hubiera dejado fuera de juego aquella noche, porque, ahora, me había dejado fuera de juego a mí, y esta vez, para siempre...  
  
  
**By Tom.**  
  
  
-Vaya, vaya, vaya... pero si el padre pródigo ha vuelto. - mi viejo era un tío... que simplemente no merecía la pena describir. Canoso, más o menos musculoso, con una barba siempre incipiente, ojos pequeños y castaños y bueno... cualquier característica que pueda tener un maldito camionero.   
Lo encontré en la cocina, buscando algo de comida en el frigorífico cuando entré en casa. Él me miró con una mueca torcida que en seguida, se convirtió en una sonrisa falsa y vomitiva.   
  
-Tom, hijo... - me llamó. - ¿Qué tal...?  
  
-Mejor que tú, seguro. - me encogí de hombros. Oí desde la puerta los pasos de Andreas precipitándose al interior de mi casa después de haber aparcado la moto frente al garaje.   
  
-Me refería a... bueno... - el viejo se llevó una mano a la nuca, acariciándose la cabeza, como si se sintiera intimidado. Y era para estarlo, seguro. - Tu madre me llamó, muy nerviosa y me dijo que volvías.   
  
-Sí, ya.   
  
-¿Por qué...? - sentí a Andreas a mi lado, apareciendo justo en el momento oportuno. Mi padre y él se miraron antes de sonreírse, analizándose con fugacidad. - Hola, Andreas, ¿Qué tal?   
  
-Bien, Jörg. Cuando tiempo...   
  
-Sí, claro, eso está muy bien. - no soportaba la falsedad de mi padre, su asquerosa sonrisa hipócrita. Yo estaba tan acostumbrado a ella, que me daba exactamente igual, pero de manera ilógica, sorprendiéndome a mí mismo, me puso furioso que se la dirigiera a Andreas.   
Me crucé de brazos frente a él, escrutándolo con la mirada.   
-¿A qué has venido? ¿Es que de todos los lugares que hay en el mundo o, simplemente, en Alemania, no has podido encontrar ninguna pocilga donde caerte muerto? ¿No puedes hacer ni siquiera eso? - mi viejo me observó en silencio, quieto y con rostro aparentemente imperturbable. - Oh, claro. Se me olvidaba que tu casa ya es una pocilga. A veces me pregunto porque sigo yo en ella. - caminé hasta el frigorífico, abriéndolo para coger unas latas de cerveza. Nadie dijo nada. Sólo se oyó el murmullo de unas patas pequeñas correteando por la casa. El murmullo de un ratón, quizás de una rata pequeña.   
Saqué las latas de cerveza y se las puse a mi padre en la cara.   
-¿Quieres? Ah, no... mejor no o, a parte de oler a mierda, también olerás a borracho. Aunque, claro... eres un borracho. Tu aliento apesta a dos metros de distancia. - le di la espalda, sin esperar respuesta. Andreas miraba la escena, mudo. Le lancé una lata de cerveza que cogió al vuelo. - Vamos a mi cuarto. Tenemos... - miré de reojo a mi padre, que seguía quieto en mitad de la cocina. - Tenemos un polvo pendiente. - y por un momento, sus ojos se abrieron como platos, sorprendido. No me extrañaba. Me había visto incontables veces con tías, pero nunca con un tío, y menos con Andy.   
Le hice un gesto con la cabeza a Andy, indicándole que tirara hacia mi cuarto y rápido. Él tragó saliva y miró a mi padre de reojo. Se puso rojo en cuestión de segundos.   
  
-Joder, pero ¿No sé supone que tú no tienes vergüenza? ¡Tira de una puta vez para mi cuarto! - y, bajando la cabeza, mortalmente avergonzado, echó a andar hacia mi cuarto. Yo avancé un paso, dispuesto a cogerle la mano, cuando la voz ronca de mi padre me detuvo.   
  
-Tom...  
  
-¿Qué?   
  
-¿Dónde está Guetti? - alcé una ceja ante su pregunta. Parecía preocupado por la perra. Parecía...  
  
-Muerta y enterrada. ¿Por qué? ¿Acaso te importa lo que pase en esta casa? - el viejo no dijo nada. - Ajá. Lo suponía. - y eché a andar hacia mi cuarto, donde Andreas me esperaba sentado en el suelo, a los pies de la cama, abriendo la cerveza y dándole un par de sorbos. Cerré la puerta de un portazo y él me miró con cansancio.   
  
-Joder... no sé cómo no te ha arreado un par de hostias ya. - me encogí de hombros, tumbándome en la cama mientras abría la cerveza, desganado.   
  
-Porque sabe que si lo hiciera, se llevaría una paliza. Es un capullo.  
  
-Mi padre ya me abría abierto la cabeza.   
  
-Andy... tú padre es pasto de gusanos. Está muerto. Deberías alegrarte por ello. - le di un sorbo a la lata, sentándome en la cama y apoyando la espalda en la pared blanca y descolchada de mi cuarto. Andreas estaba demasiado callado y eso me intrigaba. - ¿Se puede saber en qué estás pensando? - él me miró de reojo. Estaba un tanto pálido, con mala cara, pero no estaba enfermo. Los últimos acontecimientos le habían golpeado bien. Andy era demasiado influenciable, aunque solo lo dejara ver cuando estaba conmigo. Sólo conmigo.   
  
-Si odias tanto a tu padre... ¿Por qué no...?   
  
-¿Lo mato? - Andy me miró, boquiabierto. Yo le sonreí. - Lo he intentado. Y él lo sabe. Por eso cuando vuelve a casa finge no estar. Intenta pasar desapercibido y cuando lo provoco, no contesta. Pero eso no hace que lo odie menos. - Andreas bajó la cabeza, suspirando.   
  
-No entiendo por qué le odias tanto. Él mío...   
  
-El tuyo te mataba a hostias y el mío pasa de mí. Es así de simple. Lo que es, es.   
  
-Ya, pero... - Andy se levantó del suelo y se sentó en mi cama, a mi lado, mirando la cerveza con distracción. - A ti no parece afectarte. - volví a encogerme de hombros.   
  
-No me afecta. Me da igual. Simplemente, me molesta que esté pululando por aquí.   
  
-Ya... - volví a llevarme la lata a los labios, bebiendo, saboreando el sabor ácido y horriblemente amargo de la cerveza. En realidad, no me gustaba mucho, pero era refrescante y tenía alcohol. Además, era más barato que cualquier botella de vodka. ¿Qué más podía pedir? - ¿Por qué has vuelto? - cuando me di la vuelta, separando la lata de mis labios y haciendo una inevitable mueca de desagrado, le miré con una ceja alzada. Él, de repente, se había puesto serio. Muy serio. - Hamburgo es la hostia, ¿verdad? Tu casa allí es grande, huele bien, tiene bonitos muebles y electrodomésticos caros. Una pantalla grande, de sesenta pulgadas. Una madre atenta y cariñosa. Nunca falta comida ni sábanas limpias en la cama. No hay ratas ni insectos correteando por los pasillos. Las paredes están perfectamente pintadas de un color azul claro. Hay jardín. Tienes un perro. Puedes disfrutar de la calefacción en invierno y del aire acondicionado en verano... es como si pudiera verlo... - Andy aspiró por la nariz, cerrando los ojos. Como si pudiera captar el aroma de una casa limpia, ordenada y cuidada a la perfección.   
Por un momento me pregunté de dónde demonios sacaría tanta imaginación para describir con tanto detalle una casa que no había visto ni vería en su vida. Una casa normal, más o menos lujosa. Una casa como otra cualquiera.   
  
-Te has equivocado. Las paredes están pintadas de verde mar, no azul claro. - le vacilé. - y el jardín sólo es un montón de césped de unos dos metros de ancho que rodea la casa.   
  
-Aún así, es lo que cualquiera desearía tener. - entrecerró los ojos. Me pareció ver una pizca de envidia en su mirada. - ¿Por qué has vuelto entonces? Lo has conseguido todo, joder. Todo. Incluso... ese Bill está allí, ¿verdad? - me cago en la puta. Tanto Bill saliendo de su boca empezaba a cabrearme.   
  
-Por última vez, Andy... deja de mencionar a Bill.   
  
-Pero está allí, ¿verdad?   
  
-Sí, joder.   
  
-Y quieres...   
  
-¡No quiero nada de él, me cago en la puta! - con un movimiento brusco llevado a cabo por un tremendo arranque de mala hostia, lancé la lata de cerveza, todavía medio llena, contra la pared de enfrente. Revotó y cayó sobre el suelo, derramándose su contenido por completo a la vez que un montón de gotitas nos salpicaban a ambos por igual.   
Andreas se sobresaltó, pegando un pequeño salto encima de la cama y antes de que pudiera decir nada, le pasé el brazo alrededor de los hombros y lo aplasté contra mí con brusquedad. Su lata cayó al suelo, medio vacía. Me miró con los ojos muy abiertos, sin atreverse a pestañear si quiera. Noté un leve temblor recorrerle todo el cuerpo, de arriba abajo cuando clavé mi mirada furiosa en él.   
  
-Cállate, Andy. Cállate de una vez. - él tragó saliva, silencioso. - ¿Sigues supuestamente enamorado de mí? ¿Te sigo gustando tanto? - su respiración ansiosa chocó contra mi cara.   
  
-Sí. - genial. Y antes de que pudiera replicar, le besé en los labios, despacio. Le agarré de la barbilla y me lo comí con ferocidad en cuanto abrió la boca para corresponderme.   
En otra ocasión... no, más bien, con otra persona, no habría sido tan basto. No habría ido a palo seco, no le abría metido la lengua hasta la campanilla dejando claras mis intenciones de dominarle por completo. Hubiera sido... algo parecido a dulce. Como Bill había dicho alguna vez.   
"Al principio me acorralabas, me intimidabas y casi me arrojabas a un precipicio para que solo pudiera agarrarme a ti. Me follabas como un puto loco. Como un bestia, sin tener en cuenta mis sentimientos. Ahora... Eres algo parecido a dulce. Eres... fantástico. Y aunque sigas siendo un bestia, me encanta."   
Sí. Tenía la certeza de que si fuera Bill al que tuviera entre mis brazos, no sería tan monstruoso. No le mordería los labios con la intención de hacerlos sangrar por pura frustración, no lo estrujaría contra mí con tanta brutalidad, no le haría daño... al menos no demasiado.   
Andy estaba asfixiado y ciego. Le mordí el labio inferior y una pequeña brecha se abrió en él. O, más bien, volvió a abrirse. Le lamí el pequeño hilo de sangre con la lengua mientras sus ojos divagaban fascinados de aquí para allá y entreabría la boca, extasiado, mirando al techo, disfrutando de que al fin su "héroe" le prestara un poco de atención.   
Me separé de él. Andy me observó en silencio, jadeante.   
  
-Quítate la ropa. - le ordené, atrapando entre mis dedos el puente de mi nariz y cerrando los ojos, sacudiendo la cabeza. Sentía algo desagradable, como un pequeño latigazo de ansiedad y dolor en la boca de mi estómago. Un pequeño latigazo de... ¿Vergüenza, humillación? Yo no sentía esas cosas, nunca o, al menos, no desde hacía más de quince años. Entonces, ¿De dónde venía esa sensación agobiante?   
Un horrible presentimiento se instaló en mi cabeza, pero cuando vi la ropa de Andy caer al suelo lleno de cerveza derramada, lo aparté de mi mente con brusquedad.   
Observé como de manera sorprende, Andy se ruborizaba. (Era raro, nosotros no teníamos un gran sentido de la vergüenza) Se había quedado en bóxers y se alzaba a mi lado, de rodillas sobre la cama, con la espalda muy recta y la mirada un tanto insegura. Los moratones de la paliza aún no habían desaparecido del todo. Ahora tenían un extraño color amarillo verduzco que relucía sobre las cicatrices que le recorrían el cuerpo. Cicatrices de peleas, roces de navaja, golpes con puño americano... era raro que alguno de nosotros no tuviera cicatrices, aunque solo fuera una.   
Creo que Bill no había visto la enorme cicatriz que me cruzaba la espalda desde el hombro hasta el costado. Un navajazo rápido por la espalda y una puñalada en el muslo izquierdo. No sé porque, pero en cuanto me di cuenta de que eso de la violencia no iba con él y que se asustaba con facilidad, intenté por todos los medios que las cicatrices pasaran desapercibidas para sus ojos. No fue difícil. Siempre que estábamos desnudos a ojos del otro, era él el que me daba la espalda, no yo.   
  
-Tú... ¿no vas a...? - lo hice caer sobre la cama, dándole un empujón leve apoyando la mano en su pecho desnudo y me tiré de la camiseta hacia arriba antes de que pudiera decir nada. Me la saqué de un tirón y la dejé caer al lado de la suya.   
  
-Quítate toda la ropa. No me hagas perder el tiempo con mimitos de haber quien le quita la ropa a quien, ¿vale? No voy a mimarte, Andy. - si se hubiera tratado de Bill, puedo asegurar que lo habría hecho yo mismo. Y me habría gustado incluso más que penetrarlo como un salvaje.   
Recuerdo con claridad como se reía y como su cuerpo reaccionaba a cada caricia, sin distinción. Como nos inventábamos juegos excitantes, nos lamíamos como animalillos inocentes y a veces nos mordíamos como lobos hambrientos. A veces, incluso nos pegábamos, dejándonos llevar por los instintos más básicos. Con un mal humor que casi siempre compartíamos por diferentes motivos, podíamos llegar a matarnos en plena penetración. De hecho, hasta tenía cicatrices que Bill me había hecho por culpa del morbo. Si alguien se enteraba de que había dejado que el canijo y aparentemente enclenque de Bill me pegara y yo, no solo no me había defendido, sino que además, me había gustado de cierta manera, sería motivo de burla de mucha gente.   
Aunque en realidad, no me importaba demasiado que la gente supiera que era algo... masoquista.   
-Tienes suerte, canijo. - le sonreí, sacándome los pantalones y los bóxers, dejándome ver completamente desnudo, sin más preámbulos, delante del marica de mi colega, que me observó con los ojos abiertos como platos. Tragó saliva de nuevo y enseguida se irguió sobre la cama para contemplarme con mejor perspectiva. Otro hiperactivo. Le agarré de la cinturilla de los bóxers de improviso y tiré de ellos.   
  
-¿Qué...?   
  
-¡Voy a hacértelo, Andy, pon algo de tu parte, joder! - por un momento pareció resistirse, hasta que cansado de tanta historia, prácticamente se los arranqué de entre las piernas y los lancé lejos. Me tiré sobre él como una pantera, devolviéndolo a la cama de golpe conmigo encima, aplastándolo pecho contra pecho, boca contra boca, piernas entrelazadas, mi polla acariciándole la ingle y la suya, mi bajo vientre. Mientras le comía la boca y la acaparaba toda para mí, jugueteando con su lengua sin pudor ninguno, él apretó mi nuca con sus dedos, aplastando las rastas que se encontraba a su paso. A diferencia de Bill, que le encantaba acariciarme el pecho y hacer cualquier cosa que se le ocurriera sobre él, Andy se decantó por mi culo. Cuando noté su mano descendiendo por mi espalda y acariciarme el trasero, me entró la risa floja y tuve que separarme de su boca, riéndome a carcajada limpia.   
  
-¿Qué... qué te pasa ahora? - preguntó, riéndose también, más bien por no ponerse a llorar por la interrupción.   
  
-Nada... nada... me estás tocando el culo... - Andy se puso blanco.   
  
-¿Qué pasa? ¿A caso tu... tu magnífico Bill no lo hacía?   
  
-Sí, pero... - otra vez me venía la risa tonta. - Esto es absurdo...  
  
-¡Pues a mí no me lo parece! Llevo esperándolo mucho tiempo y es lo más... bonito que haré en mí vida. - Andy volvió a ponerse serio, o lo intentó. Le temblaba la mandíbula, no sé si de risa o de ganas de llorar.   
  
-Vale, vale. - sonreí. - Seré bueno, amable y cariñoso. Total... sólo será un polvo. - lo cierto es que se lo debía. No había nadie más fiel que Andreas, aunque no lo pareciera.   
Como tantas otras cosas, eso solo me lo mostraba a mí.   
Supongo que en eso, sí se parecía a Bill en cierta medida.   
  
  
**By Bill.**  
  
  
-Bill, ¿estás ahí? Soy yo. ¿Estás...? - la voz de Georg sonaba asustada al otro lado de la línea. Supuse que ya se habría enterado de lo sucedido en la universidad y estaría preocupado. Los dos lo estarían. Incluso me arriesgaba a pensar que vendrían a verme a casa en cuanto terminaran las clases, quizás antes.   
No tenía ganas de hablar con nadie. No debería haber cogido del teléfono, así que colgué sin decir absolutamente nada.   
Solté el inalámbrico sobre la cama, dejando caer mi cuerpo a peso muerto sobre el colchón y me acurruqué todavía más debajo de las sábanas, tapándome hasta la cabeza.   
No quería que nadie me mirara. Nada, ni nadie. Soy tan repulsivo... solo quiero desaparecer. Morirme. Me quiero morir. ¿Me echará alguien de menos si me muero? Mamá me odia. Odia que sea anormal. Me dijo pervertido. Todo el mundo cree que soy un pervertido. ¿Soy un pervertido? Sí. Seguramente, sí. Tom y yo hacíamos unas cosas tan sucias, tan pervertidas, tan... inmorales... pero a mí me parecían tan bellas...   
Qué lástima. Algo tan hermoso y está prohibido. ¿Por qué? No lo sé. Un amor teñido de pecado.  
De todas formas, Tom tampoco me amaba. Supongo que él sí se dio cuenta a tiempo del error y pudo huir, o simplemente es tan despiadado que quiso que acabara así, tendido en la cama donde habíamos compartido tantos momentos juntos... que me pudriera en ella.   
Otra parte de mí tenía la esperanza de que él nunca se hubiera esperado nada de esto. La esperanza de que se hubiera ido por alguna razón justificada, pero ¿Acaso había algo capaz de justificar todo lo que me había hecho? ¿Acaso yo tendría que perdonarle si volvía? No quería... no debía perdonarle... y sin embargo, sabía que si volvía, lo perdonaría como un estúpido sin cabeza.  
Debía dejar de pensar en Tom. Esa era una mis prioridades.   
Y luego, ¿Qué haría? No podía salir a la calle. Nunca podré volver a salir a la calle. La gente me mirará, se burlará, escupirá, me insultará, me pegará... me perseguirán... como en la universidad. Y lo peor es que es cuestión de tiempo que mamá se entere de todo. Y entonces... ¿Ella que dirá? Me odiará aún más. La repugnaré, me echará de casa, puede que hasta me entregue a la policía porque... ¿el incesto es un delito? Supongo que no, pero quizás se me acuse de exhibicionismo, por lo de aquella vez en las taquillas.   
Gordon también me odiará. Toda mi familia me odiará, ¡Qué asco! Dirán... nadie me apoyará. Nadie me preguntará por qué. Nadie me entenderá... Nadie entenderá que me he enamorado de mi propio hermano gemelo.   
Georg y Gustav no podrán defenderme siempre. En cuanto los vean conmigo, correrán rumores y lo pasarán mal. Muy mal. La gente es cruel.   
No tengo a nadie en quien apoyarme, en quien creer. Las pocas personas que hay, sufrirán.   
Sólo hay una y no está.   
Tengo que irme de aquí, lejos, donde nadie me conozca. Tengo que irme de aquí.   
Pero, ¿A dónde?   
Un sonido molesto interrumpió el hilo de mis pensamientos. Parecía un teléfono. Saqué la cabeza de debajo de las sábanas lentamente y miré el inalámbrico, que callaba como un muerto. Miré mi móvil con desgana, pero tampoco era eso.   
Luego reconocí la melodía polifónica barata que mi madre tenía como señal de llamada en su móvil y me levanté de la cama.   
Mamá solía dejarse las cosas olvidadas por toda la casa, pero dos de ellas eran fundamentales para su trabajo y vida. Las llaves del coche y el móvil. Era sumamente extraño que se hubiera dejado atrás una de ellas, aunque no me sorprendía más de lo habitual.   
No tenía razones para salir de mi cuarto y andar hasta el salón, buscando el móvil de mi madre. Total, era suyo, no mío. Pero cuando el móvil empezó a insistir hasta tocarme las narices con esa puñetera música clásica, salí de mi cuarto y bajé las escaleras sin ganas, arrastrando conmigo la sábana de mi cama, cubriéndome con ella como si fuera un disfraz de Halloween, un fantasma.   
No quería que nadie me mirara.   
Cuando llegué al salón y me acerqué al aparato que vibraba con insistencia sobre la mesa, me quedé quieto, esperando que dejara de sonar y, cuando lo hizo, a los cinco segundos, volvió a empezar. Lo cogí, dispuesto a mandar a la mierda a quien estuviera al otro lado de la línea cuando lo vi en la pantalla resplandeciente. Un nombre que reconocí a la perfección a pesar de las pocas veces que había salido de mis labios.   
Jörg.   
Papá... mi padre... mi padre se llamaba Jörg. Hacía tantos años que no lo veía que ni siquiera me acordaba de su cara. Ni de su voz.   
Jörg... ¿Sería papá? ¿Cuántos Jörg conocía mamá? Empecé a darle vueltas al teléfono en mi mano, nervioso. ¿Debía cogerlo? Sí... ¿o no?   
Y la maldita musiquilla clásica me hizo decidirme. Me hizo apretar el móvil con fuerza y, finalmente, darle al botón para recibir la llamada. Me lo llevé al oído, tragando saliva.   
  
-¿Sí?   
  
-¿Simone? ¿Eres tú? - esa voz grave y ronca me sonaba. Mucho. El corazón se me aceleró de golpe.   
  
-¿Papá? - por un momento, se hizo el silencio.   
  
-¿Bill? Dios mío... ¿Eres Bill? - y me quedé clavado en el suelo, sintiendo la voz de ese hombre tan lejano a mí, pero a la vez tan cercano reptando por mis venas. Las manos empezaron a temblarme otra vez.   
  
-Sí, soy yo...   
  
-Dios santo, hijo. Hacía tanto tiempo que no escuchaba tu voz. La última vez que la escuché, era aguda y llorona. Ahora... tienes que haber crecido tanto. - recordé las cosas horribles que Tom decía de él. Nunca me dijo nada a parte de que lo odiaba y que era un maldito borracho, pero no lo parecía, para nada. Su voz era gentil y suave pese a la ronquera. Tan sincera.   
Se me saltaron las lágrimas.   
  
-Sí, ya... como Tom...   
  
-¿Estás bien, Bill? Te noto la voz rara. Pareces sofocado.  
  
-No, no... yo estoy bien. - me limpié las lágrimas con los brazos, suspirando. - ¿Y tú?   
  
-Mejor. Mejor ahora que nunca. Tu madre me ha hablado mucho de ti, pero aún así nunca quiso ponerme contigo. Siempre decía que no querías hablar conmigo.  
  
-¿Qué... mi madre ha dicho qué? - me quedé petrificado otra vez, con la boca abierta de par en par. No me lo podía creer. - Eso es mentira. Yo nunca he dicho eso.   
  
-Oh... vaya...  
  
-De todas formas, si querías verme o hablar conmigo, ¿por qué nunca has venido a visitarme? - mi padre se quedó callado unos segundos, suspirando.   
  
-Fui una vez. Hace mucho tiempo... pero tú no me reconociste. Luego... todo se ha vuelto demasiado complicado, Bill.  
  
-¿Mamá te dijo que no vinieras? - mi padre volvió a quedarse callado como un muerto. - No puede hacerme esto. ¡Siempre tiene que tomar todas las decisiones importantes por mí, joder!  
  
-Tu madre solo te protegía. Creyó que sería demasiado traumático para ti...  
  
-¿El qué? ¿Ver a mi padre una vez al mes? ¡Mejor no verlo en la vida y hacer como si no tuviera, claro! - empecé a exaltarme y haciendo un movimiento brusco, pisé la sábana con la que me cubría el cuerpo y caí al suelo de culo. - ¡Ay!   
  
-¿Bill?  
  
-¡Joder, me he caído! - de repente, oí una suave carcajada al otro lado de la línea.   
  
-Parece que eres un poco torpe, como dice tu madre. - me dieron ganas de escupir cuando mencionó a mi madre. Maldita sea, mamá. Maldita sea... - Supongo que si tú estás hablando conmigo, ella no estará por ahí.  
  
-No. No está.   
  
-Hum... ya veo. Quería preguntarle qué ha pasado con tu hermano ahora. No sé si es que ha hecho algo mal o él ha querido volver, pero me ha extrañado. La última vez que hablé con tu madre, me contó que Tom estaba muy contento allí, con vosotros. Me dijo que os llevabais muy bien y que os habíais hecho inseparables.  
  
-¿Eso... dijo? - murmuré. Y, otra vez, el corazón se me aceleró, pero esta vez dando un vuelco tan brusco que hasta me hizo daño. Quizás... - Tom... ¿Está ahí? - me atreví a preguntar, con el corazón en un puño.   
  
-¿Tom? Oh, sí. Está en su cuarto.- dios mío, dios mío, dios mío, dios mío...  
  
-Y-yo... ¿puedo... hablar con él? - la respiración se me hizo irregular, acelerada. De repente, no atendía a razones. Había olvidado todo lo pensado de él anteriormente, la obligación de olvidarme de él, el daño y el lío en el que estaba por su culpa. Todo desapareció sin dejar rastro. Lo único que sentía en ese momento era la ardiente necesidad de escuchar su voz. Sólo una vez más. Sólo una vez más...   
  
-Oh, bueno... está con un amigo, así que...  
  
-Por favor... - mi voz tembló y casi pude notar la vacilación de mi padre a la hora de decidirse.   
  
-De acuerdo. Voy a decírselo. - oh, oh, ¡oh! Empecé a sudar a chorros de puros nervios, de pura angustia, de puros deseos de escucharle, por fin, después de tanto tiempo. Me mordí el labio inferior con fuerza, con el teléfono pegado al oído, escuchando con tanta atención, que podía oír perfectamente los pasos de mi padre caminando hacia el cuarto de Tom. Abrió la puerta, lo oí. Y de repente, un suave murmullo repleto de jadeos y algún que otro gemido descontrolado me atravesó el tímpano. ¿Qué demonios estaba pasando ahí?   
  
-¿¡Qué coño haces!? ¿¡No ves que estoy ocupado!? - le oí gritar. A él. ¡A él! Era su voz, su voz grave e intimidante que solía aflorar de su garganta como un gruñido cuando se enfadaba. Su voz...  
Y las lágrimas se desbordaron de mis ojos como si fueran parte de una lluvia torrencial.   
  
-Tom... es para ti...- oí a mi padre, claramente nervioso.   
-¿Y qué? ¡Sigo estando ocupado! ¡Cuelga!-Pero...-Joder, ¿Tan inútil eres que no sabes colgar un puto teléfono? ¡Dame!- y lo cogió. Lo cogió. El corazón se me atascó en plena garganta. - ¿Quién coño es? - y salió disparado de mi boca con un grito agudo, repugnantemente apenado.  
  
-¡Tom! - casi pude oír el eco de mi propia voz al otro lado de la línea antes de obtener una respuesta que pensé que nunca llegaría, tan lejana...  
  
-... ¿Muñeco...?

(Continúa)

**By Tom.**  
  
  
Estaba completamente seguro de que era el mejor polvo que estaba echando en su vida. Andy se moría de placer, se derretía, literalmente, entre sudor y gemidos. Sobre todo, jadeaba y gimoteaba como un loco, agarrándose a mi espalda con las manos sudorosas. Tenía su cara a tres palmos de la mía. Su aliento chocaba contra mi boca, que prácticamente disfrutaba del sabor amargo de sus labios magullados y el sudor. Su pelo estaba empapado, pegándosele el flequillo a la frente. Yo dejaba que sus brazos me rodearan el cuerpo, sintiendo sus músculos apretándome el cuello. Desde luego, era mucho más corpulento que Bill, pero apenas tendrían un par de kilos de diferencia.   
Y mientras él jadeaba y restregaba sus labios contra los míos, catando mi sabor, yo disfrutaba del calor de su trasero presionándomela por todas partes. Aprisionando mi polla entre su estrechez.   
  
-Por fin, Tom... sí... ¡Ah...! - le oí jadear. Me reí con suavidad.  
  
-Sí, sí... disfrútalo "héroe"... - apoyé mi frente contra la suya, suspirando, apoyándome en la cama para darme impulso hacía delante, para penetrarle con más fuerza, más efusividad.   
Oh, no era Bill. Igual que Aaron, su trasero no tenía ni punto de comparación. No había color con el perfecto agujero de mi Muñeco hecho especialmente para mí polla pero... no estaba mal como un plato de consolación.   
De repente, el chirrido de la puerta al abrirse me puso el vello de punta. Apreté las sábanas entre mis dedos y giré la cabeza, lanzándole una mirada asesina a mi padre, ahí plantado, con un tono de color verdoso brillando en su piel, observando la escena. Apreté los dientes, aguantando el temblor de ira que me recorrió los brazos. ¡Maldito hijo de puta!  
  
-¿¡Qué coño haces!? ¿¡No ves que estoy ocupado!? - él tragó saliva. Noté como Andy se revolvía entre mis brazos, jadeando, alzándose sobre la cama y mirando a mi padre boquiabierto, ruborizándose escandalosamente.   
  
-Tom... es para ti... - murmuró mi viejo, desviando la mirada hacia otro lado y alzando su móvil frente a mí cara. Andy me miró fijamente antes de intentar alejarse de mí, antes de intentar arruinar la penetración, de obligarme a salir de su cuerpo. Le pegué un tirón hacía abajo y volvió a su sitio, ansioso y con el corazón a doscientos.   
  
-¿Y qué? ¡Sigo estando ocupado! ¡Cuelga! - el viejo miró su móvil, empezando a ponerse blanco como la leche.   
  
-Pero...  
  
-Joder, ¿Tan inútil eres que no sabes colgar un puto teléfono? ¡Dame! - y haciendo un pequeño esfuerzo por cortar la penetración, provocando que Andy se revolviera, molesto, le quité el móvil al viejo de las manos, llevándomelo a la oreja con rabia. - ¿Quién coño es? - y, de repente, un grito agudo estalló en mi cabeza. Un grito roto, tembloroso e inseguro. Pero un grito que reconocí perfectamente.   
  
-¡Tom!  
Y... silencio.   
¡Bum, bum! ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! ¡Bum, bum...!  
Esa cosa, ese órgano tan oscuro, tan pútrido, cubierto de telarañas en mi cuerpo, tan muerto y tan enterrado, el cual hubiera jurado que perdí hacía años y había creído recuperar unos meses en Hamburgo, resucitó con una fuerza incluso dolorosa. Empezó a palpitar con tanta fuerza que incluso pude notar como emergí a la superficie, como se sacudía las telarañas y el polvo y como se revolvía bruscamente, golpeándome brutalmente.   
  
-... ¿Muñeco...? - murmuré. Oí como estallaba en sollozos en cuanto esa palabra tan conocida para ambos escapaba de mis labios. - Muñeco... ¿Cómo...? ¿Por qué...? - me separé de Andreas rápidamente hasta que nuestros cuerpos dejaron de tocarse. Él me miró con la boca medio abierta, los labios carnosos y brillantes intentando murmurar alguna palabra que no salía. Su expresión irradiaba sorpresa. Al igual que la de mi padre. Entendí enseguida por qué... De repente me había exaltado de una manera imprevisible y mi voz intimidante había quedado reducida a la nada.  
Me aparté el móvil del oído y tapé el auricular con una mano.   
-Vete. - le dije a mi padre. Él entrecerró los ojos, sin comprender. - ¡Que te largues, fuera de mi cuarto, fuera! ¡Largo! - agarré lo primero que encontré a mano, mi propio móvil que llevaba apagado casi tres meses y se lo lancé a la cara. Mi viejo cerró la puerta en cuanto el móvil cayó al suelo después de rebotar en la pared, haciéndose pedazos. Volví a llevarme el teléfono al oído enseguida, sentándome en la cama y apoyando la espalda contra la pared, con la respiración entrecortada y el corazón bombeando alocado. - Muñeco... - sus sollozos suaves seguían sonando al otro lado de la línea. - ¿Qué ha pasado? - él no me contestó e inmediatamente lo primero que se me vino a la cabeza fue la cara de ese maldito bastardo obsesionado con mi Bill. - ¿Ha sido ese chucho? ¿Sparky? ¿Ha sido él? - los sollozos de Bill empezaron a transformarse en hipidos débiles. - Voy a matarle. - mi mirada pasó directamente a la pequeña mesa de noche, el único mueble a parte de la armario que había en mi cuarto. Agarré las llaves de mi coche y sin pararme a pensarlo si quiera, me levanté de la cama.   
  
-¿Tom? - oí murmurar a Andy, a un lado de la cama.   
  
-Le mataré...  
  
-No... - oí por fin, la voz clara y suave de Bill, aún acuosa, pero ya no oía sollozos. Se había calmado. - No ha sido él.  
  
-¿Quién entonces? ¿Natalie? - entrecerré los ojos, apretando con fuerza las llaves entre mis dedos. Bill vaciló.  
  
-No. No ha sido nadie... simplemente...  
  
-¿Simplemente? - oí como se sorbía la nariz.   
  
-Simplemente estoy oyendo tu voz.  
  
-¿Mi voz? - fruncí el ceño, sin entender.   
  
-Es que... hacía tanto tiempo que no te oía... yo... - y de nuevo, un sollozo ligero escapó de su boca. Me dejé caer otra vez sobre la cama, pestañeando.   
  
-Muñeco tú... - suspiré llevándome la mano a la frente y una sonrisa floja y estúpida afloró en mi boca. - Tú eres idiota. Me has asustado, joder. - Bill suspiró. Era uno de esos suspiros que soltaba a modo de sonrisa. - Mira que ponerte a llorar por esa tontería.   
-El idiota eres tú por no cogerme el móvil. Te he llamado más de mil veces y nunca lo has cogido. - miré el móvil que acababa de cargarme tirado en el suelo, a los pies de la cama.   
  
-Se me ha roto.   
  
-¿Se te ha roto? ¿O simplemente no querías hablar conmigo?- había cierto tono de reproche en su voz, pero era demasiado tenue. Yo me quedé callado durante unos segundos, bajando la cabeza hacia las sábanas.   
  
-Quién no debería querer hablar conmigo eres tú.   
  
-Creo que... sabes que yo siempre quiero hablar contigo.- un profundo hálito de alivio me recorrió la columna al oírle decir eso. Era la primera vez en tres meses que me sentía auténticamente vivo.   
Bill me seguía queriendo, joder...   
  
-Bill... ¿Eres gilipollas o te lo haces? - sentí la mirada de Andreas clavada en mí cara, con una expresión que no supe exactamente como clasificar.   
  
-Así que Bill, eh... - le oír murmurar.   
  
-Vaya, así que... estás con alguien. - una pequeña risita histriónica llegó hasta mis oídos a través del teléfono. -Pues siento interrumpir... - me entró el pánico cuando oí su voz alejarse del auricular.   
  
-¡No, no interrumpes nada! ¡No cuelgues! - le lancé una mirada funesta y amenazadora a Andy, que frunció el ceño de pura rabia. - Cierra esa bocaza. - le ordené y volví a dedicarle toda mi atención al teléfono.   
  
-No hace falta que finjas. He oído los gemidos de antes.- suspiré. Su voz ahora no tenía réplica alguna, solo un enorme tono de melancolía y angustia que me hizo desear arrancarle la cabeza al puto rubio que tenía delante de mí.   
  
-Sólo es el chico de los recados.   
  
-Pues espero que estés usando condón, entonces. - vaya, que agudo.   
  
-¿Vas a darme lecciones de sexo? ¿A mí?   
  
-Creo que te las pasarías por el forro.  
  
-Obviamente. - estaba ansioso. Lo notaba por su forma de respirar. - ¿Ocurre algo?   
-No. Al menos nada que a ti vaya a importarte. Como dijiste, no es tu problema.  
  
-Ya, pero tengo un secreto oscuro que he estado ocultándote todo este tiempo, Bill. Soy un cotilla. Dispara, Muñeco. - Bill volvió a vacilar. Empezaba a ponerme nervioso con tanta pausa.   
  
-Se lo he dicho a mamá.- jum... me entraron ganas de reír.   
  
-¿Qué te he follado tantas veces que son imposibles de contar con doscientas manos?   
  
-No. Eso no.- lo suponía.   
  
-¿Entonces? - oí como tragaba saliva.   
  
-Que soy... gay.  
  
-Oh, y no te ha echado de casa. Impresionante. Pero de todas formas, tú no eres gay.   
-... Sí lo soy.  
  
-No. Te gusta un tío, no todos los tíos. - Bill guardó silencio. - ¿O me equivoco?   
  
-Me gustan todos. Quiero decir... los que considero atractivos para mi gusto...  
  
-Ah, entonces sí que eres un puto maricón. - sentí un leve escalofrío que me hizo encogerme. Casi pude ver como él se estremecía al otro lado de la línea.   
  
-Sí. Supongo que sí.- y su voz sonó otra vez rasgada y destrozada. Avergonzada. Se había ruborizado, lo sabía. Ese rubor tan adorable que se reflejaba a veces en sus mejillas.   
Podía ver a Bill en ese momento, con el móvil en la mano pegado al oído, los ojos brillantes por las lágrimas, las mejillas ruborizadas, el pelo liso un tanto revuelto, lamiéndose los labios con gozo.   
En mi imaginación estaba desnudo y vulnerable. Completamente vulnerable, delante de mí, esperando que me lo comiera. Que se lo comiera el lobo.   
Mi mano se coló entre las sábanas abultadas por pura convicción, guiada por lujuria en estado puro. Me la rocé con los dedos. Estaba incluso más dura de lo que había estado durante la penetración. Normal... se trataba de mi precioso Muñeco después de todo. Me la agarré con una mano y me la sacudí con fuerza, suspirando.   
  
-¿Tom?- murmuró el Muñeco.   
  
-¿Qué?   
  
-¿Qué... qué estás haciendo?- sonreí. Lo sabía, lo sabía. Bill se había dado cuenta enseguida con solo oír uno de mis débiles jadeos por el puñetero teléfono. Se sabía de memoria los sonidos que se me escapaban por la boca cuando me daba placer. Me estremecí y me mordí el labio, lleno de gozo sabiendo que estaba al otro lado del teléfono, escuchándome, esperándome. No había nada que deseara más en ese momento que no fuera tenerle frente a mí. Y poder tocarle...  
  
-¿Necesitas... que te haga un croquis?   
  
-Tom... no, no hagas eso. - suspiró, más ansioso aún. Más nervioso... o tal vez excitado.   
  
-¿Dónde estás?  
  
-En casa.  
  
-¿Y estás solo?   
  
-Sabes que sí... - aspiré, esperando captar el olor de su cuerpo que ya formaba parte de mí. Y casi pude saborearlo... casi...  
  
-¿Y por qué estás tan nervioso entonces? - oí como se le aceleraba de nuevo la respiración, esta vez, mucho más irregular. Oh, Bill... lo estás haciendo para mí, mi precioso Muñeco.   
  
-Tom, no me hagas esto. Sólo quería hablar contigo.- cerré los ojos. Pude verle a través de mis párpados, en mi mente. Se estaba acariciando. No. Yo lo estaba acariciando. Su pelo, su cuello, sus brazos, su pecho, su cintura... aumenté el ritmo de mi mano bajo las sábanas, sobre mi polla tiesa y firme.  
  
-Pues habla, Muñeco precioso. Háblame... te escucho... - volvió a tragar saliva. Casi podía oír el alocado ritmo de su corazón saltando sobre su pecho cuando empezó a hablar, con gemidos contenidos de excitación y angustia.   
  
-Todos los días... todos los días me pregunto por qué demonios te fuiste así, por qué lo rompiste todo y me dejaste solo. Por qué me mentiste, por qué me utilizaste... no estoy seguro de por qué pero... - me detuve por un momento, sobre la punta dura de mi polla y entrecerré los ojos.   
  
-Si eso es lo que tienes que decirme, no quiero...  
  
-No, escucha...  
  
-No quiero hablar de eso. No me da la gana, no quiero escucharte. - todo el morbo se fue de un plumazo al oírle. No tenía la menor intención de pararme a oír sermones. Quería escucharle contarme cosas alegres, quería oír cómo se reía, quería que me diera alguna puta razón que me obligara a coger el coche y lanzarme a la carretera en su búsqueda. No quería que me reprochara nada, aunque eso me convirtiera en un cobarde que huye de la verdad.   
  
-Me he acostado con otro tío, Tom.- soltó, de repente, de golpe, descolocándome por completo. Abrí la boca para decir algo, pero las palabras tardaron en salir.   
  
-Oh... y... ¿Eso a qué viene? - Bill no contestó y durante el tiempo que estuve aguardando una respuesta, encajé el golpe. - Han pasado tres meses, ¿Se supone que debería importarme?   
  
-Con Sparky.- ¿Qué...? ¿Cómo...? Me quedé boquiabierto.   
Dios, Bill era la única jodida persona capaz de turbarme así.   
  
-Estás de coña, ¿no?   
  
-No. - un bufido ahogado escapó de mi garganta. No me lo podía creer.   
  
-¿Me estás diciendo que el tío que te ha maltratado psicológica y físicamente durante tus 19 años de existencia te ha follado? ¿Y porque tú se lo permitiste? ¿Consentido?   
  
-...Sí. - me solté la polla y estrujé las sábanas que me rodeaban con fuerza, rabioso. ¿Y me llamaba para decirme eso? ¿Quién se cree que es esa puta nenaza? ¿Se cree que me afecta? ¿Se cree la reina de los maricas o...?   
  
-¿Qué pasa? ¿Es tu nuevo novio, Bill? ¿Tienes un nuevo dueño, Muñeco? - le solté, con un claro tono sarcástico. Él pareció vacilar antes de contestar con seguridad.   
  
-Sí. Es mi novio.  
  
-Oh, fantástico, maravilloso. ¿Me invitarás a mi primera boda de maricas? Iré encantado, pero si degollo al novio y violo a la puta de su esposa, no me hago responsable luego de las quejas. - escuché una risita baja y harmoniosa al otro lado y fruncí el ceño aún más. Crují los nudillos. - ¿De qué coño te ríes?   
  
-Los celos siempre te delatan, Tom.   
  
-¿Celos yo? Oh, que divertido. Menos mal que me lo has dicho, porque si no, no me hubiera dado cuenta. Sigues haciéndote demasiadas ilusiones, Muñeco.   
-Sí, lo sé.  
  
-Si lo sabes, ¿Por qué no dejas de arrastrarte de una vez? ¿Por qué eres tan insistente joder? No he podido encender el móvil en tres meses solo porque no parabas de llamarme a todas horas. ¡Eres un puto cansino! - sabía que estaba siendo cruel. Mucho más cruel de lo que yo creía. Sabía que lo que decía afectaba a Bill de una manera mucho más profunda de lo que yo pretendía y, aún así, no me callé. Y él no habló en ningún momento, callado como un muerto. - ¿Qué pasa? ¿Ya no tienes nada más que decir?   
  
-... ¿Me odias?- preguntó, y su voz se colapsó. -¿Te... Te doy asco? ¿Te repugno? - el tono era quebrado, débil, muy débil. Como si estuviera expirando su último aliento de vida.   
Miré a Andreas de reojo, que me observaba en silencio desde una esquina, con la cabeza gacha y los labios fruncidos.   
  
-Sí. - contesté. - Te odio. ¡Me das asco, joder! ¡Me entran náuseas solo de pensar en la patética rata desviada con la que estuve encerrado durante nueve meses en ese pútrido agujero! - esperé oír una respuesta, daba igual cual fuera. Un lloriqueo, una súplica, cualquier cosa, pero no oí nada. - No vuelvas a llamarme. Nunca. No quiero tener que volver a oír tus lloriqueos, jamás. No me importa que tengas novio, no me importa que tu madre te eche de casa porque te gusten los tíos, no me importa que todo el mundo se entere de que eres mi hermano y te quieran apalear por ser un incestuoso, no me importa que te quedes solo encerrado en tu cuarto el resto de tu vida, no me importa que te tires desde el edificio más alto de la ciudad. No me importan tus opiniones, ni tus sentimientos, ni tus ridículas composiciones. No me interesa tu vida. No me interesas tú. No me importas, Bill. ¡No me importas, joder! - volví a hacer una pausa, esperando una respuesta. Nada. - Así que no vuelvas a llamarme. Tú... ya no eres mi Muñeco, Bill. Ya no eres nada. Ya no... Así que no vuelvas a molestarme. Desaparece de mi vida. - esta vez sí que hubo respuesta. La respuesta definitiva, supongo. Como un soplo de aire congelado, tan helado como se me había quedado a mí el cuerpo. Como se me había vuelto a quedar ese órgano que por unos minutos, había vuelto a la vida para, ahora, volver a morir.   
  
-L-lo... snif... lo siento... - sollozó, rogó, como una criatura inocente que por primera vez en su vida, había incumplido las reglas, ingenua y sin saber por qué.  
Y colgó.   
Y yo dejé caer el teléfono sobre el suelo, como si no me importara nada. Y cuando decía nada, me refería a todo en general. No me importaba que nunca anocheciera. No me importaba quedarme encerrado de por vida en ese minúsculo cuarto sucio, incapaz de moverme, bajo cadena perpetua. No me importaría que Alfred y toda la escoria humana que lo siguiera me apaleara y me crucificara en la plaza central. Lo cierto, es que nunca me había importado nada de eso o al menos, eso es lo que yo había creído hasta el momento.   
Era la primera vez que experimentaba auténticas ganas de... morir. Era la primera vez que sentía la muerte como una necesidad fundamental para mí.  
Ni siquiera me di cuenta de que Andreas se había vestido a toda velocidad y se había ido sin decir nada. Supongo que estaba demasiado centrado en el Muñeco que tenía delante, sentado de rodillas en la cama, frente a mí, mirándome, riéndose y negando con la cabeza una y otra vez. Movió los labios cosidos, sonriente.   
"Acabas de tirar por la borda tu última oportunidad, estúpido. Ahora, muérete." Me dijo el Muñeco.   
Muérete, claro. Eso tenía que hacer. Morirme.   
Así que me levanté de la cama, me vestí sin ganas, en silencio y salí de casa, caminando hacia la muerte.   
Era lo que me merecía después de todo. Muerte dolorosa e inhumana y la caída al infierno, el lugar del que nunca debí haber salido.

**By Bill.**  
  
¿Estás seguro de lo que haces, Bill?   
No. Ya no estoy seguro de nada.   
¿Es lo que realmente quieres?  
No. Lo que quiero es estar con Tom.   
Pero Tom no está...  
Lo sé.   
No solo no está, sino que además te odia.   
Lo sé.   
¿Por qué?   
No lo sé.   
¿Esta es tu única opción?   
No veo otra.   
¿Estás seguro?  
No hay nadie y la única persona que deseo que esté, me odia. Estoy desesperado. No sé cómo he podido aguantar tanto. Desde que Tom se fue, mi vida se ha reducido a lamentaciones, a depresiones, a ataques de ansiedad, a nostalgia y melancolía. Toda mi vitalidad ha desaparecido. Me siento viejo y sucio, pero hasta ahora, nunca se me había pasado por la cabeza acabar así, y es lo que debería haber hecho desde un principio.   
Siempre lo he sabido, siempre. Incluso Tom me lo advertía. Acabaría destrozándome la vida. Gustav también lo decidía y yo lo sabía. Pero... no me arrepiento. Tom, no me arrepiento. Nunca había estado tan seguro de algo. No me arrepiento.   
De lo único de lo que me arrepiento es de no haber sabido manejar a Tom, de no haberle dado suficiente. Soy yo el que no sirve. Yo soy el Muñeco inservible, sin dueño.   
Y sin dueño no merece la pena vivir.   
Lo que siento ahora es tan grande. Me puede. Me traga como un agujero negro. No veo más que oscuridad y no siento nada más que dolor. No soy capaz de pensar. No soy capaz de moverme, no soy capaz de luchar. No soy capaz de seguir.   
Soy idiota, lo sé. Un vanidoso que se cree el centro del mundo. Hay tantas cosas que no conozco, tanto sufrimiento que desconozco y, sin embargo, como el ser débil y cobarde que soy, no tengo fuerzas para dar más. No quiero seguir caminando a ciegas por el mundo.   
Estoy tan ciego...  
Voy a ser egoísta como tú, Tom, mi vida... que se ha consumido como una vela.   
Tengo el suficiente coraje como para andar a tientas, buscando algo con lo que apagar la vela de un soplo, arrastrando las sábanas que me envuelven el cuerpo como un fantasma, que es lo que pronto seré, si no lo soy ya.   
Un cuchillo... lo he encontrado y por un momento, consigo ver algo. Estoy en la cocina de mamá, dónde pintaba de pequeño con acuarelas de colores en papel de cocina mientras mi madre preparaba la cena. Mamá... me gustaría hacerte un último dibujo repleto de caritas sonrientes, con un sol cegador iluminándolo todo... pero no me acuerdo de cómo se hacía. Ya no veo caritas sonrientes. Ya no veo nada, solo un pozo oscuro del que no puedo salir.   
La hoja del cuchillo resplandece por la luz del día al reflejarse en ella, colándose por las ventanas. Eso me recuerda que yo no puedo resplandecer. Nunca he brillado, ni brillaré más de lo que lo he hecho cuando Tom estaba conmigo, cuando pegaba su cuerpo furtivamente al mío por la espalda, cuando sus brazos me rodeaban y me abrazaba, cuando sus labios me susurraban cosas al oído. A veces, burlonas, otras, maliciosas y otras... otras veces se limitaba a abrazarme y estar callado, observando en silencio mis reacciones, mis movimientos, como si le interesaran algo. Pura fachada.   
Pues obsérvame ahora, Tom. Obsérvame rajarme las venas por ti, besar a la muerte por petición tuya. Mira a tu precioso Muñeco destrozado romperse aún más, dañarse para ti, disfrutando de la oscuridad en la que le has hundido contigo. Y me gusta. Me gusta la oscuridad.   
Mírame, mírame...  
Y deslizo el cuchillo por las venas que recorren mi muñeca izquierda, alzando la cabeza en medio de la oscuridad, buscándote. Jadeo tu nombre. Tom... Tom... oh...   
Y la derecha... me encojo sobre mí mismo, dejando caer el cuchillo cubierto de sangre al suelo, empapando las sábanas blancas. Duele, duele... pero a la vez es tan placentero notar como poco a poco, el agujero negro va haciéndose más pequeño, como todo el sufrimiento escapa por esa grieta empapada de rojo, tan placentero que me hace gemir como si Tom estuviera penetrándome, masturbándome, besándome... Tócame, Tom... juega conmigo por última vez.   
  
-Bill... - Dios, Tom. ¿Estás aquí de verdad? - Cuanto tiempo, hombre. Te estaba buscando. - no. Ese no eres tú, Tom, no es tu voz.   
El cuerpo se me empieza a hacer pesado. Estoy cansado y aún así, hago un último esfuerzo y giro la cabeza hacia atrás, hacia el hombre que me llama desde el umbral de la puerta, esperando que seas tú. Pero no eres tú. ¿Quién eres? ¿Te conozco? No te veo entre tanta oscuridad.   
-Tu madre me ha dicho que viniera a por el móvil. Se le ha olvidado a la muy despistada. ¿Tú no deberías estar en...? - las palabras se las lleva el aire y él se queda boquiabierto, mirándome en silencio. Baja la cabeza, clavando la mirada en el suelo que hay a mis pies. Yo le sigo la mirada. Vaya... el suelo está cubierto de la sangre de mis venas cortadas. Y cuando vuelvo a clavar las pupilas en él, lo reconozco, asustado, pálido. La viva imagen del miedo. Gordon...  
  
-Papá... - nunca me pidió que le llamara así. Sabía que no era un sustituto de mi padre biológico, pero era mucho más padre que él.   
  
-Dios mío, Bill... ¿Qué has hecho? - sonreí. Sin ganas, cumpliendo el compromiso con la muerte.   
  
Sí. ¿Qué has hecho, Bill? ¿Qué has hecho?  
Y... todo se volvió oscuridad en cuestión de segundos. El mundo se desvaneció y yo caí. Y caí, y caí... y oí gritos en la lejanía, llamándome... pero mis pensamientos estaban repletos de ti, mi dueño. Mi amo, el que me había abandonado. Pero mi amo al fin y al cabo. El amo de mis pesadillas y de mis más hermosos sueños...  
  
Mi Tom...  
  
  
**By Tom.**  
  
  
-¡Eh, Andy! - Andreas caminaba a lo lejos, a paso ligero, con los hombros hundidos y la cabeza gacha. En cuanto le llamé, se detuvo, paralizado, sin apartar la mirada del suelo. Corrí y me detuve a un par de metros de él, que ni se molestó en mirarme.   
  
-¿Qué quieres? - murmuró. - ¿Vas a restregarme de nuevo que tienes un increíble novio que te espera en Hamburgo? ¿Qué tiene la suerte o desgracia de tenerte? ¿Vas a intentar volver a seducirme para luego olvidarme y tratarme como la basura en cuanto él te llame? - no me molesté en intentar analizar su tono de voz. Andy estaba llorando, en silencio, sin sollozar, simplemente dejando escapar un par de lágrimas silenciosas que ni siquiera veía. Pero lloraba, lo sabía aunque me diera la espalda.   
  
-No... - estábamos justo al lado de las vías del tranvía. Las vallas para interponerse en el camino de una persona despistada o un coche que pretendía pasar cuando el tren estaba a punto de cruzar, estaban pintarrajeadas y medio rotas, sin color, totalmente ralladas. Pero aún funcionaban y descendían cuando debían. - En realidad quería pedirte perdón. - Andy no pareció inmutarse, pero vi como sacudía la cabeza débilmente, incrédulo.   
  
-¿Qué? ¿Qué has dicho?   
  
-Ya lo has oído.   
  
-Tú nunca pides perdón.   
  
-Hoy sí. - Andreas volvió a sacudir la cabeza, esta vez con más fuerza. Se limpió las lágrimas con el brazo y se dio la vuelta, clavando los ojos acuosos en mí.   
  
-¿Qué tiene hoy de especial?   
  
-Nada, supongo. - me encogí de hombros.   
  
-¿Entonces? - anduve hacia él, tranquilo, escondiendo las manos en los bolsillos de la sudadera.   
  
-Yo no estoy hecho para ti, Andy. En realidad, no estoy hecho para nadie. - él pestañeó, desconfiado.   
  
-¿Y ese Bill qué? - desvié la mirada, pensativo.   
  
-Bill es... mi último intento fallido.   
  
-Por supuesto.   
  
-Es verdad. Nunca lo he intentado con tanta insistencia con nadie, salvo con él. Pero no ha servido para nada. Y si no sirve con él, no servirá con nadie. - Andreas frunció el ceño. Se me quedó mirando en silencio, sin saber qué hacer. - Sabes que yo no me molesto en inventarme excusas para nada. Lo que es, es y punto.   
  
-Lo sé.  
  
-¿Entonces qué problema hay?   
  
-Que me has hecho daño, joder. Nunca, en la vida, me habían hecho sentir como un trozo de mierda tan grande como lo has hecho tú esta tarde. Y ya estoy harto. No quiero ser más escoria para ti, Tom. ¡No quiero ser otro trozo de mierda! ¡No quiero ser otro de muñeco más de tu asqueroso juego! - me gritó a bocajarro y por primera vez en todos los años que llevábamos juntos como colegas, me infundió respeto. Me hizo sentir algo así como orgulloso y un cosquilleo placentero me acarició la espalda.   
  
-Andreas...   
  
-Cállate, Tom. Cállate. - vaya, el rubito había espabilado de repente. Me observaba con una frialdad y una mueca desafiante impropia en él. Le dirigí una mirada rápida a sus puños fuertemente apretados y sonreí.   
  
-¿Me vas a pegar, Andy? - él encogió el cuerpo de temor, pero aún así imitó una buena posición para empezar un combate. - Déjalo, anda. No quiero tener que hacerte daño. He venido a disculparme, no a pelearme. - me acerqué a la verga que había a mi lado, cerca del cruce del tranvía que pasaba en ese momento, cortando el aire, interrumpiendo nuestra conversación con su estruendoroso rugido. - Aunque no tengas principios ni dignidad, eres el colega más leal y fiel que he tenido. Nunca me has traicionado y siempre he podido contar contigo para todo. Nunca me has fallado... eres un auténtico amigo, Andy. Gracias. - esas palabras estaban fuera de lugar, y lo sabía. Pero no importaba. Era lo que sentía, muy en el fondo, pero lo sentía.   
Todos los recuerdos a partir de los nueve años hasta ahora, giraban de manera pragmática alrededor de Andy, porque él siempre había estado allí, deambulando a mí alrededor como una mosca pesada.   
Ahora entendía claramente por qué.   
Él se me quedó mirando con una mueca de extrañeza en la cara, sin palabras. Tan sorprendido... Seguramente, es ese momento, ya estaría intentando averiguar qué demonios me ocurría. Ya se olía algo desde lejos, como el zorro astuto que era.   
  
-¿Vas a salir hoy? - decidí cambiar de tema, intentando desviar su atención hacia asuntos menos peliagudos. No quería que él se entrometiera, y si supiera lo que estaba a punto de hacer, se me tiraría encima con garras y dientes.   
  
-Sí... He quedado con Ricky y el Príncipe a las once. - Ricky y Príncipe... vaya, que lástima.   
  
-Pues será mejor que te des prisa. - Andy asintió con la cabeza, pero no apartó su mirada de mí. Estaba nervioso. Sabía que algo no iba bien. Lo podía leer en mi cara.   
  
-Te ha afectado. - sentenció. - Nunca te afecta nada, pero entre Guetti y ese Bill, estás para el arrastre. Lo noto. Ese Bill te ha afectado de una manera que en otra ocasión creería imposible. - yo no contesté, intentando aparentar indiferencia, como siempre. - Antes, te hubieras burlado de mí si te hubiera hablado de amor, pero ahora me has tomado en serio, incluso has intentado complacerme. Dime una cosa, Tom... ¿Estás enamorado de ese Bill? - ladeé la cabeza. La capa de indiferencia que sostenía con las manos desnudas empezó a temblar, pero de alguna manera, al recordar la voz temblorosa de Bill por teléfono, logré mantenerla en pie encima de mis hombros. Miré a Andy fijamente a los ojos, para que no sintiera duda alguna en mi voz.   
  
-No estoy hecho para amar, Andy. Estoy hecho para odiar. - Andy bajó la cabeza. Si no fuera porque me costaba bastante captar el sufrimiento ajeno, pensaría que sentía lástima.   
  
-Es una pena, entonces. Tú me rechazas y yo sufro, pero... cuando me paro a pensarlo, me doy cuenta de que es lo más hermoso que he podido llegar a sentir alguna vez.   
  
-Me alegro por ti. - y lo decía en serio. Incluso sentí envidia hacia su persona. - Ahora vete, te están esperando. - Andy asintió y me dio la espalda lentamente, empezando a andar. Yo le imité, pero en dirección contraria a la suya.  
  
-¡Tom! - le miré de reojo, de brazos cruzados frente a la verja del tranvía. Andreas sonreía, pero de verdad. Eran pocas las veces que alguno de nosotros sonreía de verdad y ahora que podía verlo con claridad, ver algo más que la parte llana y superficial de las personas que me rodeaban, lo aprecié y tuve que sonreír de la misma manera, algo feliz, si podía considerarse así. - Yo también te considero un auténtico amigo, pese a todo. - mi sonrisa se ensanchó y no tuve que obligarla a hacerlo, por primera vez en tres meses.

-Adiós Andy. - le hice un gesto con la mano derecha en señal de despedida, volviendo a clavar los ojos en la verja del tranvía. - ¡Cuida de toda la pandilla por mí, es la última orden de tu Capitán!   
Y salté la verja, cayendo de pie en plena vía de tren, que se acercaba a una velocidad pasmosa, iluminándome con los faros encendidos en plena cara.   
  
-¡TOM! - el grito de terror de Andy se extendió por encima del estruendo del tren. Me imaginé claramente su rostro sonriente volverse blanco como la cera y descomponerse en una mueca de pánico. Me hizo gracia, no pude evitarlo y mi sonrisa se hizo aún más firme cuando cerré los ojos esperando el final, la caricia que me llevaría al otro lado.   
No sabía por qué, pero solo veía luz. Jum... irónico, cuando en toda mi vida lo único que habían visto mis ojos era la oscuridad más profunda y enloquecedora. ¿Por qué? Casi era capaz de tocarla con los dedos, pero ella se escapaba, huía de mí, asustada.   
Extendí los brazos hacía ella, para recibirla, buscándola, suplicando porque no desapareciera su resplandor, tan cálido, tan apacible. Toda mi vida la había estado buscando y estaba ahí, tan cerca de mí.   
Déjame tocarte, por favor, déjame rozarte, solo eso. Déjame sentirte. No, no te vayas... no te consumas. No me dejes solo otra vez.   
Corrí, corrí hasta ella, buscándola entre la oscuridad que intentaba devorarme otra vez, envolverme para no dejarme ver su precioso resplandor.   
Alargué la mano hacia ella, consumido por la desesperación y... la toqué. Acaricié su mejilla suave y ella alzó la cabeza de entre sus piernas, acurrucada y temblorosa en medio de tanta oscuridad. Me miró con los ojos más resplandecientes que había visto nunca, con su carita perfecta, los labios que había deseado probar tantas veces. No... no era la luz. Aunque brillara como el más puro de los ángeles, sin alas. Era mucho mejor que la luz. Era su preciosa estrella, era mi vida, era mi ángel de la muerte. Era mi precioso Muñeco.  
  
Mi Bill...  
  
Me miró con ojos sorprendidos, como si jamás hubiera esperado encontrarme allí. Y lágrimas aún más resplandecientes empezaron a descender por su perfecto rostro de ángel.   
"No llores. Estoy aquí, no llores Muñeco. No es divertido verte llorar."   
Le dije, exactamente igual que aquella vez que se me hacía tan lejana, tan remota comparada con la hermosa escena que tenía frente a mí.   
"Creía... que me odiabas... y que nunca volverías a por mí. Que me habías dejado solo, para siempre" Sollozó. Acaricié sus delicados hombros y él se levantó, estirando el cuerpo desnudo entre tenebrosidad, iluminándolo con su furtivo resplandor y sensualidad.   
"¿Cómo iba a poder odiar a mi precioso Muñeco? Te he echado tanto de menos... y lo siento tanto... te he hecho tanto daño..." sus dedos volaron hasta posarse sobre mis labios, haciéndome callar, cerrar los ojos y disfrutar de su suave contacto, que me provocó chispazos de puro placer, pura felicidad y dicha. Sus manos acariciándome el cuerpo me iban a arrastrar hasta la locura más absoluta... Oh, dios mío... más, por favor...  
"No quiero hablar de eso. Quiero tocarte, quiero abrazarte, quiero besarte, quiero hacer el amor contigo... ¿Puedo, mí amo?"   
"Soy todo tuyo, Muñeco."   
Sus manos temblorosas se ciñeron a mi cuerpo con miedo, descendiendo por mi mejilla hasta mi cuello, con una lentitud maravillosa, transmitiéndome tantos sentimientos que había creído sentir morir el día que me fui de su lado.   
Su aliento chocó contra el mío, mientras sus manos jugueteaban con mi pecho desnudo, dibujando círculos con la yema de los dedos. Su cercanía me quemaba la piel, su aliento penetraba en mí como el único pilar capaz de sostenerme allí, frente a la perfección de mi ángel de la muerte.   
Mis brazos se cerraron alrededor de su cintura, pasto de la tentación ante una criatura tan fascinante como él.   
Me rodeó el cuello con los brazos después de acariciar mi pene con toda naturalidad, besándome la clavícula con sus labios y su cabeza quedó apoyada sobre mi hombro, suspirando contra mi cuello, repartiendo besos excitantes por la superficie de mi piel.   
"Te he estado esperando, Tom. Todas las noches... soñando con el amo de mis pesadillas. Soñando que me abrazabas, que me amabas, me hacías tuyo y luego me abandonabas, una y otra vez... ¿Tengo que estar muerto para poder estar contigo? Dímelo y me mataré mil veces." Sonreí, balanceándolo suavemente entre mis brazos, acariciando su largo pelo oscuro, como la noche en la que nos fundíamos. Nunca había sido tan cariñoso con él y ahora me atrevía, lejos de todo, del mundo que me había visto crecer y me había rechazado como uno más. Y Bill me había aceptado una y mil veces como parte de su mundo.  
De repente, una desagradable sensación me recorrió la espalda, rompiendo el momento más hermoso de mi existencia. No quería separarme de mi Muñeco, pero esa sensación me agujereó el pecho como miles de agujas siendo clavadas en el órgano que había vuelto a la vida otra vez... o había muerto definitivamente, no lo sabía. Solo sabía que sentía dolor cuando no tenía que sentirlo y mi precioso Muñeco apartó su cabeza de mi hombro, mirándome con los ojos repletos de sufrimiento y desesperación. Apartó sus manos de mí cuerpo y las miró asustado, observando con las lágrimas aflorando otra vez de lo más profundo de su ser como sus brazos se cubrían de sangre, escurriéndose por sus muñecas hasta salpicar su perfecto cuerpo, haciéndolo aún más bello. Haciéndolo etéreo poco a poco.   
Sentí la angustia envolverme con su lazo cegador al ver como mi vida, mi Bill, mi estrella empezaba a desvanecerse entre mis brazos.   
"No, no te vayas. No puedes irte, ¡Bill, por favor!" sus lágrimas aumentaron. Sus manos ensangrentadas me acariciaron las mejillas a la vez que sus labios se apoyaban en los míos dulcemente, saboreándome, acariciándome con su cuerpo. Su pecho plano se unió al mío, haciéndome sentir su corazón latiendo despacio, muy despacio, como si estuviera luchando por salir de la oscuridad. Nuestros miembros se rozaron inevitablemente, haciéndome sentir cosquilleos de excitación. Bill gimió en el interior de mi boca, saboreándome con su lengua por última vez, antes de separarse de mí, con las mejillas empapadas. Estaba tan pálido...  
"Te quiero. Te quiero, Tom, ¡Te quiero, ya lo sabes! ¡Me muero por ti, te quiero, quiero... quiero...!"   
"No te vayas, Bill, por favor. No te vayas, mi Muñeco. Yo... quiero estar contigo... tienes que estar conmigo, tienes que estar conmigo o me muero... yo..." el tacto frío, pero tan dulce de sus manos empezó a desvanecerse. Ya no lo sentía. Ya no sentía su cuerpo. Bill... Bill, por favor, mi Ángel, mi Príncipe, mi Muñeco... no...   
"Di que sigo siendo tu Muñeco." Gimió, exasperado. "Dímelo, dime que soy tu Muñeco, ¡Dilo!" ya apenas veía su preciosa carita resplandeciente.   
"Sigues siendo mi Muñeco. Eres mi Muñeco precioso, Bill... mi Muñeco."   
Y sonrió. Esa sonrisa tan bella que tenía, que me volvía loco, tan brillante. Bésame una vez más, mi Muñeco, por favor...   
Y su cuerpo desapareció, esfumándose en las tinieblas en dónde me dejó solo, como si nunca hubiera estado allí, como si hubiera sido una cruel broma de mi subconsciente.   
Mi luz se desvaneció, otra vez. Dejándome envuelto en la manta de oscuridad de la que nunca consigo salir del todo. ¿Por qué? Quiero salir de aquí para ir a por ti, mi Muñeco, pero no veo la salida. ¿Dónde estás? No me importa cómo, por qué... Soy un monstruo y él es mi luz. ¿Por qué tienen que quitármela, por qué? ¿Tan horrible soy? ¿Tan monstruoso que no merezco su luz?   
Un demonio no merece a un ángel...   
No, no lo merece.   
  
De repente, algo tiró de mí con fuerza. Algo me embistió y la oscuridad se iluminó.   
Pude ver un cielo encapotado, sentir un asfixiante dolor reventarme la espalda al chocar contra algo duro, rodar por el suelo y caer finalmente de espalda sobre él. Sentí el peso de un cuerpo encima de mí, asfixiándome. Una cabecita rubia. El estruendo del tren pasar a toda velocidad a mi lado. Y sangre... las mejillas empapadas... La sangre de Bill y sus lágrimas, eso fue lo primero que pensé. Pero no. No era su sangre, ni tampoco sus lágrimas.  
Acababa de salir la oscuridad más profunda de golpe, cuando pensé que jamás saldría de ella, que allí me pudriría para siempre... Pero al mirar el cielo nubloso y oscuro, tan propio de la noche encapotada de Stuttgart, deseé volver a ella...  
No veía la diferencia.   
Seguía estando muerto por dentro.

**Capítulo 33**

Fue tan brutal.   
Primero sentí una molesta sacudida, tan débil que apenas fui consciente de que era mi propio cuerpo quien la recibía, como un pequeño látigo de adrenalina al sufrir una emoción fuerte frente algún estímulo. Luego, la sacudida me agujereó el pecho dejándome sin respiración. Un calambrazo despiadado, tan bestial que por un momento, pensé que había acabado en el infierno y que ese sería uno de los muchos castigos que recibiría a lo largo de la eternidad. No fue así.   
Abrí los ojos de golpe, tan adolorido que se me saltaron las lágrimas. Mi espalda se arqueó débilmente y, antes incluso de que fuera consciente de que mis pupilas se habían clavado en algo conocido, en una superficie lisa y blanca que me ocultaba la visión del cielo oscuro en el que me había sumido segundos antes, un borbotón de manos se precipitaron sobre mí, agarrando mi cuerpo y empujándolo hacia abajo.   
Revolví la cabeza un poco, aturdido y aún sintiendo el asfixia y el fuerte dolor en el pecho que me había masacrado por dentro. Cuando alcé la mirada un poco, empecé a reconocer cosas, cuerpos que se movían a toda velocidad a mi alrededor, voces entre aliviadas y preocupadas, algunas, incluso desesperadas. La gente vestía en bata blanca y un hombre, con una tarjeta plastificada colgada de la ropa, apartó unas placas de metal de mi vista, frotándolas entre sí y soltándolas sobre una superficie de metal próxima a él. Me incliné hacia delante, intentando levantarme, pero unas manos me agarraron del cuello y me colocaron con brusquedad una mascarilla en la cara, ajustándomela bien. Cuando me di la vuelta o, intenté hacerlo, vi las manos de una mujer cargando con una bolsa de un color rojo oscuro en la que se leí claramente, cero negativo. La colgó de una barra, a mi lado y observé medio ido como el líquido rojizo se escurría por un tubo transparente que se dirigía hacia... mi brazo. Una aguja lo atravesaba sin piedad sujeta por un trozo de esparadrapo. Unas repulsivas ventosas estaban pegadas a mi cuerpo, conectadas por cables cuyos extremos se hallaban sujetos a un aparato en el que se dibujaba una extraña línea amarilla que iba de arriba abajo. Un pitido insistente resonaba por toda la habitación: Pi, pi, pi, pi, pi, pi...  
Mis ojos viajaron por toda la estancia, confusos, hasta clavarse de nuevo en la aguja clavada en mi brazo... y luego más allá, en el lugar que recibía una ligera presión por un montón de vendas que otra mujer hacía rodar sobre mi muñeca, apretándola con fuerza. Observé como el médico que había cargado con las placas de metal, arrojaba un montón de sábanas raídas y ensangrentadas a una minúscula papelera y luego, se volvía hacía mí, mirándome con curiosidad.   
  
-Ha recuperado la estabilidad, doctor. - oí la voz femenina y suave de una chica a mí izquierda.   
  
-Ya lo veo. Dios santo, ¿Cuánta sangre ha perdido? Se le ha parado el corazón durante más de un minuto.   
  
-Sí, casi se va. ¡Qué pena de chico!   
  
-¿Quién lo ha traído?   
  
-Su padre, o padrastro. Al parecer lo encontró aún consciente, justo cuando acababa de cortarse, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Aún así, habrá que hablar con él. Su madre también está fuera, junto con sus primos o amigos, no lo sé.   
  
-Hay que llevarlo a la unidad de cuidados intensivos. Me preocupa el tiempo que su cerebro haya podido estar sin oxígeno.   
  
-Ha recuperado la conciencia, doctor. - el hombre de la bata se volvió hacia mí. Se inclinó levemente, mirándome fijamente.   
  
-¿Cómo se llama? - preguntó.   
  
-Bill. Bill Kaulitz, doctor.   
  
-Hola Bill, ¿Cómo estás? - me costó cierto trabajo darme cuenta de que el hombre se estaba dirigiendo a mí. - ¿Puedes hablar? ¿Me entiendes?   
  
-Hum... - fue lo único que pude decir. Tenía la boca dormida. No sentía los labios y mi lengua se movía patosamente dentro de mi boca. - Eejj...   
  
-¿Puede haberle afectado tanto la falta de oxígeno como para dejarle alguna secuela mental?   
  
-No. Ha estado muy poco tiempo sin oxígeno. Está bien. Solo está aturdido, es normal. - el hombre se alejó de mí, más tranquilo. - Quiero que lo llevéis a la unidad de cuidados intensivos. Hay que vigilar los puntos, puede que los rechace y también, hay que vigilarlo a él. Podría volver a repetirlo. En cuanto recupere la consciencia plenamente, quiero que lo vea un psiquiatra.   
  
-¿Y su familia, doctor?   
  
-Hum... no quiero que le presionen. Está débil. Creo que será mejor que no lo vean hasta que descanse y hable con el psiquiatra. Él dirá si es necesario o no ingresarlo en un psiquiátrico después de esto. - ¿Psiquiátrico... un manicomio?   
  
-No... - murmuré, pero ninguno pareció escucharme. De repente, la camilla en la que estaba tumbado empezó a moverse. La habitación empezó a dar vueltas con demasiada rapidez como para que mi vista cansada pudiera seguir sus movimientos.   
Salí de la estancia, siendo arrastrado por dos enfermeras. Sí. Eran enfermeras, las reconocí. Entonces, estaba en el hospital.   
Que desagradable.   
Salir de ese hermoso sueño oscuro para aparecer aquí, de nuevo, en la cruel realidad. Quería volver allí. Quiero volver con Tom, allí dónde parecía quererme como algo más que un polvo ocasional y sin futuro. Allí era su Muñeco, otra vez. Había sido tan feliz cuando me lo había dicho.   
Sigues siendo mi Muñeco. Sí, tu Muñeco, Tom. Para siempre.   
Lo decidí rápido. Volvería a verle. Volvería a aquella maravillosa oscuridad fuera como fuera, aunque tuviera que enfrentarme a todo el hospital provincial, me daba igual. Volvería con Tom.  
Pero esa idea tan clara desapareció de mi mente en cuanto los vi, en mitad del pasillo, desde la camilla. El doctor estaba hablando con ellos. Mamá estaba llorando. Gordon la estrechaba entre sus brazos. Georg estaba sentado en una silla, con la cabeza baja y las manos cubriéndole la cara. Gustav miraba al doctor con los labios temblorosos. Y todos se volvieron hacia mí en cuanto pasé por allí, arrastrado en la camilla.   
Mamá se precipitó hacia delante, llorando, gritando mi nombre.   
  
-¡Bill... Bill, oh dios mío! ¡Mi niño! - Gordon la agarró por los hombros, tirando de ella para que no se acercara. - ¡Suéltame! ¡Es mi niño, mi niño! ¡Mi hijo, mi Bill! - y rompió a llorar con más fuerza, cayendo al suelo de rodillas, gritando "Mi niño, mi niño..."   
Desvié la mirada hacia la izquierda, esquivando aquella escena.   
Joder, que mal hijo soy.   
Sentí unas horribles sacudidas en el estómago de puros remordimientos.   
Mi madre no era la mejor madre del mundo. Era demasiado sobreprotectora, tomaba las decisiones por mí, era quisquillosa, despistada e hipócrita... pero era mi madre. Y me había arropado las frías noches de invierno cuando era un niño. Me había felicitado y hecho regalos cuando había sacado buenas notas. Me había contado cuentos cuando no podía dormir por la noche a los nueve años y me había cambiado las sábanas de la cama pacientemente cuando no podía aguantar la orina por la noche, hasta que cumplí los doce. Me había llevado a mi primer parque de atracciones, al acuario, al zoo (pobres animales). Me había hecho ella misma mi disfraz de Halloween. Siempre había organizado mis fiestas de cumpleaños ella sola. Me había apoyado cuando tenía problemas y me había regañado cuando había hecho algo que no debía. Me había educado. Me había criado...  
Mi madre no era perfecta, pero era mucho más de lo que se merecía un hijo que se acostaba con su propio hermano a espaldas de su madre y se cortaba las venas como un cobarde, intentando huir de las consecuencias de sus actos. Tantos niños solos en el mundo y yo, acaparando a una mujer que no merecía tener a semejante niñato egoísta por hijo.   
Soy un monstruo egoísta, pero...  
  
-No deberías desviar la mirada, chico. - oí a la enfermera que sostenía el gotero, arrastrándolo junto a mi camilla. - Es lo mínimo que le debes a tu madre. - me dijo.   
Tuve ganas de gritarle. De replicarle ¿Qué demonios sabes tú sobre mí? ¿Te crees muy valiente, muy fuerte? Lo siento, pero yo no lo soy. Lo siento...  
Pero no tienes derecho a criticarme si no puedes ponerte en mi lugar.   
  
  
  
**By Tom.**  
  
Tres semanas. ¿Cuántas cosas pueden haber pasado en dos semanas? El mundo podría haberse acabado. Podrían haber lanzado una bomba nuclear con tanta magnitud, que hubiera arrasado la tierra. Millones y millones de muertos. Todo arrasado.   
Y yo seguiría igual, caminando por las calles desiertas, infectadas de cadáveres. No me afectaría lo más mínimo... supongo que porque yo soy uno de ellos. Que pueda andar y pensar no me hace diferente a un cadáver. Tampoco que sepa dónde está el hospital provincial y sea capaz de preguntar a la encargada, me hace muy diferente.   
  
-¿En qué habitación se encuentra Andreas? - la encargada alzó la cabeza de un montón de papeles mal apilados y me miró. Su cara se desencajó en una mueca de horror que intentó disimular. Vaya, mi fama me precede.   
  
-¿Andreas? - dejó de inmediato los papeles y se dirigió al ordenador. - ¿Andreas qué? - y me mordí el labio. Años y años y no me sabía el apellido del amigo que había dado su vida dos veces por mí.   
  
-Andreas, Andy... a secas. No me sé el apellido. - la mujer me miró de reojo, pero no replicó.   
  
-Solo hay un Andreas aquí, en la segunda planta... no. Le han dado el alta esta mañana. - suspiré.  
  
-¿Por qué se la han dado? - la mujer me miró, intentando ser amable y ocultar la molestia que emitía su voz.  
  
-Sólo se ha roto una pierna.  
  
-¿Y la cabeza? Se golpeó la cabeza. Por eso ha estado tanto tiempo aquí. No reconocía a nadie. No me reconocía a mí. - empezaba a sulfurarme. Ella lo notó y se encogió sobre el asiento, intimidada.   
  
-Lo siento. Pero yo no puedo darle esa información. - desencajé la mandíbula, con un desagradable sentimiento de ira recorriéndome las venas. Un chispazo que me atravesaba la aorta de parte a parte.   
La encargada y yo nos miramos fijamente. Estaba seguro de que por su expresión asustada, estaba a punto de llamar a los de seguridad. Puta cobarde. No pienso hacerte nada, joder. Suspiré una vez más, intentando controlarme, pero fue inútil. El recordar cómo había arrastrado a Andreas hasta el hospital, inconsciente, sangrando a borbotones por la cabeza y por algunas heridas superficiales, con la pierna desencajada en una postura imposible, me hizo abalanzarme hacia delante recurriendo a la rabia en estado puro. La encargada se echó para atrás en la silla con tanta brusquedad, que cayó al suelo, sobresaltada y gritando. Agarré el ordenador y giré la pantalla hacia mí, sacudiendo el ratón y empezando a buscar por entre lo que supuse, serían expedientes de pacientes ingresados.   
  
-¡Eh, eh! ¿Qué está haciendo? - ignoré a un enfermero que corría hacia mí. Si se acercaba más de lo que debía, le soltaría un cabezazo. - ¡Tom! ¡Tom, no puedes hacer eso! - miré de reojo al hombre y lo reconocí como uno de los pocos que trataban a Helem en aquel hospital. Vaya, que curioso. Se sabía mi nombre.   
Se detuvo a unos pasos de mí, observándome con expresión muy seria.   
-Tom, si no te apartas del ordenador, voy a tener que llamar a seguridad. - le dirigí una mirada escéptica y pasé de él. Debió de entender de sobra que no temía a la policía y mucho menos, a un puñetero guarda. - ¿Vienes a ver a tu madre, Tom?   
  
-Cállate, Copito de nieve. - le gruñí.   
  
-Tu madre pregunta todos los días por ti. ¿No crees que se sentirá decepcionada si la primera noticia que tiene de ti es que has atracado un hospital? - Andreas... encontré su expediente gracias a la fecha de ingreso y lo abrí. El peroné había sufrido una fractura limpia, la tibia padecía una leve grieta. Rasguños, varios puntos en la cabeza, contusión cerebral severa, amnesia ocasional, hemianopsia, hemiparesia... rehabilitación. El paciente progresa con rapidez... sin secuelas... - ¡Tom!  
  
-¡No ha venido nadie a recogerlo! ¡Nadie! ¡Y lo habéis dejado salir, joder! - golpeé el teclado con fuerza. Varias teclas saltaron.   
Por supuesto que nadie había podido venir a por Andreas, claro que no. Su padre estaba muerto. Su madre era una puta que no habría venido a visitarlo ni una jodida vez. Sólo estaba yo y ese imbécil ni siquiera me reconocía. ¡Jodida maricona rubia!   
  
-¡Tom! - me giré, perdiendo la paciencia. - ¡Si no paras ahora mismo, voy a tener que llamar a la policía!  
  
-¿¡Crees que tengo miedo a esas máquinas corruptas!? ¡Que te follen! - le pegué un tirón a los cables del ordenador. La pantalla rodó por la mesa y cayó al suelo, saltando en mil pedazos. La pisoteé con rabia delante de sus narices. - ¡Vengo a preguntar por un amigo hospitalizado y como respuesta obtengo la negación de una perra cobarde! ¡Vengo a ver a mi puta madrastra y solo veo enfermeros repipis que la miran por encima del hombro por estar postrada en una camilla! ¡Y ahora tú me amenazas con llamar a la policía! ¡Pues llama! - el enfermero encogió el cuerpo. El muy capullo estaba acojonado. Clavé la mirada en el teléfono inalámbrico que había en el recibidor, de última generación.   
Así que en eso se gastaban los muy perros el dinero que yo les daba por cuidar de Helem, eh... Lo cogí y se lo lancé contra el cuerpo. Él se agachó, sobresaltado, y el teléfono cayó al suelo, recibiendo un golpe brusco, pero no lo suficiente como para destrozarlo.   
-Llama a la policía. - le pedí. El enfermero alzó la mirada hacia mí, con el labio tembloroso. - Llama a la policía y diles que Tom Kaulitz te ha pedido que los llames. Diles que he destrozado el recibidor del hospital provincial, que he amenazado a un enfermero y aterrorizado a la mujer que lleva los expedientes. Diles que he armado un gran alboroto y, cuando lo hagas, dime qué te han dicho. No pierdes nada y conociendo a la policía, yo tampoco. - sonreí y el enfermero vaciló. Le temblaban los hombros.   
Decidí ahorrarles un mal rato y salir de allí en busca de Andreas. No tenía tiempo para joder a los ineptos del hospital.   
Salí de allí tranquilamente, siendo observado de lejos por todos los testigos del crimen. Lo cierto es que no tenía miedo de la policía. Yo no. Eran fácilmente manipulables. Los demás, Ricky, Andreas, Black... ellos sí tenían razón para temerla y también, odiarla. Sobretodo Black, siendo cómo era. Yo era el único que mantenía contacto con ella y la manipulaba como me daba la gana, a cambio de algunas cosillas, casi siempre, información. Un negocio interesado. A ellos no les convenía tocarme los huevos y a mí no me convenía que se entrometieran en mis asuntos. Todos felices... hasta cierto punto.   
Decidí encontrar a Andreas aunque tuviera que patearme todos los barrios bajos. Sería un milagro que hubiera logrado llegar a casa sano y salvo con una pierna rota.  
  
  
  
**By Bill.**  
  
Cierra la boca. No respires. Concéntrate en las puntas de tus dedos. Manten los ojos bien abiertos y pestañea cuanto menos, mejor. Cuidado con la postura de la espalda, bien estirada, pero ten cuidado con los tendones. Abre la boca cuando sea necesario, así, bien... si absorbes el agua por el canal de tus pulmones, estás acabado. Estira las piernas y muévelas... cuidado con los tendones otra vez, para eso está el calentamiento. ¿Estás listo, Bill? El agua es parte del ser humano, ¿Por qué deberías temerla? Pero si no te mueves bien, puede tragarte. Así que no te fíes del agua, nunca.   
No te fíes del agua aunque sea parte de ti.   
No te fíes de nada. De nada. De nadie. Sólo estás tú... solo... y debes sobrevivir, nadar a contracorriente. Si lo consigues, nada podrá detenerte. Si fracasas, sólo te espera la muerte, ahogarte, dejar que el agua te trague, sin remedio. Muerto.   
¿Estás preparado? Pues salta... ¡Salta!   
... Esos fueron los pensamientos que se cruzaron por mi cabeza en el bordillo de la piscina, segundos antes de saltar de cabeza y fundirme con la claridad del agua.   
Habían pasado años, no recuerdo cuantos, pero muchos años desde la última vez que metí un pie en una piscina pública o en el mar de las playas de España, cuando iba de vacaciones con mamá, Georg y Gus mis invitados y, un año, también Natalie.   
En invierno, había planeado unas vacaciones veraniegas con Tom por allí, esta vez, los dos solos, sin mamá, ni Georg ni Gus para acompañarnos. Tom nunca había visto el mar. Estaba seguro de que le encantaría. Allí se estaba tan bien... pero no surgió la ocasión. Rompimos antes de que pudiésemos ir.   
Me pregunto qué cara hubiera puesto al ver el mar...   
Yo adoraba el agua y no entendía cómo era posible que hubiera estado tanto tiempo alejado de ella. Hacía años, en la competición nacional, representando a Hamburgo, me zambullí en el agua y nadé tan rápido, estirando tanto los brazos y las piernas, que me dio un tirón horriblemente doloroso en la pierna izquierda. Aún así, no me detuve hasta que llegué al final, aguantándome el dolor y fui tan rápido que, ¡Paf! Me comí literalmente la pared de la piscina y me quedé inconsciente en el agua. Tuvieron que hacerme el boca a boca cuando me sacaron, un tío que estaba buenísimo, pero al cual he olvidado por completo. Cuando me desperté, me dolían todas las articulaciones. Estaba fatal, pero justo en ese momento en el que trajeron una camilla para llevarme a la enfermería, anunciaron que había ganado la competición. ¡Yo había ganado el campeonato nacional de natación del país! Me levanté del suelo, cogí mi medalla y subí al pódium que anunciaba el primer puesto con la medalla colgada al cuello. Nos hicieron fotos a los tres ganadores y presumí delante de las cámaras un rato. Por aquel entonces, yo llevaba el pelo corto y era el más joven de los participantes. Recuerdo que cuando me enteré de que había ganado, empecé a gritar que iría a las olimpiadas el año próximo, representando a Alemania. La gente me miraba como si fuera subnormal, pero yo era inmensamente feliz y nada de lo que dijeran o hicieran, podría acabar con esa felicidad... hasta que bajé del pódium, me cambié en los vestuarios y salí de allí para celebrarlos con mis amigos. Entonces... me rompí un brazo.  
Tenía un tirón en la pierna izquierda el cual ignoré al saber que había ganado el campeonato, pero cuando empecé a bajar las escaleras rumbo al coche, salté el primer escalón, apoyé la pierna mala y sentí todo el dolor del tirón multiplicado por diez. Perdí el equilibrio y caí por las escaleras, rodando como una peonza humana y, cuando llegué al suelo, me aplasté el brazo contra él.  
Grité como no había gritado en mi vida cuando me aplasté el brazo, y lloré y me medio desmayé al ver el cúbito atravesándome por completo el músculo y emergiendo de la piel como el pico de un iceberg, afilado y cubriéndolo todo de sangre.   
La muñeca, el cúbito y el radio estaban completamente rotos, fragmentados. Tuvieron que operarme una vez y luego, mantener una escayola durante dos meses enteros. Después, seis meses de rehabilitación. Suerte que soy ambidiestro.   
Después de aquello, le cogí aversión al agua y me ponía de mal humor ver a los demás bañándose en ella, chapotear, así que dejé de ir a la piscina y a la playa, a cualquier lugar que se le pareciera y empecé a quedarme solo en casa, en vacaciones.   
Había estado dispuesto a superar mi aversión al agua cuando Tom y yo llegáramos a las costas de España, pero esa ilsuión estaba más hecha pedazos que nuestra relación.   
No sabía qué hacía a las doce de la noche en la piscina climatizada en la que me había entrenado años antes para la competición. No sabía a qué coño habían venido esas ganas de ir allí en lugar de escapar lejos, tal y como había planeado. Me había colado en la noche, con todo oscuro salvo las luces de la piscina y otras pocas lucecitas que la rodeaban, iluminando el camino desde el suelo... pero allí estaba. Con solo unos boxers puestos nadando en la piscina totalmente solitaria.   
Me había escapado de casa. Después de tres semanas, una de ellas hospitalizado y recibiendo constantes visitas de un psiquiatra que había acabado asegurando que yo estaba muy cuerdo, además de tener una perspectiva de la vida muy interesante, había vuelto a casa. Mamá, como era normal, no me había quitado la vista de encima, tan preocupada que rayaba lo paranoico. Incluso me prohibía afeitarme los sábados y había acabado con una barba horrible, molesta y muy puntiaguda. Gracias a Gordon, que consiguió covencerla para que al menos, fuera él quien me afeitara, me atreví a salir a la calle, escapándome de casa por la noche cuando mamá se fue a la cama, con solo una mochila, una maleta bastante grande y, como no... Scotty.   
No podía dejarlo atrás, por supuesto. Aunque más bien me lo había llevado por miedo a quedarme solo. Al menos él, podría ayudarme a pensar con claridad cuando no supiera qué hacer al acabárseme el dinero que, practicamente, había robado a mamá.   
Scotty estaba sentado lejos del agua, moviendo la cola mientras me miraba nadar de aquí para allá. Mi perro odiaba el agua a muerte, eso era innegable.   
  
-¡Scotty! - lo llamé desde el bordillo. - ¡Scotty, ven al agua conmigo! - el perro me miró fijamente, dejando de mover la cola y bostezó, tumbándose en el suelo al fin, fingiendo cansancio. - ¡Serás perro! - me quejé. Casi puedo jurar que vi como Scotty levantaba una ceja, irónico.   
Dejé mi cuerpo flotando boca arriba, mirando el techo, cansado de nadar de un lado a otro como un loco. Luego, dejé que mi cuerpo se hundiera expulsando todo el aire de mis pulmones. Empecé a bucear por el fondo, con los ojos abiertos. Luego, me esconcerían por culpa del cloro, pero de momento, iba bien. Debajo del agua, mi mirada cansada se clavó en las cicatrices de mis muñecas. Formaban una fea línea horizontal que las atravesaba de parte a parte, de un color amarillo parduzco, muy finas pero obvias. No quería que nadie se fijara en ellas, por eso, siempre llevaba un par de muñequeras puestas, para disimular... que era un depresivo.   
Lo que más me jodía es que siempre recordaría a Tom por eso, grabado a fuego en mi piel y en mis venas.   
Subí a la superficie cuando se me acabó el oxígeno y empecé a asfixiarme y en cuanto saqué la cabeza y pestañeé, oí los ladridos alocados de Scotty a un lado de la piscina. Lo miré. Se había acercado tanto a la piscina que casi tocaba el agua. Parecía realmente exaltado.   
  
-Scotty... - nadé hasta él lentamente, apoyándome en el bordillo. El perro siguió ladrando. - ¿Qué te pasa? ¿Qué mosca te ha picado?   
  
-¿Mosca? Yo diría más bien que es un perro listo. - creo que me puse pálido al oír una voz a mis espaldas. Me habían pillado. Llamarían a la policía y me llevarían de vuelta a casa y entonces, con mi madre a sobreaviso sobre mis intenciones de huida, la cosa se pondría mucho más difícil. No podría huir hasta pasados meses.   
Me di la vuelta para suplicar a quien me hubiera pillado. Saldría de la piscina y me las piraría rápidamente, pero por favor, que no llamara a la policía o me arruinaría la vida más de lo que ya lo estaba.   
En cuanto me di la vuelta y reconocí al hombre que me miraba de cuclillas desde el bordillo, comprendí que no sería necesario suplicar. Al menos, no demasiado...  
-Así que a esto te dedicas por las noches, Billy.   
  
-Sparky... - el que había sido el dueño de mis pesadillas durante las largas horas de instituto, me miraba con seriedad desde su posición. No parecía muy feliz de verme... y yo tampoco a él, pero probablemente por motivos diferentes.   
Tenía una deuda pendiente con él. Por haberlo acusado injustamente de ser él quien había enviado los mensajes revelando mi relación con Tom, por no confiar en él, por dudar... por largarme y dejarle solo, defendiéndome, por que sí. Me había defendido.   
Los rumores de una pelea titánica en la escuela habían traspasado barreras. Justo cuando yo me había largado de la universidad como un cobarde, Derek se había echado encima de los dos capullos que se habían reído en mi cara, de sus dos colegas más leales. Habían roto mesas, ventanas, ordenadores... no estoy seguro, la gente tiende a exagerar, pero una cosa estaba clara. Las consecuencias para Derk habían sido nefastas. Lo habían expulsado permanentemente, uno de sus amigos le había denunciado por lesiones corporales y para colmo, se había extendido el rumor de que era marica, por haber defendido a uno. De hecho, la gente había empezado a suponer que él y yo nos acostábamos juntos y éramos pareja...   
Bueno, al menos algo de razón tenían.   
-¿Qué... qué haces aquí? - le pregunté desde el agua, apartándome el pelo empapado de la cara.   
  
-¿Tú que crees? - fruncí el ceño y até cabos enseguida. Él sonreía pese a que había convertido su vida en una auténtica mierda. No sabía qué hacía allí ni cómo me había encontrado, pero era bastante obvio lo que había pasado. Lo que no comprendía era por qué se había puesto a buscarme. Debería odiarme.  
  
-Te han asustado...   
  
-¡Y de qué manera! Estaba viendo la tele tan tranquilo en casa y de repente, me llama Georg, un tío con el que no me llevo nada bien, preguntándome si Bill, aquel con el que llevaba tres semanas sin hablar después de que me acusara de ser un traidor manipulador, estaba conmigo. Resulta que el niño caprichoso se ha escapado de casa. ¡Muy astuto, desde luego! Y ahora dime... ¿Se puede saber qué coño haces aquí, Bill? ¿Pretendes salir nadando por una alcantarilla o vas a dejar que te trage la depuradora? ¡Eres gilipollas, joder! - su actitud tan irritada me sobresaltó. Estaba acostumbrado a ver a Sparky cabreado, pero no a Derek. Los dos eran personas completamente diferentes. Derek tenía mucha más paciencia, pero parecía haberla perdido por completo. Pero bueno... ¿No sabía con quién estaba hablando? Le di la espalda en el agua y aleteé con las piernas, asegurándome de que un buen montón de agua le salpicara la cara. - ¡Eh! - gritó, y yo me zambullí, empezando a nadar a brazas hasta el otro lado de la piscina. Me agarré a las escalerillas dispuesto a salir cuando Derek, empapado, corrió hasta mí y me bloqueó la salida. Por supuesto, aunque fuera el mejor en natación, no podía competir con alguien que usaba las piernas para correr por tierra.   
  
-¿Qué puñetas quieres, Derk? - me costaba trabajo sacar corage de dónde no lo había, pero pese a ellos, estaba muy dispuesto a echarme encima suya como una pantera para conseguir mi libertad, por fin, después de tres semanas. Mi error había sido desviarme del recorrido planeado para colarme en una piscina pública. Un error que no estaba dispuesto a permitir que me arruinara mis planes de futuro... por muy insistente que Derk fuera y por muy bueno que estuviera.   
Tres semanas sin ver a más personas que a mi madre, mi padrastro y mis amigos, me habían trastornado seriamente.   
  
-Quiero que salgas de esa piscina de mierda, cogas tus maletas y a tu perro, y vuelvas a casa.   
  
-¡Ja! ¿Estás loco? Llevo semanas esperando mi oportunidad. ¡No voy a renunciar a ella ahora que estoy tan cerca de salir de esta apestosa ciudad tan superficial! - Derek retrocedió cuando salí de la piscina por las escalerillas y me miró fijamente, sin disimulo alguno. Paseó su mirada penetrante a lo largo de mi cuerpo, poniéndome el vello de punta, haciéndome estremecer. - Eh, deja de mirarme, ¿vale? Me pones nervioso. - él se quedó callado, pero supe lo que quería decir por la manera en la que tragó saliva.   
Esquelético.   
  
-Bill, vuelve a casa. Tu madre está muy preocupada por ti. Cree que vas a colgarte de una viga o algo así...  
  
-¿Y qué te hace pensar que no voy ha hacerlo? - caminé hasta Scotty, sentado al lado de mi mochila de viaje dónde había dejado mi ropa seca. Le acaricié la cabeza para que se tranquilizara, sentándome en las gradas a su lado y suspiré. - Sabes que me he cortado las venas, ¿no? Que he intentado matarme, ¿verdad?   
  
-Sí.   
  
-Entonces, ¿Qué te hace pensar que no voy a volver a intentarlo?   
  
-Tú no eres un suicida, Bill.  
  
-¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro?   
  
-Te conozco y sé que no... - golpeé las gradas con el puño cerrado, rabioso. ¡Sería hipócrita!   
  
-¿¡Conocerme!? ¡¿De qué, de un polvo?! ¡Tú no tienes ni zorra idea de mí, Derk, no te hagas el listo ahora! ¡Yo nunca te he importado una mierda, nunca te han importado mis sentimientos! ¡Los aplastabas como si fueran un montón de hormigas intentando construir un homiguero y te reíais, disfrutabas de ello! ¿¡Y crees que por hacerme un par de regalos y poner buena cara cuando me ves, todo va a estar bien!? ¡Tengo ataques de ansiedad y un problema con los nervios, pero no soy gilipollas y tampoco me vendo como una puta a cambio de regalos caros! ¡¿En serio creías que por ser tú, ibas a poder convencerme para volver a casa?! ¡Un cuerno! - el lomo de Scotty se encorbó, erizándose, empezando a gruñirle al desconocido. Derek no pareció inmutarse en absoluto.   
  
-Bill, joder, no te pido que lo hagas por mí. Tu familia está preocupada.   
  
-Tampoco sabes nada de mi familia, Derk.   
  
-Sé que tu familia te quiere. Que quiere protegerte, cuidarte. Sacarte del pozo de mierda en el que estás metido...   
  
-¡Pues no lo consiguen! ¡Mi familia no sabe hacer otra cosa que intentar solucionar mis problemas! Puedo parecer egoísta... ¡Pero quiero arreglármelas yo solo y sé que aquí, eso es imposible! - Derek frunció el ceño, astuto.   
  
-¿Por eso quieres largarte de aquí? ¿Para estar solo? Para... ¿Intentar partir de cero, solo? - eso era exactamente lo que quería. Renacer, pero no en Hamburgo, no cerca de una madre extremadamente sobreprotectora y unos amigos que te solucionan los problemas a tus espaldas. Sabía que era egoísta... pero el día que salí del hospital, después de que una niñata que conocía del instituto me llamara pervertido a la cara cuando nos cruzamos por los pasillos, decidí no volver a depender nunca de nadie más. Nunca.   
No me mataría porque sabía que eso haría daño a mi familia, pero no me quedaría con ellos para que me vieran sufrir, consumirme poco a poco hasta volverme loco, día tras día. Me iría por mi bien y por el suyo y, cuando volviera, cuando me convirtiera en un auténtico hombre independiente que sabría solucionar sus propios problemas, quizás le contaría a mamá el por qué de mi huida y esperaría que me perdonase.   
  
-Sí, Derk. Me largaré de aquí a algún lugar, buscaré trabajo y compartiré piso con alguien. Saldré adelante. Sólo tengo que salir de aquí y...  
  
-¡Tal y como pensaba, eres un pobre ingenuo! - le miré de reojo, irritado por sus gritos, por la manera que tenía de arruinar mis esperanzas de futuro con tanta facilidad. - Bill, la vida no es un camino de rosas. ¿Te crees que con un poco de fuerza de voluntad vas a conseguir una casa, comida, ropa, trabajo, con solo chasquear los dedos? ¡No me jodas! ¡Además, tú no has trabajado en tu vida!   
  
-¡Ah! ¿Y tú sí?   
  
-¡No estamos hablando de mí!   
  
-¡Derek, para que me den la paliza con estúpidos sermones, ya tengo a mi familia! ¿Tienes una idea mejor?  
  
-¡Sí, vuelve a casa!   
  
-¡He dicho, mejor! - Derek se sulfuró. Soltó un gruñido que sonó totalmente desesperado, impaciente y se llevó las manos a la cara. Negué con la cabeza y desvié mi mirada, cansado de esa conversación de vesugos. - No vas a hacerme cambiar de idea, Derk.   
  
-¿Por qué, Bill? ¿Es que no te das cuenta de que me tienes completamente jodido? - sonreí.   
  
-Defíneme jodido. - Scotty no le quitaba los ojos de encima a Derk, pero enseguida se relajó cuando empecé a toquetearle la cabeza y el lomo, ignorándolo por completo.   
Durante unos segundos, se formó un silencio sepulcral entre los dos y observé por el rabillo del ojo como Derek empezaba a caminar, alejándose de mí a paso lento. Iría a llamar a mi familia, seguro, en cuanto saliera de la sala. Cogería el móvil y marcaría y esperaría a que aparecieran todos para llevarme a casa aunque fuera a la fuerza. Esperaría a arruinarme la vida una vez más, tranquilo, sentado en un banco cercano para poder observarlo todo de cerca.   
Y una mierda.   
-Vámonos Scotty. - le susurré al perro, levantándome del suelo y agarrando mi ropa con rapidez, siendo observado atentamente por el chucho y, en cuanto empecé a ponerme los pantalones, oí el ruido del agua agitada, las gotitas volando por el aire salpicando todo lo que había alrededor y las grandes hondas que se formaban en la superficie después de haberse hundido un objeto enorme en ellas... o quizás una persona enorme. - No me jodas... - busqué a Derek con la mirada. Ni rastro. Luego observé la piscina, con la corazonada de que mi rubio se había tirado en un intento de llamar mi atención. Sería idiota... pues no pensaba tirarme a buscarle. Lo ignoré por completo y empecé a vestirme, pero en cuanto vi que no emergía a la superficie, empecé a ponerme nervioso. ¿Y si no sabía nadar? ¡Maldita sea! ¿Qué tío de veinte años no sabe nadar? No pude evitar acercarme al bordillo, soltándome los pantalones que cayeron al suelo. Scotty ni se acercó, ladeando la cabeza y haciendo ruiditos con la boca.   
Me asomé al bordillo, agachándome de cuclillas, intentando ver algo en el fondo de la piscina, buscando su cabeza rubia. - ¿Derk? - y ¡Bum!, una mano salió del fondo, me agarró del cuello y me lanzó de cabeza al agua. Tragué y casi me ahogué del susto. Un cuerpo musculoso me atrapó, rodeándome la cintura con sus brazos y pegándome al torso duro, cubierto por una camiseta pegada y, en lugar de arrastrarme hacía abajo, me subió a la superficie.   
  
-¡Te tengo!   
  
-¡Cof... Cof! ¿¡Derek eres gilipollas!?   
  
-Bill, si hubiera sabido antes que ibas a acabar con esas estupideces metidas en la cabeza, ¡No te hubiera salvado cuando te rompiste la cabeza contra la pared de la piscina!   
  
-¿Qué coño...? - Oh... ¿cuándo me rompí la cabeza...? - ¿Cómo sabes tú eso? - Derek me tenía agarrado por la espalda, impidiéndome hacer otra cosa que no fuera patalear. Oí los ladridos nerviosos de Scotty a lo lejos, acercándose a la piscina y mirándola con temor, vacilando entre si tirarse a buscarme o no.   
Derek me soltó la cintura y tiró de mí, situándome frente a frente. Me miró con una sonrisa ahogada, exaltada, irregular, con unos dientes perfectamente blancos. Su mano me acarició la mejilla, despacio. Por la expresión de su cara, parecía disfrutarlo.   
  
-Yo estuve allí, animándote desde las gradas. Ví como ganabas el campeonato y como te golpeabas la cabeza contra la pared por ir demasiado rápido, como empezaste a hundirte en el agua, inconsciente. Cómo tu madre empezó a gritar tu nombre. Y yo salté de las gradas, las atravesé hasta llegar al suelo, corrí hasta la piscina y te agarré antes de que nadie reaccionara. Te saqué fuera del agua, te tumbé en el suelo. El socorrista exigió que todo el mundo se alejara porque no te dejaban respirar y antes de que él llegara hasta mi lado para hacerte los primeros auxilios, yo ya te estaba haciendo el boca a boca, besándote por primera vez. - sus dedos suaves se pasearon por mis labios, rozándome los dientes con el deseo de sentir la humedad de mi boca. - Nadie me reconoció porque todos estaban pendientes de ti. ¿Quién crees que llamó a la ambulancia cuando te rompiste el brazo? Todos estaban intentando calmar tus gritos.   
  
-Pero... tú... - no me lo explicaba, ¿cómo lo sabía? ¿De verdad había estado allí el día del campeonato? ¿Cómo...?   
  
-¿No lo entiendes, Bill? - sonrió. - te dije que no solo te acosaba para pegarte. - lo miré fijamente, intentando analizar sus palabras. No lo entendía.   
  
-Me tienes hecho un lío. No lo entiendo, Derk. Te metías conmigo desde que era un mocoso, me las has hecho pasar de pena y de repente, un día te me declaras y empiezas a... - abrí los ojos como platos al oír su risa. No hacía pie en la piscina y me agarré a sus fuertes brazos para no hundirme.   
  
-Yo tampoco lo entendía. Simplemente quería llamar tu atención. Quería saber más del capullo que me había robado el puesto de presidente del consejo estudiantil, que me había robado la popularidad. Me metía contigo y te hacía rabiar, nunca llegaba más allá. Luego... pasó lo del campeonato. Me enteré por casualidad de que ibas a clases de natación y un día, fui a la piscina con la única intención de gastarte una broma y, de paso, ver si era cierto. Y lo era. Recuerdo que me asomé por una de las ventanas y te vi allí, en el bordillo de la piscina, con solo ese bañador tan ajustado, inclinado hacia delante para saltar al agua. Por aquel entonces, tenías el pelo bastante más corto que ahora, pero aún así era demasiado largo. Vi como te peleabas con tu entrenador porque te exigía que te lo cortaras si querías ser el mejor. Tú te cabreaste, pasaste de él, te quitaste el pelo de la cara agarrándote el flequillo con un clip, te pusistes las gafas de bucear y retastes a unos tíos mucho mayores que tú. Te movías en el agua como una anguila y les ganaste por metro y medio. Tengo grabada esa imagen en mi cabeza desde entonces. Tu cuerpo saliendo del agua, empapado, casi desnudo, con los músculos marcados, el pelo revuelto, las mejillas ruborizadas y la respiración agitada. Los ojos penetrantes, brillantes, agresivos, como los de un tigre hambriento. Fue entonces cuando me di cuenta de que algo no estaba bien en mí. Cuando esa misma noche soñé contigo de esa manera, pero en mi cama. Me desperté con una empalme de caballo. - no pude evitar reír ante la ironía. No podía ser, era ridículo. Nunca se me había pasado por la cabeza que Derek estuviera obsesionado conmigo de esa forma. Él siempre... ¿había querido follarme?   
  
-¿Quieres decir que tú... siempre...?   
  
-Te he estado observando, siempre. La primera vez que soñé contigo, te odié a muerte. Por eso, cuando te vi en el instituto un día después, te aticé por primera vez. Las otras veces... fueron iguales. Me habías descubierto una parte de mí mismo que consideraba vomitiva, por eso... quería matarte. Quería deshacerme de ti por miedo, por asco. Yo no quería ser... no quería ser...  
-Un marica... - terminé por él. Derek asintió con la cabeza, despacio.   
  
-Aún así, estaba obsesionado contigo y lo cierto es que te seguía a todas partes. En el instituto, intentaba moverme por dónde tú te movías, observándote de lejos y aprovechando cualquier oportunidad para llamar tu atención aunque fuera mediante burlas. Quería que tú me odiaras para que las mínimas oportunidades que tuviera contigo desaparecieran. Quería estar contigo, pero era algo que no me podía permitir y me hacía desconfiar de mí mismo. Por eso, cuanto más me odiaras, más difícil sería alcanzarte y más fácil sería para mí observarte, sin que te dieras cuenta. Cuando me enteré de que ibas a participar en un campeonato, tuve que ir... y allí hice lo que llevaba queriendo hacer desde hacía mucho tiempo... te toqué y te besé... - Derk suspiró. Pude ver su melancolía a través de sus ojos cristalinos y su sonrisa vaga, cansada, pero feliz. - Recuerdo que sonreí como un idiota cuando abriste los ojos, tosiendo, después del boca a boca. Esperé que me miraras y sonrieras, pero no lo hiciste. Te echaste a un lado, ignorándome por completo, sin reconocerme y cuando te recuperaste un poco, fuiste corriendo a por tu premio gritando que irías a las olimpiadas. Luego te rompiste un brazo. Te vi rodando por las escaleras e incluso oí el crujido del hueso, seguido de tus gritos al momento. Vi la sangre, vi tus lágrimas, sentí tu dolor... todos fueron corriendo hasta ti y yo... no tuve el valor de ir. Se descubrirían tantas cosas... así que llamé a una ambulancia, esperé a que llegara y te seguí en taxi hasta el hospital. Luego... bueno... te vi siendo arrastrado en camilla, con los dientes apretados, las mejillas empapadas y medio desmayado, blanco como la leche. Lo demás... es historia.   
  
-¿Fuiste a verme al hospital? - le pregunté, ansioso. Él negó con la cabeza.   
  
-Te dieron el alta en cuanto te pusieron la escayola.  
  
-No, esa vez no. Cuando... - bajé la mirada hasta mis muñecas, posadas en sus hombros. No estaba muy orgulloso de ello, la verdad. Me daba incluso vergüenza hablar de ello, de mis venas cortadas. Derek me agarró el brazo derecho y lo apartó de sí, sosteniéndolo frente a sus ojos, observando la cicatriz de la piel. - Una vez, una enfermera me dijo que debían quererme mucho, más de lo que yo pensaba. Me dijo que no debía avergonzarme, que si quería podía dejar pasar a mi novio una noche, pero con la condición de que no hiciéramos ruido y que uno de mis amigos estuviera presente. No sabía a qué se refería, así que se lo pregunté y ella dijo que un chico joven y muy guapo, venía todas las noches y se quedaba frente a mi puerta, velando por mí. No sabía quién era... pero... - Derek se rió con suavidad.  
  
-¿Y crees que fui yo?   
  
-¿No fuiste tú?   
  
-No, es imposible que fuera yo. Dices que alguien estuvo allí todas las noches ¿no? Pues yo falté la noche que te ingresaron, así que... - la sonrisa me salió por sí sola, sin necesidad de forzarla como lo había hecho en tantas ocasiones. Era consciente de que Derek quizás no se la merecía, pero no pude evitarlo.   
Recuerdo que cuando Gus y Georg se enteraron de que me había acostado con Sparky, mi eterno enemigo, se controlaron para no echarse encima de mí con rabiosos sermones, pero aún así, Georg no se pudo controlar y gritó: ¿Por qué, Bill? ¿Qué te han hecho a ti las relaciones normales entre chico y chica de toda la vida? ¿Por qué tienes que empeñarte en intentar simular a Romeo y Julieta? Primero, Natalie, una puta sin escrúpulos. Después, Tom, que no solo es tu hermano gemelo, si no que encima es un delincuente con muchos menos escrúpulos que tu primera novia. Ahora... ¡Sparky! ¡El tío que te ha estado acosando desde parvulitos! ¡Bill, por favor, tu vida amorosa es de culebrón! ¡Córtate un poco, tío y sal con personas normales para variar!   
Era tan fácil decirlo... pero ¿Cómo decir que no a la única persona que, aún en la sombra, haciéndome el día a día imposible, había estado ahí, sin engañarme, sin traicionarme, sin intentar resolver mis asuntos, sin dominarme, dejándome libre para decidir por mí mismo, abriéndome los ojos cuando eso era lo que más necesitaba? Quién me había defendido y se había sacrificado por mí.   
Sin duda, pese a todas las amenazas, humillaciones y demás, si había una persona que merecía un trato distintivo de mí, ese era Derek.   
  
-¿Y por qué? ¿Por qué has estado tanto tiempo siguiéndome? ¿Qué quieres de mí, maldito chucho atómico? - pregunté. Sparky sonrió y sus manos descendieron hasta mi cintura de nuevo, bajo el agua, acariciándome el principio de la espalda, cerca de la cinturilla de los boxers.   
  
-Quiero que seas mi... novio. En otras palabras, mí... Muñeco.   
¡Bum bum, bum bum, bum bum...! El corazón se me subió hasta la garganta. Sentí los labios temblorosos y la boca seca... ¿Qué acababa de decir? ¿Muñe...co?   
  
-¿Qué...?  
  
-Yo no soy Tom, Bill. Por eso no creas que estoy intentando jugar contigo ni por asomo. - ¿jugar? ¿Quién estaba hablado de jugar? Yo... ya no era el Muñeco de Tom. Ya no... le daba tanto asco... no tenía dueño, lo sabía muy bien pese a lo que había visto en aquella oscuridad etérea, en aquel lugar dónde me había encontrado después de cortarme las venas, dónde le había visto y él me había tocado, besado, y dicho que seguía siendo su Muñeco. Su precioso Muñeco. Y... aunque sabía que había sido un sueño, una ilusión por mis ganas de verle, al borde de la muerte, aunque sabía que el verdadero Tom me odiaba, no podía evitar sentirme suyo.   
  
-Pero yo... - no sabía si estaba llorando o era el agua de la piscina lo que se escurría por mi cara. Era horrible. Por culpa de Tom yo no podía querer a una persona que al menos, había sido sincera, que me gustaba mucho, que me quería como él no había sabido quererme. Por tu culpa, Tom. Por tu culpa. ¡Te odio! - ¡Pero es que yo sigo enamorado de Tom, Derk! ¡No puedo ser tu Muñeco, no es justo! Tú... ¡No puedes competir contra Tom! ¡Sé que es un idiota, pero le amo demasiado!   
  
-Ya lo sé, Bill. ¿Te crees que soy idiota? Sé que estás loco por él, pero también sé que yo te gusto... - acercó su cara, estrechando los brazos alrededor de mi cintura. Rozó su nariz con la mía y pude ver como el tono melancólico de sus ojos se volvía agresivo, intimidante. - ... y mucho. No puedo competir contra Tom, no por ahora. Pero si me das una oportunidad, lo liquidaré. Lo haré desaparecer de tu vida. Haré que desaparezca. Puedo hacerlo... llevo entrenándome para ello desde la primera paliza. Y lo conseguiré. - dejé que sus brazos me apretaran aún más contra su cuerpo, hasta hacerme notar su polla rozándome el muslo. No estaba duro... no del todo, al menos. - Bill... yo puedo sacarte de aquí, llevarte a dónde tú quieras. Estoy seguro de que lo sabes. - tragué saliva. Sí, lo sabía. Tener a Derek sería una solución rápida y fácil a volver a mi día a día encerrado en casa, vigilado constantemente por mi familia, temiendo que algún día, mamá se enterara de todo. Una solución rápida y fácil y, además, Derk tenía razón. Él me gustaba, muchísimo.   
Quizás no sería mala idea...   
Derek esperaba mi aprobación. Su pecho subía y bajaba, acelerado, chocando contra el mío. Estaba muy nervioso, el corazón le latía intensamente. Me incliné hacia delante, rozando mi nariz con la suya y le besé en la boca. Sentí las gotitas de agua salpicarme la cara. La abrí sobre la suya y encajamos al instante. Mi lengua lamió sus labios buscando la manera de entrar y me la saboreó con la suya en cuanto la atrapó en su boca, cerrándola sobre la mía con posesividad, ansioso. Le rodeé el cuello con los brazos, hundiendo los dedos en su pelo rubio y me colgué de su cuerpo, cerrando los ojos, moviéndome sobre él intentando imitar el ritmo de su lengua dentro de mi boca, escurridiza y juguetona. Su saliva se mezclaba con la mía. Me lamía y me mordía con ganas. Sus manos descendieron desde mi espalda hasta aprisionarme el culo. Me apretó las nalgas a dos manos, impulsándome hacía arriba y separó sus labios de los míos con lentitud. Derek sonrió al sentir la pequeña bola de metal balancearse sobre mi lengua.  
  
-Esto no significa que me hayas hecho cambiar de idea. - murmuré, desencajándole la camiseta blanca empapada, colando mis manos dentro de ella, acariciándole la espalda ancha y suave. La camiseta se pegaba al torso como si fuera una muda de piel. Sus músculos me recordaron a los de los bomberos que había visto durante el último simulacro de incendio de la universidad. Me ponía tanto que estuvieran tan duros, pegados a mi cuerpo débil y esquelético. Había adelgazado tanto durante las últimas semanas, que daba pena mirarme. Pero eso Derk no parecía notarlo.  
  
-Lo sé. Habrá que ponerse insistente. - empecé a oír los ladridos de Scotty acercarse cuando Derek me apoyó contra el bordillo de la piscina, en la parte menos profunda de la misma, cogiéndome por el trasero con descaro y aupándome hasta que mi pecho quedó fuera del agua, frente a su cara. Encogí las piernas, apoyándolas a ambos lados de sus costados.   
  
-Derek, voy a irme... - apoyó su cabeza contra mi pecho, sus labios dirigidos por la lengua recorrieron mi torso empapado, absorbiendo cada gota de agua con cada lamida hasta llegar a mis pezones, mordisqueándome el izquierdo. - Hum... me voy a ir de aquí... - jadeé. - Quieras o no... - por un momento Derek alzó la mirada, observándome con fiereza. Cerró los ojos entonces y estrelló mi cuerpo bruscamente contra la pared de la piscina, clavándome el bordillo en la espalda y su cuerpo plenamente vestido contra el mío. - ¡oh! - me agarré a él como si mi vida dependiera de ello. Le clavé las uñas en el cuello y la espalda. Sentí su polla despierta restregarse contra mi ingle. Ahora sí que estaba duro, como una piedra.   
Me clavó los dientes alrededor del pezón, con saña. Lo toqueteó con la puntita de la lengua, ensalivándolo bien hasta que se puso duro entre sus dientes. Luego lo succionó. Me puso completamente tieso.  
-¡Ah! - cualquiera se hubiera quejado por la bestialidad con la que me mordía, como si quisiera llevarse un trozo de piel con él. Pero yo no era cualquiera. Era un maldito masoquista. Desde luego, con Tom lo era. Claro, que él no era menos.   
El cuerpo me temblaba de lujuria pura. Mi espalda se arqueó sintiendo la boca mojada de Derk bajando por mi cuerpo, desde el pezón hasta la cintura de los boxers. Solo mis piernas estaban ya dentro del agua. Mi cabeza dio contra el suelo que rodeaba la piscina, empapándolo por el agua del pelo.   
Derek empezó a bajarme los boxers, despacio. Su pelo se restregaba contra mi bajo vientre mientras su lengua lamía la piel que iba quedando al descubierto hasta mi ingle. Me la mordió en cuanto fue visible, abriéndome las piernas con sus grandes manos. La notaba... hacía bastante tiempo desde la última vez que me puse tan duro. Mi polla haciendo presión contra mis boxers, intentando salir aunque fuera rasgando la tela, intentando escapar del dolor de la prisión. Derk me lamió la base, empezando a recorrerla con la lengua hacia arriba, cerrando los dedos de una mano en torno a ella.  
-Derk... vamos... estoy duro... ¡Ah! - sentí de repente un pinchazo en la zona más íntima de mí. Derek se deshizo de los boxers y mi pene tembló de excitación al desaparecer la prisión de tela, totalmente empapado y tieso.   
Apoyé los brazos en el suelo para mantenerme erguido, observando el rostro lujurioso de mi rubio, observándome con fascinación y deseo. Se mordió el labio inferior. La mitad de su cuerpo estaba fuera del agua, de cintura para arriba. Se apartó de mí unos segundos, quitándose la camiseta con una mano, mostrándome su torso musculoso y fuerte... mucho más que Tom. Si no fuera porque sabía perfectamente que Tom era un monstruo sádico encerrado en el cuerpo de un hombre, temería que Derek lo aplastase con sus brazos hasta convertirlo en un montón de huesos rotos.   
Una de sus manos me agarró el culo con fuerza hasta clavarme las uñas. Pasó la otra a lo largo de mi cuerpo, aplastándola contra mi vientre, empezando a ascender con ella por mi pecho, restregándose hasta mi cuello. Arqueé la espalda, echando la cabeza hacia atrás, disfrutando.  
  
-Joder, nene... pareces una estrella porno... eres... precioso... - estuve tentado de preguntarle si no tenía ojos en la cara. ¡Era un puto saco de huesos! Pero no podía negar que me hacía sentir tan cómodo que me dijera que era deseable...  
Derek se echó hacia delante, pegando su pecho contra mi polla, restregándose contra ella. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero cuando sus dedos empezaron a indagar por el interior de mis nalgas, buscando, acariciándome los testículos con los dedos y luego... presionando en mi agujero sin piedad, dispuesto a entrar. Cerré los ojos con fuerza y encogí el cuerpo instintivamente, echando la cabeza hacia un lado, intentando contener los débiles espasmos que me sacudían el cuerpo por el placer. Me estaba penetrando con dos... no, tres... despacio... apreté los dientes.   
-¿Te duele? - preguntó. Se inclinó hacia delante, empezando a salir del agua por los escalones que se hundían en la misma. En un momento, solo las rodillas quedaron dentro de la piscina. Sentí su pene palpitando, chocando contra mi pelvis todavía encerrado entre vaqueros. Suspiré.   
  
-... Hace... hace semanas que no entra nada ahí...   
  
-¿Ah, no? - temblé débilmente notando como me penetraba más a fondo, con rudeza, ensanchándome para dar paso a algo mayor. Jadeé y descendió la cabeza hasta mi cuello, paseando su lengua a lo largo de mi piel, hasta la oreja. - ¿Y quieres que yo entre? - murmuró. Giré la cabeza y le miré a los ojos. Le brillaban tanto, repletos de calientes ganas de tomarme... y también veía miedo, temor al rechazo.   
Derk de verdad estaba... ¿Enamorado de mí?   
  
-Sí... entra Derk... - suspiré y dejé mi cuerpo esquelético en sus manos. Observé medio tumbado en el suelo empapado de la piscina como mi rubio se bajaba los pantalones con una mano, sacando los dedos con los que me daba placer. Me aferré a sus brazos con nerviosismo en cuanto su cuerpo se dejó caer sobre el mío. Sentí la punta húmeda de su pene rozándome la entrada dilatada y dejé que me besara con gusto antes de penetrarme hasta el fondo.  
Derek no merecía mi desprecio después de todo. Además... sería la última vez en mucho, mucho tiempo que nos viéramos y, sabía que allí dónde fuera, lo echaría de menos.   
Aunque no tanto como echaba de menos a Tom.  
  
  
(Continúa)

**By Tom.**  
  
La fachada era vieja. La pared estaba descolchada y dejaba perfectamente a la vista los ladrillos derruidos que actuaban de pared. Las cañerías sobresalían, oxidadas, del muro central, goteando agua sucia. La puerta principal del bloque de apartamentos estaba rota, sin cerradura y la pequeña ventana incrustada en la misma estaba hecha añicos, cubierta por un trozo de simple cartón.   
Entré en el bloque de apartamentos, encontrándome con unas odiosas escaleras empinadas difíciles de subir. Los escalones eran demasiado altos incluso para mí. Subí un par de pisos, ignorando los desconchones de las paredes, las goteras y alguna que otra rata aplastada contra el suelo, destripada. Algunos vecinos parloteaban en las escaleras, sucios y desgreñados, apestaban desde lejos. La piel era oscura, pero no lo suficiente como para considerarles negros y su vestimenta hacía juego con el bloque. En cuanto me vieron aparecer, enmudecieron y desviaron la mirada, sobresaltados y asustados de mi sola presencia.   
Una niña pequeña que llevaba un vestido rosa oscuro a causa de la suciedad que había en él, salió apresuradamente de la vivienda que carecía de puerta, solamente interviniendo el paso de cualquier intruso una cortina vieja. Sonreía. Una muñeca de trapo estaba siendo espachurrada por sus delgados brazos. Chocó contra mí accidentalmente y soltó un gritito de espanto cuando su muñeca cayó al suelo, a mis pies. La niña alzó la cabeza y me miró a los ojos.   
En ese corto periodo de tiempo en el que nuestras miradas se cruzaron, me pregunté si debería sentir pena por ella. Al ver la muñeca de trapo, sucia, vieja, destrozada, como todo lo que había allí, comprendí que sí. Debería... pero no la sentía.   
Eso demostraba que estaba volviendo a ser yo.  
Hacía tres meses, probablemente hubiera ido a una juguetería, habría comprado una muñeca nuevecita, limpia y bonita, y se la habría regalado.  
Ya no.   
Ahora simplemente me agacho, cojo la muñeca y se la entrego. La niña la mira desconfiada, pero finalmente, la coge y sale corriendo.   
Tercero A. Ese apartamento era uno de los pocos que tenía una puerta en condiciones, con una buena cerradura. Alcé el brazo para llamar a la puerta cuando esta se abrió, dejándome cara a cara con un hombre alto, con bigote, cubierto con un chaleco y de escaso pelo. Me miró de arriba abajo y sonrió cuando pasó por mi lado, empezando a bajar las escaleras con ritmo apresurado. Intenté analizarlo con detalle, pero cuando ella se me puso delante, apoyada en el marco de la puerta, guardándose unos cuantos billetes de los gordos en el escote que dejaba ver el diminuto camisón transparente, supe que ese tío no era alguien que valiera la pena captar mi atención.   
  
-Vaya, vaya, vaya... Si el pequeño Tom está aquí, ¿A qué se debe el honor de tu divina presencia? - preguntó ella, con ironía y un tono cargado de repugnancia. Su pelo castaño le llegaba hasta la cintura, tenía unas curvas bien definidas para su edad y un rostro sin una mísera arruga. La hubiera considerado guapa de no ser por su palidez enfermiza, esas ojeras oscuras y esas uñas demasiado largas incluso para mí, que le daban aspecto de bruja.   
Bueno, en realidad, lo era.   
  
-Andreas está aquí, ¿verdad? - ella se cruzó de brazos con expresión divertida.   
  
-Oh, así que vienes a verle a él. Y yo que había pensado que venías a solicitar mis servicios. El pequeño Tom ya es un hombre ¿no? - se burló, sarcástica.   
  
-No estoy tan desesperado como para contratar una puta y menos, una como tú.   
  
-Ja... ¿Y estás tan desesperado como para tirarte a esa maricona que tengo por hijo? - decidí pasar por alto esa clara provocación.  
  
-Lidy... ¿Me vas a dejar pasar o no?   
  
-Si no te dejo, me tirarás la puerta abajo, ¿no?   
  
-Eso dalo por hecho. - Lidy leyó la amenaza en mis ojos y se apartó, empezando a caminar hacia el interior del piso, mucho más ordenado y limpio que mi casa, pero también más pequeño. Las paredes estaban pintadas de rojo y un olor a incienso me cosquilleó la nariz.   
Desde luego, se notaba que el piso estaba decorado por una puta. Parecía el lugar idóneo para grabar una película porno.   
  
-¡Entra, estás en tu casa! - me gritó, tumbándose en el sofá, apoyando una pierna sobre el cabecero y dejando caer la otra. Pude ver perfectamente el color de su ropa interior ajustada y también, bastante transparente. Puse los ojos en blanco y clavé la mirada en la puerta del pequeño y desordenado cuarto de Andreas.   
  
-¡Andy! - lo llamé, pero no hubo respuesta.   
  
-Dime una cosa, Tom. Te tiras a mi hijo ¿verdad? Tú y ¿Cuántos más?   
  
-No todos tienen complejo de puta como tú, Lidy.   
  
-Desde que me enteré de que ese niño es un puto desviado, a veces pienso que uno de mis clientes puede haberle jodido a él. ¡Oh, dios! Si su padre supiera que es uno de esos chupapollas...  
  
-Si su padre estuviera aquí y se hubiera enterado, Andreas estaría muerto y estoy seguro de que tú le hubieras dejado matarlo.   
  
-Quizás... su padre hubiera preferido verlo muerto a verlo convertido en eso.   
  
-Y tú también ¿no? - Lidy se encogió de hombros. Agarró un cigarrillo escondido junto con condones en un cajón de la mesilla y se lo llevó a la boca.   
  
-¿Tienes fuego? - la imité, encogiéndome de hombros. Ella frunció el ceño, se levantó y caminó hasta el equipo de música, encendiéndolo y cogiendo el mechero que había sobre él. Se prendió el cigarro y le dio una calada rápida. - Si no hubiera sido por ti... el pequeño Tom, parecía tan inofensivo... ¿Quién me hubiera dicho a mí que por su culpa yo acabaría siendo follada por desconocidos?   
  
-No parece molestarte mucho. - ella me miró por el rabillo del ojo. Yo le sonreí con pura malicia.   
  
-Eres un maldito hijo de puta, Tom.   
  
-Creo que no eres la más indicada para decirme eso.   
  
-Un día... te mataré... - amenazó. - ¡Te mataré! - gritó de repente y, tal y como había supuesto que acabaría, se dio la vuelta y corrió hasta mí con los ojos llameantes de furia. Me agarró de la sudadera, sacudiéndome bruscamente, gritando como una loca. - ¡Por tu culpa! ¡Yo lo tenía todo, todo! ¡Un marido perfecto, un hijo perfecto, una casa perfecta! ¡Vivía tranquila, podía permitirme cualquier lujo, solo tenía que limpiar la casa, hacer la comida, la colada...!  
  
-Y aguantar las palizas y violaciones de tu marido cuando volvía borrado o cabreado a casa. Sólo eso. - sus labios temblaron y me abofeteó en la mejilla con fuerza. Sentí sus uñas arañarme la cara y le devolví la mirada irritada, empezando a perder la paciencia.   
  
-¡Siempre has sido un puto engreído! ¡Te crees que lo sabes todo, te crees que tienes derecho a mirarme por encima del hombro por haberme convertido en este deshecho humano! ¡Mírame! ¡Mi vida está arruinada, el que traía el dinero a casa está bajo tierra y mi hijo no sirve para nada, es un puto marica! ¡Tú has destrozado esta familia, tú! ¡El jodido Tom Kaulitz, el asesino, el sádico, el monstruoso niñato que juega con la vida de las personas como si fueran muñecos! ¡Tú, que solo sabes hacer daño a la gente! ¡Tantas personas no sufrirían si tú no hubieras nacido! - el brazo me tembló. Inmediatamente recordé una escena, tan parecida a esa... y las mismas palabras saliendo de un boca diferente. De una boca que me había sonreído tiempo atrás.   
  
"¡Sólo sabes hacer daño a la gente, naciste para eso! ¡Ojala nunca hubieras nacido!"  
  
Y no pude contenerme. Alcé el brazo y le pegué un puñetazo en la cara que la mandó directamente al suelo, con todas mis fuerzas. Su cuerpo se sacudió e inmediatamente, su ojo izquierdo se inflamó como un globo, completamente morado. Se lo tapó con una mano temblorosa y me miró con los dientes apretados, no sé si por la rabia o por el dolor.   
Empezó a llorar y eso, fue la gota que colmó el vaso. Apreté los puños con fuerza, reprimiendo mis ganas de agarrarla del cuello y estrangularla con mis propias manos.   
  
-¡Deja de hacerte la víctima, joder! Desde luego, el papel de puta te va como anillo al dedo. Sólo sabes quejarte, lloriquear y pedir clemencia, esperando que alguien te solucione todos los problemas y si luego la jugada te sale mal, eres incapaz de aceptar las consecuencias. Eres débil, eres una blanda, eres una víctima y te encanta serlo. Eres escoria humana - estaba hecho una furia. Sentía pinchazos en mis venas de pura rabia, estaba en uno de esos momentos en los que destrozaría cualquier cosa que se me pusiera delante, patearía cabezas, destriparía estómagos, haría arder todo Stuttgart y ni aún así, desaparecería la cólera.   
Siempre llevaba dinero conmigo y esa vez no era una excepción. Cogí tres billetes de cincuenta euros y los dejé caer al suelo frente a ella. Dejó de llorar al momento.   
-Si tanto te gusta ser la víctima, yo te convertiré en una. Te pagaré, tal y como hacía tu marido y a cambio, te meteré las palizas que quiera. Tendrás que recoger tu propia mierda con la boca y podrás estar todo el día sin dar golpe, encerrada en casa, limpiando y cocinando como quieras. Me da igual. Podrás ser toda la víctima que te de la gana y como me entere de que le pones la mano encima a tu hijo o le diriges la palabra, te violaré hasta que te quedes sin papilas gustativas de tanto chupar y chupar. ¿Es eso lo que quieres? ¿Volver atrás en el tiempo? ¿Tener que soportar estar encadenada como una perra hasta que llegue tu dueño para golpearte a gusto, a cambio de dinero? - ella no dijo nada. Su mirada no se desviaba del dinero que había dejado en el suelo. - Por lo menos siendo puta tienes la libertad que un ser humano necesita. Por lo menos nadie te pega ni te humilla, por lo menos puedes salir a la calle sin miedo a volver a casa, por lo menos puedes dormir tranquila por las noches sin temor a que el que duerme a tu lado despierte y te estrangule. Por lo menos estás viva estúpida zorra. ¿Cómo tienes los cojones necesarios para mirar atrás y pedir que todo vuelva a ser como antes solo por dinero? ¡Esa forma de actuar da pena, joder!   
  
-¡Tom! - Andy apareció en la puerta de su habitación. Al ver a su madre de rodillas en el suelo, con el ojo cada vez más hinchado y con las lágrimas aún patentes en los ojos, se puso pálido. - ¡Mamá! - empezó a andar, pero en cuanto posó su pierna escayolada sobre el suelo, se encogió y se llevó la mano a la misma, temblando de dolor.   
  
-Déjalo, Andy. Ya he terminado por aquí. - le devolví la mirada de repugnancia a Lidy y le di espalda.   
  
-¿Qué le has hecho a mí madre? ¿Le has pegado?   
  
-No le he hecho nada que no se haya buscado. - antes de entrar en el cuarto de Andy, arrastrando al mismo dentro, la miré de reojo. Ya había recogido el dinero por el que le había gritado segundos antes.  
Por supuesto. Las personas no cambian, nunca. La única manera de hacerlas cambiar es golpeándolas con fuerza, dónde más les duela. En su amor propio, en su orgullo, en su autoestima... pisoteándolas contra la mugre, hundirlas en ella. Haciéndoles sentir auténtico miedo.   
  
-¿Qué haces aquí?   
  
-Vengo a verte, rubio.   
  
-¡Yo no te he pedido que lo hicieras! - cerré la puerta. Empujé a Andy sobre el colchón que había en mitad de la habitación, su cama, sin somier ni nada, simple colchón y duro suelo, unas pocas sábanas y dos cojines incómodos. La habitación ya era pequeña de por sí, pero no la recordaba tan enana desde la última vez que estuve allí. Intenté averiguar por qué, lo que sobraba allí. Un escritorio con una pequeña televisión vieja, una videoconsola antigua, muy antigua al lado de la misma, sobre un mueble pequeño que hacía de mesa de noche. Restos de comida basura, paquetes de chucherías, un armario con mucha ropa y zapatillas de deporte desgastadas, una estantería repleta de libros, revistas, comics... pero ¿Qué coño...?   
Todos los libros estaban desparramados por el suelo, alrededor de la cama. Otros tantos estaban desordenados en la estantería vieja y rota, al igual que las revistas y los comics. Observé todo aquel revuelo de literatura en silencio. ¿Desde cuándo Andreas leía? No, ¿Desde cuándo alguien de los barrios bajos se gastaba el dinero en libros en lugar de comida, ropa o cualquier otro lujo? Había gente que ni siquiera sabía leer. ¿Desde cuándo?   
Miré a Andreas y me agaché frente a él, sobre el colchón. Él parecía temerme. Cogí el primer libro que encontré del suelo y leí el título.   
  
-Hamlet. Shakespeare. ¿Desde cuándo te gusta a ti Shakespeare? - lo lancé a un lado y cogí otro libro, bien gordo - El señor de los anillos... hum... - cogí otro. - La Odisea... La Ilíada de Homero... Los hombres que no amaban a las mujeres... Déjame entrar... Gladiator... Robinson Crusoe... Las aventuras de Tom Sawyer... El retrato de Dorian Gray... Sherlock Hommes... La guerra de los espejos, la auténtica historia de Alicia en el país de las Maravillas, ¡Oh, interesante! ¿Qué puñetas es esto, Andy? - él frunció el ceño. Parecía intentar hacer un puchero.   
  
-Libros.   
  
-¡No me digas! ¿Desde cuándo te gusta leer?   
  
-¡Desde los cinco años! - molesto, me quitó los libros de las manos, apartándolos de mí como si fuera a prenderles fuego.   
Algo me resultó de lo más inquietante. ¿Cómo era posible que no supiera que a Andy le gustaba leer si, supuestamente, era un "verdadero amigo"? ¿Cómo era posible que ni siquiera me supiera su apellido si lo conocía desde los nueve años más o menos? Me molestó no hallar más respuesta que el hecho de que nunca me había importado una mierda cómo se sintiera, en qué emplearía su tiempo libre ni qué hacía cuando no estaba conmigo. No sabía nada de Andreas porque nunca me había importado demasiado, ni una milésima de lo que al parecer, yo le importaba a él.   
Por un momento, me sentí incómodo. Le debía la vida, ¿Acaso por eso empezaba a mirarlo con otros ojos? Nadie, a parte de Helem, había mostrado tanto interés en mí hasta el punto de arriesgarse a morir. Ni siquiera Bill.   
Aunque claro... yo nunca se lo había pedido y el muy capullo me había arruinado el suicidio para nada. Lo cierto era que... no se lo agradecía.   
  
-Entrevista con el vampiro. - leí en otro de los infinitos libros que el rubio parecía esconder muy bien. - ¿Te gustan los vampiros, Andy? - él no pareció escucharme. Mantuvo la mirada baja, agarrando todos los libros que lo rodeaban, estrechándolos entre sus brazos con posesividad. No había recogido ni un tercio y ya no le cogían en los brazos. - Bueno... los vampiros no están mal. Son lujuriosos, duermen de día y salen de noche, se alimentan de sangre mordiéndole el cuello a sus víctimas y solo mueren cuando se les clava una estaca en el corazón.   
  
-En realidad, no. - habló, por fin. - También mueren quemados si la luz del sol les da en la cara y tienen muchas limitaciones. No pueden entrar en una casa si no tienen el permiso del dueño o si no, explotan antes incluso de cruzar la puerta.   
  
-Vaya, eso no lo sabía.   
  
-Las historias de vampiros están de moda, pero no hay ninguna como la verdadera. - cogió un libro antiguo, con las páginas amarillentas y la tapa dura de un color marrón oxidado.   
Drácula, de Bram Stoker.   
-¿Sabes que Drácula existió de verdad?  
  
-¿Te estás quedando conmigo?   
  
-Era un príncipe del sur de Rumanía. Se llamaba Vlad Draculea, pero le llamaban Vlad, el empalador. Clavaba los cuerpos de sus lacayos en estacas y los dejaba a la vista de todos en el jardín que rodeaba su castillo. Así, los enemigos no se atrevían a acercarse porque creían que estaban luchando contra un monstruo. De ahí nació la leyenda de Drácula y los vampiros.   
-Oh...   
-La historia me recuerda a ti.   
-¿A mí? ¿Crees que soy un vampiro?   
-Utilizas a tus lacayos como si fueran muñecos en lugar de personas. - Andy se tumbó sobre el colchón, estirando la pierna a lo largo de mismo con cuidado, posándola sobre un montón de revistas de toda clase. Coches, moda, música, algún cotilleo, libros, chicas... y chicos... - Me pregunto cuándo nos empalarás a todos para llevar a cabo tus planes con éxito. - suspiré. Tal y como pensaba, Andreas me odiaba. Por como le dije que era mi mejor amigo, para luego, intentar matarme delante de sus narices. - ¿Qué has venido ha hacer aquí? ¿Qué quieres de mí ahora?   
  
-Solo he venido a verte.   
  
-No, Tom, no. Solo has venido a hacerme daño. Siempre que me tocas y dices algo para avanzar, inmediatamente das un paso atrás. ¡Por favor, no digas nada, Tom! ¡Prefiero que no digas ni hagas nada a que me mates!   
  
-No quiero matarte, Andreas. No quiero hacerte daño, ni a ti ni a nadie. - el pecho de Andy se hinchó, cogiendo aire. Él se llevó el brazo a la cara, ocultando sus ojos tras él. Quería evitar que le viera llorar, otra vez...  
  
-¿Es que no te das cuenta, Tom? ¿No te das cuenta de que quieras o no, haces daño a la gente? ¿No te das cuenta de que todo lo que tocas se rompe? Quieras o no... ¡Tú sólo sabes hacer daño, solo sabes romper, tus manos no sirven para reconstruir, para dar vida, para hacer feliz a alguien! ¡Tú solo puedes odiar, no puedes amar! ¡Todo lo que tocas se hace añicos! Yo...   
  
-¿Eso piensas? - me hubiera gustado tener algún argumento capaz de refutar su teoría, pero era consciente de que no lo había. Yo era tal y como él había descrito. Tan solo con mirar mis manos me daba cuenta de ello. Mis manos manchadas de la escoria de la calle, de la sangre de las personas y, lo peor de todo, manchadas con el semen de mi propio hermano, no, con el mío propio. El de Bill era tan puro como la nieve, por muy ridículo que sonara. Pero para mí lo era. Todo él lo era.   
Había intentando impregnarme con su pureza, pero solo había conseguido mancharle. A él, a mi Muñeco... y para nada...   
  
-Cuando vi el tren aproximarse... tan rápido... haciendo tanto ruido... no pensé, sólo cerré los ojos... y vi luz, Andy. Una luz muy brillante... intenté alcanzarla pero en cuanto la toqué... desapareció... y me quedé solo... completamente solo. He hecho cosas horribles y solo, solo me arrepiento de una. Sé que hago daño a las personas, pero no puedo evitarlo... porque yo solo veo a muñecos... muñecos por todas partes... solo juego con ellos... y parece fácil y divertido... en realidad yo no quiero hacer daño a nadie... - mis manos. Mis manos temblaban. No. Mi cuerpo temblaba.   
Encogí el cuerpo. Tenía frío... mucho frío...  
  
-No quiero hacer daño a nadie, Andy... pero hay algo que está mal en mí y no puedo evitarlo... no puedo detenerme. Si no hago daño, no seré yo... pero... ¿Sabes que es lo peor de todo, Andy? Que en este mundo de muñecos, yo estoy solo... completamente solo...   
  
-Tom...  
  
-Y... el único muñeco que me ha dado una oportunidad... está herido y roto... porque yo no puedo dejar de hacer daño, no puedo dejar de romper todo lo que toco... porque soy un villano... soy un monstruo... y no debería existir... soy un error... tú y ella pensáis lo mismo. - frío, como la nieve en invierno. Frío...  
  
-¿Yo... y ella? ¿Te refieres a mi madre?   
  
-No...   
  
"Y pensar que yo di a luz de mi propia sangre y carne a un monstruo como tú, un error de la naturaleza, un ser que solo sabe hacer daño a la gente. En esta vida... de lo único de lo que me arrepiento es... de haber dado a luz... a semejante monstruosidad... debería haberte matado con mis propias manos cuando pusiste un pie en tierra, debería haber matado a mí... mi propio hijo... escoria humana... ese monstruo..."  
  
-Me refiero a la madre de mi hermano... de mi precioso Muñeco...

**Capítulo 34**

Lo primero que aprendes en la calle, cuando estás solo, cuando no tienes nada en los bolsillos, cuando no tienes un trozo de pan que llevarte a la boca, cuando eres un mocoso debilucho con los brazos tan delgados como un hueso de perro, rodeado de miles de personas mucho más fuertes que tú, capaces de hacer cualquier cosa por conseguir un lugar donde pasar la noche, algo de sexo de la manera más sencilla, un cartón de tabaco o una jeringuilla afilada repleta de caballo de segunda... es aprender a ser listo. Tienes que saber cuándo dar la espalda, cuando escupir a la cara, cuando gritar, cuando pelear y cuando huir. Tienes que aprender a renunciar a aquellas cosas que te interesan, que deseas. Y lo primero a lo que renuncias es a la confianza. A tu buena voluntad. A tu simpatía. Al bien que todo ser humano dice tener...Lo segundo que aprendes en la calle es que el hombre, el ser humano... es un hipócrita y un cínico. Que los derechos humanos, las libertades individuales y la igualdad, no existen. Que son una invención del hombre hipócrita que todo el mundo lleva dentro para aparentar ser bueno, para beneficiarse de las personas que lo rodean. Todo el mundo es hipócrita, unos más y otros menos. Y esa es la única diferencia entre un hombre y otro. Su grado de hipocresía...Lo tercero que aprendes en la calle es que ser "bueno" no lleva a ninguna parte mientras que, ser "malo", puede hacerte dar la vuelta al mundo.Y esas tres lecciones pueden reducirse en una sola norma. Simple y clara: Si eres lo bastante listo como para no cometer estupideces, no las cometas.Pero... desde la comodidad de una cama de sábanas azules, como el cielo iluminado por el Sol, con la cabeza sobre una almohada de plumas, suaves, con el olor que desprende un campo de jazmines a primera hora de la mañana, bajo un techo sin goteras, de un verde claro impecable, a una temperatura cálida y agradable... desde ahí, las cosas se ven de diferente manera. Y las lecciones cambian. Se vuelven más flexibles y a consecuencia de ello, las personas se vuelven más blandas y débiles, se tranquilizan, bajan la guardia, y cualquier estupidez se les hace un mundo y se les atasca en la garganta.Las personas se vuelven débiles e ingenuas o, quizás, por tanta hipocresía y superficialidad, acaben convirtiéndose en auténticos villanos.Pero... por supuesto, desde la comodidad de una cama de sábanas azules las cosas se ven de otra manera y, sobretodo, si a tu lado descansa un niño puro, ingenuo, ajeno a toda la hipocresía del mundo. Un niño grande que juega con un petardo, de los que se encienden y chisporrotean emitiendo una luz cegadora y, no sabe que en cualquier momento, el petardo puede escurrirse de sus manos y quemarle la cara.Un niño grande que se mantiene puro y brillante entre tanta oscuridad.Mirarlo dormir tranquilamente, con la cara resplandeciente y los ojos cerrados, los labios curvados, sonriendo como si estuviera soñando con piruletas y dulces, en la casita de Ansel y Gretel. El pelo del que tanto presume, coqueto, revuelto y extendido por toda la almohada. Su cuerpo desnudo, tan blanco, como si nunca le hubiera dado la luz del sol, como si estuviera hecho de nieve. Como si fuera un muñequito de nieve. No... ni siquiera la nieve es tan perfecta. Siempre acaba fundiéndose.Sus manos me tocan el cuerpo, apoyadas en mi pecho, escuchando los latidos de un órgano mutilado, que aletea, vivo. Y yo, observándole dormir, su pecho subir y bajar, tan tranquilo, incapaz de pestañear. Estoy fascinado, aunque no quiera reconocerlo.Por un momento, creo en el Dios que nunca ha hecho nada por mí, que me abandonó a mi suerte en un callejón oscuro. Creo en los ángeles, creo que tengo uno al lado, con las alas arrancadas. Por un momento creo en amor, el que para mí siempre había estado agotado, recordando como esa misma noche, el Muñeco de Cristal me había dicho "te quiero, te amo, estoy enamorado de ti. Quiero estar contigo. Quédate." Y creo que quizás, podría hacerlo. Quizás podría quedarme para verlo dormir todas las noches a mi lado, desnudo, entre sábanas azules.Por un momento creo... solo por un momento...El ruido seco de algo cayendo al suelo en el piso de abajo me despertó de mi ensimismamiento. Desvié la mirada hacia la puerta cerrada y mi Muñeco, aún dormido, se quejó con un ronroneo, pegando su cuerpo aún más al mío. Acabó apoyando la cabeza sobre mi clavícula, bajo mi cuello y sus manos descendieron inquietas a lo largo y ancho de mi torso, hasta que se detuvieron en mi cintura. Se quedó quieto de nuevo después de acomodarse encima de mí, sin despertar.Decidí hacer oídos sordos, bajando la guardia y cerrando los ojos, intentando dormir mientras le acariciaba el pelo al Muñeco, despacio. Entrelacé nuestros brazos sobre mi cuerpo.Otro ruido. Algo de cristal cayendo al suelo, rompiéndose. ¿Un vaso, un jarrón? No... un plato. Porcelana. Suspiré. Lo último que quería en ese instante era salir de la cama, dejando a mi Muñeco solo y desprotegido. Pero aunque las reglas hubieran cambiado, llevaba la calle en las venas y sabía lo que podría ocurrir si no hacía el menor movimiento.Intenté apartarlo con suavidad, sin despertarlo, para levantarme. Mi Muñeco se revolvió y de nuevo, protestó, apoyando al fin la cabeza sobre la almohada con una mueca de fastidio. Gimoteó cuando me levanté de la cama. No encontraba los boxers, así que únicamente me puse los pantalones y me dirigí hacia la puerta, abriéndola. Una pequeña zanja de luz se coló por ella. Estaba amaneciendo.-Hum... - el Muñeco se agitó en la cama, enredándose entre las sábanas. Alzó la cabeza y abrió los ojos, somnoliento. - Tom... - jadeó. - ¿Qué haces? ¿A dónde vas? - bostezó mientras se restregaba los ojos con los puños.-Shh... vuelve a dormirte Bill.-Pero, ¿A dónde vas?-Al baño. - mentí. Él frunció el ceño con los ojos llorosos por el sueño.-¿Por qué te has puesto los pantalones? ¿Te vas a Stuttgart? - lloriqueó. Despeinado y con esa cara de sueño, parecía más niño todavía. Me hizo sonreír.-No. Voy al baño. Volveré enseguida. Vuelve a dormirte, Muñeco.-Hum... - el Muñeco volvió a tumbarse en la cama, obediente. - ¿Seguro que vas a volver?-Sí.-¿Cuándo?-Pronto. Duérmete, es muy temprano.-Hum... pero vuelve eh... no me dejes solo...-No. Nunca te dejaría solo. - y para cuando terminé la frase, ya se había quedado dormido otra vez.Dudo mucho que se acordara de la conversación al despertar.No pude evitar el embelesamiento que padecí, observándolo con fijeza mientras dormía, otra vez. Había estado horas así antes de oír los molestos ruidos, incapaz de conciliar el sueño.Finalmente, cerré la puerta tras de mí.Caminé por el pasillo en silencio y bajé las escaleras con todavía más sigilo. La luz de la cocina y el salón estaba encendida. Debía ser un ladrón realmente estúpido como para encender la luz y no asegurarse antes de sí había alguien en casa o no. Busqué con la mirada un arma. Algo que hundirle en el pecho o con lo que dejarle inconsciente, pero no encontré nada. Quizás podría coger un cuchillo de la cocina con el que asustarlo lo bastante como para hacerle salir corriendo. Aunque si era tan estúpido como parecía, dudaba que me hiciera falta algo más que los puños.Anduve hasta la pared de al lado de la puerta abierta del salón y con lentitud, me asomé. Fruncí el ceño.Que el ladrón no estuviera allí no me sorprendía. Lo que me sorprendió fue ver el salón recogido, limpio y brillante, con olor a mar, como siempre había sido. Perfecto. No como lo habíamos dejado Bill y yo después de hacer el amor como dos animales sobre la mesa. Hecho una porquería, con restos de nuestro semen esparcidos por toda la moqueta, nuestra ropa sobre el suelo y los muebles, descuidada. Un jarrón roto.Todo eso había desaparecido y el aroma a lujuria había sido sustituido por el olor fuerte de la lejía.Entré en el salón, sabiendo de antemano que lo que se había colado en casa no era un ladrón, y me dirigí hacia la cocina. Oí a través de la puerta el agua del grifo abierto salpicando el fregadero y suspiré antes de abrirla.Tal y como suponía, no era un ladrón.Simone, mi madre, me daba la espalda, con las manos en el fregadero, limpiando los platos de la comida del día anterior que Bill y yo habíamos devorado. Decidimos dejarlos allí para lavarlos luego, y ponernos a lo nuestro antes de la fiesta de Natalie. Ahora, mi madre, que se suponía debía estar muy lejos con Gordon y que debía volver el domingo por la tarde, estaba allí, a las ocho y media de la mañana, lavando nuestra mierda.Fruncí el ceño al percatarme de la situación. Sin duda era ella quién había recogido todo el salón. ¿Qué se le pudo pasar por la cabeza al ver la ropa de sus hijos esparcida por toda la habitación y los restos de semen sobre la mesa? Enseguida supe que me había metido en la boca del lobo y que debería llamar a Bill y contarle que teníamos un problema. Pero no lo hice.Con un poco de suerte, ella no habría caído en la posibilidad de que sus hijos se estuvieran acostando juntos.-¿Qué haces aquí? - pregunté y ella dejó de fregar los platos enseguida. Se puso rígida, muy quieta, como una estatua y, al cabo de unos segundos de tensión, bajó la cabeza, insistiendo en seguir lavando un plato que brillaba con intensidad. - Pensaba que no volverías hasta el domingo. ¿Ha pasado algo con Gordon? - volví a preguntar y ella siguió en sus trece, muda, limpiando un plato que se volvería transparente si seguía frotándolo con ese ímpetu.-Llegué ayer, por la noche. - analicé su tono de voz. Sólo pude captar una lejana melancolía, llena de miedo.-Oh...-Y no estabais en casa.-Fuimos a una fiesta. - sentencié. ¿Cómo era posible que hubiera llegado antes que nosotros? Acaso... ¿Estaba aquí cuando volvimos? - Mamá... ¿Has sido tú quién ha recogido el salón?-Yo. Yo lo he recogido. Yo lo he limpiado todo. Yo, todo yo. Estaba tan... estaba tan... tan sucio... - y de repente, empezó a sollozar, a llorar. El plato se le escurrió de las manos y cayó al suelo, haciéndose pedazos. Fue entonces cuando me percaté de ello. Todos los platos de la vajilla de porcelana estaban en el suelo, destrozados, rotos, cubriéndolo todo con pedazos afilados. De ahí el ruido.A mi madre le temblaban las piernas. La veía oscilar y llorar, y cuando observé como se tambaleaba peligrosamente sobre tanto cristal, corrí hacia ella, intentando esquivar los pedazos rotos, procurando no pisarlos. Estaba descalzo, no como ella.Parecía a punto de desmoronarse y la sujeté por hombros antes de que cayera al suelo.-Mamá ¿Estás bi...?-¡No! - gritó, dándose la vuelta bruscamente. - ¡Y no me llames mamá! - me empujó con tanta fuerza que retrocedí, pisando un trozo afilado de la vajilla, rasgándome la planta del pie. Caí al suelo, incapaz de sostenerme con ese enorme cristal clavado en el empeine. Dolía como un navajazo en pleno estómago. Sentí más porcelana y cristal clavándose en la piel del muslo y en las palmas de las manos. Me mordí el labio inferior, dolorido.Mi madre me miró, pálida, al principio preocupada, con las lágrimas empañándole los ojos, como si no creyera lo que había hecho, pero enseguida su expresión volvió a cambiar. Como la expresión de quien sabe que ha hecho algo que no debería haber hecho, pero que aún así, no se arrepiente de ello.-¿Te duele? Pues ese dolor... ¡Ese dolor no es ni la mitad del que debe sentir tu hermano! - gritó, llorando a lágrima viva.Genial. Ella lo sabía.Me levanté del suelo después de arrancarme la porcelana clavada en el pie. Un chorreón de sangre empapó el suelo. Era lo suficiente profunda como para tener que coser la herida.Cojeé un poco, apoyándome en la pared, arrancándome los pequeños trocitos clavados en las manos y en el muslo.-¿Cómo te has enterado? - pregunté, con la mayor tranquilidad de la que fui capaz.-¿Cómo...? Yo... entré en casa. No estabais y fui a buscar mi bolso. Me fui a casa de Gordon pero... se me olvidaron las pastillas para el ansiedad y volví, tarde. Cuando entré... pensé que alguien había entrado a robar al ver el salón. Pero luego vi vuestra ropa, esparcida sobre el suelo. La recogí y... vi esas manchas en el suelo y en la mesa... no podía creerlo... no lo entendía... no sabía de quién era, pero desde luego ¡No podía ser de mis hijos! Estaba tan preocupada... subí a vuestros cuartos y os oí, en mí cuarto... me asomé y... - Mi madre se llevó una mano a la boca, intentando reprimir una arcada. - ¿Qué... qué le estabas haciendo a tu hermano? - la observé con los ojos entornados, intentando mantener la inexpresividad.Era extraño, pero después de que me dijera que estaba orgullosa de mí, el día anterior, no quería decepcionarla. No quería que me odiara. Pero tampoco pensaba renunciar a Bill. O ella o Bill y por supuesto, elegí a mi Muñeco.-Le tocaba. Le acariciaba y le besaba. Puede que también lo masturbara. Pero no pasamos de ahí, al menos no en tu cama. - contesté, con total sinceridad. No servía de nada negar lo evidente.-No... pero en el salón, sí, ¿verdad? - hice una mueca con la boca. Sus ojos cristalinos me hicieron desviar la mirada. Nunca me había sentido tan incómodo. Mamá era buena, me recordaba un poco a Helem antes del accidente, arropándome las noches de invierno y preparándome siempre mi comida favorita. Algo maternal. Un consuelo. Pero en aquel momento no lo era. - Tú... lo... lo has... violado... - volví a alzar la mirada, frunciendo el ceño.-No. No lo he violado.-Sí... lo has hecho... a tu propio hermano...-He dicho que no lo he violado.-¿Cómo...? ¿¡Cómo puedes decir eso!? ¡Deja de mentir! ¡Dios mío, al menos reconócelo! ¡Reconoce que eres un cerdo, un maldito pervertido! ¡Monstruo! ¡Y yo te he acogido, a un violador en mi propia casa!-¡No soy un violador y no grites! ¡Vas a despertarle!-¡Ahora te preocupas por despertarle! - no sabía qué hacer ni qué decir. Simone estaba histérica, no atendía a razones. - A mi niño... ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo llevas haciéndole esto a mí niño, maldito desgraciado? ¿Cuánto? - no contesté a la pregunta. - Dios mío... Dios mío... - se llevó las manos a la cara, ocultándola de mis ojos, temblando como una hoja.-Yo... no he hecho nada que él no quisiera.-¡Mentira! - sacudió el cuerpo con tanta brusquedad, que varios vasos que estaban en la encimera cayeron al suelo junto con un par de cubiertos, otra vez, rompiéndose. - ¿¡Acaso estás insinuando que a mi hijo le gusta ser sodomizado por su hermano!?-... Simplemente yo no lo he violado. Y creo que si nos viste tocándonos, deberías suponerlo. - si hubiera sido cualquier otra persona, no hubiera intentado gastar saliva en una explicación. Pero si no era yo quién nos defendía a ambos ahora, nadie lo haría. Al fin y al cabo, era la madre de Bill. Él nunca había desobedecido una orden suya y estaba seguro de que si de verdad me quería, a su madre la amaría con toda su alma. Y no le culpaba por ello.Bill no podía enfrentarse a su madre. Pero yo sí.Simone se quedó callada unos segundos. Su respiración se entrecortaba y su rostro se volvió de un rojo imposible. Parecía estar a punto de darle un ataque.-Tú... le estabas tocando... tú... mientras él dormía... tú... - recordé vagamente como me había masturbado delante de Bill, cuando él estaba medio dormido, justo antes de que se desplomara sobre la cama, hecho polvo, frito y con una sonrisa de excitación en los labios, dejándome a mí con un intento de erección entre manos. Suspirando, medio riéndome por el oportuno sueño en el que se había visto envuelto de repente, terminé el trabajo yo solo, prácticamente sobre él, observándolo entre jadeos y suspiros, acariciándole la piel para intentar hacerle rabiar y despertarle. Él se quejaba en sueños y movía los brazos como si intentara espantar una mosca pesada, pero no se despertó.Finalmente, horriblemente excitado, me había corrido sobre las sábanas blancas, cosa que intenté ocultar cambiándolas por unas azules. Aún así, había quedado un pequeño rastro sobre el colchón que sería difícil eliminar, al menos, hasta que Bill despertara y saliera de la cama.-Tú... te estabas aprovechando de él. - Simone se dio la vuelta y abrió el cajón dónde guardaba los cubiertos, con voz apagada, moviéndose como si fuera un zombie con el cuerpo podrido, cayéndose a pedazos con cada paso que daba. - Tú... le has hecho daño. A Bill, a mi niño, a Bill... a mi hijo. - observé con aparente inmunidad como sacaba un cuchillo para cortar los huesos de la carne y lo enfilaba con mano temblorosa. Se dio la vuelta y lo alzó, apuntándome con él. - Le has... le has destrozado la vida a mi hijo... - miré el cuchillo sin ningún tipo de miedo, aunque fuera lo suficientemente grande cómo para atravesarme como un pincho.Una cosa era sujetar un arma, otra, tener el coraje y la habilidad suficiente como para ser capaz de emplearla contra alguien.-Nunca he hecho daño a Bill y nunca se lo haría.-Cállate. - dio un paso al frente, cuchillo en mano.-Nunca le he tocado un pelo sin su consentimiento.-Que te calles.-Nunca le he pegado... y mucho menos, lo he violado.-Deja de decir eso. - negó con la cabeza. - Bill no es un pervertido. ¡Yo misma lo he educado, él no es un pervertido!-¡Yo tampoco soy un pervertido!-¡Le has violado, lo has hecho, él nunca se dejaría tocar por un hombre y mucho menos, por ti! ¡Tú querías hacerle daño desde un principio! ¡Le odias, quieres matarlo!-¡Eso es una gilipollez! - dio un paso más, visiblemente alterada.-Lo dijiste... dijiste que querías matarlo, que lo odiabas, que le harías daño. - sentí como me temblaba el labio inferior. Un recuerdo vago me cruzó por la cabeza. Un recuerdo de hacía muchos años. - Fui a ver a mi hijo, Tom. Fui a verlo después de un año sin tenerlo entre mis brazos... - lloró mi madre, aún con el cuchillo entre las manos. - Cuando fui a Stuttgart a por él, en su lugar me encontré... a un monstruo en el cuerpo de mi hijo, jugando a atravesar el cuerpo de un pájaro muerto con un palo. Le dije "Soy mamá, Tomi. He venido a por ti." y el monstruo me dijo "Yo tengo madre, pero la odio y, si de verdad eres tú, te mataré como a este pájaro muerto lleno de gusanos." Ese niño... me dio miedo. De verdad me dio miedo. Le dije "¿Y a Billy? ¿No quieres ver a Billy? Él tiene muchas ganas de verte." Y él... tú... me dijiste "Billy... Le odio, le odio... si lo veo, lo mataré con mis propias manos. Le haré daño, no quiero verlo. Le haré daño... y lo mataré." - un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír esa confesión. Sentí un latigazo azotarme la cabeza con saña y me llevé la mano a la frente, molesto por el recuerdo. - Tú... querías hacerle daño.-Sí... quería...-Y lo has conseguido. Le has destrozado la vida a mi hijo, igual que hiciste con el primero. Con mi Tom.-No... Bill... - hubo algo. Una extraña determinación que me llevó a decir esa frase que ni yo mismo comprendía bien. Era algo tan estúpido pero, tan cierto... - Podría destruirle la vida a Bill con solo chasquear los dedos. Pero... me importa demasiado como para ser capaz de ello.-Mentira. Mentira... - lloriqueó ella. - Ya lo has hecho. Ya le has destrozado la vida. Igual que hiciste con mi otro hijo, con Tom.-Yo soy Tom... - sentí rabia, confusión. ¿Es que estaba ciega? ¿No lo veía? - Cuándo te sentías orgullosa de mí sí era tu hijo, pero ahora... ya no. - me mordí el labio inferior, más que cabreado, colérico, apretando los puños y los dientes reprimiéndome las ganas de tirarme encima de ella y... Bill, por favor, necesito tocarte. Si no te toco... me pierde la ira.-Tú... - sollozó. - Tú mataste a Tom y te quedaste con su cuerpo. Eres un monstruo. - repitió, en sus trece, con un tono repleto de recelo, de odio, de repugnancia. Me profesaba tal desprecio... inaguantable. Y no se detenía. Sus ojos eran como dos glaciales, afilados y dañinos, poco dispuestos a reprimir las emociones de su dueña. Decían a gritos, ¡Eres despreciable, Tom Kaulitz, eres una vergüenza! Y yo, ridículamente vulnerable, los escuché... y odié contemplar la verdad observándome con tanta altanería.Crispé los nudillos, furioso. Esperé oír los pasos acelerados de Bill bajando las escaleras, corriendo por el salón hasta la cocina y arrojándose a mis brazos, tocándome por todas partes, susurrándome palabras tranquilizadoras al oído, haciendo desaparecer la ira de mi cuerpo.Pero no bajó. Y yo... exploté.-¡Yo, yo soy tu hijo! ¡Tu otro hijo! ¡Yo soy Tom! - di un paso al frente, hacia el cuchillo alzado, sin miedo, ignorándolo por completo. Mi madre abrió los ojos como platos al ver como me acercaba a ella, pálida. - ¡Joder, estabas orgullosa de mí! ¡Dijiste que era parte de la familia! ¿¡Dónde se ha ido esa mierda!? ¡Dijiste que estabas feliz de tenerme en casa, que lo estaba haciendo bien, que no era malo, que era muy bueno, que querías que me quedara, que estabas feliz de haber recuperado a tu hijo, que creías en mí, que confiabas en mí! ¡Que me querías! ¿¡Qué ha pasado con esas palabras!? ¿¡No eran verdad!? ¡Por que yo he acabado creyéndomelas como un puto iluso! ¡Siempre he oído decir que el amor más desinteresado es el de una madre y nunca he sabido lo que significaba! ¡Siempre he oído que una madre te perdona cuando cometes algún error, te cuida cuando estás enfermo sin esperar que le des las gracias por ello, te cuenta cuentos por las noches, siempre sabe cuándo estás mal y necesitas ayuda, siempre te apoya, siempre te ayuda, siempre sabe dónde estás y siempre te está esperando en casa a la hora de comer cuando vienes del instituto para preguntarte cómo te ha ido la mañana! ¿¡Por qué yo no he vivido eso y Bill sí!? ¿¡Por qué coño yo no tengo derecho a eso!? ¿¡Por qué siempre soy yo el rechazado, el ilegítimo, el delincuente, el repudiado, el odiado, el despreciable!? ¡Yo también soy tu hijo! - grité, con fuerza.Me pregunté por qué Bill no despertaba en ese momento. Por qué no estaba allí, a mí lado. Por qué no se despertaba con mis gritos cuando, mi madre, movió el brazo hacia mí, cortando el aire con el cuchillo, que rugió de manera aguda a causa del veloz movimiento.Mamá, mi madre, cerró los ojos e intentó sesgar cualquier parte de mi cuerpo, obligándome a apartarme de ella para evitar la letal puñalada. Ese era su principal objetivo. Apartar al repudiado de su vista.Retrocedí lo bastante rápido como para esquivarlo, golpeándome la cabeza contra la pared. Sentí un ligero escozor en la clavícula a causa del roce del cuchillo.Si no me hubiera movido, me habría cortado el cuello. Me hubiera decapitado.La observé en silencio durante unos segundos, llevándome la mano a la clavícula, notando el pequeño hilo de sangre que descendía por mi piel.Estaba seguro que de ser yo, el yo de siempre, al que no le importaba nada ni nadie, el que ignoraba las leyes y carecía de escrúpulos, el yo fuerte, el perro callejero de siempre. El malo, el villano. Estaba seguro que de ser yo, le hubiera arrancado a esa zorra que me había dado a luz el chuchillo y le habría sacado las tripas con él, sin la más mínima compasión.Pero no era yo. Era una de esas personas débiles, blandas, víctimas, que tanto odiaba. Por eso no reaccioné. Por eso dejé que Simone me acorralara contra la pared amenazándome con un cuchillo, rozando mi cuello.Ella lloraba. No entendía por qué...-Vete. - murmuró. - ¡Vete! ¡Lárgate de esta casa y no vuelvas nunca, nunca o te juro que te mataré con mis propias manos! ¡Vete, lárgate, vuelve a tu pocilga, vuelve al infierno, vuelve a cualquier lugar del que hayas venido, pero aléjate de mí y de mi hijo, de mi Bill! ¡Te prohíbo que te le acerques! ¡Te lo prohíbo! ¡No voy a dejar que hagas más daño del que ya has hecho! ¡No vas a volver a tocarle en la vida, nunca! ¡No dejaré que alguien que nació para hacer daño se le acerque!-Pero... - sentí algo, algo desagradable. Era incapaz de saber qué, pero la sensación eran tan desagradable, tan... asfixiante. - Pero yo no quiero hacerle daño. - repliqué. Estaba flojo, exactamente igual de flojo que uno acaba cuando vomita el alcohol que ya no le coge en el cuerpo, después de una botella y otra, y otra, y otra.De repente, toda mi ira se esfumó y Simone se la tragó, para emplearla contra mí en un injusto intercambio de papeles.-Mientes... tú... ¡Sólo sabes hacer daño a la gente, naciste para eso! ¡Ojala nunca hubieras nacido! - pestañeé. Por un momento, me temblaron las piernas.-Yo no quiero... no quiero hacerle daño a Bill...-¿¡Es qué no te das cuenta de que ya lo has hecho!? - me atacó y, sus palabras me parecieron más efectivas que el mismo cuchillo. Era la primera vez que me sentía incapaz de luchar, impotente. La primera vez que el asustado, el incapacitado para la batalla, era yo. - Por tu culpa... ¡Por tu culpa Bill ya no podrá ser feliz, ya no podrá conocer a una mujer decente que le haga feliz, que le de hijos y que le espere en casa sonriente, esperando a que su marido vuelva del trabajo para la cena! ¡Por tu culpa, Bill ya no podrá llevar una vida digna! ¡Tendrá que vivir con la cabeza agachada, avergonzado de sí mismo por la perversión que le has obligado a cometer! ¡Por tu culpa el mundo lo repudiará, lo rechazará, lo despreciará y lo creerá monstruoso, un cerdo pervertido como tú! ¡Por tu culpa no podrá encontrar un trabajo, por tu culpa será un miserable toda su vida! ¡Por tu culpa, por la tuya! ¡Le has robado el futuro a Bill, le has arrebatado la vida! ¡Por tu culpa será un desgraciado de por vida! ¡Le has hecho daño! ¡Lo has crucificado, lo has matado! - en ese momento... me asfixié.¿Acaso yo... me había hecho una idea equivocada de lo que era eso que llamaban amor?-Pensaba que... si Bill de verdad me quería... eso no importaba... - no lo entendía. No lo entendía. Si yo le hacía tanto daño a Bill, ¿por qué me había dicho que me quería? Que quería estar conmigo. Acaso... me había... ¿mentido?Simone apartó el cuchillo de mí muy lentamente, insegura, tiritando. No paraba de llorar.-¿Bill... cómo... cómo quieres que Bill quiera a alguien que ni siquiera es humano? ¿Cómo quieres que ame a alguien que hace tanto daño? ¿Cómo...? Bill no tiene nada que ver contigo, aunque tengáis la misma cara, los mismos ojos... él es incapaz de hacer daño. - se alejó. Retrocedió. Se atrevió a darme la espalda después de repudiarme como a un insecto, deseando pisotearme como a una asquerosa araña. Anduvo por la cocina, con movimientos repletos de desamparo, como si estuviera perdida en medio de una tormenta de nieve. Soltó el chuchillo sobre la mesa y oí como intentaba coger aire. Casi pude oír el esfuerzo de sus pulmones acaparando oxígeno. - Y pensar que yo di a luz de mi propia sangre y carne a un monstruo como tú, un error de la naturaleza, un ser que solo sabe hacer daño a los seres humanos. - caminó por la cocina, sin dirigirme una sola mirada hasta que arrastró una de las sillas que rodeaban la mesa, muy lentamente y, aún temblorosa como un flan, se sentó en ella, blanca como la leche. Entonces, me miró. O quizás no lo hizo. En realidad... nunca me había mirado de verdad - En esta vida... de lo único de lo que me arrepiento es... de haber dado a luz... a semejante monstruosidad... debería haberte matado cuando pusiste un pie en tierra, debería haber matado a mí... mi propio hijo... escoria humana... ese monstruo...En ese corto periodo de tiempo, sentí más cosas de las creí haber sentido en mi vida.Creí... porque en el momento en el que Bill me dijo "te quiero", me di cuenta de que en realidad, nunca había sentido nada.Y... ojala nunca hubiera llegado a sentir nada.-Quiero... quiero que vuelvas a Stuttgart. Me da igual cómo, solo vete, cuanto antes... no quiero verte... ni cerca de mí ni de Bill. Tan solo vuelve a tu pocilga y púdrete allí con los de tu maldita calaña. Ya has destrozado a esta familia. Ahora, desaparece...Te dan alas con las que volar lejos, con las que alcanzar el sol, con las que tocar el cielo y, de repente, cuando estás a un palmo de rozar las nubes, te las arrancan para que caigas, caigas, caigas... y te estrelles contra la realidad de la que nunca debiste haber salido.Bill... me había mentido. Mamá... me había mentido. Y yo que creía que era inmune a todo, que era fuerte, que nunca sería una víctima... caí.Y lo peor de todo era saber que me lo merecía.Había utilizado a Bill para darme placer a mí mismo. Lo había convertido en mi precioso Muñeco y le había destrozado la vida. Él, a cambio, me había mentido diciéndome que me quería. Por supuesto, ¿Cómo iba a querer a alguien que no era humano? No se puede querer a quién te ha destrozado la vida. Me lo tenía bien merecido, pero aún así, no podía evitar odiarlo con toda mi alma por haberme mentido... y no sabía por qué. Después de todo, lo que él hiciera o dijera no debería afectarme, pero lo hacía, me afectaba...Me había afectado demasiado porque él... me había importado demasiado.Me había vuelto alguien débil que no sobrevive en el mundo de los fuertes. Blando, una víctima... una víctima que hace daño.Y Bill no se lo merecía. Yo no lo merecía a él y él no merecía a un villano, porque eso es lo que era, y soy. Un villano.Además... ¿Cómo iba a quererme? ¿Por qué yo me lo había creído?El amor no existe. Siempre lo he sabido, siempre he estado tan seguro de ello...Le di la espalda a mi madre... no... a Simone. Yo no tenía madre. Y, pese a ello... la obedecí.Salí de la cocina al salón y luego, al pasillo, despacio. Notaba los pinchazos de dolor que me hacían cojear, la sangre plasmándose en el suelo, dejando ver claramente mis pisadas en ella.No quería aguantar más tiempo entre esas cuatro paredes que empequeñecían poco a poco, poniéndome histérico.Cuando llegué a la puerta, agarrando el pomo con manos sudorosas, recordé aquella vez. La primera vez que entré por esa puerta acompañado de una madre sonriente, feliz de ver a su hijo después de tantos años. Recordé también a Bill, esperándome dentro. La segunda vez que lo vi, en el suelo, quejándose por su torpeza. Se levantó y después de intercambiar unas palabras con Simone, me miró...Y me vio.Él... había sido el único en ocho meses que me había visto de verdad. Que me había dado una oportunidad, que me había acogido con los brazos abiertos, se había atrevido a besarme sin miedo, a criticarme y a gritarme cuando me había hecho falta, a intentar cambiarme para bien, intentar guiarme por un camino limpio, indoloro. El único que se había atrevido a tocarme para tranquilizarme cuando estaba furioso. El único que había puesto la mano en el fuego por mí. El único... Bill, es único.Lo había dado todo por mí... y yo lo había roto. Le había arrancado su futuro y aplastado su felicidad, sin compasión...Abrí la puerta y salí corriendo de ese lugar que había llamado casa alguna vez. Choqué contra Gordon en la entrada.-¡Oh, joder! ¡Pero bueno Tom! ¿A dónde vas tan rápido a estas horas? - ni siquiera le miré.Caminé hasta mi coche y me subí a él. Por suerte, las llaves todavía seguían dentro de los pantalones y arranqué. Salí de allí en cuestión de segundos, subiendo el marcador directamente a ciento cuarenta y saltándome todos los semáforos y señales de Stop posibles. Lo cierto es que ni siquiera iba pendiente de la carretera. No desde el último vistazo que mis ojos le habían dedicado furtivamente a la ventana del segundo piso, del cuarto de Simone, dónde Bill seguía durmiendo tranquilamente, ajeno a todo.En ese momento, no pensé en ninguna despedida en especial. No pensé en nada. Simplemente estaba ciego. Ciego de odio como no había estado en ocho meses, ni siquiera en la fiesta de Natalie, con ese chucho abominable toqueteando a Bill en la cama, delante de mis narices.Odio... y esa vez, Bill no estaba allí para calmarme.Odio hacía mí mismo, hacía mi madre, hacía el mundo, hacía todo en general. Hacía mi propio Muñeco. Pero sobretodo hacía mí... y no solo por haberle destrozado la vida a mi Muñeco, si no también por el ser tan débil y blando, el ingenuo en el que me había convertido. Tan patético. ¿Cómo había podido dejarme llevar por las palabras y las acciones de un simple Muñeco? ¿Cómo?Los débiles, perecen. Los fuertes, sobreviven. Es la ley de la naturaleza. Selección natural pura. Y yo no estaba dispuesto a ser el débil. No estaba dispuesto a perecer.Ese día, aprendí algo nuevo...No solo estando en la calle se aprende y, aunque los movimientos son distintos y las lecciones cambian, la respuesta es siempre la misma, da igual desde dónde la mires, desde los callejones oscuros de los barrios más bajos del mundo, o desde un rinconcito en una cama con sábanas frescas, en una habitación con olor a libertad, al lado de una persona importante para ti.Lo que diferencia a un ser humano de otro ser humano, es su grado de hipocresía y de cinismo. Y eso significa que el mundo entero es hipócrita desde que nace hasta que muere, siempre, por muy madre sobreprotectora que se sea, o todo lo puro y perfecto que puede ser un niño grande.Esa es una lección que nunca cambia y la norma para sobrevivir a ella es simple y clara: No te fíes de nada ni de nadie, no creas en nada ni en nadie y, sobretodo... no sientas nada por nadie.Solo así podrás vivir. Solo así, no cometerás estupideces.Y... lo dice alguien que ha cometido la peor estupidez de todas las existentes.Sentir...  
  
  
  
-Tom... - habían pasado escasos segundos desde el instante en que pronuncié esa frase en la que declaraba a mi madre como una puta hipócrita sin conciencia, escasos segundos en los que mi mente había recordado con todo lujo de detalles lo que había sucedido aquel día por la mañana, después de la última vez que hice el amor con Bill, antes de salir corriendo de casa y empezar a deambular por las calles como algo parecido a un alma en pena, pensando, acumulando ira en silencio y dejándola caer sobre cualquiera que se me pusiera delante. Así, una semana. Volviendo a casa lo más tarde posible solo para no tener que ver la cara de la guarra de Simone y del inocente Bill, para no provocarle más daño y menos en esos momentos, en los que a cada segundo su vida peligraba cerca de mí a causa de la rabia.   
Si se hubiera acercado demasiado, ni siquiera su tacto tranquilizador hubiera podido detenerme. Le hubiera dado la paliza más brutal que alguien hubiera podido recibir de mí. Apenas había podido reprimirme esa semana, recogiendo cosas, haciendo los trámites para el traslado, para darme de baja en la universidad...  
Recordaba aquel día, el día en que Bill entró en mi cuarto, decidido y cabreado, gritándome que estaba preocupado, que no sabía qué ocurría, que no lo soportaba más, que necesitaba respuestas y yo... le había soltado un discurso injusto e insustancial sobre lo que creía de su actitud cobarde, de su forma de ser, de sus defectos. Se los había echado en cara y él, con razón, me pegó y salió medio llorando de mi cuarto. Para cuando hubo desaparecido tras la puerta, mi cuerpo temblaba descompuesto sobre la cama, reprimiendo las ganas de ir detrás de él, cogerlo por la fuerza, arrastrarlo hasta la mismísima Simone y violarlo delante suya, con puro sadismo, sin amor ni mierdas de esas, no.   
Para entonces el amor había sido devorado por el odio por completo.   
Y en la universidad, cuando Bill corrió detrás de mí después de dejarlo tirado, después de haberle dicho que todo había sido un juego y que él había sido mi Muñeco desde un principio (Cosa no del todo cierta), cuando él me estrelló contra las taquillas de un puñetazo que me rompió la nariz como quién rompe un vaso de cristal estrellándolo contra el suelo... ahí exploté. Deseé matarlo de verdad, lo deseé y si no me hubieran detenido, lo habría hecho. Lo habría matado allí mismo.   
Sí. Había sido como darle la razón a Simone pero... es que todo lo que ella había dicho era verdad. Soy un monstruo incontrolable que solo sabe hacer daño a la gente.   
Y fue en ese momento, en el que Bill me gritó delante de todo el mundo que me odiaba, que no quería volver a verme, que ojala no hubiera nacido y que me muriera, cuando me di cuenta de que era verdad. Completamente verdad. Y que mi propio Muñeco se había dado cuenta de ello y pensaba como ella, como Simone.   
Sentí algo duro y afilado clavándoseme en el pecho hasta el fondo, tocando algo dentro de mí, algo que estaba vivo, algo que hizo, ¡Crack! Se rompió... y se deshizo por completo.   
Había hecho daño a Bill, mucho daño y no se lo había merecido, para nada, al contrario que yo. Pero aún así, no puedo dejar de considerar aquellas palabras como una traición.   
Todo el sentimiento que una vez hubo, se había convertido en odio. Odio incluso hacia el propio Bill. Y yo no había hecho nada por evitarlo... ni pensaba hacerlo.   
  
-Andreas... ¿Lo entiendes? - le pregunté después de un rato de intenso silencio entre los dos. Andy se quedó callado, mirándome fijamente con la mano puesta en la pierna rota, rascando la escayola con las uñas con un gesto nervioso.   
Estúpido. Claro que no lo entiende. No sabe nada. Absolutamente nada... y mejor que siga sin saber nada.   
  
-En realidad no, Tom. No entiendo nada y supongo que si te lo vuelvo a preguntar, tú no me contestarás, como siempre. - tenía razón y me percaté de su tono ofendido por el simple hecho de que me negara a confesarle algo semejante. - Pero aún así... - observé como Andy se desplomaba sobre el colchón, agotado. Normal. Ya era un martirio tener que subir las escaleras de esos bloques con las dos piernas en buen estado, además, no sabía cómo lo había conseguido, pero era un milagro que nadie le hubiera puesto la mano encima en su estado. - Pero aún así creo que estoy algo... feliz. Tú no confías en nadie, no le cuentas tus problemas absolutamente a nadie y a mí... a mí me has contado aunque solo sea un poco. Conmigo al menos lo has intentado. Creo... que puedo considerarme aunque sea... solo "algo" especial por ello.   
  
-¿Algo especial? Y... ¿Ya está? ¿Sólo porque te haya dicho que mi madre es tan puta como la tuya ya eres feliz?   
  
-Soy un poco feliz. Mejor poco que nada ¿no? Al menos ya es algo... - le observé en silencio, incrédulo. Desde que me confesó directamente que me quería, cosa que yo dudaba seriamente, su actitud empezaba a desconcertarme.   
  
-¿Sabes una cosa?   
  
-¿Hum?   
  
-A veces dices unas cosas que me recuerdan horrores a Bill.   
  
-¿Y eso es bueno o malo?  
  
-Malo, Andreas, muy malo. - él resopló.   
  
-Entonces supongo que tendré que tener cuidado con lo que digo a partir de ahora.   
  
-Andreas... sabes que has estado a punto de morir por mi culpa ¿verdad? - Andy no parecía darle mucha importancia al asunto desde esa posición y lo cierto es que a mi tampoco me importaba mucho. Cruel ¿no? Lo sabía... pero aún así, seguía sin importarme demasiado.   
Lo extraño era que él no se quejara lo más mínimo y ni siquiera preguntara por ello.   
  
-Bueno... al menos me llevaste al hospital.   
  
-¿Y eso también te hizo feliz? - no pude evitar sentirme algo divertido por lo simple que era.   
  
-Un poquito. No podía alegrarme por salvarte del suicidio después de todo.   
  
-Andreas, eres de lo más simple.   
  
-Me conformo con poco, no como tú. - sonreí y me eché sobre el colchón, a su lado. Los dos clavamos la mirada en el techo, en silencio, durante un buen rato. Por primera vez en bastante tiempo, sentí comodidad absoluta. Me sentí como en casa, como en una auténtica casa, esta vez, verdadera y a causa de ello, cerré los ojos, alagado. Quizás me quedara incluso dormido, pues cuando desperté de mi letargo, ya se había hecho de noche y era las tantas de la madrugada.   
A diferencia de mí, Andy no se había quedado frito. Tenía un libro en la mano, pero no lo leía. Me observaba a mí, con fijeza, con fascinación.   
Sus ojos me recordaron a los míos, a los que había adquirido hacía meses observando a mi Muñeco, en una cama de sábanas azules.   
-¿Deberías irte, Tom? Puedes quedarte a dormir conmigo o ha hacer lo que quieras. No me importa. Sé que no utilizas la noche para dormir precisamente y aunque me gustaría ir contigo por ahí con los demás, me va a costar trabajo. - me señaló su escayola y yo asentí, comprendiendo.   
Fijándome bien, me di cuenta de que tenía varias pintadas dibujadas en ella. Un "Que te mejores, rubia" "Te esperamos en la calle, ¡Ten cuidado, no dejes que te roben la escayola!" varios dibujos obscenos de culos y pollas y algo escrito en hebreo, seguramente por Black.   
  
-Te han visitado.   
  
-Sí. - Andy sonrió, orgulloso de ello. - lo de rubia y los dibujitos de culos y pollas son de Ricky. Lo de te esperamos en la calle es de Kan y el hebreo, que significa, cuídate mucho, es de Black. ¡Ah! También vino Aaron, pero no escribió nada y vino solo. Ya sabes, no le gusta mostrarse demasiado sentimental en estos casos.   
  
-¿Y cómo te acuerdas de todos? ¿No estabas amnésico? - Andreas se puso tan tenso como un palo, rígido. Su cara se tornó tan ruborizada que me recordó a un farolillo de feria.   
  
-Es que... bueno... no es que estuviera amnésico es que... no quería tener que... hablar contigo. - confesó.  
  
-Comprendo, te hiciste el tonto porque no querías que me acercara más de la cuenta ¿no? - al contrario de lo que él parecía suponer, a mí me hizo gracia. - No pensaba matarte ni echarte la bronca por haberme salvado, pedazo de animal.   
  
-Ya, pero... necesitaba pensar sin presiones y...   
  
-Sí, ya. Todos te han firmado, ¿Yo no puedo? Yo también quiero firmarte, ¿puedo o no?   
  
-¡Ah, sí, sí! Tiene que haber un rotulador por alguna parte. - empezó a rebuscar por entre tantos libros, revistas y papeles, sin moverse del colchón. Me pregunté por qué se quedaba tan embelesado mirándome, analizando cada una de mis palabras como si en la vida las hubiera esperado.   
Pensé que quizás, el problema era que Andy había notado algo. Sabía que alguien me había afectado en Hamburgo, de eso estaba seguro. Pero ¿Cuánto se imaginaba que me había afectado? Quizás... ¿Hubiera apreciado mi cambio de actitud en las últimas semanas? ¿Habría notado el cambio y los intentos tan desesperados que hacía para volver a ser yo, el mismo de siempre?   
-¡Aquí está! - encontró por fin un rotulador negro debajo de un montón de papeles y me lo tendió, sonriente, alzando con dificultad la pierna un poco. - Creo que aún escribe. Pruébalo. - le arrebaté el rotulador de las manos y le cogí la pierna, apoyándola en mi regazo con cuidado. Pensé en qué escribirle, en algo que no sonara ni demasiado cursi ni demasiado frío. Algo típico del jefe y...   
  
-Andy... - lo llamé. - ¿Tú por qué crees que estamos aquí? - él me miró sin entender. Lo cierto es que ni yo mismo comprendía a qué venía esa pregunta que me había hecho tantas veces desde mi vuelta a Stuttgar, y lo odiaba. Odiaba que nadie me diera una respuesta. La necesitaba.   
  
-¿Cómo que por qué?   
  
-Yo... creo que estamos en esta mierda de ciudad porque nos lo merecemos.   
  
-Ah, eso... - Andy se encogió en el colchón, visiblemente incómodo. Era la clase de pregunta filosófica que seguramente le recordaría al cabronazo de su padre.   
  
-Estamos desterrados, Andy. Tú y yo, y todos los demás, somos la escoria de la sociedad, del mundo. Nadie nos quiere cerca ¿Sabes por qué? - Andy no dijo nada, no se inmutó. Parecía resignado a ello, a su destino, igual que yo, igual que todos los que habíamos crecido entre el olor de la basura y el frío de las noches de invierno de Alemania. Un triste destino, sin duda. Pero... quizás merecido. - Estamos aquí porque somos villanos, Andy. Porque nacimos siendo villanos o, quizás, nacimos de padres que eran villanos. Somos seleccionados precisamente para eso, para hacer daño. En el mundo alguien debe ser el malo para que otros puedan ser los buenos. Para que puedan volver a sus acomodadas casas con sus cariñosas y preocupadas familias creyéndose víctimas de la injusticia del mundo. A nosotros nos ha tocado hacer el papel de villanos, así que tenemos que hacerlo lo mejor posible, aunque... - apreté el rotulador con fuerza entre los dedos de mi mano, rozándolo con la escayola. - Aunque tú no eres un villano, Andreas. Eres cualquier cosa menos eso. Tú podrías llegar lejos, podrías salir de aquí, podrías irte de esta pocilga muy lejos, empezar de cero, alquilar una casa con varias personas, estudiar una carrera, trabajar, encontrar un novio o algo así y... salir de aquí... tú podrías hacerlo, Andy. Al menos tú podrías...   
  
-Tom... - me cortó, sonriendo y negando con la cabeza lentamente. - Mientras tú seas un villano, para mí estará bien serlo. - era la sonrisa más verdadera que había visto en mi vida. La más bonita y fascinante, la más pura... después de la de Bill.   
  
-Andy...   
  
-¡Está bien, Tom! Todo está bien para mí si tú estás conmigo.   
  
-Andreas... eres el colega más fiel que tengo. - Andy se encogió de hombros, como si eso no fuera nada especial. Y podía asegurar que sí. Lo era.   
Por fin me decidí y escribí con letras grandes y claras sobre la escayola de mi amigo.   
-Bueno, ya está. - firmé y le solté la pierna, cerrando el rotulador con el capuchón y dejándolo caer sobre un manga llamado Death Note. Me levanté del colchón, desperezándome, estirando piernas y brazos.   
  
-¿Ya te vas? - preguntó, antes incluso de ver lo que había apuntado en la escayola.   
  
-Sí. Voy a patrullar el Floy ésta noche con los demás.   
  
-Ten cuidado. - puse los ojos en blanco, riéndome.  
  
-Andreas, no seas idiota. ¿Qué me puede pasar, a mí, Tom Kaulitz? - Andy hizo una mueca con la boca, desconforme pero aún así, no rechistó. Total, ¿Qué podría hacer él para impedírmelo? - Bueno, me voy. - guardé las manos en los bolsillos de mi sudadera y anduve hasta la puerta, abriéndola dispuesto a salir.   
  
-¡Adiós, Tom! - me gritó Andy justamente antes de salir. Pude ver segundos antes de cerrar la puerta cómo dirigía la mirada a la escayola, leía lo que le había escrito y abría los ojos como platos, totalmente boquiabierto.   
Cerré la puerta de su cuarto. Lidy estaba sentada en el sofá, encogida sobre sí misma, con el ojo tan inflamado que apenas se le veía. No podía ni abrirlo.   
Pasé por su lado en dirección a la salida que daba fuera.   
  
-Tócale un pelo a tu hijo, un solo pelo... y te mato, Lidy. - le advertí. Ella no se movió.   
Salí de allí viendo las cosas desde otra perspectiva. No tenía esperanzas. No tenía sueños. No tenía sentimientos.  
Había vuelto a ser el Tom de siempre, sin miedo a nada simplemente porque no tenía nada que perder. Porque ya estaba muerto. Ya era un apestoso cadáver que no necesitaba aliento para caminar. Solo había cambiado en una cosa... Sentía más odio que nunca.  
  
Pero por lo menos... ahora... tenía un nuevo Muñeco.

**A partir de hoy, yo soy tu villano y tú, eres mi nuevo Muñeco, Andy.Cuídate esa pierna.De tu Capitán, Tom.**

***By Bill.***  
  
  
-No tenías por qué hacerlo, Derek.   
  
-Quería hacerlo. ¿No es eso suficiente?   
  
-¡Por favor, Derk! Como si no supiera que me estás siguiendo para intentar detenerme. Si tanto deseas que me quede, llama a la policía para que me detenga. - eran las seis de la mañana. Dentro de poco empezaría a amanecer. Hacía más de media hora que había salido de la piscina, después de tener una sesión intensiva de sexo brusco con Derk. Habían sido tres veces exhaustivas, con un periodo de descanso de tres cuartos de hora para recuperar el aliento. Cada vez que terminábamos una vez, yo intentaba escapar, pero Derek siempre acababa liándome y nos poníamos a hablar de cualquier cosa, sobretodo del pasado. Derk intentaba ignorar las últimas tres semanas desde que yo me corté las venas, intentaba no hablar del tema, no preguntar, como si no le interesara lo más mínimo. Aunque sabía que estaba muerto de curiosidad.   
Hablábamos entre jadeos y suspiros, besándonos y acariciándonos en la orilla de la piscina. Esperaba sinceramente que no hubieran cámaras de vigilancia conectadas, porque desde luego, fueran quienes fueran los que controlaban las grabaciones, tendrían un bonita sorpresa.   
Cuando por fin, a la segunda vez, pensé que me podría escapar de Derek, me pilló en los vestuarios, intentando vestirme para irme, después de darme una ducha de agua congelada. Me pilló en la ducha y por suerte o por desgracia, no pude escapar de él hasta... el final.   
He de reconocer que fue fantástico sentirme deseado de nuevo, aunque no fuera por Tom. Después de los serios trastornos alimenticios que habían hecho mella en mí tras el intento de suicidio, mi autoestima había caído en picado, más baja aún de lo que ya estaba. Había sido medio bulímico, medio anoréxico o una mezcla extraña de las dos. No comía nada durante el día y por la noche, me levantaba a las tantas, atracaba el frigorífico, comiendo cualquier cosa con el ansia propia de los cerdos y, media hora más tarde, después del banquete, lo vomitaba todo, sin necesidad de provocarme el vomito. Era como si mi cuerpo lo rechazara de forma natural. Como si rechazara la vida. Seguía ocurriendo y, sabía que era un problema que debería superar solo, como tantos otros.   
Por eso, había acabado llegando a la parada del autobús más cercana, a las seis de la mañana, seguido de cerca por Derek, cargando con una maleta, una mochila y con mi perro siguiéndome obedientemente por la calle, echándole de vez en cuando miradas de molestia a Derek, cinco metros más allá, gruñéndole cada vez que intentaba acercarse más de la cuenta.   
Llegamos a la parada. Yo me detuve y Scotty se sentó en el suelo a mi lado, alzando el hocico y mirándome con atención. Quizás intentaba adivinar cuales eran mis intenciones.   
Derek se detuvo unos metros más allá, observándome en silencio. Apenas se veía de él algo más que una figura oscura entre tanta oscuridad y con ese cuerpo bastante más grande que la última que lo vi, si me lo hubiera encontrado en un callejón oscuro, hubiera echado a correr, seguro.   
-El autobús estará al caer. ¿No vas a intentar detenerme una vez más? - le pregunté.  
  
-Podría dejarte inmóvil en el suelo si quisiera, hacerte una llave de judo y dejarte inconsciente, cogerte en brazos, cargarte al hombro y echar a andar a casa tan tranquilo y tú, no podrías hacer nada para impedirlo. Pero no voy ha hacerlo.   
  
-¿Ah, no? - su sinceridad me dejaba anonadado. Era tan sincero que a veces, daba miedo hacerle una pregunta por temor a su respuesta. Su frialdad en esos términos era completamente igual a la de Tom. Me pregunto, ¿Me gustará tanto Derek por eso?   
  
-Eso te haría infeliz, ¿verdad? - preferí no contestar a esa pregunta trampa. Derek no era estúpido, aunque no hubiera mencionado palabra de lo sucedido en las tres última semanas. Suspiró, resignado, como prueba de ello. - Cuando era pequeño, pasaba mucho tiempo solo en casa. Mi padre nunca estaba. Mi madre tampoco es que me prestara mucha atención. Pasaba la mayor parte del tiempo con mi abuela y las dos chicas que limpiaban la casa y hacían la comida. Siempre esperaba impaciente el día de las vacaciones de invierno, cuando los dos volvían a casa y pasábamos juntos la Navidad. Pero en la Navidad del 2000, no pudieron venir y me quedé solo en casa. - observé en silencio el flujo de nostalgia que invadió a Derk al recordar esos días que me parecían tan lejanos. Por supuesto, porque yo no los había vivido. Sentí la importancia de la narración, la importancia de esos recuerdos para Derek y me obligué a escuchar atentamente, sin saber por qué, con el corazón en un puño y los nervios a flor de piel. A esas alturas, ya era imposible negar lo evidente. Derek me gustaba mucho y a consecuencia de ello, me importaba todo lo referente a él. Sino fuera porque estaba tan enamorado de Tom, no hubiera dudado ni un momento en aceptar su petición. Ser su novio, su Muñeco. Derek era impresionante. - Estaba triste, aunque no recuerde bien lo que sentía por entonces. Mi abuela, para que no estuviera llorando en Navidad, para que no estuviera solo nunca más, me compró un pájaro precioso, con todas las plumas repletas de colores.   
  
-¿Un pájaro?   
  
-Sí, un pájaro. Encerrado en una jaula enorme jaula dorada. Era exótico y no aguantaba las bajas temperaturas de Alemania en invierno, así que todos los días tenía que graduar la temperatura de la sala dónde se encontraba, de la jaula, para que no muriera de frío. Le llamé Goku.   
  
-¿Go-Goku? - un nombre un poco extraño para un pájaro, ¿no?  
Derek sonrió.   
  
-Por aquel entonces mi serie favorita era Dragon Ball y no me perdía ni un episodio. Además, el pájaro tenía las plumas de la cabeza erizadas y me recordaba a Son Goku. De todas formas, no duró mucho. - supuse que lo tendría superado o que quizás, aquel pájaro no significara tanto para él como daba a entender, ya que su inexpresividad no menguaba en absoluto.   
  
-Oh, ¿Murió?   
  
-No. Lo solté en primavera. Lo dejé escapar.   
  
-¿Por qué? ¿No te gustaba? - Derek sacudió la cabeza, encogiéndose de hombros, sin darle la menos importancia.   
  
-Lo adoraba. Me lo llevaba metido en la jaula a todas partes, una vez incluso intenté llevarlo a la escuela, pero no me dejaron entrar con él. Teniéndolo cerca, no me sentía solo pero... Goku odiaba estar encerrado, siendo siempre observado. Picoteaba la jaula con el pico hasta hacerse daño. Tuve que llevarlo varias veces al veterinario por torcerse el pico. De repente, cogió la costumbre de posarse sobre el palo dónde dormía, al lado de la ventana cerrada, y de allí no se movía en todo el día. Mi abuela pensaba que estaba enfermo, pero yo sabía que lo que le pasaba es que estaba triste. Así que un día, en primavera, abrí las ventanas, cerré las puertas y abrí la jaula. Al principio Goku no se atrevía a salir, pero cuando alcé el brazo, voló hasta él, saliendo de la jaula. Yo no le había enseñado ha hacer eso, pero lo hizo, posándose sobre mi hombro. Lo llevé hasta la ventana abierta y entonces, salió volando. Lejos... y no lo volví a ver. Fue la decisión más dura que tomé en su día. Renunciar a mi felicidad para darle la oportunidad de ser libre a alguien que me importa mucho. Como estoy a punto de hacer ahora.   
  
Mi primera reacción fue echarme a temblar, pero no por miedo o por frío, si no por lástima, impotencia o rabia. Siempre había juzgado a Derek como un aprovechado que se acabaría convirtiendo en un criminal sin futuro. Nunca le había mirado más de dos veces. Había suspirado con alivio cuando no venía a clase o cuando sencillamente, no me lo encontraba por el pasillo de la escuela. Nunca me había preguntado por qué.   
¿Por qué me acosas así, Derk? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me pegas? ¿Por qué me gritas? ¿Por qué me humillas? ¿Por qué quieres mi carne desmembrada, siendo pasto de tus garras? ¿Por qué me tratas así, Derk?   
Y de repente, sentía vergüenza de mí mismo, por hipócrita. Por ciego. Por no prestar la atención necesaria a alguien que necesitaba mi ayuda porque, aunque Derek me hubiera propinado algunos de los peores momentos de mi vida, nunca había dejado de observarme, de protegerme, a escondidas. Y yo ni siquiera había reparado en su soledad.   
  
-Derek... - Scotty me ladró. Era difícil creer que un perro pudiera ser tan posesivo con su dueño, como si lo considerara parte de su territorio, tan posesivo que amenazaba con clavarle una buena dentellada a todo aquel al que se acercara a su amo. Por eso, a veces pensaba que, como segundo dueño, como el hijo de la perra de Tom, se parecía un poco al mismo Tom. Tan celoso y posesivo como él, sobre mí. Algunas veces eso me reconfortaba, otras, me ponía de los nervios, pero aún así lo que era seguro era que tener a Scotty como mascota, era uno de mis escasos pilares.   
Cuando dejé las maletas y la mochila en el suelo y corrí hacia Derek, Scotty se revolvió furioso, ladrando y gruñendo a diestro y siniestro, pero a distancia, como si de alguna manera supiera que debía respetar mis acciones.   
Abracé a Derek con fuerza, rodeándole el cuello con los brazos y apoyando la cabeza en su hombro firme. Él me correspondió al instante, apretando mi cuerpo contra el suyo sin ningún tipo de delicadeza, oprimiendo mi cintura con sus fuertes manos.  
  
-Derek, eres sincero, dulce y atento. Siempre estás pendiente de mí aunque yo no haga nada que merezca tu atención. Te la has jugado por mí y... no me lo merezco. - percibí su aliento gélido besando mi mejilla, arrullando mi oído con sutileza.   
  
-Creo que los dos hemos hecho cosas con la intención de hacernos daño mutuamente. No me debes nada, Bill. Y mereces toda la atención que yo pueda ofrecerte. Mereces tener mi vida en tus manos y, por eso, no voy a detenerte esta noche aunque... quiero acompañarte. - pidió. Y yo deseé que lo hiciera, que me siguiera, para no dejarle solo o, quizás, para no estar yo solo.   
  
-Me encantaría, Derk. Me gustaría mucho pero... no puede ser. Me voy de aquí precisamente para empezar de cero, para aprender a depender de mí mismo y de nadie más, para ser yo mismo. Si vienes conmigo dependeré de ti el resto de mi vida y eso es lo último que quiero. - noté su pecho hincharse por medio de un suspiro, chocando contra el mío, temeroso, preocupado.   
  
-¿A dónde irás primero?   
  
-A Hannover.   
  
-¿Y después? - no tenía ni idea, pero si me quedaba en Hannover no tardarían en encontrarme. Tenía que ser lejos, muy lejos, que les resultara imposible localizarme.   
  
-Al sur. Lo más al sur que pueda. A Frankfurt quizás, o a Nümberg, pero no saldré de Alemania o, al menos, eso creo.   
  
-Ciudades grandes, para que sea difícil encontrarte. Lo tenías todo planeado, ¿eh? - asentí. Lo cierto era que tenía miedo. Estaba muerto de miedo y no quería irme, no quería... pero sabía que debía hacerlo.   
Las manos con las que rodeaba el cuello de Derek me temblequeaban perceptiblemente y él lo notó.   
Me dio un ligero toque en el hombro y me apartó de él, clavando sus ojos rodeados de un aura de fiereza animal en los míos. - Bill, toma esto y guárdalo siempre contigo. - me tendió un aparato pequeño que apenas ocupaba la palma de mi mano. Lo observé con curiosidad, sin tener idea de lo que era hasta que Derk lo abrió fácilmente apretando un botón diminuto y azulado. Era un móvil muy pequeño y apenas pesaba nada, azulado y oscuro, con teclas plateadas. - Llévalo siempre encima ¿vale? - fruncí el ceño, incapaz de fiarme del aparato.   
  
-¿Por qué? ¿Tiene un GPS o un microchip para poder localizarme?   
  
-No. Es un móvil normal y corriente. Tiene GPS pero mientras no lo actives, no podré saber dónde estás. Yo solo quiero asegurarme de que estarás bien allá a dónde vayas y si alguna vez te metes en un problema, solo tendrás que llamarme e iré a por ti enseguida. Estés dónde estés. - miré el móvil y tragué saliva. Un aparato tan pequeño y con tantas cosas como daba a entender con solo mirarlo debía costar una fortuna.   
  
-Gracias, pero ya me has hecho suficientes regalos, Derk. - Derek entrecerró los ojos, mostrándome la fiereza que tantas veces había visto en el instituto, cuando yo había sido su objetivo, su presa.   
  
-O te lo llevas y me juras que me llamarás si alguna vez te metes en algún problema o quieres volver, o te juro que aunque tenga que dejarte inconsciente, secuestrarte y encerrarte en mi casa con llave, no te vas. - hablaba en serio, así que no muy convencido, al menos dispuesto a no ser un desagradecido, cogí el móvil y me lo guardé en el bolsillo delantero del pantalón, dónde pudiera tenerlo vigilado y miré a Derek, esperando su aprobación. Él asintió. Se le notaba preocupado, pero en lugar de demostrarlo, inclinó su cabeza y chocó su frente con la mía. Cerré los ojos, totalmente relajado con su aliento acariciándome los labios. - No te fíes de nadie, ¿vale? De absolutamente nadie. Repítelo.   
  
-No me fiaré de nadie. No me confiaré.   
  
-Nunca creas a alguien que te diga que sabe la manera más rápida y eficaz de conseguir dinero. Repítelo.   
  
-Nunca creeré a alguien que intente convencerme de que sabe una manera de ganar dinero fácil.   
  
-Nunca seguirás a un desconocido a ninguna parte, te diga lo que te diga. Te asegure lo que te asegure. - sus manos se amoldaron a la forma de mi cintura y trasero, estrujando ambos por encima de la ropa. Jadeé. - ... Repítelo.   
  
-Nunca seguiré a un desconocido... diga lo que diga. - lo más impresionante era que mi cuerpo encajara con el suyo a la perfección, como las piezas de un puzzle desmontado, siendo construido desde cero.   
  
-Llamarás a Derek si ocurre algo, sea lo que sea. Dilo.  
  
-Sí... te llamaré.   
  
-Y cuando vuelvas... me darás una oportunidad. - en ese momento tuve auténticas ganas de llorar. Pobre Derek...   
  
-Sí. Te lo daré todo, Derek. Te lo juro. Todo. - abrí los ojos empañados unos segundos, cerrándolos de nuevo cuando Derk decidió compartir su aliento con el mío, besándome con una intensidad hasta ahora desconocida para mí. No hubo lujuria, ni ansiedad, ni nada parecido. Fue tan simple, tan sencillo, que todo lo demás sobraba.   
Movió sus labios y los míos le siguieron al instante el dulce juego de su boca y hubiéramos seguido así, horas, probándonos, de no ser por las luces de los focos que iluminaron la escena de manera molesta. Nos separamos enseguida, observando el autobús que llegaba y se detenía en la parada con los ojos entrecerrados.   
-Ah, me voy. - Derek asintió con la cabeza enseguida. Me dio un pequeño empujón hacia delante, incitándome a correr, coger la maleta y la mochila e ir directo a la puerta del bus, que se abrió dándome vía libre. Observé a Derek una vez más, serio a un par de metros, con los ojos brillando con la misma intensidad con la que me había besado una última vez.  
  
-Chico. - gruñó el conductor, llamando toda mi atención. - ¿Vas a subir o no?  
  
-Sí... - suspiré, y subí al fin. Le enseñé mi billete de reserva, el cual había hecho una semana antes y el conductor hizo un gesto de desagrado.   
  
-¿Y eso qué? - miré hacia atrás, hacia dónde me señalaba el gruñón. Scotty acababa de subir las escaleras, detrás de mí. - No se permiten subir perros tan grandes a no ser que sea en una jaula.   
  
-¿Qué? Pero... - les eché una mirada rápida al resto de pasajeros. Algunos llevaban animales, pero eran pequeños y estaban o bien, fuertemente atados, o metidos en jaulas. - ¿No podría hacer la vista gorda por esta vez? Mi perro es inofensivo, no muerde. - mentí. Derek y Tom eran testigos de que mordía, joder si mordía, pero por supuesto, no pensaba decir eso.   
  
-No. El chucho no puede entrar.   
  
-Pero...  
  
-¡Oye, chico, o subes solo o te quedas en tierra con el perro de las narices! - odié a ese tío con toda mi alma. Miré a mi pobrecito Scotty moviendo la cola, observándome en silencio. De repente, dejó de moverla y se sacudió bruscamente. Miró al conductor y bajó la cola, con el lomo un tanto erizado, enseñándole los dientes. Desde luego, mi Scotty era listísimo. Pero eso no haría que el jodido conductor nos dejara subir a los dos.   
  
-Oiga, por favor... - le pedí, con toda la amargura del mundo.   
  
-¡He dicho que...! - de repente, un estruendo y una pequeña sacudida en el bus provocó que todos los pasajeros que dormían en ese momento tranquilamente en sus asientos, se despertaran, sobresaltados. El conductor y yo dirigimos la mirada a las puertas abiertas, siendo aplastadas por el cuerpo de Derek, con un aura realmente imponente rodeándole.   
  
-Oye, capullo. O sube el perro de las narices... o subo yo y te parto los dientes. - al instante, el conductor se encogió sobre su asiento. Pude ver el retroceso de gruñón inconformista, a sumiso silencioso de inmediato. Se dio la vuelta y clavó los ojos en la carretera, ignorándonos a ambos, dándonos vía libre a Scotty y a mí.   
Suspiré, aliviado y sonreí de corazón a Derek, que me devolvió la sonrisa con un asentimiento de cabeza. Deseé volver a besarle, pero él por toda despedida, cerró los ojos y se apartó del bus, justo unos segundos antes de que se cerraran las puertas.   
Mejor así, nada de despedidas amargas.   
  
Scotty y yo nos colocamos al final del bus. Subí la maleta a la repisa que tenía encima y me senté con la mochila en el regazo. Scotty se subió solo al asiento de al lado y se sentó, mirando al frente y en silencio, tranquilo. Le acaricié la cabeza y ni se inmutó. Estaba hecho todo un perro guardián.   
Observé a través de la ventana, antes de que el autobús se pusiera en marcha y vi a Derek entre las sombras, con la mirada clavada en mí, expresión seria.   
Me hubiera gustado decirle algo, profundo, que le hiciera regresar a casa con despreocupación, sabiendo que yo estaría a salvo y que me las arreglaría bien, pero solo se me ocurrió murmurar:  
"Gracias."   
Derek solo asintió y movió los labios formando unas palabras que no olvidaría hasta mi vuelta.   
¿Por qué Tom nunca me había dedicado unas palabras tan dulces como esas? Me hubiera conformado si solo las hubiera dicho una vez, pero no. Nunca, jamás. Ahora me daba cuenta de por qué lo nuestro nunca habría funcionado. Sus palabras nunca me habrían servido de nada, porque serían tan falsas como los sentimientos de los cuales Tom carecía por completo.   
El autobús arrancó y Derek y yo acabamos perdiendo la visión del otro en la oscuridad de la noche. Me hubiera gustado decirle tantas cosas, me hubiera encantado que me siguiera hasta el fin del mundo, como al parecer, estaba dispuesto a hacer de verdad.   
Sus sentimientos habían demostrado ser los más puros y sinceros de entre todas las personas en las que había confiado ciegamente.   
  
Suspiré y negué fuertemente con la cabeza.   
El sol empezaba a alzarse. Un nuevo día comenzaba. Y mi vida, empezaba de nuevo, desde cero, en ese mismo instante.   
¿Qué más podría pedir? Era libre. Derek me había liberado y sus últimas palabras habían sido, "Te quiero." No había más vuelta de hoja porque, después de abrir los ojos tras superar las barreras de la propia muerte, un nuevo Bill Kaulitz nacía, y sin necesidad de depender de nadie más.   
Bill Kaulitz había renacido y a partir de entonces, viviría un futuro elegido por él, sin barreras. A partir de entonces, tomaría sus propias decisiones y seguiría sus propios criterios.   
A partir de entonces, yo, el nuevo Bill, sería feliz...

**Pero la vida no es tan sencilla y simple como un niño grande pueda imaginársela y, viviendo en las calles, lejos de todo y completamente solo, el nuevo Bill Kaulitz lo acabaría descubriendo por sí mismo.**  
  
  
Fin Segunda Temporada